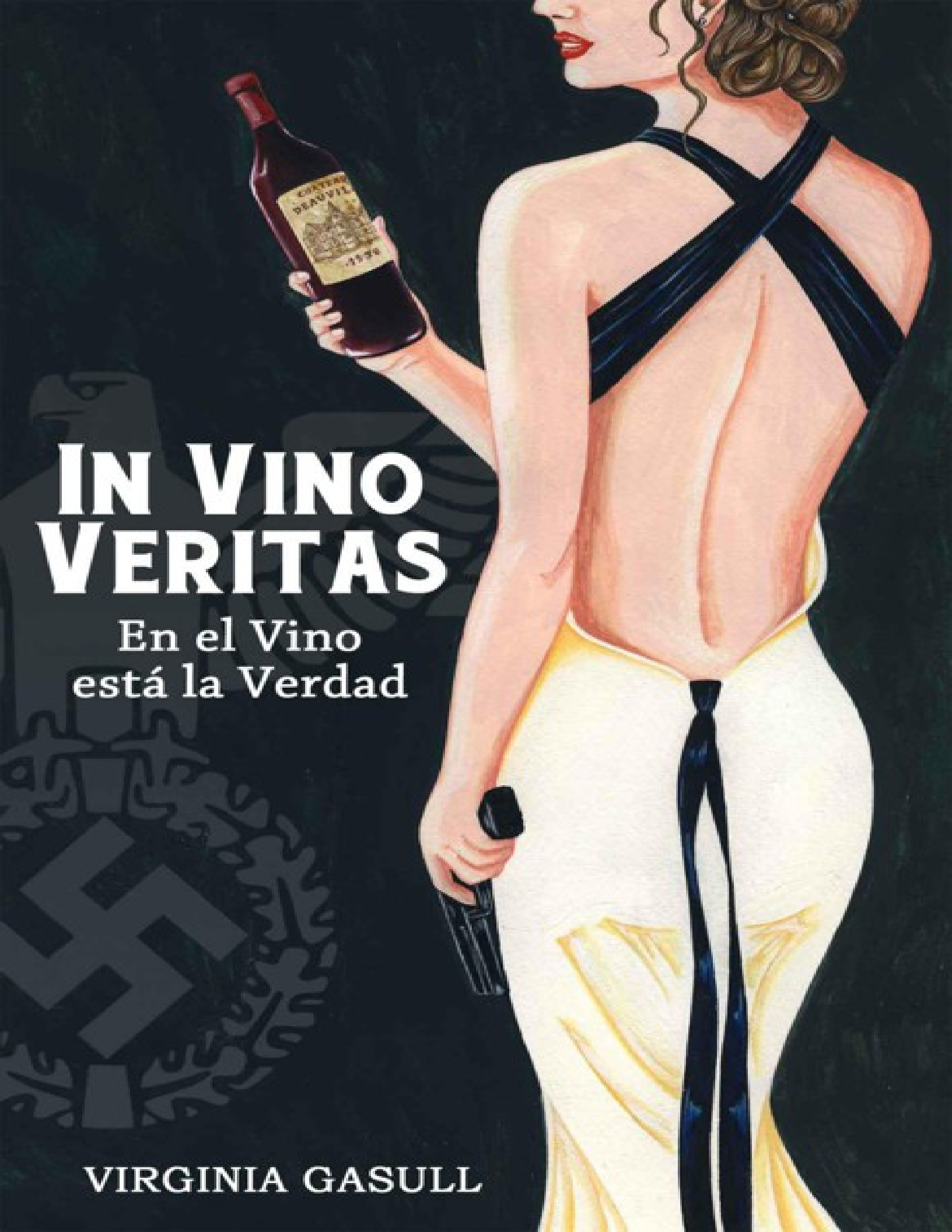


IN VINO VERITAS

En el Vino está la Verdad

VIRGINIA GASULL

Contenido

In Vino Veritas
Copyright
Dedicatoria
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
Blog
Agradecimientos

VIRGINIA GASULL

IN VINO VERITAS

En el Vino está la Verdad

© 2014 Virginia Gasull
© 2014 Aitziber Alonso, ilustración de la portada

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento por escrito de la autora.

ISBN-13: 978-1496077509
ISBN-10: 1496077504

Para J.A.B. Todo. Siempre.

1

Recorres tu habitación descalza, sintiendo el frío en las plantas de los pies. Te miras en el espejo de cuerpo entero y te observas las cicatrices que la vida ha ido dejando sobre tu piel. La del pecho, las del costado, las de la espalda. Esas son las que se ven, porque por debajo de las fibras, de los músculos, de los huesos, están las otras, las que no se ven, las que en la oscuridad de la noche, de las madrugadas de insomnio, vibran, despiertan, comienzan a hablar y a torturarte como viejos demonios borrachos llamando a la puerta de tu cordura.

Tienes seis años. Finales de verano en su más luminosa encarnación, el Sol derramándose desde un impoluto cielo azul, y en las jardineras las flores brillan bajo el rocío y sus colores empiezan a despuntar bajo el calor de los primeros rayos solares. Oyes la voz de tu madre en la cocina, y sales corriendo hacia ella, en pijama, sin zapatillas, porque cuando tienes seis años nada importa, sólo la voz de tu madre sonando al final del pasillo. Y allí te espera ella, en cuclillas, con las manos extendidas hacia ti, con su gran sonrisa. Con esa sonrisa que será lo último que olvides de ella, lo que perdurará cuando pasen los años y en tu memoria empiecen a diluirse los rasgos de su rostro. Y bajo aquellos rayos de Sol que entran por la

ventana de la cocina de aquella mañana de verano, ves su anillo, brillando como una estrella sujeta a su dedo anular. Es el primer recuerdo que tienes de tu infancia, el más antiguo, el abrazo de tu madre y la luz sobre ese anillo; el mismo anillo que ahora tienes entre tus dedos, que volteas una y otra vez, que es el símbolo que elegiste para recordarla, para no olvidarla.

Miras el anillo, y miras tu imagen reflejada en el espejo. Y no te reconoces, te ves como una extraña. Y piensas en lo diferente que podría haber sido todo, en la diferente vida que podrías haber llevado. Tu cuerpo no sería este cuerpo marcado por cicatrices. Sería otro cuerpo, el de una abogada madre de familia, con una respetable carrera, con una casita adosada en algún barrio residencial de San Sebastián, con un antiguo compañero de la universidad convertido en marido, en padre de tus hijos. Sientes un escalofrío y te pones la bata.

¿Es esto lo que hubiera querido tu madre? ¿Tu cuerpo marcado por las cicatrices bajo el uniforme de policía? ¿El sacrificio de tu vida personal por el hecho de que no has conseguido olvidar? ¿Estaría ella de acuerdo con todas las decisiones que has tomado desde entonces? ¿Estaría ella orgullosa de ti? Dejas el anillo sobre el tocador y te sientas en el ancho taburete que tienes enfrente. Y vuelves a ver tu rostro en el pequeño espejo que utilizas para maquillarte.

Tienes 18 años, y han pasado ya cuatro días desde que saliste del hospital. Has llorado mucho, te has agarrado a tu padre para no caer en el abismo. Él se ha agarrado a ti para no perder la razón. Pero ahora, cuando te han visitado todos tus familiares, cuando todos te han dado el pésame, estás en la habitación de tu madre, frente a todas sus cosas, su ropa, sus pequeños tesoros, y entonces sientes un nuevo dolor aún mas desgarrador. Entonces sientes que el corazón te va a reventar en el pecho, y un momento después ya no puedes respirar. Entonces es cuando tu cuerpo se desconecta y caes al suelo. El pánico se ha apoderado de ti. Sientes cómo la

sangre deja de fluir por tus venas, y poco a poco tus brazos y piernas se vuelven de cemento. Eres de piedra, yaces en el frío suelo, incapaz de moverte, muerta de miedo, porque crees que vas a morir en ese preciso instante. De tu garganta no consigue salir ningún sonido, sólo un silencioso bramido de terror. Sientes como tu cuerpo se deja llevar por las oscuras y tenebrosas aguas de la muerte. Es el primer ataque de pánico de los varios que tendrás a lo largo de tu vida. No puedes soportar la injusticia del destino, no puedes soportar la verdad, y tu única respuesta es la fuga, desconectar de la realidad transformándote en un cuerpo inerte.

Con el tiempo aprenderás a controlarlo, aprenderás a sobrellevarlo, pero tu cuerpo seguirá buscando ese modo de huída. Y te miras de nuevo en el espejo, y suspiras, porque en mañanas como esta vuelves a tener 18 años, y te gustaría que ella estuviese aquí para preguntarle si estás haciendo lo correcto. Y vuelves a echar muchísimo de menos a tu madre.

Te vistes rápidamente. Quieres huir de todos estos pensamientos. Buscas de nuevo tu vía de escape, el truco al que siempre echas mano: la rutina. La automatización de tu vida. La planificación exacta de las horas que componen tu día. Horas que llenas con trabajo y más trabajo. Huyendo hacia adelante. Pero hace tanto tiempo que escapas así, que ya no te das cuenta de que es una huída.

Un café rápido y bajas a la calle. Te acercas a tu moto, que espera latente y dócil donde la aparcas cada noche. Día tras día la dejas en el mismo exacto lugar, en la misma exacta posición. Si midieses con una cinta métrica la distancia entre la moto y la pared, siempre sería la misma. No cambiaría ni un sólo centímetro. Invariable. La campana de la iglesia anuncia que son las ocho en punto. Siempre suena mientras te estás poniendo el casco. Porque todos los días te lo pones en ese exacto minuto. Invariable. Te enfundas los guantes y te sientas sobre tu montura. Y antes de pulsar el botón de encendido, antes de que los cien caballos de tu

Monster comiencen a rugir entre tus piernas, haces lo que siempre haces en ese mismo momento. Subes la vista y miras al Cristo Nazareno. Invariable.

Tienes 26 años, y acabas de terminar la carrera. Es una tórrida y desértica tarde de Agosto, a la hora de la siesta, con un pegajoso calor que sube desde la acera. Ya eres una licenciada en Historia del Arte por la Complutense. Quieres seguir viviendo aquí, en Madrid, pero buscas algo diferente a tu apartamento de estudiante. Buscas soledad. Paseas por el Barrio de Las Letras, y te gustan sus calles, su ambiente, su cercanía a los grandes museos. Caminas por la calle Cervantes, y llegas a la Iglesia de Jesús de Medinacelli. Y cuando vas a girar en la esquina, subes la vista, y le ves. Sus ojos tallados en la piedra, su mano en el pecho, la leve inclinación hacia adelante. Es el Cristo Nazareno. Te quedas en mitad de la acera, mirándole, y hay algo que te sobrecoge. Parece decirte un *Lo Siento* no pronunciado. Te sientes atravesada por una ráfaga de compasión y de pena. Y Él te sigue pidiendo perdón, y en tu mente sólo oyes el *Lo Siento*, uno detrás de otro, repitiéndose sin cesar, y mientras continúas en tu estado hipnótico bajo aquella estatua de piedra, giras tu cuerpo y observas el edificio de enfrente. Su fachada color crema haciendo esquina, el curioso símbolo circular en la barandilla de forjado de cada ventanal. Y ves el letrero de alquiler en el ático. Y entonces sabes que lo has encontrado. Este será tu lugar a partir de ahora.

Han pasado diez años desde aquella calurosa tarde. Tienes 35 años. Estas a punto de cumplir 36. Han pasado muchas cosas, pero en realidad no ha cambiado nada. Aquí estás, como cada mañana, bajo el Cristo que siempre te pide perdón. No ha dejado de hacerlo ni un sólo día en todos estos años. Aprietas el botón del encendido. Y el motor bicilíndrico emite su grave rugido, y la vibración recorre tu cuerpo. Metes primera y sueltas embrague. Y aceleras, más de lo recomendable, dejando en la acera una agresiva marca negra. Otra más. Porque como cada mañana, hoy sigues sin aceptar sus disculpas.

2

El viento soplaba frío y cortante en aquella temprana hora de la mañana; se colaba por todas y cada una de las finas ranuras de los tablones de madera que componían el frágil muro protector del *oecus* o salón principal de la Villa Romana. Baños de Valdearado, un pequeño pueblo de Burgos, aún estaba conmocionado por la noticia. Multitud de vecinos y curiosos se agolpaban en el exterior del yacimiento arqueológico.

La inspectora Oteiza se agachó junto al destrozado hueco que horas antes aún albergaba el Mosaico de Baco, un bello mosaico del siglo IV que hasta entonces era considerado uno de los más grandes y mejor conservados de Europa. Pasó los dedos bordeando suavemente la línea de corte, y se quedó sorprendida por el burdo y brutal trabajo que habían acometido para desprenderlo. Se apreciaban duros golpes de cincel y de maza, que habían hecho saltar las pequeñas piezas del borde de la cenefa, y más abajo, los cortes de cizalla en la malla metálica a la que estaba adherida la capa de mortero donde se apoyan las teselas.

Recordaba perfectamente la imagen del Mosaico. Había visto su reproducción en el Museo Arqueológico de Madrid. La noche anterior

había estudiado fotografías en detalle de todas y cada una de las partes sustraídas. La escena principal, llamada *El Triunfo de Baco, victorioso a su regreso de la India*, era una de las cerámicas mejor conservadas de la península y su valor era incalculable. Mostraba al Dios portando los atributos propios de su divinidad: tirso en la mano izquierda y cántaros en la derecha. Acompañado de Ariadna y Pan, orgulloso, triunfal, montado en un carro tirado por dos negras panteras. Baco, también llamado *Dionisio*, *el Dios del Vino y de la Vid*. Para los seguidores de sus misterios, ofrecía esperanzas y fortaleza; daba visiones divinas y traía el cielo a la tierra. A través del vino, abría las puertas a la fraternidad y la celebración, sirviendo como instrumento sacro para alcanzar el éxtasis.

Pero hoy lo que había traído a este pequeño pueblo de Burgos era una atroz pesadilla. La inspectora suspiró profundamente, y siguió observando la escena del robo. Los ladrones no habían empezado a cortar justo en la línea que marcaba el límite entre la escena y la cenefa. No. Sin cuidado alguno, habían decapitado también los bellos bustos que, bajo el mosaico, representaban los rostros de los dueños de aquella Villa Romana.

Panda de chapuceros. Cada prueba que observaba iba revolviéndole más el estómago y aumentando la rabia que siempre sentía ante cada crimen contra el Patrimonio Histórico. Se giró y observó el burdo boquete que los autores del robo habían abierto en el muro de tablones de madera.

Valientes estúpidos. Estaba claro que las dimensiones del mosaico eran superiores a las del hueco, así que con toda seguridad tuvieron que partirlo en dos una vez extraído. No quería ni imaginarse los daños que semejante operación habría provocado en el mosaico. Se acercó al hueco y observó trozos de cenefa del tamaño de un puño en el suelo.

Capullos. No sólo no os entraban las piezas sino que tuvisteis que hacer fuerza para sacarlas.

Con cuidado de no pisar ninguno de los trozos sueltos, encaminó sus pasos a los otros dos huecos vacíos en el suelo de la

sala. De uno de ellos habían arrancado otro mosaico, una escena de cacería con un galgo persiguiendo a una liebre acompañando a la inscripción del viento EURUS. Del segundo hueco, habían extraído otra pieza de gran valor con la inscripción del también viento ZEFYRUS, donde un galgo perseguía a un ciervo. La amputación de la tercera escena, dedicada al viento BOREAS había quedado a la mitad. Permanecían los signos de haber sido golpeado con un cincel.

¿Se os echó el tiempo encima? ¿Os aburristeis de darle a la maza? Imbéciles.

Imaginó los cientos de horas de trabajo de aquellos artistas que hace 1500 años, habían dedicado para componer tan complejas escenas. Todo destrozado en una sola noche, por un grupo de ineptos aficionados. Porque estaba claro que aquel trabajo no había sido realizado por profesionales en expolio de arte. Una obra tan conocida y de tal valor sería imposible moverla por el mercado de las obras robadas sin levantar sospechas, y ningún coleccionista pagaría ni un solo euro por un conjunto destrozado durante su extracción. Quizás detrás de todo esto sólo estaba el estúpido de turno que, tras alguna visita al yacimiento, se percató de las nulas medidas de seguridad y se le antojó como motivo decorativo para su jardín.

Aún y todo, movería las imágenes de los mosaicos por las asociaciones de anticuarios y coleccionistas, y enviaría notas a la Interpol y a las casas de subastas por si cometían el error de intentar venderlos en el mercado nacional o internacional. Salió al exterior de la villa y se acercó al coche donde el subinspector Medina sacaba del maletero el equipo necesario para la toma de huellas.

—Analiza los tablones alrededor del hueco. Seguramente pusieron sus zarpas sobre ellos cuando luchaban por sacar los pedazos. Teniendo en cuenta *su profesionalidad*, no creo que ni llevasen guantes. Y quizás haya marcas de pisadas.

El joven subinspector asintió con la cabeza, agarró el maletín y se encaminó hacia el muro de tablones sin decir nada.

Una racha de viento movió el largo y ondulado cabello castaño de la inspectora, mientras miraba al horizonte con los brazos cruzados, calculando la posible ruta que *los artistas* habrían trazado con el vehículo desde la salida de la carretera principal: apenas cien metros de pista de tierra alejada de las miradas del pueblo. El sonido de su nombre la sacó de sus pensamientos. Una chica joven se acercaba apresurada, enfundada en una gruesa chaqueta de lana.

—Me han dicho que quería hablar conmigo. Soy Berta, la encargada de las instalaciones —pronunció mientras intentaba recuperar la respiración. Se agarraba las manos intentando calmar el leve temblor que las agitaba. Quizás era la primera vez en su vida que hablaba con alguien de la Policía.

—Encantada Berta. Inspectora Oteiza, de la Policía Judicial, Brigada de Patrimonio Histórico. —Forzó una sonrisa en un intento de calmar los nervios de la chica—. Cuéntame, ¿cuándo os disteis cuenta del robo?

—Ayer al mediodía. Soy la encargada de realizar las visitas guiadas. El yacimiento está siempre cerrado, pero tenemos un cartel en la entrada con mi número de teléfono. Si alguien quiere visitarlas, me llaman y me acerco. Vivo ahí justo, a las afueras del pueblo. —Se giró y señaló el primer grupo de casas—. Ayer a las doce llegaron unos turistas catalanes. Vieron los tablones rotos, el destrozo, y me llamaron. Vine corriendo, y madre mía, se me cayó el alma al suelo. —Su voz se quebró al pronunciar las últimas palabras.

—¿Alguien del pueblo oyó o vio algo extraño o fuera de lo normal?

—No. Nada de nada. No hemos visto gente extraña, ni coches por la zona. Ha desaparecido de la noche a la mañana. No me lo explico. —El temblor de manos se había transformado ahora en un leve movimiento de negación con la cabeza que repetía una y otra vez. Oteiza estaba casi segura que el robo había sido ejecutado en alguna de las dos noches anteriores; se habrían acercado con uno o dos coches por la pista de tierra hasta aparcar en la parte de atrás, cerca del muro de tablones, justo en la zona que quedaba oculta a vista del pueblo. Tuvieron que hacer mucho ruido al acometer

semejante brutal trabajo de extracción, pero en mitad de la noche era difícil que los sonidos hubieran sido percibidos por la dormida y lejana población.

—Berta, ¿habéis sufrido algún intento de robo antes?

—Sí. Hace un par de meses forzaron el bombín de la puerta. Cuando miramos la villa, vimos que habían entrado y picado un trocito de mosaico, en una esquina. Pero no se llevaron nada.

Parece que hicieron un ensayo general antes del día del estreno triunfal. Hay que joderse.

Un murmullo entre las decenas de curiosos allí congregados interrumpió la conversación. Un hombre de mediana edad se acercaba por el camino.

—Es nuestro alcalde — dijo Berta.

Oteiza observó congregarse a su alrededor varios vecinos, y cómo un par de periodistas y cámaras corrían para acercarse al edil. Decidió caminar hacia el grupo para escuchar disimuladamente. El hombre, con grandes ojeras surcándole el rostro, intentaba relatar a la prensa lo ocurrido. Se mostraba muy compungido, y tenía que interrumpir su narración para reprimir las lágrimas que amenazaban con desbordar sus húmedos ojos. Expresaba el gran dolor que todo el pueblo sentía por la desaparición de los mosaicos.

—Era lo único que teníamos en este pueblo, lo único que hacía que se acercasen los visitantes a esta localidad. Incluso en verano organizamos un festival al Dios Baco, con una comida popular, un día entero de fiesta alrededor de la Villa Romana. ¿Qué vamos a hacer ahora sin nuestros mosaicos? Nos quedamos sin algo que era nuestro; no sé el valor que tiene, incalculable, pero le han hecho un mal enorme al pueblo. —Detuvo sus palabras, agachó el rostro y huyó hacia el interior de la villa cubriéndose los ojos con la mano.

Varios vecinos miraron al suelo, debatiéndose entre el enfado y la tristeza. Dos de ellos, situados a la izquierda de la inspectora, comentaron las largas horas que pasaron, a principios de los años 70, trabajando con el equipo de arqueólogos que desenterró la villa tras su descubrimiento. Cientos de horas retirando las toneladas de

tierra que la cubrían, sacando a la luz aquello de lo que estaban tan orgullosos. Aquello que tan brutalmente les había sido arrebatado.

Otro ataque de rabia recorrió el cuerpo de Oteiza mientras regresaba al coche. Odiaba el daño a las obras de arte, pero aún odiaba más el daño que su robo producía en las personas. En este caso, la recuperación era prácticamente imposible, pero haría todo lo que estuviese en su mano para devolver el Mosaico al lugar de donde nunca debería haber salido.

El subinspector Medina ya esperaba junto al vehículo. Con un leve gesto le indicó que había terminado la toma de huellas.

—Volvamos a Madrid. Aquí poco más podemos hacer.

Arrancó el coche y enfiló el polvoriento camino que llevaba a la carretera principal, no sin antes volver a mirar el yacimiento y maldecir de nuevo a aquellos artistas.

Malditos estúpidos.

3

Una nueva mañana. Otra más. Casco, guantes, y botón de arranque. El rugido del motor tapando los nuevos *Lo Siento* que surgen de la fría piedra del Cristo Nazareno. Cerrar los ojos un segundo, abrirlos, apretar de dientes y acelerar. Bajar la calle Cervantes hasta Neptuno y comenzar la lucha diaria contra el tráfico. O´Donnell, M-30, Avenida Gran Vía de Hortaleza. Once kilómetros ochocientos metros. Veinticinco minutos si hay suerte. Veinte los días festivos. Bordear los muros blancos de la Comisaría General de la Policía. Enseñar la identificación en la entrada y sumergir el bramido de la *Monster* en el parking subterráneo del edificio de la Brigada. Una nueva mañana. Otra más. No esperas que sea distinta. No esperas nada.

4

La inspectora Oteiza decidió empezar la jornada redactando el informe operativo sobre el robo del Mosaico de Baco. A lo largo del día tendría el resultado del análisis de las huellas, pero no albergaba grandes esperanzas. Esto iba a llevar su tiempo. Una nueva carpeta más para acumular en el escritorio, esperando ser engrosada con nuevos detalles y pequeños indicios mientras avanzaba en la investigación.

—Oteiza, a mi despacho. Ahora. —La grave voz del Inspector Jefe resonó en toda la sala.

Apenas hubo cerrado la puerta, la inspectora recibió la invitación a sentarse.

—Ayer hubo un robo en Barajas. La Brigada de Delincuencia está con ello; varios individuos con uniformes de trabajadores del aeropuerto asaltaron el furgón que recogía el cargamento en plena pista. Fue algo rápido y bien organizado. Seguro que tenían alguien dentro que les había aportado toda la información.

—¿Alguna obra de arte, señor?

—Si y no. Robaron varias botellas de vino. Vino francés, de Burdeos. ¿Sabe algo de vino, Oteiza? —preguntó el Inspector Jefe levantando por primera vez la vista del escritorio. Sus sempiternos

gestos serios y rudos hoy mostraban una tensión superior a la habitual.

—Muy poco señor. No soy muy aficionada.

—Pues algunas de estas botellas, de Mouton Rothschild para ser exactos, llevaban etiquetas diseñadas por Dalí, Chagall y Picasso. Otras llevaban etiquetas de la Wehrmacht, de la época de la ocupación alemana de Francia durante la Segunda Guerra Mundial. Eran parte de una colección de botellas que iban a ser mostradas al público en el Thyssen, con motivo de la exposición *El Vino en el Arte*. Fueron cedidas por el Museo del Vino de Burdeos. —El Inspector Jefe hizo una pausa y le entregó varias hojas con fotografías de las botellas robadas—. Para nosotros quizás sean sólo botellas de vino, pero para los franceses son parte de su Patrimonio Histórico. Así que la OCBC, la *Oficina Central de los Bienes Culturales Franceses*, no ha recibido nada bien la noticia. —Suspiró y se quitó las gafas—. Y más porque no es un caso aislado. En las últimas semanas han ocurrido robos similares en Museos de Francia, Bélgica, Holanda y Alemania. Botellas de vino históricas, todas de la época de la Segunda Guerra Mundial o anteriores. Las alarmas de Interpol han saltado. —Levantó la mano para entregarle varias hojas con notificaciones llegadas desde la oficina europea—. Detrás parece estar alguna banda internacional muy bien organizada. Y con grandes conocimientos sobre el robo en museos. Por su modus operandi podría ser alguna banda especializada en arte, que ahora ha recibido el encargo de recopilar estas particulares botellas de vino. Y ha puesto su objetivo en España. La OCBC ha sugerido que actuemos junto con la Brigada de Delincuencia. Así que Oteiza, póngase al día de todo esto. Lo antes posible. —La inspectora levantó la vista de los papeles y mantuvo la mirada con su interlocutor. El Inspector Jefe captó enseguida su mensaje.

—Lo sé, lo sé, Oteiza. Tiene varias investigaciones abiertas, y esto precisamente no entra dentro de nuestro campo. Pero es la única que habla francés con fluidez y ha tenido anteriores contactos con la OCBC y sus agentes en París. Delegue alguna de sus investigaciones y dedique tiempo a esto.

—Muy bien señor. Lo haré. —Se levantó y salió del despacho, preguntándose cómo demonios iba a ponerse al día en un tema que desconocía en absoluto.

¿Botellas de vino? No tengo ni idea sobre vino. Ni siquiera me gusta el vino. Por muy histórico que sea.

Pasó el resto de la mañana y parte de la tarde leyendo las noticias que aparecían en varios periódicos europeos sobre los distintos robos de botellas que habían ocurrido en las últimas semanas. Repasó todas las notas de la Interpol y los informes remitidos al respecto. Entró en la base de datos central y estudió la información referente al robo en Barajas. Contactó por email con el inspector Bertrand del OCBC en París. Concretó con él una videoconferencia para las seis de la tarde. Cinco minutos antes de la hora acordada, entró en una de las salas de reuniones armada con su portátil y un café sólo. Prefería llevar a cabo la comunicación en la soledad de aquella sala, para poder escuchar y hablar con total tranquilidad, alejada de los habituales comentarios jocosos de sus compañeros cuando la oían dialogar en francés.

A la hora en punto escuchó el sonido de la solicitud de llamada. Le encantaba la puntualidad francesa de Bertrand. Hizo click en el pequeño icono verde de la aplicación y al momento surgió en pantalla la imagen algo pixelada del inspector. Lucía una cuidada perilla que Oteiza no recordaba haberle visto en la última videoconferencia mantenida con él pocas semanas atrás. Una gran sonrisa acompañó su cordial *Bonjour Mademoiselle*.

—Bonjour Monsieur —replicó ella con otra amplia sonrisa—. ¿Nuevo look Bertrand?

—Así es. Me hace parecer mucho más intelectual y atractivo, ¿no te parece? —añadió él mientras se pasaba los dedos por la barbilla.

—Sin duda. Te da un aire *Les Trois Mousquetaires* muy interesante. —El comentario provocó una breve risa al otro lado de la comunicación—. ¿Qué tal va el día por París?

—Atareado. Pero mira. —La imagen comenzó a moverse sin control; una pared llena de notas, una mesa con una silla vacía, un ventanal de aluminio... hasta que quedó quieta enfocando un precioso cielo rojo que caía sobre los tejados parisinos. Al fondo, podía intuirse la silueta de la Torre Eiffel—. Precioso atardecer de finales de verano ¿eh?

—Desde luego no puedes quejarte de las vistas, Bertrand.

—Sí, tengo una vistas muy bonitas esta tarde. —La imagen volvió a sacudirse hasta que el inspector volvió a depositar el portátil sobre la mesa—. Y no lo digo sólo por la ventana. —Su rostro apareció de nuevo frente a la cámara, sonriendo esta vez con una leve picardía. La inspectora bajó incómoda la mirada, momento en el que él aprovechó para continuar rápidamente con la conversación—. Dime Oteiza, ¿a qué debo el placer de tu llamada?

—Botellas de vino. Supongo que ya sabrás lo del robo ayer en el aeropuerto de Madrid.

—Oh, sí. Las Mouton Rothschild. Mal asunto. Tenemos varios casos similares por toda Francia. Museos, y domicilios particulares. Varios de esos robos han sido en importantes Châteaux de Burdeos. Han asaltado colecciones privadas, llevándose sólo las botellas históricas del periodo de la Segunda Guerra. —La inspectora dio un sorbo a su café mientras escuchaba atentamente—. ¿Café sólo con azúcar como siempre Oteiza?

—Por supuesto Bertrand —respondió con una nueva sonrisa. Recordó cuando, dos años atrás, él pasó tres semanas en Madrid colaborando con la Brigada de Patrimonio en la investigación de la desaparición de un famoso cuadro del Museo de Lyon. Desde el primer día aprendió cómo le gustaba el café, y todas las mañanas acudía con un vaso de humeante líquido acompañado de un Croissant que, según él, comparado con los de Francia, no se merecía llevar semejante nombre. Bertrand estaba siempre pendiente de todos esos detalles de cortesía, lo cual era de agradecer en el rudo y masculino mundo policial.

—Estamos muy preocupados por esta serie de robos. Los autores son muy profesionales. Actúan rápido y con una impecable organización. No dejan rastros. Y todas esas botellas son para

nosotros muy importantes. Forman parte de nuestra historia, de nuestro patrimonio —añadió con un tono mucho más serio.

—Entiendo Bertrand. ¿Puedes enviarme más información sobre ellas? Un listado de todas, fotografías, descripción de las etiquetas... quiero ir poniéndome al día de todo lo relacionado con esta investigación.

—Por supuesto. Y te enviaré un informe técnico sobre las que han robado en el aeropuerto, por si puedes moverlo entre las casas de subastas nacionales.

—¿Casas de subastas? ¿Crees que intentarán venderlas? —preguntó extrañada.

—Podría ser. Son botellas que alcanzan grandes precios. Algunas valoradas en más de doscientos mil euros. —La inspectora abrió los ojos en exceso, sorprendida por el dato—. Y son muy cotizadas por los coleccionistas de vino. Quizás no lo hagan en una subasta pública, pero en este mundillo también suele haber muchas subastas privadas.

—De acuerdo Bertrand. Te mantendré informado.

—¿Y qué planes hay para esta noche, inspectora? —preguntó el sonriente inspector tras unos segundos de silencio.

—Tranquilidad en casa. Como siempre. Un buen libro y pronto a dormir. —Evitó decirle *pronto a la cama.*

—Algunas cosas nunca cambian ¿verdad? —añadió guiñando un ojo.

—Nunca Bertrand, nunca —contestó, acompañando las palabras con algo parecido a una sonrisa—. Hasta pronto. —Pulsó el icono rojo y la imagen del francés desapareció de la pantalla. Oteiza se quedó unos minutos allí sentada, terminando el café, recordando la siempre insistencia del inspector por tener una cita con ella durante aquellas tres semanas que trabajaron juntos. Pero nunca era bueno mezclar el trabajo con el placer. Y aunque Bertrand era simpático, inteligente y bien parecido, no quería permitirse el romper su rutina diaria por salir con él. No quería complicaciones. No quería jugar a comenzar nada que desde el inicio no tenía futuro alguno. Las relaciones a distancia nunca le habían funcionado. En realidad, las relaciones nunca le habían funcionado; con distancia, o sin ella.

5

La tarde caía lentamente, dejando paso al bullicio típico que recorría el barrio llegada la noche; turistas y más turistas recorrían las calles mapa en mano. Tras el cierre de los museos, muchos de ellos subían hacia la Plaza Santa Ana en dirección a la Plaza Mayor. La cercana calle Huertas comenzaba a tener ambiente. Tras franquear la puerta de entrada de la galería de arte, Oteiza encontró un remanso de tranquilidad entre tanto alboroto. Quedó aislada del sonido del jaleo de afuera, y se dedicó observar en silencio las obras expuestas.

—No me lo puedo creer. Benditos los ojos que te ven. —La siempre espectacular Sofía se acercó desde el fondo de la galería desafiando las leyes de la gravedad sobre sus altísimos tacones—. Dame un abrazo. —Rodeó con sus brazos a la inspectora, que a pesar de su nada despreciable altura, quedaba en un plano más inferior que la galerista—. Debería darte vergüenza. No has aparecido por aquí en casi un mes.

—Lo siento Sofía, lo siento. He estado... ocupada —contestó separándose del abrazo.

—¿Tanto como para no responder ni siquiera a mis llamadas? —Mantuvo las manos en sus hombros mientras la miraba a los ojos.

—Venga Sofía, ya me conoces. Hay rachas en las que necesito aislarme.

—Pues esas rachas no deberían de ser tan largas —replicó la galerista.

Claro que la conocía. A ella y a *sus rachas*. Esos periodos de tiempo variable en los que desaparecía totalmente para sus amigos. Llevaba años siendo testigo de ello. Desde la universidad, cuando estudiaron juntas, y a lo largo de los años posteriores, cuando ingresó en el cuerpo y empezó a labrarse una carrera en la Policía Judicial. Épocas en las que la depresión llamaba a su puerta enfundada en viejos recuerdos; épocas en las que se centraba en sus estudios o en su trabajo, sin vida social, sin contacto con nadie que no estuviera estrictamente relacionado con sus ocupaciones. Esa era siempre su huida.

—Vale. Échame la bronca. Ponme una penitencia. La cumpliré. —Sonrió.

—Hoy he quedado después de echar el cierre, pero esta semana no te escapas de que vaya a cenar a tu casa. Se está terminando el verano y a esa terraza hay que sacarle partido antes de que llegue el frío.

Sofía estaba enamorada del ático de Oteiza. Le encantaba montar cenas en la amplia terraza y quedarse hablando hasta altas horas de la madrugada. En el fondo, lo que le gustaba era romper con todo tipo de argucias la aburrida rutina de la inspectora.

—Vale, pero sin invitados sorpresa, ¿de acuerdo?

En la última velada *Made in Sofía*, se había presentando convertida en Celestina, acompañada por uno de los jóvenes pintores que representaba.

—Tranquila. Ya aprendí de la última vez. Por cierto. Suele preguntar por ti. Y con bastante insistencia.

—Por favor Sofía. No funcionó. Ya está.

Tras aquella velada, aceptó la invitación del pintor a cenar en un par de ocasiones. Quedaron otro par de veces para visitar exposiciones. Conectaron. Tuvieron unas cuantas sesiones de muy buen sexo. Pero tras unas semanas, decidió que aquello no llevaba a ninguna parte, y dejó de quedar con él. Sin más, sin explicaciones.

No era buena dando explicaciones. No era buena diciendo lo que sentía.

—Cuando las cosas se pusieron un poco serias, saliste huyendo, ¿no?

La galerista siempre se sorprendía del amplio repertorio de excusas que la inspectora era capaz de argumentar con tal de no progresar en sus relaciones. Su atractivo hacía que no pocos hombres se fijasen en ella. Se dejaba querer durante un tiempo, y cuando parecía que la cosa funcionaba, imponía de nuevo sus defensas, el gran muro con el que no dejaba que nadie se le acercase verdaderamente.

—¿Podemos hablar de otra cosa, por favor? —replicó Oteiza con gesto de cansancio.

—Por supuesto. Ven, acompáñame al despacho. Estoy terminando de embalar unas obras.

Se encaminaron hacia la parte trasera de la galería, donde Sofía tenía montada una pequeña oficina. Una gran mesa repleta de libros de arte, un iMac enorme y cientos de catálogos y folletos. Ojeó varios mientras su amiga se peleaba con la cinta adhesiva. Uno de ellos anunciaba una próxima subasta de obras de arte. Aquello activó su lado investigador.

—Sofía, ¿qué sabes de las subastas de vino? —preguntó sin dejar de mirar el folleto.

—¿Vino? ¿Desde cuándo estás interesada tú en el vino?

Sofía era una gran aficionada. Amaba el vino. Había intentado contagiar su pasión a Oteiza, pero lo había dejado por imposible. Cada vez que llevaba una buenísima botella a sus cenas, la inspectora sólo lo valoraba con un simple *no está mal*.

—Cosas del trabajo. Por lo visto algunas llegan a precios muy elevados en las subastas, ¿no?

—Sí. Bastante elevados. —Sofía se acercó al iMac—. Tanto Sotheby´s como Christie´s han organizado importantes subastas últimamente. Han visto negocio; hay mucha demanda. Déjame que busque. —Frunció el ceño mientras buscaba en la sección de favoritos del navegador—. Ajá. Aquí están. Ven, acércate. —La inspectora caminó hasta el otro lado de la mesa y miró la parte de la

pantalla que su amiga señalaba con el dedo—. Estas son algunas botellas subastadas: Château Lafite de 1869. Alcanzó un precio de 181.726 euros en una subasta de Sotheby´s en Hong Kong. Triplicó el precio de salida. —En pantalla aparecía una vieja botella con una etiqueta marrón muy gastada por el tiempo—. Mira esta otra: Un Château Lafite aún más antiguo, de 1787. Alcanzó 120.373 euros en una subasta de Christie´s. Perteneció a la bodega personal del ex presidente estadounidense Thomas Jefferson, y la botella lleva grabadas sus iniciales *Th.J* en el mismo cristal.

Sofía continuó bajando lentamente la web especializada en subastas.

—Mira esta: Château Margaux de 1787. Precio de salida 388.350 euros. Pero no llegaron a subastarla. Un operario la rompió accidentalmente antes de la subasta y la compañía aseguradora tuvo que pagar 225.000 dólares. Seguro que alguno intentó lamer el suelo donde se derramó el vino. —La galerista emitió una de sus exacerbadas carcajadas.

—¿Y botellas algo más modernas? ¿De los años 40, por ejemplo? —preguntó Oteiza con gran interés.

—Hmmm... Bueno, está este espectacular Romanée Conti de 1945 que alcanzó 87.000 euros en Christie´s. Sólo se produjeron seiscientas botellas de este Borgoña durante la Segunda Guerra Mundial. O este Château Lafite Rothschild del 1945, del año de la Victoria. Esta alcanzó los 111.266 euros. Fíjate en la etiqueta: todas sus botellas de ese año llevaban una gran *V* impresa, junto con la inscripción *Année de la Victoire*. Lo que daría por probar uno de estos vinos... —añadió Sofía.

—No puedo creer que unas botellas de vino alcancen estos precios. —Oteiza se incorporó y cruzó los brazos.

—No son sólo botellas de vino. Son pedacitos de historia —afirmó su amiga mirándola desde abajo.

—¿Y qué hacen los coleccionistas después de adquirirlas? ¿Se las beben?

—Algunos las guardan. Otros no. —Volvió a pulsar en la sección de favoritos—. Inglenook Cabernet Sauvignon de 1941. Alcanzó los 19.165 euros. ¿Sabes quién la compró? —Sofía guardó silencio unos

segundos para crear misterio y esperó a que Oteiza negase con la cabeza y volviera a inclinarse para mirar la pantalla—. Francis Ford Coppola. Y la abrió y se la bebió. Dijo que poseía un aroma a pétalos de rosa y violetas, y que estaba sorprendentemente bien conservado, teniendo en cuenta que era un vino que terminó de fermentarse justo en tiempos de Pearl Harbor. Ahora guarda la botella vacía encima de la nevera. —Ambas rieron.

—No tenía ni idea de que hubiera esta demanda de botellas *históricas*. Ni tantas subastas de vino.

—Sí, es un mercado en auge. De hecho, esta semana hay una subasta aquí en Madrid, en el Ritz. ¿Te interesaría ir? He recibido invitación, pero ya sabes que no es precisamente mi campo. El vino es sólo una afición, y lamentablemente no tengo la cartera tan holgada como para pujar por botellas caras. No pienses que es una subasta de este nivel —añadió señalando el ordenador—. Son botellas que alcanzarán altos precios, pero no son *históricas*, como les has llamado antes. —Oteiza permanecía en silencio, pensativa—. ¿Me vas a contar por qué este repentino interés por botellas de vino? —Esperó unos segundos. Entonces cayó en la cuenta—. Un momento. ¡El robo de ayer en el aeropuerto! ¡Las botellas que venían al Thyssen! ¿Te han encargado a ti investigarlo?

—No directamente. Se encarga la Brigada de Delincuencia. Pero puede ser que esté relacionado con otros robos de botellas *históricas* ocurridos en diversos lugares de Europa. Y como enlace de la Interpol de Patrimonio Histórico, me gustaría estar al tanto. Puede ser que se esté cociendo algo gordo y han pedido nuestra colaboración.

—Sé con quién tendrías que hablar. Es un auténtico experto en botellas de vino antiguas. Un erudito en la materia. Es francés, dueño de un Château en Burdeos. Y está aquí en Madrid, para asistir a la subasta del Ritz. Ve y habla con él. Seguro que puede decirte más sobre este mundo. Toma la invitación. —Le acercó un lujoso sobre, y comenzó a buscar en su tarjetero.

—¿Algún encorsetado y finolis gabacho experto en vinos? —preguntó Oteiza bromeando al imaginarse al estereotipo típico de francés dueño de viñedo.

—Es un encanto. Rondará los cuarenta. Y muy atractivo.

Sofía puso de nuevo su mirada de Celestina. La inspectora miró al techo mientras pensaba que su amiga no tenía remedio.

—Tengo aquí su tarjeta. Contactó conmigo en una de sus visitas a Madrid porque estaba interesado en unas copas de cristal del siglo XVIII que tenía expuestas aquí en la galería. Las compró sin preguntar el precio y se las envié directamente a su Château. Por lo visto tiene allí un Museo de copas de vino que alberga multitud de piezas muy valiosas.

Oteiza cogió la tarjeta. Escrito con una tipografía excesivamente clásica, aparecía su nombre: Édouard DeauVille. Suspiró.

—Está bien. Iré a la subasta y hablaré con Monsieur DeauVille. —Sofía sonrió.

—Muy bien inspectora. Muy bien. Vaya y tómese una copa. Relájese. Disfrute de la velada. Seguro que conoce a gente muy interesante. Y después quede conmigo a cenar y me lo cuenta, con todo lujo de detalles.

Oteiza sonrió, aunque en el fondo, no le apetecía nada tener que meterse en el rimbombante ambiente de una subasta de lujo en el Ritz.

6

Calculó el tiempo preciso para llegar al Hotel Ritz dando un paseo por el Museo del Prado. No quería llegar con los primeros invitados a la subasta; quería pasar desapercibida. Agradeció que el Ritz se encontrase tan cerca de su casa; el suave y ligero vestido de gasa negra que había escogido para la velada no era nada práctico para montar a horcajadas en una moto de mil centímetros cúbicos.

Atravesó la puerta giratoria del emblemático hotel y se encontró con la amplia y lujosa recepción. Una mesa con espectaculares adornos florales presidía el centro de la circular estancia, decorada con un estilo clásico de columnas griegas de mármol rosa, y una escalinata de brillante alfombra roja partía a su izquierda hacia pisos superiores. Se quedó quieta unos segundos, dudando sobre la dirección a tomar. La subasta iba a llevarse a cabo en el Salón Real, pero Oteiza no tenía ni idea de la localización de dicho salón dentro del hotel, así que decidió seguir al grupo de *trajeados* que habían entrado momentos después que ella.

El murmullo de voces aumentó de nivel cuando se acercaron al salón. Una simpática chica detrás de un mostrador recogió la invitación y le entregó un catálogo y una pequeña paleta con un *313*

impreso en ella. Le gustó el número. Creía estúpidas las supersticiones, y siempre le había gustado el trece. *Oteiza, atenta; no se te vaya a ocurrir levantar la paleta en algún momento y la líes parda.* Cruzó el arco de entrada y se quedó sorprendida por el imponente aspecto de la sala. Paredes blancas decoradas con multitud de armoniosas molduras doradas, suaves visillos enmarcados por gruesas cortinas de terciopelo azul marino en las ventanas, y una brillante pero acogedora luz que partía desde ocultos focos en las molduras de escayola del techo. *Le Petit Versailles.* En el centro de la sala, el elegante suelo de madera mostraba el escudo del Ritz, iluminado por el reflejo de los cientos de cristales de la gran lámpara de araña situada justo encima.

Habían colocado filas de sillas por toda la estancia, enfundadas en suave tela del mismo tono azul que las cortinas. Todas ellas estaban orientadas hacia el pequeño escenario montado junto al gran espejo que cubría casi la totalidad de la pared del fondo de la sala.

Casi todas las primeras filas estaban ya ocupadas. Decidió quedarse de pie en uno de los laterales junto al arco de la entrada, para poder observar desde allí a los invitados. Echó un vistazo rápido. La media de edad rondaba los cincuenta años. El traje y la corbata parecían ser el uniforme oficial de todo el sector masculino, y las tiendas de la Calle Serrano las suministradoras de todo el vestuario del sector femenino. Bolsos de Prada y Louis Vuitton quedaban informalmente depositados en el suelo junto a los Manolo Blahnik y Christian Louboutin que calzaban sus propietarias.

Cada vez que una recién llegada atravesaba el umbral de acceso, una nueva oleada de perfume caro llegaba hasta Oteiza. Esperaba reconocer fácilmente al señor DeauVille. La descripción que le había hecho Sofía debía *cogerla con pinzas*. Su amiga podía ser muy exagerada definiendo a los hombres, tanto para lo bueno como para lo malo. Así que por la mañana, había hecho una rápida busca de Monsieur DeauVille en Google Imágenes. Y fue toda una

sorpresa. Apareció toda una colección de fotos *robadas* en la Riviera Francesa. Una cubierta de barco con la costa de Cannes al fondo, una fiesta en un yate atracado en Montecarlo, un brunch en alguna zona VIP de la playa de Niza. En todas aparecía él, con camisa desabrochada, gafas de sol, copa de vino en la mano, y una imponente modelo a su lado. Y en cada foto, la chica era diferente.

Sin duda Monsieur DeauVille sabe cómo divertirse en vacaciones.

Mientras el resto de invitados fueron llenando la estancia, Oteiza aprovechó para ojear el catálogo. Separados por grupos de bodegas nacionales e internacionales, se enumeraba un extenso surtido de vinos blancos, tintos y Champagne. Junto a la fotografía de la botella, aparecía la descripción de la bodega, del vino, y el precio de salida. No eran los desorbitados precios de las subastas que le había mostrado Sofía, pero la mayoría superaban su sueldo mensual de policía. Levantó la vista de la fotografía de una dorada botella de Champagne francés, y entonces le vio. Allí estaba Monsieur DeauVille, entrando triunfante en la sala, con una espectacular rubia colgada de su brazo. Enfundado en un elegante traje oscuro de Armani, camisa blanca y corbata negra, caminó hasta las primeras filas donde aún quedaban libres dos sillas que, al parecer, estaban reservadas para él y su acompañante. Ayudó cortésmente a la rubia a quitarse la chaqueta, y esperó a que ella se acomodase en su asiento antes de sentarse.

Así que es usted todo un James Bond, Monsieur DeauVille.

Momentos después, y como si hubiesen esperado su llegada para comenzar el acto, un sujeto de refinado aspecto inglés subió al escenario y se colocó detrás del atril de madera que mostraba el nombre de la casa de subastas. Pronunció unas palabras de bienvenida con un fuerte acento londinense y agradeció la presencia a los invitados. Sin más dilación, dos azafatas colocaron sobre la pequeña mesa del escenario el primer conjunto de botellas.

Oteiza observó la pantalla de plasma situada a la derecha del escenario, donde se mostraba la fotografía del primer vino. Pingus 2004, Ribera de Duero. Precio de salida: 800 euros. El *caballero inglés* lanzó la pregunta: *¿Quién ofrece 800 euros?* La primera paleta blanca fue levantada. Y después una segunda. Y una tercera. Y en el cuerpo del inglés pareció activarse toda la cafeína que había consumido durante el día, porque de repente empezó a vocalizar rápidamente una sucesión de precios, que subían en bloques de 50 euros, mientras apuntaba con el dedo a los invitados que levantaban las paletas. Pronto la puja ascendió a los 1200 euros. Observó a Monsieur DeauVille, que inclinaba levemente la cabeza a un lado, mientras la rubia le susurraba algo al oído. Instantes después el inglés golpeó el atril con una maza, gritando un *Adjudicado* que a Oteiza le pareció demasiado entusiasmado.

El resto de las piezas de la mesa, todas Ribera del Duero de diferentes añadas, fueron subastadas alcanzando una media de 1000 euros por botella. Las azafatas colocaron un nuevo grupo de vinos sobre el oscuro mantel, y en la pantalla apareció una nueva imagen: Brunello di Montalcino Riserva 1991. Precio de salida 1700 euros. Las pujas empezaron a sucederse, esta vez más lentamente que en el conjunto anterior. La acompañante de Monsieur DeauVille volvió a susurrarle algo al oído, y el francés levantó la mano cuando la puja llegó a los 2500 euros.

¿La mano? ¿Tienes demasiada clase como para levantar la paleta de plástico?

Otro trajeado de aspecto nacional elevó la puja a 2700, pero DeauVille ofreció 2900 y la maza golpeó el atril.

Continuó la subasta de vinos italianos, pero Oteiza empezó a aburrirse. La observación de los personajes de la sala no le suministraba ningún entretenimiento, así que centró la mirada en el francés y su acompañante. La rubia no dejaba de tomar notas y hacer susurrantes comentarios, ante los cuales, DeauVille asentía con la cabeza y, en ocasiones, sonreía.

¿Es tu ayudante? ¿Tu secretaria? ¿O alguna amiguita también aficionada al vino?

Llegó el momento de los vinos franceses. Esta vez en pantalla aparecieron seis botellas: conjunto de Petrus 1976. Precio de salida 3000 euros. En la sala se escuchó el murmullo de los asistentes. Pronto empezó la rápida escalada de pujas; el moderador de la subasta no daba abasto. Señalaba con el dedo a la izquierda, a la derecha, al fondo de la sala, de nuevo a las primeras filas. Oteiza observó cómo una señora de avanzada edad levantaba la paleta desde la última fila. Con traje de dos piezas y un pequeño sombrerito ladeado, la inspectora pensó que era la doble perfecta de la Reina de Inglaterra. Cuando la puja alcanzó los 5700 euros, DeauVille levantó la mano. Y nadie más lo hizo hasta que la maza cayó con fuerza sobre el atril.

Así que sólo pujas cuando sabes que te lo vas a llevar.

Cuando anunciaron que los Champagne eran los últimos de la subasta, Oteiza se alegró. No conseguía entender esta pasión por los vinos, este desembolso de cantidades que a ella le parecían *exageradas*. Como amante del arte, entendía que ciertas obras alcanzasen elevados precios, *pero ¿botellas de vino?*. Y toda aquella gente, *¿sabía tanto de vino como para apreciar la supuesta alta calidad de aquellos caldos subastados? ¿Era una nueva manera de invertir sus fortunas?* Se imaginó a muchos de ellos presumiendo de bodegas llenas de botellas de lujo pero sin saber ni siquiera lo que *realmente* tenían. Adquiriendo a base de talonario porque simplemente *estaba de moda saber de vino*. O simular que sabes de vino.

Las botellas de Champagne, todas de Perrier-Jouët de Pernod Ricard, alcanzaron 4100 euros cada una. *Qué locura,* pronunció la inspectora. Lo pensó en alto; surgió de sus labios antes de que pudiera contenerlo. El caballero de mediana edad que estaba a su lado sonrió al oírla. *Y es muy buen precio*, le dijo en voz baja. *Sólo hay cien botellas como esas en todo el mundo.*

Oteiza asintió con la cabeza e hizo un gesto que se debatió entre *Entiendo* y *Estáis locos de remate.* La maza cayó por última vez y los asistentes empezaron a levantarse de sus asientos. Pensó que sería el momento adecuado para acercarse a DeauVille, pero rechazó la idea cuando le vio hablando con un grupo de personas. Esperaría un momento más discreto. El amable caballero que le había informado sobre la particularidad de las botellas de Champagne volvió a dirigirse a ella. *Señorita, ¿le apetece tomar una copa en el jardín? Si algo tienen de bueno las subastas, es el cocktail de después*. Sonrió y ofreció su brazo a la inspectora. Oteiza asintió.

No pego aquí ni con cola, así que una copa, o dos, serán bienvenidas.

La noche había caído sobre Madrid, y los jardines del Ritz tomaban un cariz mágico con su iluminación nocturna. Del brazo de su nuevo acompañante, bajó las blancas escaleras de mármol que rodeaban una fuente iluminada cuyo suave rumor de agua aportaba una tranquilidad añadida. Los árboles poseían en el tronco un pequeño foco que alumbraba las ramas y las hojas desde abajo, y pequeñas lámparas distribuidas por todas las mesas terminaban por completar la idílica escena.

Los invitados charlaban en pequeños grupos, y los camareros caminaban entre ellos ofreciendo bandejas repletas de copas de Champagne. Oteiza y su acompañante se situaron en una de las esquinas del jardín, capturando al vuelo dos de las copas de la primera bandeja que pasó cerca de ellos.

—Es la primera subasta a la que acude, ¿verdad?

—Mi primera subasta de vinos, así es. —La inspectora trataba de ser amable, pero no dejaba de mirar la escalinata.

—¿Y qué le ha parecido?

—Singular, sin duda alguna. Y usted, ¿ha venido interesado por alguna botella? No le he visto pujar por ninguna —preguntó Oteiza con una sonrisa.

—A estos eventos vengo sólo para hacer contactos. Empresariales, no me entienda mal señorita —se apresuró a añadir

—. Y a tomar un poco de Champagne, por supuesto. —Sonrió y observó que la copa de Oteiza estaba ya casi vacía—. ¿Otra? —preguntó.

Pero la inspectora sólo pudo contestar con un *Sí* distraído. Monsieur DeauVille descendía por las escaleras con la rubia a su lado, lentamente, como si en vez de una subasta de vinos, esto fuera la entrega de los Oscars.

Todo el mundo parecía conocerle. En cuanto llegaron al centro del jardín varios de los invitados se acercaron para saludarle. Apretones de mano ellos, besos en la mejilla ellas, y un montón de sonrisas transformadas en teatrales risas. Parecía defenderse muy bien hablando en castellano.

Estás en tu salsa, ¿eh?

Tras ofrecerle la segunda copa, el maduro acompañante se disculpó cortésmente comentando que deseaba saludar a unos amigos. Oteiza lo agradeció. Su dosis de sociabilidad diaria estaba a punto de agotarse. Sólo quería contactar con DeauVille y salir pitando de allí. Pero el francés no dejaba de charlar animadamente en un grupo cada vez más numeroso.

La inspectora sacó del bolso su móvil y la tarjeta que le había entregado Sofía. Caminó hasta detrás de uno de los árboles y desde allí mismo, oculta por el tronco, marcó el número sin dejar de mirarle. Le vio notar la vibración en el bolsillo, sacar el teléfono y mirar la pantalla. Un par de segundos después pedía disculpas y se alejaba del grupo para contestar a la llamada.

—Allô c'est qui?

Oteiza, inexplicablemente, tardó unos instantes en reaccionar cuando escuchó su grave voz a través de la línea.

—¿Monsieur DeauVille?

—Oui. C'est moi.

—Disculpe, soy la inspectora Oteiza, de la Policía Judicial, Brigada de Patrimonio. Le llamo para concretar una cita con usted. —La línea quedó en silencio. DeauVille no replicó ni preguntó nada, paró de caminar y se quedó totalmente quieto, mirando al suelo con el ceño fruncido. La inspectora decidió seguir hablando—. Sabemos

de sus conocimientos sobre el coleccionismo de botellas de vino, y nos gustaría solicitarle su ayuda como asesor.

—¿Mi ayuda como asesor? —pronunció en un castellano con acento francés que hizo sonreír a Oteiza mientras no le quitaba ojo tras el árbol.

—Así es señor. ¿Podríamos vernos mañana?

—Sí, supongo que sí. —DeauVille reanudó su caminar por el jardín—. Pase por mi hotel. Me alojo en el Wellington.

—¿A las diez de la mañana?

—Mejor a las doce, si no es molestia. —La inspectora levantó una ceja.

Vaya, así que no te gusta madrugar. O tienes planes para esta noche.

—De acuerdo, mañana a las doce. —Oteiza colgó sin esperar una despedida por parte de su interlocutor.

DeauVille se quedó mirando la pantalla del teléfono durante unos instantes con gesto preocupado. Y al momento levantó la vista y miró hacia la parte del jardín donde se encontraba ella. No podía verla entre el árbol y la multitud de invitados congregados entre ellos, pero el corazón de Oteiza se aceleró repentinamente.

¿Qué demonios?

El gesto preocupado del francés se transformó en una media sonrisa, y regresó con lentos pasos al animado coloquio que mantenían la rubia y unos cuantos trajeados.

Hasta mañana Monsieur DeauVille.

La inspectora se escabulló por una de las salidas laterales, deseosa de salir de aquel ambiente y volver a la tranquilidad de su casa. Por hoy ya había tenido más que suficiente.

7

Sientes el calor del fuego, la dureza del asfalto bajo tu tendido cuerpo, pero no puedes moverte. No oyes nada, sólo el fuerte zumbido que atruena dentro de tu cabeza. Te cuesta respirar, y por más que intentas coger aire, no lo consigues. Con gran esfuerzo giras el rostro, y sólo ves un denso humo. Y bajo la niebla oscura y pesada, ves correr a varias personas. Zapatos que pasan junto a ti, rápidos, sin detenerse. E intentas coger de nuevo una bocanada de oxígeno, pero te ahogas, sin remisión, y los pequeños puntos negros que han aparecido en tu visión comienzan a convertirse en una gran mancha negra que te envuelve, que te atrapa, haciéndote sentir presa del pánico, al borde un abismo cruel e inmisericorde.

Y entonces despiertas. Como activada por un resorte oculto, tu torso se catapulta de entre las sábanas. Estás empapada, y aspiras el aire como si acabaras de emerger de la más profunda de las fosas. Una pesadilla más, otra más. Es sólo eso. Una pesadilla. Te lo repites una y otra vez, intentando calmarte, aunque no lo consigues. Te agarras a los bordes de la cama, intentando situarte de nuevo en este universo. La luz del alba se cuela por las lamas de las persianas.

Y miras la mesilla, donde descansan los botes de las pastillas. Te sientes tentada. La solución rápida. La calma química. Pero no quieres depender de ellas. Has recorrido un largo camino, y no quieres volver atrás. Cientos de horas de terapia durante todos estos años te han llevado al punto en el que estás ahora. Y no eres una cobarde. No quieres serlo. Así que aprietas los dientes y luchas, sabiendo que esta guerra sólo se gana batalla a batalla.

Saltas de la cama huyendo de la tentación, y antes de darte tiempo a pensar, a entrar en el tortuoso camino de dejarte llevar por la *hija de puta* de tu mente, te pones en marcha. Despejas tu rostro bajo el agua fría en el lavabo, y regresas al dormitorio. Short, camiseta de tirantes, tus zapatillas de correr. Y como si la casa ardiese por los cuatro costados, cierras la puerta y bajas las escaleras saltando los escalones de tres en tres. Sales del portal y comienzas a correr. Correr. Correr. Correr.

Y en cuanto atraviesas la puerta del Retiro aumentas el ritmo. Te gusta correr. Te gusta sufrir corriendo. Te gusta sentir cómo la demanda de oxígeno de tus músculos abotarga el inclemente parloteo de tu mente. Mantienes el ritmo de tu respiración. No te gusta llevar música, porque quieres oírte; quieres escuchar el aire entrando y saliendo de tus pulmones, el quejido de tu garganta cuando estás al borde de la extenuación. Quieres escuchar el crujir de las hojas bajo tus zapatillas, el amortiguado sonido de su pisada sobre la arena y la hierba.

Siempre haces el mismo recorrido. Entras por la puerta de Felipe IV y atraviesas el Parterre. Y sigues recto, dejando el estanque a tu izquierda, hasta llegar a la parte este. Y entonces giras hacia el borde sur del parque. Y justo en el Ángel Caído vuelves a girar en dirección norte. Es tu punto favorito del recorrido. Cada vez que pasas junto a la oscura estatua, el ángel abre aún más su boca, desgarra el aire con su grito, y escuchas de nuevo los versos de John Milton: *Agita en derredor sus miradas, y blasfemo las fija en el empíreo, reflejándose en ellas el dolor más hondo, la*

consternación más grande, la soberbia más funesta y el odio más obstinado. Entiendes al ángel. Le entiendes perfectamente. No puedes ni enumerar la cantidad de veces que, a lo largo de estos años, has sentido esos versos como la vívida expresión de tu dolor interno.

Y enfilas dirección norte, apretando el ritmo. Porque aún puedes hacerlo. Conoces los límites de tu cuerpo. Y sólo te fijas en los siguientes veinticinco metros, y luego en los veinticinco siguientes, y sigues corriendo, intentando dejar atrás todo lo que te persigue. El gran peso sobre tus hombros, la losa de tu pasado, la negra mancha que amenaza con envolverte. Y al llegar al norte vuelves a girar, iniciando una nueva vuelta que recorre el parque casi en su totalidad. Cuatro kilómetros cada vuelta. Hay días que das tres vueltas. Hay días en que das cuatro. Hay días en que pierdes la cuenta. Da igual si hace calor, llueve o nieva. Es el mantra que impones a tu cuerpo y a tu mente. Correr hasta que no puedes más. Correr. Correr. Correr.

8

Oteiza comenzó su jornada laboral estudiando toda la información que Bertrand le había dejado en su buzón de correo. Aún quedaban algunas horas antes de su reunión con DeauVille, así que organizó la documentación que quería mostrar al francés. Por supuesto obviaría los detalles de los robos y de la investigación; su plan era mostrarle solamente el listado de las botellas desaparecidas y hacerle diversas preguntas sobre el mercado donde podrían moverse si querían sacar partido económico de ellas. DeauVille estaba *limpio* tanto en la base de datos de España como en la de la Interpol, pero si algo le habían enseñado los años de oficio y la vida misma, era que no podías fiarte de nadie.

Aprovechó para informar al Inspector Jefe de su contacto con el agente Bertrand, de la información que estaba acumulando, y de su intención de contactar esa misma mañana con un experto en botellas de vino *históricas*. Se interesó por el análisis de huellas de los ladrones del Mosaico del Baco, que como esperaba, aún no habían dado ningún resultado, y delegó otras dos de sus investigaciones a sus compañeros de Brigada.

De momento llevaría ella sola el caso de las botellas de vino. Bastante saturados estaban en el departamento como para requerir más recursos personales. Llamó al inspector de la Brigada de Delincuencia que llevaba la investigación del robo en Barajas, pero no pudo aportarle más información. No había nuevas pistas por el momento.

Cuando se quiso dar cuenta, había llegado la hora de salir hacia el Wellington. Es más, llegaba tarde, así que tuvo que sacar partido al motor de la *Monster* y bajar hacia el centro a una velocidad bastante más elevada de lo recomendable.

Aparcó la moto a pocos metros de la entrada del hotel y fue quitándose el casco mientras caminaba hacia ella. Entró en la lujosa recepción y se dirigió al mostrador mientras pensaba jocosamente en el improvisado tour que últimamente se estaba viendo obligada a realizar por los mejores establecimientos hoteleros de la capital. Posó el casco sobre el mostrador y se quitó los guantes mientras hablaba.

—He quedado con el señor DeauVille. ¿Pueden avisarle a su habitación? Édouard DeauVille. —El recepcionista miró un cuaderno de notas antes de contestar.

—¿Es usted la señorita Oteiza? —La inspectora asintió—. El señor DeauVille la espera en el salón contiguo —añadió señalando a su derecha.

Oteiza siguió la dirección indicada y se paró al borde de los escalones que desembocaban en un salón en forma de *L.* Decorado al más puro estilo inglés, con una gruesa y mullida moqueta granate cubriendo el suelo en su totalidad y grupos de pequeñas mesas rodeadas de sofás individuales tapizados con telas de cuadros.

Sólo faltan Jane Austen y las hermanas Brönte tomando el té.

Echó un vistazo rápido. Varios huéspedes estaban dialogando tranquilamente en mesas a ambos lados de la entrada. Giró la vista

hacia la derecha y entonces le vio. Sentado en una silla al fondo del salón, con los codos sobre la mesa y un aspecto bastante más informal que la noche anterior: camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados, y las mangas perfectamente plegadas a lo largo de los antebrazos. Tenía un periódico sobre la mesa, pero no lo estaba leyendo; la estaba mirando a ella. Y le sonreía, con un gesto mitad sorprendido, mitad divertido.

Se acercó caminando mientras bajaba la cremallera de la chaqueta de cuero. Juraría que los ojos de él habían seguido en su totalidad el recorrido descendente de la cremallera. Se puso inmediatamente de pie para recibirla.

—¿Señor DeauVille? —Él asintió—. Inspectora Oteiza. Encantada de conocerle. —Aún llevaba los guantes de la moto en la mano, así que los metió dentro del casco y elevó la extremidad para saludarle con un apretón de manos.

DeauVille acercó su mano a la suya y la mantuvo agarrada con firmeza durante un instante, un instante que a Oteiza le pareció demasiado prolongado.

—Un placer —pronunció con acento francés mientras indicaba a la inspectora que tomase asiento en otra de las sillas. Oteiza se quitó la mochila, la chaqueta y las dejó en el sofá junto a la mesa. DeauVille esperó a que estuviera sentada antes de hacer lo mismo frente a ella.

Bienvenida a la escuela de las sofisticadas técnicas de cortesía de la aristocracia francesa.

—¿En qué puedo ayudarle, detective?

—Inspectora, por favor. Eso de detective es sólo en las películas americanas —replicó Oteiza con una irónica sonrisa.

—*Touché.* —Él sonrió abiertamente.

—Como le comenté ayer por teléfono, nos sería de gran ayuda su asesoramiento. Estoy investigando una serie de robos de botellas de vino muy particulares. Me han comentado que usted tiene amplios conocimientos sobre este tipo de vinos.

—¿Y quién le ha comentado tal información? —preguntó DeauVille con tono jovial.

—Mademoiselle Duchamp. Sophie Duchamp. Usted adquirió unas copas del siglo XVII en su galería de arte, el año pasado. ¿La recuerda?

—¿Parlez-vous français? —preguntó él tras haber detectado su pronunciación al nombrar a Sofía.

—Sí, pero si no le importa Monsieur DeauVille, preferiría dialogar en español.

—Sin problema. —Oteiza prefería obligarle a hablar en castellano. Era mucho más fácil saber si alguien dudaba o mentía al no utilizar su lengua materna. *Y va a ser mucho más divertido oírte hablar con ese acento francés*—. Sí, la recuerdo. Muy profesional. Muy versada en la materia. Recibí las copas en mi Château a los pocos días. Y una señorita encantadora además. —Su sonrisa se tornó más traviesa—. ¿También colabora con la investigación?

—No, Sofía es... una amistad personal.

—Entiendo. Por su trabajo debe de hacer amistad con mucha gente interesante del mundo del arte. —Oteiza se fijó en el jugueteo de su mirada.

—Estudiamos juntas Historia del Arte —contestó la inspectora mientras abría la mochila para extraer el listado de las botellas. Quería reconducir rápidamente la conversación—. Señor DeauVille, este es el listado de las botellas desaparecidas. —Dejó los folios en la mesa y los giró en dirección al francés. Él empezó a leer el listado y su gesto fue tornándose más serio.

—Sin duda son peculiares. Botellas anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Champagne, Borgoña y Burdeos. Añadas desde 1929 a 1939. Hubo excelentes cosechas entre esos años. Sin embargo, ¿sabía usted que la cosecha de 1939 fue una de las peores? En Burdeos tuvimos muchos problemas con la lluvia. Dieron resultado a unos vinos tenues y diluidos. *Esto no es vino, sino agua de fregar los platos,* decían los viticultores. Es una vieja leyenda: El Señor siempre envía una mala cosecha de vino para anunciar el estallido de una guerra. Durante la ocupación el vino fue mediocre. Estas otras botellas que aparecen en el listado llevaban una etiqueta

que indicaban que estaban destinadas para consumo privado de la Wehrmacht alemana. —DeauVille señaló con el dedo varias líneas del listado—. Son cosechas de los años 1942 y 1943. Pésimas. Con todos los hombres reclutados no había suficiente mano de obra para hacer vino en condiciones. Y sin suministros, no llegaban los fertilizantes ni los productos para combatir las plagas. Terrible. Sin embargo, para anunciar el final, Dios envió una exquisita y abundante cosecha. La de 1945 fue épica. Sus vinos fueron increíblemente ricos y concentrados. El tiempo cálido había cargado con azúcar natural las pieles de las uvas, y debido a la escasez de botellas, los vinos permanecieron más tiempo en los toneles, haciéndoles desarrollar una mayor complejidad y un gran carácter. Fue una recompensa por los años de miseria, guerra y privaciones.

—¿Y qué interés pueden tener al robar botellas muy valiosas de excelentes cosechas junto con botellas de malas añadas?

—Quizás les interese más su valor histórico que la calidad de su vino o su valor en el mercado. —DeauVille seguía mirando el listado con gesto contrariado—. Un momento. Este conjunto de Latour, Margaux, Mouton Rothschild y Ausone de los años veinte. Reconozco estas botellas. Se subastaron a finales del 2009. Conozco al coleccionista que las adquirió. No sabía que se las habían robado. Merde. —Visiblemente afectado, suspiró y miró a Oteiza—. Para nosotros, los franceses, el vino forma parte de nuestra historia, es lo que nos define. Hace que nos sintamos orgullosos de nuestro pasado. —La inspectora observó el brillo especial que habían adquirido sus ojos. De hecho, fue el primer momento en el que se fijó en su intenso y profundo color azul. DeauVille le mantuvo la mirada un par de segundos antes de seguir leyendo.

Permaneció otro par de minutos totalmente concentrado en la lectura. Emitía sonidos de desaprobación al llegar a diversas líneas. Ella aprovechó este interludio para observarle atentamente. Los mechones de su oscuro cabello cuidadosamente despeinados, el flequillo que jugaba a desafiar la gravedad sobre sus ojos, los fuertes antebrazos y las cuidadas manos que sujetaban los papeles...empezaba a percibir a corta distancia el *atractivo* al que se

había referido Sofía. Pero ella no era mujer de caer fácilmente ante los obvios encantos masculinos, así que dejó de observarle y rompió el silencio con una nueva pregunta.

—¿Serían fáciles de vender en el mundo del coleccionista privado?

—Muy difícil. Son muy reconocibles. Es complicado venderlas.

—¿Hay algo más que pueda decirme sobre su valor histórico?

—Sí, pero necesitaría algo más de tiempo. Hay algunas cosas que me gustaría preguntar a algunos viticultores y coleccionistas de Burdeos y Borgoña —pronunció DeauVille sin quitar ojo al listado.

—De acuerdo. Podemos volver a reunirnos otro día. —El francés levantó la vista y clavó la mirada en la inspectora. Y en su rostro surgió una nueva sonrisa, una nueva versión, una sonrisa repentina que a Oteiza le pareció totalmente sincera y que le provocó un extraño erizamiento en el vello de la nuca.

—Será un auténtico placer —pronunció bajando el tono. La inspectora notó cómo se incrementaba el calor en sus mejillas.

Venga Oteiza, por favor. No me jodas. A estas alturas no me digas que vas a ruborizarte.

Intentó combatirlo recogiendo los folios. Él puso una de las manos sobre ellos para impedírselo.

—Si no es mucha molestia, ¿puedo quedarme con estos papeles? —La pregunta hizo dudar a Oteiza. No le gustaba dejar información de sus investigaciones en manos ajenas. Frunció el ceño y dudó durante unos segundos, sopesándolo.

—Está bien. Si con ello puede aportarme más información, adelante. —Se levantó y DeauVille también se puso en pie raudo y veloz. Buscó en la mochila una tarjeta con su número de teléfono y se la entregó—. Llámeme cuando sepa algo más. —Cogió la chaqueta y el casco y comenzó a caminar hacia la puerta.

—¿Disfrutó ayer de la subasta? No parecía muy entretenida en el cocktail en los jardines. —Las palabras de DeauVille la detuvieron en seco.

La inspectora no se volvió, y se forzó por detener la sonrisa que comenzaba a surgir en sus labios.

¡Qué cabrón! Me vio. Y se fijó en mí.

Reanudó su caminar, pero al llegar al último escalón, sintió la necesidad de girar el rostro y echarle un último vistazo. Y allí le vio, de pie, sonriente, con las manos en los bolsillos del pantalón, mirando atentamente cómo se iba.

Monsieur DeauVille, conmigo su juego le va a servir de bien poco.

Édouard siguió mirando el umbral de la entrada a pesar de que la inspectora había salido ya de la sala. Estaba intrigado, y mucho. Por las botellas, y por ella. Y hacía mucho tiempo que no estaba así de intrigado por nada.

9

DeauVille consultó su reloj. Pasaban unos pocos minutos de las ocho de la tarde. A pesar de ser un soleado día de septiembre, la temperatura era agradable, sin el bochorno que asolaba la capital los días de verano. Hizo girar lentamente los hielos en su vaso de Martini Bianco, mientras observaba la actividad de la plaza. Críos jugando y correteando de aquí para allá, mientras sus madres formaban pequeños grupos de charla y tertulia. Jubilados sentados en los bancos dejando pasar el tiempo. Tres universitarias en la mesa de al lado, sin hablar, cada una absorta en su propio teléfono móvil. Se recostó en la metálica silla de la terraza, ansioso por la llegada de la inspectora Oteiza. Tenía muchas cosas que contarle.

Los dos últimos días los había dedicado casi íntegramente al estudio de aquel listado de botellas. Llamadas a coleccionistas, emails a varios enólogos internacionales, consultas a un amigo historiador sobre la segunda guerra mundial... dos días reuniendo una información que estaba deseoso de compartir con ella. Y por qué no admitirlo, estaba también ansioso por verla de nuevo. Si había algo que le gustaba en las mujeres, era el misterio. Y la inspectora había activado en él un nuevo y refrescante nivel de curiosidad. Ella desprendía misterio por cada uno de sus poros.

Estaba aburrido de mujeres insípidas, cargadas de belleza exterior pero tremendamente decepcionantes una vez que indagaba más allá del físico. Oteiza parecía diferente. Muy diferente. Atractiva, y prometedoramente enigmática. Y aunque DeauVille intentaba no dejarse llevar por los tópicos, lo cierto es que el hecho de que fuese policía añadía un punto de morbo extra al misterio.

Cuando la llamó para concertar una nueva cita, ella le propuso que visitase la comisaría. Él se negó. La verdad, no le apetecía nada tener que desplazarse hasta un edificio oficial, pasar controles de acceso, y reunirse con ella en un entorno tan serio. Prefería verla en un ambiente más relajado. Así que aquí estaba, en una de las terrazas de la Plaza Santa Ana, girándose cada vez que oía el motor de una moto, esperando su presencia con la curiosidad acrecentándose minuto a minuto.

De repente tuvo un pálpito, una extraña intuición que le hizo mirar hacia una de las calles adyacentes. Y allí apareció ella, con paso firme y rápido, vestida con vaqueros y una fina camisa negra. Con semblante serio y protegida con gafas de sol, caminaba directamente hacia él. DeauVille se levantó para recibirla, y sopesó cambiar el serio apretón de manos por el más amigable y parisino saludo de los tres besos en la mejilla, pero desistió al ver que su amplia sonrisa de bienvenida no era en absoluto correspondida por la inspectora.

—Buenas tardes Monsieur DeauVille —saludó ella apretándole firmemente la mano.

—Encantado de volver a verla, inspectora. —Indicó al camarero que se acercase—. ¿Qué quiere tomar? —Oteiza se lo pensó unos instantes, y exclamó un *café sólo con hielo.*

—¿Ha tenido suerte con sus investigaciones? —A DeauVille le hubiera encantado entablar una conversación más trivial y personal antes de pasar al tema de las botellas, pero estaba claro que Oteiza era una mujer que no se andaba con rodeos. A cualquiera le hubiera parecido cortante, incluso borde, pero DeauVille lo interpretó como

un método de defensa. Tratar con ella empezaba a convertirse en un reto, un reto muy excitante.

—Oh Oui. Tengo información muy interesante. Le va a encantar. —Se quitó las gafas de sol a pesar de que la luz de la tarde le resultaba aún molesta. Anhelaba que Oteiza hiciese lo mismo, que le ofreciese el placer de ver sus ojos marrones claros, pero la inspectora se quedó protegiendo su mirada bajo los cristales oscuros. El camarero llegó con el café mientras DeauVille abría una carpeta llena de papeles. Dio un largo trago a su Martini antes de comenzar su exposición.

—Antes que nada, me gustaría hacer un poco de historia. Para ponernos en antecedentes. —Sonrió, pero Oteiza mantuvo su semblante serio—. Como ya sabrá, durante la época en que estuvieron en el poder, Hitler y sus jerarcas Nazis, Himmler, Goring y Goebbels eligieron el encantador pueblecito de, y disculpe mi pésima pronunciación alemana, Obersalzberg, cerca de Berchtesgaden, en plenos Alpes Bávaros, para establecer sus residencias de descanso. Una zona de cuento de hadas, con densos bosques y montañas de cumbres nevadas. —Oteiza asentía mientras removía el café con la cucharilla—. Allí tenía Hitler su retiro monumental, el Berghof, un lujoso chalet de más de treinta habitaciones y un enorme salón con vistas a los Alpes que utilizaba como retiro y como lugar de reuniones con sus generales. —La inspectora vertió el humeante líquido en el vaso con hielo—. En 1939, y como regalo para el quincuagésimo cumpleaños de su amado líder, el partido nazi encargó al lugarteniente Bormmann elaborar un nuevo proyecto muy cerca del chalet: perforar la montaña con túneles y construir un ostentoso ascensor con puertas chapadas en oro, lujosas alfombras y paredes de espejo que, a través de un hueco en la montaña de más de ciento veinte metros, ascendía hasta lo alto y llegaba a una pequeña casa situada a más de tres mil metros de altura. Así Hitler podría contemplar el paisaje que lo rodeaba, como *un Dios que vigila los reinos de la Tierra* —pronunció DeauVille empleando un tono teatral en la voz—. Esas son palabras que salieron de los generales nazis, no es opinión personal mía —añadió sonriendo.

—Entiendo —se limitó a decir Oteiza sin corresponder de nuevo a su sonrisa.

—A esa casita en lo alto la llamaron *El Nido del Águila*. —DeauVille sacó de la carpeta una serie de fotografías que mostraban la montaña con la pequeña casa sobre los riscos, los túneles de acceso y el interior del lujoso ascensor—. En realidad se llamaba la Casa Kehlstein, pero el sobrenombre se lo dio un diplomático francés tras haberla visitado y haberse quedado impresionado por su emplazamiento y por la parafernalia nazi y su simbología del Águila. Hitler la usó muy poco. Por lo visto solo subió en una decena de ocasiones, y durante poco espacio de tiempo. No le gustaban mucho las alturas, y decía que le faltaba el aire al haber menos oxígeno a esa altitud. La que sí la utilizó mucho fue Eva Braun, que subía a tomar el Sol, y que incluso organizó allí la boda de su hermana. Supongo que la empleó como escondite para alejarse de los momentos de furia del *pequeño cabrón.* —DeauVille observó el nacimiento de una sonrisa en los labios de la inspectora, que miraba atentamente las fotografías. Se mantuvo en silencio, estudiándola. En cuanto subió la vista y se notó observada, la sonrisa desapareció por completo.

—Ahora demos un pequeño salto en el tiempo —continuó narrando—. Abril de 1945. Las tropas aliadas ya han desembarcado en el continente y están liberando Francia junto con tropas del ejército francés. Se han internado en Alemania y están a punto de llegar a Berchtesgaden. Una división francesa, siguiendo las órdenes de Charles de Gaulle de liberar todas las partes ocupadas de Francia, se encuentra en Burdeos, terminando de expulsar a los alemanes de la península del Medoc. Oyen noticias de que las tropas aliadas están a punto de llegar al idílico retiro de Hitler en los Alpes. El orgulloso comandante de la división, Philippe Leclerc, quiere estar allí, en Alemania, donde se desarrolla la acción principal. Así que terminan la operación en el Medoc, y en apenas cinco días recorren mil kilómetros, atravesando Francia. Llegan a Alemania y se plantan en los Alpes Bávaros. Se unen a las tropas americanas, pero toman un camino paralelo y astutamente se adelantan a ellos en su entrada en Berchtesgaden. A última hora de la tarde llegan a la base del

Nido del Águila; los alemanes, antes de huir, han destrozado el motor y los cables del ascensor, así que está inutilizado. Leclerc manda llamar a uno de sus hombres, un joven sargento de veintitrés años llamado Bernard. *Tú eres de la región de Champagne, ¿no?* El joven asiente. *Así que sabrás de vinos*. Bernard vuelve a asentir. *Pues mañana por la mañana vas a salir de escalada por la montaña*. A primera hora, Bernard y un pequeño grupo de hombres comienzan la subida. Hace calor, el camino es muy complicado, y tienen que detenerse con frecuencia por el peligro de minas y trampas. El aire es demasiado tenue y les cuesta respirar. Cuando llegan a la cima, están exhaustos. Entran en la casa, y en el sótano se encuentran con una puerta blindada. Colocan una pequeña carga de explosivos. La detonan, y una vez que se despeja el polvo y el humo, la puerta aparece ligeramente abierta. Y Bernard se cuela por la pequeña apertura. Está muy oscuro. Enciende la linterna, ilumina la enorme estancia, y le cuesta unos segundos darse cuenta de lo que allí hay. No se lo puede creer.

DeauVille interrumpió la narración, y lentamente cogió el vaso de Martini, notando satisfecho cómo la impaciencia crecía en Oteiza.

—¿Y qué encuentra allí? —preguntó la inspectora con gran interés. El francés sonrió y la hizo sufrir unos segundos más.

—Apunta con la linterna a las paredes de la estancia, y se queda abrumado. Sólo se ven botellas y más botellas. En las estanterías de las paredes, en cajas de madera... Están todos los grandes vinos, todas las añadas legendarias. Los Rothschild, los Mouton, los Lafite... los mejores Burdeos, los más extraordinarios vinos que ha visto nunca. Echa una cuenta rápida. Hay miles de botellas. Y no sólo Burdeos. También están los mejores vinos de La Borgoña y Champagne. Los Bollinger, Kurg, Pommery, Moët... Cinco años antes había visto con sus propios ojos cómo Göring requisaba muchas de aquellas botellas en una bodega de su zona natal. Bernand toca las botellas para convencerse de que no es un sueño, y luego se echa a reír. También observa que hay muchos vinos con la etiqueta

Reservado para la Wehrmacht. Aquello se convierte en una fiesta para los soldados que han acometido el laborioso trabajo de llegar hasta el Nido del Águila. Descorchan algunas de las botellas y brindan por la caída de los alemanes. Supongo que fue un gran momento en sus vidas. —DeauVille sacó nuevas fotografías de la carpeta. En ellas se veían a soldados con copas en la mano, copas con borde dorado y una esvástica grabada en el cristal, repletas de vino, y rostros alegres, rostros congelados en aquel momento de felicidad, de regocijo, de júbilo tras años de miserias y penurias. Oteiza empezó a intuir por donde iba la historia. Se quitó las gafas de sol y miró a DeauVille directamente a los ojos, interrogándole. Él sacó las hojas del listado, que en diferencia con el otro día, ahora aparecían llenas de anotaciones junto a cada una de las descripciones de las botellas.

—Inspectora Oteiza —le acercó las hojas—. Todas y cada una de estas botellas robadas pertenecen a aquella colección privada del Führer. Todas y cada una de ellas fueron encontradas por Bernard y sus hombres en el Nido del Águila. Todas y cada una de ellas fueron descendidas de la montaña con extremo cuidado, y fueron devueltas a sus bodegas de origen. A cada propietario, a cada Château. Durante los siguientes sesenta y cinco años, muchas permanecieron con sus dueños o sucesores; otras fueron cedidas a museos. Algunas fueron subastadas y llegaron a coleccionistas privados. Hasta que fueron robadas por *estos impresentables* que, a saber por qué, están volviendo a recopilarlas.

Oteiza estaba francamente sorprendida. Por los datos aportados, por la impecable y entretenida narración de la historia, pero sobre todo, por el excelente trabajo realizado por DeauVille. No sólo había investigado sobre el origen de las botellas, sino que había recopilado fotografías y anotado muchísima información añadida sobre las hojas del listado.

Madre mía, sólo le ha faltado prepararme un Power Point.

—¿Ha recopilado toda esta información en sólo dos días? —preguntó—. DeauVille se limitó a sonreír, levantó el vaso de Martini a modo de brindis, lo terminó de un trago y se recostó satisfecho en la silla. —Excelente trabajo.

—¿Le he impresionado, inspectora?

—No —mintió Oteiza—. No es fácil impresionarme, Monsieur DeauVille —añadió con una mirada retadora.

—Seguiré intentándolo —contestó el francés bajando el tono de la voz, convirtiendo la frase en una aceptación de desafío.

—¿Habría alguna manera de saber qué otras botellas fueron recuperadas del Nido de Águila y aún no han sido robadas? —La inspectora ya estaba pensando en el siguiente paso. Adelantarse a futuros robos, avisar a sus propietarios. Incluso pillarles *infraganti.*

—En ello estoy —dijo DeauVille incorporándose—. Pero aún necesitaré algo más de tiempo. Recuerde que encontraron miles de botellas. La mayor parte se consumieron, y no es nada fácil seguir el rastro de las que quedaron. Han pasado muchos años. Hay muchos propietarios que ya han fallecido, y sus sucesores no tienen ni idea de lo que poseen. Y hay mucha gente que ha preferido olvidar aquellos míseros años.

—Entiendo. Por favor, avíseme en cuanto sepa algo. —La inspectora se puso en pie—. Y Monsieur DeauVille —hizo una leve pausa—. Gracias.

—Tout le plaisir est pour moi —contestó sonriente, con la excitante sensación del alumno adolescente recién felicitado por su profesora favorita.

10

La inspectora Oteiza se regaló un relajante y prolongado baño al volver del trabajo. Había sido un día largo, pero de los que le gustaban. Sin sobresaltos, sin malas noticias, sin tediosas horas de carretera viajando hasta pequeños pueblos para visitar nuevos expolios en iglesias o capillas. Había tenido tiempo para redactar informes operativos que recopilaban toda la extensa información aportada por DeauVille. Los había entregado al Inspector Jefe y había remitido un resumen de lo más importante a Bertrand. Éste le había contestado casi de inmediato con un efusivo email donde le agradecía el trabajo realizado. Ahora que la noche ya había caído sobre la ciudad, se vistió con ropa cómoda y empezó a sujetarse el pelo en un improvisado recogido justo en el momento en que sonó el timbre. Y en cuanto abrió la puerta, Sofía entró como un torbellino, armada con bolsas de una famosa tienda de comida preparada gourmet y varias botellas de vino. Hoy tocaba cena en la terraza.

—¿Y qué tal va tu investigación? —preguntó la galerista mientras le ayudaba a colocar los platos y los cubiertos sobre la mesa de madera.

—Lenta, pero avanzando paso a paso.

—¿Te ha sido de ayuda Monsieur DeauVille?

—La verdad, más de lo que esperaba. Me ha aportado un montón de información en muy pocos días.

—¿Y qué te ha parecido?

—Un auténtico experto en la materia.

—No me refería a eso —añadió Sofía con una media sonrisa. Oteiza le disparó su mirada de *¿Otra vez con lo mismo?*

—Es atractivo, sí, pero bastante presuntuoso. Creo que piensa que puede conseguir todo armado con su sonrisa. Y me da la sensación de que no parece tomarse nada en serio.

—Pero tu investigación sí que se la ha tomado en serio.

—Sí. Aunque quizás sea sólo por la novedad. Seguramente esté aburrido de todo lo que puede pagar con dinero, y esto sea el nuevo juguete del playboy millonario. Quién sabe. —Oteiza se encogió de hombros—. Bueno, y ¿qué has traído de cena? —preguntó mientras caminaba hacia la cocina.

—Suaves crepes de marisco de primero, magret de pato de segundo, y mousse de chocolate de postre. ¿Te parece bien? —gritó Sofía desde la terraza.

—Me parece perfecto —susurró la inspectora mientras extraía los paquetes de las bolsas. Ninguna de las dos tenían ni idea de cocinar; pertenecían a la nueva generación de mujeres profesionales que no pasaba mucho tiempo en la cocina, comían fuera de casa, y ante la necesidad, recurría a platos básicos de pasta o comida preparada.

El timbre volvió a sonar. *¿Quién demonios será a estas horas?* se preguntó mientras se acercaba a la entrada. La respuesta llegó en cuanto echó un ojo por la mirilla. *Maldita sea.* Suspiró, cerró los ojos y apoyó la frente en la puerta. *Maldita seas Sofía. Has tenido que ser tú. Y no sólo le has dicho dónde vivía, sino que también le has invitado a venir esta noche. Pero esta te la guardo. Vaya si te la guardo.*

Abrió la puerta con rabia contenida, apretando los dientes.

—¿DeauVille? ¿Qué hace aquí? —exclamó con tono áspero.

El francés apareció ante ella vestido de manera más informal que en las anteriores ocasiones. Vaqueros, polo negro, un bolso de mensajero cruzado sobre el torso y una incipiente barba de dos días.

—Discúlpeme por esta visita inesperada —dijo titubeante—. Tengo más información que no puede esperar. —Parecía asustado por la brusquedad de Oteiza al abrir la puerta.

Pero antes de que la inspectora pudiese replicar, apareció Sofía dando saltitos y canturreando un *Monsieur DeauVille* de lo más teatral; lo agarró del brazo y lo secuestró guiándole hacia el interior. Oteiza se quedó en el umbral, con la puerta aún agarrada con la mano, mirando cómo su amiga se tomaba todas las confianzas y llevaba al francés hasta la terraza.

Claro, venga, adelante, soy Sofía, no vivo aquí, pero pasa, pasa, como si estuvieras en tu casa.

—Mademoiselle Duchamp, encantado de volver a verla —pronunció el francés mientras se daban tres besos en la mejilla.

—Encantada Monsieur DeauVille, pero por favor, llámeme Sofía. Y no me hable de usted.

—Lo mismo digo, llámame Édouard.

—¿Te quedas a cenar? Tenemos comida de sobra, y muy buen vino —afirmó con sonrisa XL.

Oteiza llegó a la terraza justo para oír la última frase. Si las miradas matasen, Sofía habría caído fulminada en aquel justo momento.

—Será un placer —expresó mirando a la inspectora, y captó la tirantez que tensaba cada una de sus fibras musculares. Rápidamente echó un vistazo a su alrededor y a modo de distracción empezó a elogiar la belleza del ático.

Oteiza regresó a la cocina a por más platos y un nuevo juego de cubiertos. A través del espacio entre las lamas de las cortinas venecianas veía cómo Sofía le hacía a DeauVille un tour privado por la terraza. *Este lado da a la trasera del Hotel Palace, aquel a la Iglesia de Jesús de Medinacelli, aquí esta preciosidad de fuente y pilón haciendo esquina que aporta frescura y relajación al ambiente,*

¿verdad?, y aquí la zona solarium con las hamacas donde se puede tomar el sol como Dios nos trajo al mundo sin que haya miradas indiscretas, se lo aseguro...

La inspectora volvió a suspirar.

Por favor, Sofía, para, detente antes de que sueltes más información de la necesaria.

Regresó a la terraza y abrió el vino. Sofía corrió a por las copas en cuanto Oteiza terminó de verter el vino en ellas.

—Espero que te guste el vino, Édouard. No es como el de tus viñedos de Burdeos, pero es uno de mis Riojas favoritos —exclamó acercándole la copa. DeauVille llevaba rato sin decir nada. Estaba recibiendo su primera lección sobre Sofía: cuando coge carrerilla, es prácticamente imposible incluir ningún comentario entre su torrente de palabras. —¡Hagamos un brindis! ¡Por la investigación que estáis llevando! —gritó mientras levantaba la copa.

Oteiza hizo un gesto desvaído y bebió un sorbo. DeauVille miraba la copa mientras hacía girar el líquido en su interior. Lo olió durante un par de segundos y dio un pequeño sorbo, para después emitir algo parecido a un sonido de satisfacción.

—No está mal ¿eh? —preguntó orgullosa Sofía.

—¿Tempranillo?

—Sí, con algo de Mazuelo y Graciano.

—Bonito color, intenso picota con leves reflejos teja. Y complejo en nariz con frutos rojos y algo de especias.

Lo que faltaba. Encima dale cuerda a Sofía con la cata.

—Y fondo de chocolate. Amplio en boca ¿verdad?

—No está nada mal —respondió el francés mientras seguía moviéndolo y mirándolo.

Oteiza intentaba seguirles, apreciar lo que estaban comentando, pero no tenía ni idea de lo que era el picota y le parecía imposible oler a chocolate.

Esto huele a vino y nada más que a vino. Demonios ¿dónde estáis oliendo a chocolate?

—Pero Édouard, siéntate por favor. —La galerista señaló una de las sillas y se sentó a su lado. Oteiza, ninguneada, regresó a la cocina a por la comida.

No se moleste señora condesa, no se moleste, que el servicio ya les va a traer la cena a la mesa.

—Sofía, quiero aprovechar para agradecerte personalmente las gestiones que realizaste para enviarme las copas de cristal. Llegaron en perfecto estado. Ya están expuestas en el Museo —expresó el francés tras empezar a degustar los crepes.

—¿Tienes muchas piezas en ese Museo?

—Es una pequeña colección que poco a poco voy engrosando. Actualmente la componen unas setecientas piezas: copas y vasos de la antigua Grecia, Roma, Siria, Persia, China...y francesas y británicas de los siglos XVII, XVII y XIX. También estoy incorporando algunas de artistas contemporáneos.

—¿Y el Museo está en tu propio Château?

—Sí, en una de las plantas. Organizamos visitas guiadas, pero con cita previa, porque el castillo no está abierto al público. Yo resido en él la mayor parte del año y sería verdaderamente incómodo levantarme en ropa interior y coincidir con algún grupo de turistas camino del baño. —Oteiza no pudo reprimir una sonrisa al imaginar la escena.

—¿Y el Château está cerca de Burdeos? —siguió preguntando Sofía.

—Sí, en la península del Medoc, en la ribera izquierda del Garona, muy cerca de un pueblecito llamado Pauillac.

—¿El viñedo es muy grande?

Sofía, relájate, vaya interrogatorio de tercer grado que le estás haciendo.

—No es muy grande, en Château DeauVille preferimos la calidad a la cantidad —contestó sonriendo el francés.

—¿Preferimos? ¿Hay alguna Madame DeauVille que comparte contigo la gestión del viñedo?

¡Hala! Venga. No te cortes hija, no te cortes.

—Sí, de hecho la hay.

El tenedor de Sofía escapó de sus dedos cayendo sobre la porcelana del plato. DeauVille rió y se apresuró en explicarse.

—No, no estoy casado si es eso lo que he dado a entender. Estoy soltero y sin compromiso. —Miró fugazmente a Oteiza buscando su reacción—. Me refería a mi hermana. Es ella quién lleva en realidad la gestión del dominio. Es una tradición familiar. Desde que mi tatarabuela, la condesa DeauVille, fundó el viñedo a mediados de 1850, siempre ha sido llevado por mujeres. Por mi bisabuela desde finales del siglo XIX hasta 1930, mi abuela desde ese año hasta su muerte a principios del 2000, y ahora, mi hermana. Yo soy mayor que ella, pero la tradición manda. Ella fue educada para ser el relevo generacional del viñedo, y no me malinterpretéis, no me importa. Le ayudo con la gestión, sobre todo con la expansión internacional de nuestros vinos. Tengo más libertad y menos responsabilidades. Y viendo los niveles de stress que siempre acarrea, la verdad es que me siento afortunado de no llevar ese gran peso familiar sobre los hombros. Ella se ha casado y tiene dos hijos, uno de ellos una niña, así que el siguiente relevo generacional ya está asegurado.

—Muy interesante —respondió Sofia.

Un espectador ajeno, y no avezado en las técnicas de Sofía, podría haber entendido que su respuesta era por la explicación sobre la gestión femenina del viñedo, pero Oteiza sabía que su *muy interesante* se refería sólo y exclusivamente al *soltero y sin compromiso*.

—¿Y cómo es que hablas tan bien castellano?

—De pequeño me enviaron a estudiar a un colegio privado en San Sebastián.

—Qué casualidad, Oteiza es de San Sebastián.

Muy bien Sofía, muy bien. Tenías que soltarlo.

—¿Sí? Qué sorpresa. Intuía, por tu apellido, que eras del País Vasco, pero no sabía que fueras de la Bella Easo. Quizás en el pasado nos cruzamos caminando por sus calles. ¿Y cómo es que acabaste viviendo aquí en Madrid?

Oteiza se dio cuenta de que era la primera vez que se dirigía a ella tuteándola.

—Vine a estudiar la carrera, y aquí me quedé.

—Pero mantendrás allí a tu familia... ¿Sueles visitarles a menudo?

La pregunta creó un incómodo silencio. Sofía, por primera vez en toda la velada, no dijo nada, y mantuvo la vista fijada en el plato, mientras removía un trozo de crepe de un lado a otro, sin intención alguna de llevárselo a la boca. Oteiza bebió todo el contenido de su copa de un tirón. DeauVille se dio cuenta que había abordado lo que aparentaba ser un tema incómodo; parecía haber tocado otro de los misterios que rodeaban a la inspectora. Intentó romper el silencio desviando el tema de conversación hacia la galerista.

—¿Como tú, Sofía? ¿También viniste a Madrid a estudiar la carrera?

—No, yo nací en París, pero mi padre, ejecutivo de una empresa francesa, fue destinado a la sede de Madrid. Vine muy pequeña, y he vivido aquí desde entonces. Por eso coincidí con Oteiza en la carrera.

—Ah sí, la inspectora ya me comentó que habíais estudiado juntas Historia del Arte. ¿Y cómo terminaste trabajando para la Policía?—preguntó volviendo a dirigirse a Oteiza.

—Era una salida como cualquier otra.

—No te desmerezcas. Acabó la carrera con unas excelentes calificaciones y se sacó el doctorado con brillantez —añadió Sofía dirigiéndose a DeauVille—. Aprobó las oposiciones con excelente nota y ha progresado con paso firme en la Brigada, resolviendo importantes casos y recibiendo hasta menciones honoríficas. Es una auténtica luchadora a favor del arte y el patrimonio cultural. Una heroína. Querida, deberían hacer un cómic sobre ti.

Vale Sofía, no hace falta que me vendas de esa manera.

Decidió que ya era suficiente. Recogió los platos y regresó a la cocina. Mientras ponía a calentar el magret de pato en el microondas, escuchó cómo comenzaban una entretenida conversación sobre conocidos mutuos: marchantes de arte, coleccionistas privados... Oteiza agradeció que el tema fuera por otros derroteros.

Durante el segundo plato Sofía se dedicó a narrar anécdotas sobre su trabajo en la galería y lo complicado que era tratar con

artistas. Podía ser muy divertida en sus narraciones, gesticulando sin parar y haciendo un despliegue de imitaciones que hubieran sido la envidia de cualquier monologuista. DeauVille reía y, en ocasiones, miraba a Oteiza esperando encontrarse con sus ojos, deseando que la conversación hubiera estado más centrada en ella. Acababa de darse cuenta, al verla agarrar los cubiertos, que la inspectora era zurda. Quería saber muchos más detalles sobre ella. Cada vez más.

En el postre, Sofía regresó al interrogatorio.

—¿Y hasta cuándo piensas quedarte en Madrid, Édouard?

—Tengo previsto otro viaje para este fin de semana. En principio vine sólo para la subasta del Ritz, pero ha sido muy interesante alargar mi visita.

Y con el *interesante* sí que captó la atención de la inspectora. Le mantuvo la mirada unos segundos, hasta que Sofía volvió a hablar.

—Oteiza me ha comentado que has realizado una brillante investigación. —DeauVille sonrió.

¿Brillante? ¿Yo te he dicho brillante?

—La verdad es que esos robos han herido un poco mi propio orgullo. Los franceses, y en esto estarás de acuerdo conmigo Sofía, estamos orgullosos de nuestros vinos. Y como miembro de una estirpe que lo ha cultivado durante generaciones, amo el vino. El vino es uno de los primeros signos de civilización. Aparece en la Biblia, en la obra de Homero, aparece una y otra vez en las páginas de la historia del ser humano, y participa en el destino de los hombres de ingenio. Anima a todos aquellos que aprenden a saborearlo, y castiga a los que lo maltratan bebiéndolo sin moderación. Así que sí, me siento herido.

Oteiza se dio cuenta que aquel sentimiento era bastante similar a lo que ella misma sentía cada vez que se enfrentaba a un nuevo expolio de arte. La rabia que le recorría cuando otra obra de arte era robada, maltratada, ocultada, arrebatando a la gente la posibilidad de emocionarse con su contemplación, privándoles de observar su belleza.

—Pues creo que es hora de que me retire y podáis seguir hablando de esa investigación. Mañana me espera un largo día preparando una nueva exposición.

¡Oh! Venga, Sofía. ¿Desde cuándo eso te ha importado? Si la velada es interesante no te importa alargarla por mucho que madrugues.

Sofía se puso en pie y Édouard correspondió haciendo lo mismo.

—Ha sido un auténtico placer, mademoiselle. Espero que nos veamos en otra ocasión —añadió cogiéndole la mano y acercando sus labios a ella. Sofía se inclinó levemente a modo de reverencia.

Míralos, igualitos que Maria Antonieta y Luis XVI.

—No hace falta que me acompañes que ya sé dónde está la salida —le susurró Sofía al oído antes de plantarle un sonoro beso en la mejilla.

Cuando regresó de llevar los platos del postre a la cocina, DeauVille estaba al fondo de la terraza, apoyado en el muro, mirando hacia algún punto lejano. Oteiza se acercó y se puso a su lado, observando la calle en silencio.

—Un ático impresionante. Tienes muy buen gusto. —Ella sonrió sin mirarle—. Los inspectores de Policía deben de tener un muy buen sueldo para permitirse un alquiler en esta zona de Madrid —añadió girando el rostro para mirarla.

—Tengo algún ingreso extra —respondió ella. Él observó como su gesto volvía a tornarse triste. ¿Qué había dicho ahora? Parecía haber activado de nuevo algún otro de los resortes que la sumían en algo que no sabía identificar. ¿Era melancolía? ¿Era nostalgia?

—¿Es esa tu moto? —preguntó señalando la *Monster*, que permanecía aparcada en el mismo exacto lugar de siempre, a la sombra del Cristo Nazareno. Ella emitió un sonido de aprobación.

—Impresionante máquina. No esperaba menos de ti. —Aquello la hizo sonreír de nuevo.

—Y dime, teniendo el Hotel Palace aquí enfrente... ¿no has sido testigo de alguna escena anecdótica a través de sus ventanas? ¿Alguna sesión de sexo de huéspedes apasionados? ¿Algo embarazoso con algún famoso? —Oteiza empezó a reír.

—No, una pena. Parece que a todos sus ilustres huéspedes los alojan en habitaciones con vistas al Congreso o al Paseo del Prado.

—Qué lástima. —DeauVille se dio cuenta de lo atractiva que estaba en aquel preciso momento: apoyada en el muro, con el torso inclinado, mientras la brisa nocturna mecía lentamente los mechones que habían escapado del recogido, con aquella amplia e informal camiseta que dejaba al descubierto uno de sus hombros. Estaba realmente preciosa cuando reía; y era una pena no verlo más a menudo. Acababa de descubrir que si le regalaba una sonrisa, no podía dejar de mirarla.

—Me he dado cuenta de una cosa —añadió. Ella levantó una ceja a modo de pregunta—. Que no sé cómo te llamas. —La inspectora sonrió—. Hasta Sofía te llama por tu apellido.

—Prácticamente todo el mundo lo hace.

—Pero tendrás un nombre.

—Tengo un nombre.

—¿Y no vas a decírmelo? ¿No me lo he ganado? —Oteiza le mantuvo la mirada unos segundos, divertida.

—Me llamo Anne.

DeauVille quedó nuevamente capturado por su sonrisa. No dijo nada, sólo permaneció allí, mirándola, hasta que ella se dio cuenta de la intimidad que se había formado entre ellos, y de nuevo inició el camino de huida.

—¿Has podido saber más sobre las botellas?

—Sí, algo muy interesante. Ven.

DeauVille se acercó a la mesa y esperó a que ella se sentase. Y en vez de sentarse enfrente, lo hizo a su lado. Cogió el bolso y extrajo una carpeta repleta de papeles antes de comenzar a hablar.

—La alta jerarquía nazi se enorgullecía de sus conocimientos del vino y poseían enormes colecciones propias. El mariscal de campo Göring prefería los grandes Burdeos, y estaba particularmente encaprichado con el Château Lafite-Rotshchild. Según el arquitecto del Tercer Reich, Albert Speer, que también fue Ministro de Armamentos y Municiones, pocas cosas le gustaban tanto a Göring como descorchar una botella de Lafite-Rotschild y quedarse hablando hasta altas horas de la noche. —DeauVille sacó una foto de Göring—. Speer también dijo que la única vez en la que logró acercarse al cruel y tirano Göring como persona, fue una noche

compartiendo una botella especial de Lafite. Joachim von Ribbentrop, el Ministro de Asuntos Exteriores, era un gran amante del Champagne. —Colocó su foto sobre la mesa—. Durante la ocupación alemana, ninguna región sufrió tantos saqueos como la región de Champagne. Los soldados alemanes requisaron casi dos millones de botellas durante las primeras semanas de ocupación. Y durante la guerra no dejaron de exigir cantidades cada vez mayores, que los viticultores de la zona eran incapaces de satisfacer. La Kriegsmarine, la Wehrmacht, la Lutwaffe, todos querían botellas de espumoso. La Resistencia Francesa se dio cuenta de que podía empezar a prever los movimientos de tropas alemanas estudiando los pedidos que realizaban de Champagne. Por ejemplo, a finales de 1941, los alemanes encargaron un enorme pedido y solicitaron a las bodegas que las botellas fueron taponadas y embaladas para evitar sufrir daños en su viaje *a un país muy caluroso*. Ese país resultó ser Egipto, donde Rommel planeaba iniciar su campaña norte-africana. La Resistencia envió esa información a la inteligencia británica.

—Fascinante —comentó Oteiza.

—¿Verdad que sí? ¿A que no te imaginabas que el vino tuviera tanta importancia durante la guerra?

—Para nada, pero sigue, por favor.

—Los pedidos que requerían los mejores Champagne eran para satisfacer la demanda de la Platterhof, la casa de invitados de Hitler que estaba situada junto al Berhgof, y el propio Berhgof, el chalet del Furher en las montañas.

—La mansión que comentaste el otro día, la de 30 habitaciones junto al Nido de las Águilas, donde se reunía el alto mando alemán.

—Exacto. Por lo visto, las veladas en las que Hitler reunía a su séquito alrededor de la lujosa chimenea de jade verde del salón principal, eran soporíferas a más no poder. A partir de la una de la madrugada algunos miembros del séquito no podían contener los bostezos por mucho esfuerzo que hicieran para controlarse. Así que abrían las mejores botellas de espumoso en el vano intento de animar aquellas veladas estériles. Así que es comprensible que la bodega del Nido del Águila estuviera tan bien surtida de botellas de las mejores bodegas de Champagne.

Édouard sacó de la carpeta una nueva hoja.

—He hecho un nuevo listado de las botellas robadas, centrándome sólo en las de Champagne. Hay unas cuantas Moet & Chandon, Mumm y Pommery, pero las más valiosas son las Perrier Jouet. Los nazis tenían especial cariño por las Perrier Jouet. He rastreado las subastas realizadas en los últimos años, buscando botellas de Perrier Jouet anteriores a la Segunda Guerra. Y mientras efectuaba ese rastreo, y por casualidad, y después de dos pastillas de ibuprofeno para combatir el dolor de cabeza que me provocó la tediosa búsqueda —Oteiza sonrió—, me he topado con una noticia realmente interesante: La casa Perrier Jouet va a realizar una exposición de tres de sus mejores botellas de las décadas de 1920 y 1930 en un evento patrocinado por ella. —DeauVille puso sobre la mesa una foto de las tres botellas, con sus característicos dibujos florales ascendiendo por el cristal—. He llamado a mi enóloga, Christine, que también trabaja para ellos en ocasiones, y me ha confirmado la historia de esas tres botellas. Las tres fueron rescatadas del Nido del Águila.

—¿Son del Nido del Águila? ¿Y crees que pueden ser un objetivo?

—Si yo fuera el ladrón, esas serían las elegidas.

—¿Y dónde es el evento? —La inspectora ya pensaba en los posibles movimientos de anticipación.

—En el Festival de Cine de San Sebastián. Dentro de dos días. El sábado por la noche. Ya he hecho reserva en un hotel de la ciudad. Ya he comprado los billetes de avión.

San Sebastián.

Oteiza empezó a notar cómo el ritmo de su corazón se aceleraba.

San Sebastián.

—Tenemos que ir. Tenemos que estar allí por si es el siguiente robo.

Empezaba a faltarle el aire. No podía volver a San Sebastián. No había vuelto desde que se fue de allí con dieciocho años. Sintió cómo la angustia nacía en su estómago. Se puso en pie.

Tranquila, Oteiza, tranquila.

—Espera DeauVille, espera. Las cosas no funcionan así. Hay que informar a la policía autonómica, a la Ertzaintza. Tengo que informar al Inspector Jefe. Me tienen que dar permiso para ir hasta allí, cosa que veo improbable que hagan.

—¿Por qué? Ahora eres quien más información tiene de la investigación. Y tienes un posible objetivo. ¿No te gustaría pillarles in fraganti? Esta puede ser la ocasión.

—No puedo ir a San Sebastián. No puedo. No puedo. —No paraba de negar con la cabeza.

—Es durante el fin de semana. Pasamos el sábado y el domingo allí, y si no hay robo, el lunes estás de vuelta en Madrid para continuar con el trabajo en comisaría.

No puedo. No puedo. No puedo.

—DeauVille, no es tan fácil. Déjame que lo consulte antes con el Inspector Jefe y el Comisario. No es una decisión que pueda tomar sola. Mañana en cuanto sepa algo te llamo. —Édouard la observó preocupado. Sus ojos se habían oscurecido. Todos los músculos de su cuerpo estaban tensos. Le costaba coger aire, aunque intentaba disimularlo. Era como si hubiera caído una manta de oscuridad sobre ella. ¿Qué había ocurrido? ¿Era por algo que había dicho? ¿Por ir a San Sebastián?

—Y ahora, si me disculpas, se ha hecho tarde y...

—Por supuesto —contestó rápidamente Édouard. No supo que más decir. No se atrevió a preguntar más. Cuando se quiso dar cuenta la puerta se cerró a sus espaldas. Se quedó allí unos segundos, escuchando, intentando entender qué había sucedido. Tenía la impresión de haber provocado la caída de Oteiza a alguno de sus infiernos.

Ella cayó al suelo sentada, con la espalda apoyada en la puerta que acaba de cerrar. Bañada en sudor, los ojos cerrados, esforzándose por coger aire, una vez, otra, despacio, despacio, intentando mantener la calma, intentando evitar el ataque de ansiedad.

Tranquila, Oteiza, tranquila.

Sabía reconocer los síntomas. Se agarró la cabeza entre las manos, se concentró en mantener la calma, pero cada vez que la idea de volver a San Sebastián pasaba por su mente, un nuevo escalofrío la recorría entera.

11

Los motores del avión empiezan a decelerar. Notas el suave planeo de la aeronave en su camino de descenso. Miras por la ventanilla, y observas las verdes laderas, los pequeños caseríos dispersos por la falda del Monte Jaizkibel. Ves el brillo del Sol del mediodía despuntar en las crestas de las olas que rompen sobre la costa. Oyes el rugido mecánico del tren de aterrizaje al desplegarse. Tienes frío. Estás helada. Pasas tus manos por los brazos, intentando deshacer el estremecimiento que envuelve tu piel.

Has pasado el corto trayecto del vuelo inmersa en tus pensamientos. Te reuniste con el Comisario y el Inspector Jefe. Les informaste de la situación. Consideraron adecuada y necesaria tu presencia en San Sebastián. Aprobaron este corto viaje. Te comunicaste con la Ertzaintza. Les pusiste al corriente. Te lo agradecieron. Te están esperando. Pero sigues sin saber si venir aquí ha sido una buena idea. No sabes si venir con él es lo correcto. Él es un asesor, un civil; esto se sale del procedimiento habitual. Y si ocurre algo, y si la situación se torna peligrosa, él no debería estar presente. No quieres exponerle, no quieres que corra riesgos. Pero le necesitas. Él es el experto. Él es la enciclopedia de vino andante. Él se mueve en este ambiente de lujo como pez en el agua.

Has pasado dos días luchando contra el miedo. El miedo a venir aquí. El miedo a enfrentarte a tu pasado. Ayer concertaste cita urgente con tu terapeuta. Hacía meses que no le visitabas. Pasaste una hora hundida en su sofá de cuero. Le comentaste el nuevo reto que se presentaba. Él te escuchó atentamente. *Es el momento* fue su única respuesta. Y tiene razón. Así que has hecho acopio de fuerzas. Ya es hora de enfrentarte a esto. Ya es hora de dar el paso. Ya es hora de superarlo. Tienes que hacerlo. Eso es lo que te repites, una y otra vez, mientras vuelves a mirar por la ventana, y ante tu vista aparece la enorme playa de Hendaya, sus pequeñas villas blancas, la bahía de Txingudi, y respiras hondo, porque estas a punto de volver a pisar tierra, tu tierra, tus orígenes, el lugar que tanto amabas.

Tus manos aprietan con fuerza los apoyabrazos. Notas cómo él te observa disimuladamente. Lleva todo el vuelo haciéndolo. Desde la otra noche en tu terraza ha percibido tu gran inquietud. Pero no ha dicho nada, no te ha preguntado nada. Agradeces su respeto. Está perdido, no entiende lo que ocurre, pero no te fuerza a explicarlo. Agradeces su apoyo. Y no sólo lo notas en su silencio. Lo notas en la manera que tiene de mirarte. En su preocupación. Y te das cuenta de que, ya fuera de lo profesional, agradeces que te acompañe. Agradeces no estar sola. Las ruedas toman contacto con el suelo. El avión cruje en su fuerte frenado por la corta pista del aeropuerto de Hondarribia. Ya has llegado. Ya no hay vuelta atrás.

El taxi recorre veloz los kilómetros que os separan de San Sebastián. Ascendéis Gaintzurizketa. Pasáis por Rentería, por el puerto de Pasajes, y tras alzaros sobre el alto de Miracruz, ves tu ciudad al fondo. Ves emerger el Monte Igueldo en el horizonte. Muchas cosas han cambiado. Muchas cosas siguen exactamente igual a como las recordabas. La playa de la Zurriola está renovada, bulle de actividad surfera. Y te centras en mirar los majestuosos edificios del Kursaal, porque aquí, en este justo y preciso punto, lo último que quieres hacer es mirar a tu izquierda, a tu antiguo barrio,

a las calles que te vieron crecer. Te recorre un escalofrío, y te esfuerzas por no mirar, no quieres mirar, y dejas de respirar, y no vuelves a coger aire hasta que atravesáis el puente y os internáis en el Boulevard.

El hotel Londres os recibe inmerso en una frenética actividad festivalera. Hay curiosos en la puerta, oyes su murmullo al bajar del taxi. Se preguntarán quiénes sois, si formáis parte del mundo del cine que aquí se congrega. Al entrar en el hall es DeauVille quien se encarga de efectuar el registro. Le reconocen, le saludan, le dan la bienvenida como si le conocieran de toda la vida. Te asomas a las cristaleras, y ves periodistas en la terraza realizando entrevistas a quizás actores, quizás directores. No reconoces ningún rostro. Te quedas absorta cuando ves, tras ellos, el más bello de los paisajes. La bahía de La Concha. Podrías quedarte horas mirándola.

Cuando reaccionas, cuando despiertas del hipnotizante momento, te giras, y ves a DeauVille, plantado en mitad del hall, mirándote, esperándote, con las maletas a sus pies. Te ofrece otra de sus espontáneas sonrisas. Os despedís momentáneamente en la entrada de vuestras habitaciones contiguas. Pronuncia un *aquí estaré para cualquier cosa que necesites* y desaparece por el umbral de la puerta.

Te descalzas, sintiendo la mullida moqueta bajo tus pies. Deshaces la pequeña maleta, desplegando sobre la cama la ropa que has traído. Te refrescas en el baño y vuelves para descorrer las cortinas. Abres la puerta de la terraza, cierras los ojos e inspiras, inspiras ese aroma a salitre, a mar puro, que tan vívido permanecía en tu recuerdo, y que tanto has echado de menos. Y sales a la terraza, y la vista vuelve a sobrecogerte, y apoyas tus manos en la balaustrada de piedra, sintiendo el calor del Sol sobre tu cuerpo, que te envuelve, que te reconforta.

Oyes como la puerta de al lado se abre, y le ves salir a su terraza. Se asusta brevemente, no parece haber previsto encontrarte

allí asomada. Os separan tres metros de aire entre balcón y balcón. Hasta parece disculparse con su mirada, que interpretas como un *lo siento no quería molestarte*, hasta que el paisaje también le secuestra, le captura, porque hay tanto que ver, y que mirar, bajo aquella espectacular vista de un soleado mediodía de Septiembre.

¿Tienes hambre? le oyes preguntarte. *Pidamos un almuerzo ligero a la habitación,* le oyes proponerte*.* Asientes, y a los pocos minutos te reúnes con él en su balcón, y os sentáis a la mesa, donde dos ensaladas y dos copas de vino os esperan. Te observa mirar el paisaje. Cientos de recuerdos te esperan en cada lugar donde posas tus ojos. Pero te infunde alegría, porque en este justo instante sólo estás permitiendo a tu memoria liberar los momentos alegres. Él parece intuirlo, y te pregunta. *Debes de tener muy buenos recuerdos aquí en La Concha*. Sonríes, y asientes. *Cuéntame alguno.* Dejas pasar unos segundos, y miras hacia el Monte Igueldo. Y le cuentas tus recuerdos de las tardes de domingo, cuando subíais en el funicular al parque de atracciones, y montabas en los pequeños ponys, en la Montaña Suiza, en el Rio Misterioso. Tardes de risas, de diversión, que recuerdas con colores saturados, con el movimiento levemente acelerado, sin sonido, como si fuera una vieja película de Super8.

Cuéntame otro. Le señalas los toldos de la playa. Le relatas como tu familia siempre alquilaba uno todos los veranos. Cómo tu padre te enseñó a nadar en aquella orilla. Tú bien armada con manguitos en los brazos; tú y tus ganas de aprender, de hacerlo *como los mayores*, tenaz e insistente en tu lucha con las pequeñas olas que entonces te parecían enormes.

Puedo imaginarte perfectamente. No deja de sonreír. No deja de escucharte. *Cuéntame otro más*. Le señalas el reloj en el paseo. La rampa que baja a la playa a su lado. Ahí me dieron mi primer beso, le dices. Y le narras aquella noche de Semana Grande, y por un momento, vuelves a tener dieciséis años, porque el recuerdo es nítido, es cristalino, es puro, como todos los recuerdos de un primer

beso. Porque un primer beso nunca puede olvidarse. Tú ahora no lo sabes, porque no lo has visto, pero después de mirar el lugar que le has señalado, su vista ha quedado fija en tus labios. Tú ahora no lo sabes, pero en el momento que has dicho *primer beso* ha sentido una turbadora mezcla de ternura y celos. Sea quién fuera el privilegiado, le ha envidiado. Tú ahora no lo sabes, pero ha sido la primera vez que ha sentido un punzada de deseo hacía ti. Hacia tus labios. Súbita y concisa.

¿Y tus recuerdos de cuando estudiaste aquí? le preguntas. *Cuéntame alguno.* Le observas erguirse para asomar la cabeza por encima de la baranda. Mira en silencio hacia varios puntos, sopesando qué contarte. Qué no contarte. Señala la playa. *Noches de fiesta en Bataplán*. Señala el puerto. *Noches de fiesta en el Naútico*. Señala Igueldo. *Noches de fiesta en la discoteca Ku*. Ríes. *Tuviste que ser incorregible,* le dices. La rica familia le envía a estudiar a San Sebastián, pero el joven no piensa en otra cosa que en salir a divertirse y comerse el mundo. *¿Aún eres incorregible?* te atreves a preguntarle. No sabes muy bien por qué lo has hecho. Él se mantiene en silencio, mientras va cargando su mirada de travesura y doble sentido. *Creo que aún tengo remedio,* contesta.

No has mirado el reloj en toda la comida, y en un rápido vistazo observas que casi es la hora de tu cita con el agente de la Ertzaintza. Habéis pasado dos horas comiendo, hablando, recordando, riendo, y apenas te has dado cuenta del transcurrir de los minutos. Ha sido una dulce tregua. Te despides y quedáis al caer la tarde, para coger un taxi y acudir al evento de Perrier Jouet.

El inspector Otamendi te espera en la revolucionada planta baja del hotel. Encontráis una mesa tranquila en uno de los salones, y le pones al día. De los robos, del listado, de las sospechas. Es prácticamente lo único que puedes hacer; informar, asesorar, colaborar. Ellos se encargarán de vigilar el Museo San Telmo, en cuya iglesia se celebrará el evento. *Es un lugar muy seguro,* te informa. *El museo ha sido renovado recientemente. Cuenta con*

buenos sistemas de seguridad. Los accesos y la zona limítrofe estarán controlados, añade. Asientes, y te despides recordándole tu disponibilidad para cualquier cosa que sea necesaria.

Subes de nuevo a tu habitación, te tumbas en la cama. Necesitas descansar un rato. Necesitas unas horas de calma, para asimilar todo lo que está pasando, y preparar tu mente para todo lo que va a pasar. Giras el rostro y ves el vestido de noche sobre la cama, el espectacular vestido que Sofía te ha prestado para este fin de semana. Suspiras. No te apetece nada ir al evento, ni tener que engalanarte y meterte en ese ambiente en el que no te sientes nada cómoda. *Pero es lo que hay, Oteiza*. Y vuelves a cerrar los ojos.

12

Sales del lujoso ascensor de madera y le ves recorriendo el hall de un lado a otro. Se ajusta la corbata. Parece nervioso. Lanza una mirada rápida hacia ti pero no te reconoce. Vuelve a mirarte por segunda vez, y entonces se detiene al instante. Pasas las manos por las caderas, alisando una vez más la blanca seda del largo vestido. Caminas hacia él, rogando a tu equilibrio que no pierda la batalla en el desafío que plantean los altos tacones. Incapaz de disimular su sorpresa, él no separa los ojos de ti.

Te recibe con ojos brillantes y un *Inspectora Oteiza, está usted muy guapa esta noche,* al que respondes con una sonrisa y un *Usted tampoco está nada mal, Bruce Wayne.* Tú ahora no lo sabes, pero a Édouard no sólo le ha gustado el símil comicquero, el elogio recibido al compararle con el elegante millonario que por las noches protege Gotham bajo el traje de Batman. Le ha gustado el baile de tus ojos al decirlo. Le ha gustado oírte bromear, salir de tu profesionalidad, como horas antes has hecho durante la comida; dejándole mirar, aunque sólo sea un poco, por las rendijas del muro con el que te proteges.

DeauVille deja que te adelantes unos pasos. Tú ahora no lo sabes, pero cuando ha observado el escote trasero de tu vestido, cayendo vertiginoso hasta casi más allá de la cintura, ha sentido nacer otra punzada de deseo. Igualmente inesperada, más sutil, pero imposible de ser eludida. Y por un momento se ha imaginado la suavidad de tu piel desnuda bajo la lenta caricia descendente de sus dedos. Y no ha podido apartar la vista de tu espalda hasta la puerta del taxi, cuando te has girado, y le has sorprendido, y tus ojos enmarcados en maquillaje oscuro le han enviado una clara y perspicaz reprimenda. Y no ha podido dejar de sonreír como un estúpido mientras se montaba en el taxi.

El vehículo enfila por la calle San Martín en dirección al río Urumea. No dejas de mirar por la ventana. Cada esquina, cada comercio. Y al pasar por la catedral del Buen Pastor, recuerdas el día en que encontraste las diapositivas de la boda de tus padres. Fue en la mudanza a tu actual apartamento; el viejo proyector y la caja con *las diapos* habían permanecido guardadas desde tu llegada a Madrid. Extendiste una sábana blanca en la pared, apagaste la luz y enchufaste el proyector. Y de repente, en la oscuridad de aquel apartamento todavía vacío, se volatilizaron los treinta años transcurridos desde aquel entonces. De pronto eras una invitada más a la boda. Tus tíos, tus tías, tus abuelos, tus padres, todos estaban presentes en aquel mismo momento. Jóvenes, pletóricos de energía, vestidos de gala, posando después de la ceremonia en la escalinata de entrada a la catedral. Aquel día no pudiste dejar de llorar durante toda la noche, mientras pulsabas el interruptor, una y otra vez, y cada click traía una nueva instantánea, una nueva imagen de risas, de copas alzadas llenas de vino, de besos de la feliz pareja. Y ahora te esfuerzas por contener la emoción al volver a ver aquellos mismos escalones, aquella misma iglesia.

En el siguiente semáforo en que os detenéis, tu vista queda fijada en los soportales de piedra. Cuando eras pequeña, la lluvia siempre era la protagonista de los inviernos; ese suave txirimiri que parecía no mojar y acababa calando hasta los huesos. Recuerdas ir

vestida con chubasquero y botas Katiuskas a todas partes. Los martes y jueves por la tarde, acudías a clases de dibujo en una academia en la calle Fuenterrabía, y, como siempre llovía, tu madre te esperaba a la salida bajo aquellos soportales. Con el paraguas plegado en una mano y un bollo de chocolate en la otra, cubierto con aquel papel fino y satinado con el que envolvían todo en las tradicionales pastelerías del centro. Y caminabais hasta casa bajo el paraguas; tu madre preguntándote por las clases, tú degustando aquella delicia de bollo, deseando llegar lo antes posible para abrir la carpeta y enseñarle las láminas recién dibujadas.

El taxi gira en el río y ante vosotros aparece una multitud de personas congregadas a la puerta del Hotel Maria Cristina. Decenas de manos en alto portando móviles y cámaras cuyos flashes relampaguean en la noche. Antiguamente los invitados al Festival de Cine entraban por la puerta de la calle Okendo, donde tantas horas pasaste en tu adolescencia apoyada en las vallas metálicas, esperando con amigas del instituto la llegada de los actores famosos. Otro momento totalmente olvidado en tu memoria irrumpe sin previo aviso. El día que Lauren Bacall te firmó en el cuaderno. Estuviste esperando su llegada durante toda una mañana, y cuando el estómago te empezaba a rugir pidiéndote el regreso a casa, apareció el lujoso coche de la organización del Festival. Se abrió la puerta y allí apareció ella, *La Bacall*, sofisticada, lúcida, la elegancia hecha persona, y con firmes y decididos pasos se acercó hasta los que allí esperabais.

Y cuando la actriz llegó a ti, tú que la aguardabas tan excitada cuaderno y rotulador en mano, quedaste paralizada. No pudiste moverte, no pudiste decir nada, te quedaste hipnotizada por aquellos profundos y enigmáticos ojos que te miraron durante un par de segundos. Y aquella voz grave que tantas veces habías oído pronunciar *You just put your lips together and... blow,* te dijo un *Hello*. Y te firmó en el cuaderno. Y tú regresaste a casa a todo correr, y entraste gritando y dando saltos, y casi no conseguías explicarte cuando tu madre te preguntó que ocurría. Le enseñaste la firma, la firma de *La Bacall*, y cuando tu madre entendió lo que era,

se unió a tus saltos, a tus gritos, como una quinceañera más, feliz por compartir aquella alegría espontánea con su hija. Recortasteis el autógrafo y lo enmarcasteis junto a una postal en blanco y negro de la actriz, y esa misma tarde quedó colgado en tu habitación. Y volvisteis a poner en el video *Tener y no tener*, *Cayo Largo* y *El sueño eterno*, aquellos VHS en versión original que la prima Ainara os había traído de Londres y que ya empezaban a verse con gastadas líneas blancas de tantas veces reproducirlos. Qué curiosa la memoria. Qué cosas recuerda tan nítidamente tras haberlas mantenido años ocultas.

Apoyas el codo en la puerta del taxi, y pones el dorso de la mano sobre tus labios. Giras el rostro hacia la ventanilla, aún más, en un vano intento por ocultar las lágrimas que empiezan a humedecer tus ojos. Notas sin verla la mirada preocupada de DeauVille; notas, sin verla también, su dubitativa mano, que se acerca lentamente a la tuya sobre el asiento de cuero. No llega a tocarte, pero sientes su calor. Y te sirve. Te sirve de igual manera que te hubiera servido un apretón firme. Te reconforta. Cuando el vehículo para diez minutos después frente al Museo de San Telmo, ya estás preparada. Coges aire, abres la puerta, y sales del taxi volviendo a ser tú, la mujer de treinta y cinco años firme y decidida, la inspectora Oteiza de la Brigada de Patrimonio.

13

Édouard había asistido a eventos y fiestas en multitud de lugares. Castillos, lujosos hoteles, casinos... pero nunca dentro de una iglesia. Así que cuando atravesaron el claustro y se internaron por el arco de entrada, quedó maravillado. Se detuvo para observar la magnificencia de aquellos gruesos pilares que ascendían hasta los contrafuertes, la grandiosidad de aquella enorme bóveda, los frescos de los muros, y sobre todo, el inmenso y precioso lienzo situado al fondo del ábside. Miró a Oteiza, que ya estaba en *modo policial*, porque en vez de compartir con él su pequeño *Síndrome de Stendhal*, ya estaba escrutando uno a uno a todos los invitados del evento.

DeauVille vio algunos rostros conocidos, e intercambió varios saludos a medida que recorrían la nave central. Los invitados se arremolinaban en pequeños grupos bajo la elegante y estudiada iluminación que dibujaba, sobre los muros y el suelo, los patrones florales de las botellas de Perrier Jouet. Las notas de una suave música chillout viajaban por la perfecta acústica de la iglesia. En el lugar donde debería haber estado el altar mayor, tomaba el protagonismo un expositor con el logotipo de la bodega. Y dentro de ese expositor, rodeados de una mística luz, como si de una reliquia

eclesiástica se tratase, estaban los tres Champagne del Nido del Águila. Las flores blancas que ascendían por el cristal parecían algo desgastadas, pero las botellas aún brillaban, y el color dorado del papel, que enfundaba el cuello y el tapón, refulgía bajo la intensa luz. Édouard se acercó lentamente, con los ojos brillantes, con una mano extendida, como si quisiera tocarlas. Oteiza le miró divertida.

Pareces Indiana Jones acercándose al Arca de la Alianza.

Y antes de que pudieran comentar nada sobre las botellas, apareció en escena una espectacular rubia enfundada en un provocativo vestido rojo, guantes largos *Rita Hayworth* incluidos. Se aproximó por detrás a Édouard, pronunció su nombre, y en cuanto él se dio la vuelta, se colgó de su cuello estrechándole en un apretado abrazo. Y mientras acariciaba la nuca del francés con sus enguantados dedos, le susurró algo al oído. Algo que Oteiza no llegó a escuchar. DeauVille sonrió, y pareció ligeramente inquieto al girar la vista y percatarse de la interrogante mirada de la inspectora.

—Christine, quiero presentarte a la señorita Oteiza. —La rubia miró sorprendida hacia ella, como si no la hubiera visto al acercarse a Édouard. Le estrechó la mano lánguidamente, sin interés ninguno —. Christine es la enóloga que trabaja con nosotros en el Château, y quizás la recuerdes del otro día en la subasta del Ritz. Me acompañó para ayudarme a elegir las piezas interesantes.

Claro que la recuerdo. A ella y a sus susurros al oído.

—La señorita Oteiza es inspectora de la Brigada de Patrimonio. La Policía ha pedido mi ayuda como asesor en el tema de las botellas de vino. Por eso te pregunté sobre el origen de las Perrier Jouet.

—Seguro que puedes asesorarla muy bien —exclamó la rubia mientras miraba de arriba a abajo a la inspectora—. ¿En serio pensáis que alguien quiere robar estas botellas?

—No serían las primeras, Christine, ya ha habido más robos en...—El murmullo generalizado interrumpió las palabras de DeauVille. Por el arco central acababa de entrar un nuevo grupo de invitados, y los flashes de las cámaras empezaron a saltar al unísono.

—Es el actor alemán Michael Schneider — informó la enóloga—. Está invitado al evento; va a ser el encargado de abrir la primera botella de la serie *Belle Epoque*. Dentro de un par de horas presenta su nueva película en el Teatro Victoria Eugenia. Édouard, luego tenemos que hablar. Ayer antes de venir a San Sebastián, estuve observando las viñas junto a tu hermana. La maduración de las uvas está en su punto. Hemos de empezar la cosecha esta misma semana; el lunes llega el equipo de vendimiadores. Y ahora si me disculpáis, tengo que recibir a tan ilustre invitado.

DeauVille observó sonriente cómo se alejaba contoneando las caderas bajo el satén rojo.

—¿Qué? —preguntó al observar el ceño fruncido de Oteiza.

—Te agradecería, que en posteriores ocasiones, no compartas tan alegremente información sobre la investigación.

—Oh, venga. Christine es de entera confianza. La conozco desde que éramos pequeños. Su familia posee un Château cerca del nuestro, y crecimos juntos. Es una enóloga excepcional; trabaja para las mejores bodegas por toda Europa. Sabe tanto de vinos que casas como Perrier Jouet la invitan como relaciones públicas de la marca. Pero luego sabe remangarse y trabajar duro. En nuestro viñedo llevamos años esforzándonos para mejorar juntos el terroir y las técnicas de proceso de la elaboración del vino.

¿Mejorar juntos el terroir? ¿Así lo llamáis vosotros?

—¿Qué es el terroir? —preguntó Oteiza.

—El terroir es el diálogo de la vid, la tierra y la naturaleza con el hombre. Es el que genera la diversidad de los vinos y les da su razón de ser. Es el diálogo del viticultor con el medio natural que le rodea.

—Y hablando en cristiano, ¿es?... —DeauVille sonrió.

—Es como definimos a las características de la tierra, de sus minerales; el efecto del clima y cómo afecta a la vid; la orientación del viñedo, la intervención del viticultor...todos estos factores y cómo se gestionen acaban dando al vino su propia personalidad. Cada vez se tiende a hacer vinos muy parecidos, y nosotros queremos que el nuestro sea especial, diferente a cualquier otro. ¿Ahora me has entendido mejor?

—Mucho mejor.

Dónde va a parar.

La música chillout fue sustituida por la voz de Christine que, micrófono en mano y subida a un pequeño escenario de madera, dio la bienvenida a los presentes e hizo una breve introducción sobre el Champagne que se presentaba esa noche. Dejó paso al actor alemán, que subió a la tarima y descorchó la primera botella. El público empezó a aplaudir. Oteiza no lo hizo.

¿Le aplaudís por descorchar una botella?

Llenaron las primeras copas, la música volvió a sonar, y de las puertas de los laterales de la nave surgió un pequeño ejército de camareras. Vestidas con un moderno y elegante uniforme gris, comenzaron a ofrecer copas de Champagne a todos los invitados. DeauVille cogió dos copas y ofreció una a Oteiza.

—Este Champagne, aunque pertenezca a esta nueva edición llamada *Belle Epoque* y por fuera las botellas sean similares a las del Nido del Águila, es de una añada reciente —explicó Édouard. Oteiza miró a una de las camareras que rellenaba las copas en un grupo cercano a ellos, y comprobó que eran idénticas a las famosas botellas mostradas en el expositor.

—Es de variedades Chardonnay, Pinot Meunier y Pinot Noir. Es muy delicado, con aromas de limón, algo de naranja y frutas exóticas. —La inspectora intentó captar esos aromas, pero no lo consiguió; a su sentido del olfato le quedaba aún mucho que aprender. Suspiró y subió la vista hacia el impresionante lienzo del fondo del ábside.

—¿Sabes que la obra de José María Sert también fue codiciada por los nazis? —dijo señalándolo. Édouard la miró con rostro de sorpresa y se giró para observar el lienzo—. Se llama *El Altar de la Raza*; el protagonista que ves en la parte central agarrado a un árbol, es San Telmo, el patrón de los hombres de mar; en esta escena está salvando a una barca a punto de naufragar entre las tumultuosas aguas. —DeauVille seguía observando el lienzo atentamente—. Himmler quedó maravillado por su belleza durante la visita que realizó aquí en 1940. Encontró que la obra de Sert era muy adecuada a la concepción nacional-socialista del arte. De hecho

en 1942 planearon llevar varias de sus obras a Berlín para una exposición, pero fue imposible realizarla en mitad del conflicto.

Varios invitados les interrumpieron al acercarse para saludar a DeauVille. Ante todos ellos la presentó como *la señorita Oteiza*, y ante todos ellos ejecutó el mismo ritual: posar con delicadeza la mano en su espalda, dejarla allí unos segundos, y deslizar suavemente los dedos por su piel desnuda antes de retirarla. Apenas un par de centímetros, apenas medio segundo, pero Oteiza, tuvo que disimular, ante todos aquellos rostros desconocidos, la exquisita e inesperada descarga eléctrica que recorría su espalda cada vez que él la tocaba.

Oteiza, ¿qué haces? Estate atenta. No bajes la guardia.

Mientras charlaba con el director comercial de Perrier Jouet, DeauVille vio un rostro conocido entre el séquito que acompañaba al actor alemán. Oteiza observó cómo su rostro cambiaba. Se disculpó, cogió a la inspectora por el codo y la llevó rápidamente detrás de uno de los pilares.

—¿Ves el grupo que está con Schneider? —preguntó mientras se asomaba disimuladamente tras el pilar. Ella le imitó y observó al grupo—. ¿Ves al tipo de traje oscuro que está justo detrás de él?

—¿El armario de metro noventa?

—Ese mismo. Le conozco. Y creo que no va a ser casualidad que esté aquí esta noche —añadió con tono nervioso.

—¿Qué quieres decir?

—Es un tipo misterioso que se mueve por las subastas de vino de lujo. Suele representar a compradores que no quieren que se sepa su identidad. Y puedo asegurarte que también es experto en *conseguirte* el vino que desees si tienes la cantidad de dinero suficiente. Legalmente, o ilegalmente si es necesario.

—¿De qué le conoces? —preguntó Oteiza, algo contagiada por su repentino nerviosismo.

—¿No te parece algo sospechoso? ¿Que esté aquí en San Sebastián, esta noche? —DeauVille evitó contestar la pregunta de la inspectora.

—¿Estás sugiriendo que podría haber venido para *conseguir* las botellas de Champagne?

—No me extrañaría.

—Pues parece ser la sombra de Schneider —añadió Oteiza mientras observaba cómo seguía al actor alemán en su peregrinaje de saludos y apretones de mano—. Si ha venido a por las botellas, lo único que podemos hacer es tenerlo vigilado. Seguir sus pasos. Dime, DeauVille... —esperó unos segundos antes de seguir hablando — ¿Crees que tu amiga Christine podrá conseguirnos unas invitaciones para el estreno de la película? —El francés sonrió.

—Dame un momento. —Se acercó a la rubia sin dejar de observar al alemán y a su séquito. Caminó sin salir de detrás de los pilares, ocultándose. Oteiza tuvo la impresión, de que fuera por lo que fuese, DeauVille no quería ser reconocido por el personaje misterioso. Y esa sospecha le provocó una turbadora inquietud.

Oteiza, Oteiza. Estáte atenta. No bajes la guardia.

14

La temperatura iba subiendo en el interior del coche, y las esquinas de los cristales de las ventanillas comenzaban a empañarse. Él puso una mano en su pierna, deslizó los dedos por debajo de la falda y siguió subiendo. Acarició el borde de la lencería, tanteando, buscando, mientras hundía el rostro en su cuello. Ella gimió y cerró los ojos.

Los jadeos de la actriz protagonista llenaron el teatro Victoria Eugenia. Situados en el fondo de uno de los palcos laterales, DeauVille y Oteiza vigilaban al actor alemán y su séquito. En realidad era la inspectora la que estaba atenta, porque DeauVille estaba de lo más concentrado en la película. No quitaba ojo a la pantalla.

Justo antes del comienzo, Schneider había subido al escenario para realizar una corta presentación. Después se retiró al palco principal, donde ahora parecía atender a la proyección con el mismo interés que el resto de los espectadores. Oteiza miraba hacia allí cada pocos minutos, comprobando que tanto Schneider como su misterioso acompañante seguían en el palco.

A la salida de la iglesia se había encontrado con el inspector Otamendi y las patrullas asignadas para la vigilancia del museo. No le comentó nada del personaje sospechoso. No tenía ninguna base justificada para comunicar una sospecha oficial. Tan sólo la información de DeauVille que, para colmo, parecía ocultar también algún secreto en relación al *armario de tres cuerpos*.

En pantalla apareció un primer plano de la ropa interior de la protagonista, y con la iluminación de la escena Oteiza pudo ver que tanto Schneider como su acompañante se levantaban y salían del palco. Dio un codazo a DeauVille, que absorto en la tórrida escena no reaccionó a la primera, y abrió la puerta para salir al pasillo. Comenzó a caminar a paso rápido, para no perderles en caso de que abandonasen el teatro. Édouard salió un momento más tarde, y ahora daba grandes zancadas intentando llegar a su lado.

—Justo en el momento que se estaba poniendo de lo más interesante —se quejó.

Oteiza no se molestó en contestar. Estaba concentrada en calcular hacia dónde podían haber ido. Cuando oyó sus voces al final del pasillo, se dio cuenta de que venían hacia ellos. Apenas tuvo tiempo de pensar. Miró a su alrededor, sopesando rápidamente las posibilidades. No había muchas. Eligió la más cercana. Abrió una puerta que suponía que era un palco. Pero no lo era. Era un pequeño cuarto repleto de cuadros eléctricos, cables de comunicaciones y paneles de interruptores. Agarró bruscamente el brazo de DeauVille y tiró de él hacia el interior. Cerró la puerta y se quedó escuchando.

El actor y el otro tipo conversaban en francés. Se pararon a pocos metros de ellos, justo en la entrada de los baños. Con la puerta cerrada, el sonido de sus voces no llegaba con claridad, y en la semioscuridad del cuartucho decidió hacerle un gesto a DeauVille para indicarle que escuchase atentamente.

Pero cuando giró el rostro encontró sus ojos peligrosamente cerca. Oscurecidos, intensos, clavándose en su mirada. Se quedó sin

aire, y al cogerlo de nuevo, abrió levemente la boca. DeauVille bajó de inmediato la vista a sus labios. Y ella notó sobre ellos el calor de su aliento. Y giró la cabeza hacia la puerta, pero fue peor, porque ahora notaba ese suave calor sobre su cuello, erizando hasta la última terminación nerviosa. Instintivamente le puso una mano en el pecho, intentando *marcar la distancia* y todavía fue aún peor. Notó su respiración y el acelerado ritmo de su corazón. La retiró igual de rápido que al tocar la ardiente placa de un horno.

Agarró el picaporte, dejó pasar un segundo para volver a concentrarse, y con lentitud y extremo cuidado, abrió levemente la puerta, apenas unos milímetros. El sonido de la conversación llegó aún tamizado, pero entendieron perfectamente las últimas frases.

—Cada vez estamos más cerca de los Jueces. ¿Tienes todo preparado para esta noche? —preguntó el actor.

—Todo listo. Yo me encargo.

—No falles. Estas pueden ser las que buscamos.

El actor regresó caminando en dirección al palco. Oteiza abrió un poco más la puerta, lo justo para ver al personaje misterioso en su descenso por las escaleras de salida. Salió del cuartucho tirando del brazo de DeauVille que, tras escuchar la conversación, había recuperado de nuevo su estado inquieto y nervioso.

—¡Lo sabía, lo sabía! Van a robarlas esta noche —susurró. Oteiza negó con la cabeza.

—No lo sabemos. Podían estar hablando de cualquier otra cosa.

Aunque lo de *estar cada vez más cerca de los Jueces* y *Estas pueden ser las que buscamos* le había dejado intrigada.

Salieron del teatro y vieron al sospechoso esperar el semáforo en el cruce con el puente del Kursaal. Ralentizaron el paso, pasando desapercibidos entre la multitud de paseantes, curiosos y turistas que a esas nocturnas horas aún recorrían los aledaños del Festival de Cine.

Cuando la inspectora le vio cruzar la calle y tomar dirección hacia su antiguo barrio, empezó a inquietarse. *Tranquila Oteiza,*

tranquila. Seguro que sigue caminando hacia la playa. Pero no lo hizo. Al acabar el puente giró a la derecha. La inquietud se convirtió en ansiedad, y comenzó a caminar más lento. Tanto que DeauVille la adelantó varios pasos y tuvo que detenerse para esperarla. No vio su interrogativo rostro, porque mantenía la mirada clavada en el sospechoso. Justo cuando llegaron al final del puente, empezó a faltarle el aire. *Tranquila, Oteiza, tranquila*. Empezó a repetir mentalmente su mantra, una y otra vez, esforzándose por mantener la calma. El personaje misterioso giró a la izquierda y se internó por la calle Usandizaga. Y el mantra de Oteiza se transformó en un *No, no puede ser. No voy a poder. No voy a poder.*

Doblaron la esquina, y DeauVille volvió a adelantarse unos pasos. Se detuvo para esperarla, sin dejar de mirar hacia el fondo de la calle, nervioso, observando al sospechoso alejarse cada vez más. Pero cuando giró y vio a Oteiza se olvidó de todo. Caminaba dubitativa, con la mirada perdida. Había perdido el color de su rostro. Se acercó a ella para agarrarle la mano, pero en cuanto tocó su helada piel, ella la retiró bruscamente, como si no quisiera que la tocase.

La inspectora se detuvo y apoyó la espalda en la fachada del edificio. Su corazón latía desbocado. El sudor frío envolvía su cuerpo. Las piernas comenzaron a temblarle. Intentaba coger aire, pero no podía. Los temblores se propagaron por sus brazos. Vio a DeauVille aproximarse preocupado, confundido, pero levantó la mano para evitar que se acercarse. La calle empezó a emborronarse. Sintió llegar el mareo, el desvanecimiento. *Tengo que salir de aquí, tengo que salir de aquí.* Y haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban, consiguió poner en marcha sus piernas y comenzar a caminar hacia el río. Cruzó la calle sin mirar, y un coche tuvo que frenar bruscamente para no golpearla. No vio ni escuchó nada. DeauVille corrió hacia ella, se disculpó con un gesto ante la asustada conductora, y la siguió a corta distancia, a punto de agarrarla pero sin hacerlo, preparado para sostenerla, realmente asustado, incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo.

Al llegar al río la inspectora apoyó las manos en el frío metal de la barandilla. Se inclinó y cerró los ojos. Intentó controlar las nauseas. Se escuchó a sí misma, a su respiración profunda, al gemido que emitía su garganta cada vez que intentaba coger una nueva bocanada de aire. Y no pudo contener la repentina arcada que sacudió su cuerpo, y vomitó. Sintió el sabor amargo de la bilis, la acidez del Champagne al recorrer el camino de vuelta, y abrió los ojos viendo el pequeño charco que iba formándose a sus pies.

Édouard posó la mano sobre su brazo, ofreciéndole un pañuelo, pero ella volvió a moverse bruscamente para evitar el contacto. *No me toques, por favor, no me toques.* El francés dio varios inquietos pasos sobre el mismo punto. No sabía qué hacer. Miraba de un lado a otro sin saber cómo ayudarla. Se soltó la corbata y tiró de ella para quitársela. Se desabrochó varios botones de la camisa. Sus ojos se encontraron con las miradas de la gente que pasaba junto a ellos. Miradas curiosas, algunas preocupadas, otras críticas. Se sintió igual que aquellos desconocidos, porque al igual que ellos, él tampoco tenía ni la más mínima idea de que era lo que estaba pasando con aquella joven mujer apoyada en la baranda, cuyo cuerpo estaba exteriorizando *lo que fuera* de aquella brutal manera.

Tras unos minutos que a DeauVille le parecieron eternos, Oteiza tranquilizó su respiración e irguió el torso. Se acercó a ella y volvió a ofrecerle el pañuelo. Esta vez sí lo aceptó. Se quedó quieto a su lado, sin tocarla, esperando, mientras ella se limpiaba las lágrimas y el sudor del rostro. *Déjame comprenderte. Dejáme ayudarte.* Le hubiera gustado decírselo, pero no se atrevió.

—Volvamos al hotel —dijo ella con un hilo de voz.

Caminaron paralelos al río, atravesando el puente que les condujo hasta la Avenida de la Libertad. Él vigilaba atentamente sus pasos; ella intentó tranquilizarle en un par de ocasiones levantando

la mano con un gesto de *estoy bien*. Él no se atrevió a volver a tocarla; simplemente caminó a su lado.

Se detuvieron en uno de los semáforos de la gran avenida; DeauVille la observó mantener la mirada perdida en el asfalto. Y la vio ensombrecerse de nuevo; observó *la transición*, la manta oscura cayendo nuevamente sobre ella; el leve temblor en su mandíbula, las lágrimas comenzando a acumularse en sus ojos. Y de repente, y sin levantar la cabeza, ella le buscó. Se aproximó y coló lentamente las manos por dentro de su chaqueta, deslizándolas sobre la camisa en un anhelante viaje hacia su espalda. Buscó el hueco de su cuello para esconder el rostro.

Durante el primer momento él no supo cómo reaccionar. Se quedó quieto, con los brazos levemente levantados alrededor de ella, sin todavía atreverse a tocarla. Oteiza inspiró profundo y le atrajo hacia sí misma con más firmeza. Y esa fue la señal que estaba esperando; la estrechó con fuerza, la acogió en su cuerpo, intentando transmitir con su abrazo lo que no se atrevía a decirle: *Déjame comprenderte. Dejáme ayudarte.*

El semáforo se puso en verde en dos ocasiones, pero ellos no se movieron. Sólo permanecieron allí, en silencio, aislados del tráfico y de la gente que pasaba junto a ellos.

—Me has dado un susto de muerte —acabó por susurrar DeauVille—. ¿Qué te ocurre Anne? ¿Qué te ha pasado? —Oteiza se separó y subió el rostro para mirarle a los ojos.

—Vamos al hotel. —Él la agarró de la mano y tiró de ella para cruzar la calle.

La inspectora fue directa a su habitación. Abrió la puerta y caminó hacia el interior mientras DeauVille se mantenía a la espera en el umbral.

—Entra y ponme una copa, por favor —dijo antes de dirigirse al baño.

Édouard cerró la puerta, buscó dos vasos y sacó el hielo de la nevera. Ella regresó secándose el rostro con una toalla. La tiró sobre

la cama y se acercó a las puertas de la terraza. Las abrió, y en vez de salir, se quedó apoyada en el marco, mirando hacia el mar, inspirando la brisa nocturna. Deauville vertió dos botellitas de whisky del minibar en cada vaso y se acercó para entregárselo.

—Pensaba que ibas a ponerme una copa de vino.

—A veces es necesario algo más fuerte.

—Tienes razón —contestó Oteiza antes de dar un largo trago. El alcohol le ardió al pasar por la garganta, pero la calentó por dentro. Le dio el impulso que necesitaba para continuar. Lo había decidido durante aquel abrazo bajo el semáforo, y no pensaba dar marcha atrás. Tenía que contarlo. Necesitaba contarlo. Dio otro largo trago y comenzó a hablar—. Era una mañana de finales de mayo. De las grises, de las que amenazaban lluvia. Era viernes. Ese fin de semana había quedado para salir con mis amigas. Estaba muy contenta. Faltaban unas pocas semanas para terminar las clases. Por fin terminaba el instituto, por fin iba a salir de aquel colegio religioso en el que llevaba desde los cuatro años. Me esperaba la mayoría de edad, la universidad, los viajes, las aventuras... El futuro parecía estar lleno de excitantes promesas. Mi madre era profesora de francés en la escuela oficial de idiomas; entrábamos a la misma hora, así que salíamos juntas de casa. Mi padre trabajaba de ingeniero en una fábrica de Tolosa, así que siempre se iba más temprano, mientras nosotras aún desayunábamos. Justo antes de salir de casa empezó a *chispear*. Cuatro gotas mal contadas, pero me sirvieron como excusa para sugerirle a mi madre que usase la gabardina ese día. Se la había comprado con mis ahorros en las rebajas de febrero, para su cumpleaños, y me encantaba vérsela puesta. Estaba guapísima con ella. Parecía Catherine Deneuve en *Los Paraguas de Cherburgo.*

Oteiza sonrió amargamente y dio otro largo trago al whisky doble antes de continuar. DeauVille se había sentado en el borde de la cama y la escuchaba sin dejar de mirarla. Sobre el balcón estaban situadas las letras del luminoso con el nombre del hotel, y su luz roja se descolgaba e iluminaba la piel de la inspectora, recortando su figura del negro profundo de la noche.

—Bajamos a la calle, y como siempre, nos despedimos con un beso junto al portal. Ella solía ir caminando al trabajo, y yo tenía aparcado muy cerca mi pequeño ciclomotor, la *Vespino* negra con rayas rojas que utilizaba para ir a clase. Ese día me costó quitar el candado. Era una de aquellas cadenas recubiertas de plástico azul. Alguien había movido la moto durante la noche para poder aparcar mejor, y el plástico se había tensado y enganchado con los radios de las llantas. Lo conseguí soltar, me puse el casco, arranqué la moto *a empujón*, y comencé a recorrer la calle Usandizaga. Unos metros después alcancé a mi madre, que caminaba por la acera. Le toqué la bocina al pasar, y me saludó sonriente, agitando la mano, con su gabardina y el paraguas colgando del brazo. En cuanto volví a fijar la vista en la carretera, oí el estruendo. Y noté una tremenda fuerza que me empujó brutalmente hacia adelante. Me vi salir por encima de mi propia moto; vi acercarse el asfalto y cerré los ojos un momento antes del impacto con el suelo. Cuando los abrí de nuevo no podía oír nada. Sólo escuchaba un fuerte zumbido que parecía resonar y amplificarse en el interior de mi cabeza. Estaba tumbada boca abajo, podía notar mi cuerpo tirado sobre el duro asfalto. Intenté moverme, pero no pude. Sólo pude, con mucho esfuerzo, girar un poco la cabeza y apoyar la mejilla en el suelo. Noté un calor intenso llegar a mi rostro. Intenté distinguir algo, pero solo veía humo, un humo negro e impenetrable que lo envolvía todo. De vez en cuando el viento convertía el humo en remolinos, y entre los remolinos creí ver una gran masa informe que se consumía entre un infierno de llamas. Vi unas deportivas, un pantalón vaquero, alguien se había arrodillado a mi lado. Lo siguiente que vi fue el rostro de un hombre. Tenía los ojos muy abiertos y me hablaba; veía moverse sus labios, aunque seguía sin poder oír nada. Me acordé de mi madre. La llamé en mi cabeza, la busqué con la mirada, pero no pude verla. Apoyé una mano en el suelo e intenté incorporarme, pero no pude moverme ni un milímetro. Pasó el tiempo, no sé cuánto, pero el costado izquierdo empezó a dolerme. Era una mezcla de dolor y ardor. Me quemaba. Veía zapatos a mi alrededor, moviéndose de un lado a otro. Alguien me dio la vuelta lentamente, era una chica con un chaquetón amarillo. Vi las letras *DYA* escritas en él. Cerré los

ojos. Estaba cada vez más cansada, sólo quería dormir. Me quitó el casco con facilidad, era un casco abierto, sin visera. Me repetía algo, algo que oí muy bajito, al fondo del zumbido. *No te duermas. No te duermas.* Hice un esfuerzo sobrehumano por no cerrar los ojos y caer en el dulce sopor que me invadía. Me colocaron en una camilla; lo percibí al sentirme elevada sobre el suelo. Miré al cielo y vi los áticos de nuestro edificio. Vi nuestro balcón, vi los geranios de mi madre en las jardineras. La camilla se agitó al pasar sobre algo, y mi cuello, sin fuerza alguna, dejó a mi cabeza girarse a un lado. Y entonces lo vi. Había un cuerpo tendido en la acera. Un cuerpo tapado con algo. Y ese algo era la gabardina de mi madre. Era el cuerpo de mi madre. Tirado en el suelo, inerte, tapado con su gabardina. Sólo se veían sus zapatos, caídos hacia los lados, en una postura anormal, irreal. Cerré los ojos y perdí la consciencia.

Oteiza detuvo su narración. Agachó el rostro, subió la mano y se retiró las lágrimas que comenzaban a caer por sus mejillas. DeauVille apartó la mirada. Se quedó con la vista fija en el ámbar líquido de su vaso. Estaba conmovido. Sentía su dolor. Lo sentía como propio. Un dolor bajo, sordo, amargo, que le inundaba el pecho.

Anne inspiró con fuerza, se irguió, y continuó hablando.

—Me despertó el intenso dolor del costado. Estaba dentro de la ambulancia, camino del hospital. Cada bache era un nuevo ramalazo de dolor que se iniciaba en las costillas y me recorría entera. La chica del chaquetón amarillo iba a mi lado, me agarraba de la mano, controlaba unas bolsas de líquido sobre mi cabeza, y me pasaba la mano por la frente. *No te duermas. No te duermas. Ya llegamos.* Aguanté hasta que se abrieron las puertas de la ambulancia. En aquel momento se me cayeron los párpados, y no volví a abrirlos en dos días. Cuando desperté estaba en una habitación del hospital. Abrí los ojos, pensando que todo había sido una pesadilla. Pero entonces vi las cortinas, las paredes blancas, y el rostro de mi tía Arantxa. Me miraba con ojos enrojecidos, cargados de pena, e intentó sonreírme, pero no lo consiguió. Y me di cuenta de todo

había sido real. Fue ella quién me contó que aquella mañana de martes había explotado una bomba al paso del coche de un alto cargo del ejército. Una bomba trampa, oculta durante la noche junto a unos contenedores, expectante, accionada por control remoto desde las inmediaciones. La onda expansiva de esa bomba fue lo que me tiró de la moto. La onda expansiva fue lo que lanzó a mi madre contra la fachada. La proyectó con tal potencia, con tal brutal intensidad, que murió en el acto al golpear la piedra. Lo que se me clavó en el costado fue la metralla; trozos de metal que desgarraron mi cazadora y se clavaron en mi piel. Tuve suerte. No me dañaron ningún órgano interno. La mochila cargada de libros fue lo que protegió mi espalda. No vi a mi padre hasta días después, cuando salí del hospital. No era el mismo. Nunca volvió a ser el mismo. Seguía en shock, sumido en una tristeza infinita. No había tenido fuerzas para hablar conmigo, por eso había sido el rostro de mi tía el que había visto junto a mi cama todos aquellos días. Él se limitaba a mirarme desde lejos, desde la puerta. Cuando regresamos a casa los muros cayeron sobre nosotros, y cuando me confesó que...

Oteiza no pudo continuar. Tuvo que parar. Sus técnicas aprendidas durante años para no caer en la mísera y atroz autocompasión le estaban sirviendo de bien poco. El dolor había regresado con cada una de las palabras. Hacía tanto tiempo que no lo contaba...

No pudo detener el torrente de lágrimas. Las dejó salir, las dejó convertirse en sollozo. Pero en esta ocasión fue liberador; se estaba desahogando; por primera vez en su vida notó aligerarse el gran peso que durante años había oprimido su alma. Y aquello fue renovador. Total y absolutamente renovador.

Acabó el contenido del vaso de un solo trago y se dio la vuelta. DeauVille se había levantado y estaba justo detrás de ella. No la miraba, mantenía la cabeza agachada. Él movió el brazo y le agarró la mano. Suave al principio; firme después. Aquello le dio la fuerza para seguir hablando.

—Entonces fue cuando decidí irme. No podía seguir viviendo en aquella casa. No podía seguir en aquel barrio, ni siquiera podía quedarme en la misma ciudad. Pasé el verano en la casa del hermano de mi padre, en La Rioja. Hice la selectividad en Septiembre, y huí a Madrid. Y no volví más. Hasta ahora.

DeauVille irguió el rostro y la miró. Y en el profundo azul de sus ojos ella vio tristeza, pero sobre todo vio comprensión, serenidad; un infinito e incondicional apoyo que hacía mucho tiempo que no veía en otros ojos.

—Lo siento mucho, Anne. Lo siento muchísimo.

Ella no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando sus ojos.

—Pero esto es un punto y aparte Anne. Ya has regresado. Ya estás aquí. Te has enfrentado a ello. A partir de ahora podrás volver siempre que quieras. Y cada vez que lo hagas avanzarás un poco más. ¿Y sabes qué necesitas?

Oteiza negó con la cabeza.

—Crear nuevos recuerdos aquí en San Sebastián. Nuevos y buenos recuerdos. Y vamos a empezar ahora mismo. Confía en mí.

15

Si Sofía mirase por un agujero y te viera en este preciso instante, no se lo creería. Cualquiera que te conociera un poco pensaría que te has vuelto loca. La seria y responsable inspectora Oteiza, que nunca se aleja de sus rutinas, que nunca pierde el control, es incapaz de dejarse llevar así. Es imposible.

Sin embargo, aquí estás, con el albornoz del hotel, con las zapatillas de felpa de la habitación, corriendo por la acera del Paseo de La Concha, camino de las escaleras de la playa. Esquivas a una parejita, esquivas a una despedida de solteros que vocifera piropos a tu paso, y sigues a Édouard, al *incorregible*, que ha tenido la loca idea de bajar a bañarse en el mar en mitad de la noche.

Y a ti te ha parecido bien, porque esta noche te sientes liberada, por fin has detenido tu mente, has dejado de pensar, y sólo quieres dejarte llevar. Y ahora hundes tus pies en la arena, y sonríes, porque Édouard se ha quitado el albornoz y corre en calzoncillos hacia el agua, convertido en un *Mitch Buchanan* improvisado, y cuando empieza saltar sobre las pequeñas olas se da cuenta de que el agua está fría, está helada, y Édouard grita*,* y tropieza, y cae, y se empapa entero, y sigue gritando, y tú no puedes dejar de sonreír.

Y te quitas el albornoz, y te quedas en ropa interior, y te acercas al agua, y te internas en ella, y sientes en las piernas los miles de alfileres, y te detienes, y dudas, pero le miras a él, que ya está de pie, unos metros mar adentro, que levanta el brazo, que te ofrece la mano, que te dice un *Ven* que más que oír lees en sus labios, y entonces notas el tirón, la imperiosa necesidad, y comienzas a caminar, decidida, sin vuelta atrás.

Cuando llegas a su altura coges su mano, él sonríe, tú sonríes, y aún os internáis más, hasta que el agua os cubre, y nadáis, y reís, y tú lo archivas, archivas todo en tu memoria, hasta la última sensación, porque sabes, que la próxima vez que vuelvas y mires la playa, este será tu recuerdo. Tu nuevo feliz recuerdo.

Y hundes la cabeza en el agua, y aguantas la respiración, y ya no sientes el frío, sólo sientes calma. Y aguantas otro poco más. Y cuando sientes tus pulmones a punto de estallar, te das impulso, y emerges, y tomas una inspiración larga y profunda, y te sientes renacida.

Y buscas a Édouard, que flota junto a ti, atento, mirándote intensamente.

Y le dices un *Gracias*.
Y sus ojos brillan.
Y sonríe.
Tout le plaisir est pour moi.

16

Oteiza se despertó con las primeras luces del alba. Le costó darse cuenta de dónde estaba; había caído en un profundo sueño nada más meterse en la cama; sin pesadillas, sin los múltiples y bruscos despertares que habitualmente marcaban el ritmo de sus noches. No había cambiado de postura ni una sola vez y ahora su cuerpo se quejaba, anquilosado por la absoluta relajación y la falta de movimiento. Se estiró perezosamente, y decidió que sentir el oxígeno corriendo por sus venas sería una buena manera de empezar el nuevo día.

Quince minutos después sus zapatillas de deporte pisaban el irregular pavimento de adoquines del puerto. Despuntaba un día espléndido, luminoso, con un ligero frescor matinal que añadía una pureza casi irreal al aire que entraba y salía de sus pulmones. Las gaviotas graznaban mientras revoloteaban sobre los barcos de recreo, y algunas de ellas se aventuraban a descender, observando atentas desde el borde del muelle, el trasiego de los pescadores en las cubiertas. Ordenaban los aparejos, arrancaban los motores diesel para salir a probar suerte, esperando aprovechar la dominical mañana capturando alguna buena pieza.

El ejercicio empezaba a despertar su aturdido cerebro. Aún le resultaba extraño estar aquí, en San Sebastián. Ascendió las escaleras del Aquarium y llegó al Paseo Nuevo. *Oteiza, ¿se puede saber qué te pasó ayer a la noche? ¿En qué estabas pensando?* Sonrió al recordar el baño en La Concha. Sintió un breve momento de vergüenza, pero no se arrepintió de haberlo hecho; fue liberador, fue divertido, fue *algo* bonito. Hacía mucho tiempo que no se dejaba llevar así.

¿Y por qué te dejaste llevar así Oteiza? Intentó contestarse a sí misma. No era ella. Durante aquel rato, no fue ella. Después del ataque de pánico, del duro momento de relatar el atentado....estaba, sin duda, sacudida por todo lo acontecido. Era la única explicación para haber accedido a la sugerencia de DeauVille, que en otro cualquier momento le hubiera parecido una idea loca y absurda.

Pero sabía que esa no era la respuesta adecuada. Al menos no era la única respuesta. Había algo más. *¿Qué demonios te está pasando con DeauVille?* Ya no sólo era la reacción de su cuerpo ante su proximidad, o la extraña pero ineludible intimidad que se estaba creando entre ellos. Estaban sus profundos ojos cargados de aquel claro y directo mensaje de apoyo.

Tenía que estar atenta, porque no podía permitirse sentir algo. No podía dejarse llevar por ello. No quería hacerlo. No era el momento. Él no era el adecuado. Pertenecían a dos mundos totalmente opuestos. *Eres una estúpida. Ya estás sintiendo algo.* Apretó los dientes y aumentó el ritmo para callar sus propios pensamientos.

Pasó el edificio de la Sociedad Fotográfica y vio algo a su derecha que la hizo detenerse bruscamente. En la explanada frente al Museo San Telmo había varios coches patrulla con las luces encendidas. *Mierda*. Corrió hacia donde estaban, y observó al

inspector Otamendi saliendo por la puerta principal. El ertzaina se sorprendió al verla con su atuendo deportivo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó sin ni siquiera saludarle.

—Inspectora Oteiza, iba a llamarla ahora mismo. Las botellas de Champagne han desaparecido —exclamó con cierto nerviosismo.

—¿Cómo que han desaparecido? —Su tono de voz fue demasiado alarmante.

—Han dado el cambiazo. A primera hora los encargados de Perrier Jouet han desmontado el expositor y han metido las botellas en unas cajas especiales dispuestas para su transporte. Y entonces han notado algo raro. No eran las botellas auténticas. Eran botellas de la actual edición Belle Epoque que habían sido retocadas para parecerse a las botellas expuestas.

—¿Qué? ¿Y cómo han podido dar el cambiazo? —Oteiza no podía creérselo.

—La primera hipótesis es que tenían *infiltrados* dentro del equipo contratado para el catering. Después de que terminase el evento y todo el mundo saliese de la iglesia, se quedaron recogiendo hasta muy tarde. Fueron los únicos que permanecieron en el interior. Seguramente hicieron el cambio en ese momento, y al irse extrajeron las botellas del Museo dentro de los armarios del catering. Nosotros hemos vigilado durante toda la noche el Museo, la iglesia, el expositor, y las supuestas botellas. Y todo parecía correcto —pareció excusarse—. Nadie hizo un registro a los empleados de la empresa de hostelería; no había razón ninguna para hacerlo.

Mierda. Mierda. Mierda.

—¿Ha contactado con la empresa de catering? —Oteiza recordó el pequeño ejército de camareras que habían servido el Champagne —. ¿Y las cámaras de seguridad? —preguntó señalando las que apuntaban a la puerta del Museo.

—Estamos en ello. Esta misma mañana hablaré personalmente con el dueño de la empresa y le pediré el listado de empleados. Intentaré contactar con ellos y les preguntaré si vieron algo fuera de lo normal, alguien *nuevo* en el equipo. —Oteiza permanecía con el semblante serio y preocupado—. Le informaré de todo inspectora.

En cuanto tenga las imágenes de las cámaras se las enviaré inmediatamente —prometió Otamendi.

¿Cómo has podido ser tan imbécil Oteiza? Corrió atravesando la Parte Vieja en dirección al hotel. Corrió lo más rápido que pudo. No dejó de autocastigarse ni un sólo segundo. *Si no hubiera sucumbido en la calle Usandizaga, si hubiéramos seguido al personaje misterioso, si hubiéramos vuelto al museo después del teatro, si hubiéramos vigilado las botellas durante la noche, si no hubiera perdido el tiempo con el absurdo y estúpido baño en La Concha...* En esto era una especialista. Era tan perfeccionista que no se permitía un sólo fallo. Siempre era su peor enemiga.

Golpeó la puerta de la habitación de DeauVille. La golpeó con fuerza, y no dejó de golpearla hasta que el francés apareció vestido con el albornoz, totalmente despeinado y con ojos somnolientos.

—Inspectora, qué madrugadora —comentó sonriente mientras se frotaba un ojo—. ¿Qué ocurre? —La sonrisa desapareció al ver su ceño fruncido.

—Han robado las botellas. A mi habitación, en quince minutos. Ni uno más— dijo secamente antes de desaparecer.

DeauVille encontró la puerta de la habitación de Oteiza abierta. Cuando entró, ella ya estaba duchada y vestida; se había recogido el cabello húmedo en una coleta, y tenía ya desplegado su centro de operaciones. Sentada frente al portátil, había extendido y ordenado los papeles de la investigación por encima de la cama. Tecleaba a una velocidad vertiginosa, y sin separar la vista de la pantalla fue informándole de lo relatado por el inspector Otamendi. Édouard pudo ver las siglas de la Interpol en la cabecera del formulario que rellenaba; sin duda estaba lanzando la notificación internacional del robo en la base de datos interna.

—Teníamos que haber estado más atentos. Las han robado delante de nuestras narices. Si no hubiese tenido el ataque de pánico anoche... —Oteiza se apretó el entrecejo con los dedos.

—Hubieran dado el cambiazo igual. Esto estaba muy bien planeado —contestó DeauVille intentando alejar el sentimiento de culpabilidad en el que claramente estaba cayendo la inspectora—. Aunque hubiésemos seguido al tipo no creo que la cosa hubiese cambiado mucho.

Ésta retiró inmediatamente la vista de la pantalla, se giró y le miró.

—¿Me puedes decir de qué conoces a ese hombre? ¿Sabes cómo se llama?

Tocaron a la puerta. DeauVille corrió a abrir y apareció un camarero empujando una mesita repleta con un completo y surtido desayuno.

—¿No estás hambrienta? —preguntó Édouard ante la inquisidora mirada de la inspectora—. Yo pienso mucho mejor con el estómago lleno —añadió sonriendo.

—No me obligues a preguntártelo más veces, DeauVille. ¿Quién es y de qué le conoces?

Édouard pensó que Oteiza tenía que ser realmente dura en una sala de interrogatorios. Seguro que con ese tono de voz mantenía a raya a cualquiera que se sentase frente a ella. Con él estaba funcionando, desde luego. Dejó de servir el café y se sentó en la silla.

—No sé cómo se llama. Me lo presentaron como Monsieur Rousseau, pero dudo mucho que sea su verdadero nombre. Hace unos años yo estaba tras unas botellas, y tras preguntar entre varios conocidos del mundo del coleccionismo, me lo presentaron. Hablamos, le expliqué lo que quería, me dijo que podría conseguírmelas. Me pidió una importante cantidad por sus servicios: una señal al inicio y un pago final a la entrega de las botellas. Hice el primero. Pero no me dio buena espina. A los pocos días le llamé para cancelar *el pedido*.

—¿Quién te lo presentó?

DeauVille pareció dudar, y antes de contestar sonó su teléfono móvil. Se disculpó con un gesto y salió a la terraza. Oteiza suspiró y se centró en seguir redactando el informe. Apenas había escrito un

par de líneas cuando oyó vociferar al francés. Éste entró como una exhalación en la habitación.

—Era mi hermana. Han entrado a robar en el Château esta noche. Han forzado la entrada de la bodega privada. Y se han llevado dos de mis botellas —exclamó muy alterado.

—Un momento. ¿Eran botellas de la misma época?

DeauVille asintió con la cabeza mientras sus dedos se movían por encima de la pantalla táctil del móvil.

—¿Eran también botellas del Nido del Águila?

DeauVille volvió a asentir.

—Édouard.

El oír como Oteiza le llamaba por su nombre le hizo separar ipso facto la vista de la pantalla. Era la primera vez que se lo oía pronunciar.

—¿Me estás diciendo que tenías en tu poder dos botellas del Nido del Águila, y no me lo comunicaste? —la inspectora estaba visiblemente enfadada.

DeauVille tardó unos segundos en contestar.

—Lo siento. Supuse que no era necesario. Son un recuerdo familiar, al igual que otras de las muchas botellas que almacenamos en la bodega privada. Hay decenas de botellas del Nido del Águila por toda Europa. Y mucho más importantes o valiosas que las mías. No pensé que fueran también un objetivo.

—¿Supusiste que no era necesario? —exclamó acercándose al grito.

La inspectora se apretó la frente con la palma de la mano, suspiró, cogió el teléfono móvil y pasó junto a él lanzándole una mirada asesina. DeauVille sintió un escalofrío, y esta vez, no fue precisamente de pasión ni de deseo. Fue de puro miedo.

Oteiza salió a la terraza y marcó el número del inspector Bertrand. Contestó al segundo tono. Había sido informado del robo del Château a primera hora de la mañana, y ahora se encontraba en la puerta de embarque de un avión con vuelo directo a Burdeos. A pesar de la intempestiva llamada que le había sacado de las sábanas en su único día festivo, a pesar del complicado cariz que estaba

tomando el caso, su tono de voz era jovial y cantarín como siempre. Escuchó y anotó las indicaciones de Oteiza sobre el sospechoso que acompañaba al actor alemán; quizás en la base de datos de la Police Nationale podrían encontrar más información sobre Monsieur Rousseau. En cuanto pudo lanzó la sugerencia de encontrarse en Burdeos. La inspectora sonrió. La idea de volver a trabajar codo con codo con Bertrand era muy tentadora. Pero salir del país requería solicitar permisos. Y no era la idea que tenía en mente cuando salió de casa el sábado por la mañana. El plan era regresar el lunes a la oficina, a la rutina diaria, y no embarcarse en un nuevo viaje cruzando la frontera.

A la mierda los planes.

Entró en la habitación y se sentó a la mesa. Frente a ella ya había esperándola un café recién servido. Sólo y con azúcar.

—Hablas francés realmente bien. Con un acento excelente. Mucho mejor que mi español, desde luego —comentó DeauVille—. Lo siento, no he estado escuchando lo que hablabas, sólo he oído alguna frase suelta —se disculpó tras ver el gesto serio de ella.

—Pues conmigo vas a seguir hablando en castellano. Y no quiero más información oculta porque desde tu opinión personal *supongas* que *no es necesario*. ¿De acuerdo? —exclamó Oteiza mientras extendía con agresividad la mantequilla sobre una tostada. Édouard tragó, asintió con la cabeza y se sintió como la aplastada tostada.

—He solicitado a recepción un coche de alquiler. Ir por carretera es lo más rápido para llegar a Burdeos. Si no me detengo estaré en el Château en poco más de tres horas —añadió el francés.

—Lo dices como si fueras a ir solo.

—¿Vendrás a Burdeos? —preguntó sorprendido—. He dado por supuesto que no vendrías al ser un robo fuera del territorio nacional.

—Tú y tus suposiciones —añadió irónicamente ella mientras torturaba una nueva tostada.

DeauVille dejó la taza sobre el plato y se quedó mirándola. Si no estuviera tan preocupado por el robo en su bodega, si ella minutos antes no se hubiese enfadado con él de esa manera, casi sería hasta

divertido verla ironizar. Sinceramente, esta no era la idea que tenía para un primer desayuno juntos.

Oteiza cogió el teléfono y buscó en la agenda el número del Inspector Jefe. Se disculpó por llamarle un domingo por la mañana, y le informó de lo sucedido en San Sebastián y en Burdeos. Esto se estaba complicando. Los ladrones tenían varios equipos operativos que podían actuar al mismo tiempo en lugares diferentes. Añadió que había contactado con Bertrand y que había sido solicitada su presencia en Burdeos. Lo hizo sonar más oficial que la petición casi personal de él.

El Inspector Jefe se mantuvo en silencio unos segundos. Un grave *de acuerdo* sonó al otro extremo de la línea.

17

Los extensos bosques de pinos de Las Landas bordeaban ambos lados de la autopista. El silencio se había convertido en el tercer compañero del viaje; DeauVille permanecía concentrado en la conducción, cambiando de carril constantemente en el complicado tráfico repleto de camiones en tránsito hacia París y el norte de Europa. La preocupación había borrado la casi sempiterna sonrisa que Oteiza no había dejado de ver en su rostro desde el momento en que se conocieron.

—Háblame de esas botellas. —La voz de la inspectora llenó el interior del Audi A5. DeauVille esperó unos segundos antes de contestar.

—Cuando los alemanes llegaron a Burdeos a mediados de 1940, comenzaron a ocupar los Châteaux. Una mañana aparecieron doscientos cincuenta soldados a las puertas del nuestro. Un oficial le dijo a mi bisabuela que recogiesen todas sus pertenencias. Fue amable, pero firme. Les insistió que debían de irse inmediatamente. Subieron a la buhardilla toda la colección de muebles y obras de arte de principios del XIX que había reunido mi tatarabuela, la condesa DeauVille, excepto una pieza. Un enorme y pesado armario estilo Carlos X de madera maciza donde se guardaban los utensilios de

cocina. Entre mis bisabuelos, mi joven abuela que entonces tenía veinte años, el cocinero y la demás gente del servicio, consiguieron empujarlo y moverlo hasta tapar con él la puerta de la escalera que conducía a la bodega. Cuando abandonaron el Château, los soldados ya estaban extendiendo sacos de paja para dormir sobre los suelos de parqué, y ya estaban clavando puntas en los paneles de madera tallados para colgar las armas. Huyeron a Margaux, una población cercana, a una pequeña casa de unos conocidos. Cuando ya estaban instalados, apareció el oficial alemán, que enfurecido, les indicó bruscamente que se montasen en su coche. Volvieron a Château DeauVille. Entraron en la cocina. Habían movido el armario y estaban extrayendo los vinos de la bodega. *¿Pensaban que iban a poder ocultarlos así de fácil?* les dijo. *¡Estos vinos pertenecen ya al Tercer Reich!*

Oteiza observó como la mandíbula de Édouard se tensaba.

—Cuando la guerra finalizó y regresaron al Château, lo encontraron destrozado. Los soldados habían roto todos los paños de cristal de las puertas y ventanas. Todos los suelos de parqué estaban arruinados; años de agua de lluvia colándose por los cristales rotos, sumada a la paja de los jergones que utilizaban para dormir, acabó formando una pegajosa capa de grueso barro. El olor a la grasa que utilizaban para limpiarse las botas tardó años en desaparecer. Grabaron esvásticas en la piedra de los muros y las estatuas, y también en los delicados paneles de madera tallados. Y cuando, tras observar con tristeza todos los destrozos, bajaron a la bodega, se la encontraron vacía. Todos nuestros vinos habían desaparecido. De todas las cosechas de Château DeauVille anteriores a la guerra, sólo se recuperaron esas dos botellas. Por eso eran muy apreciadas por mi abuela. Les tenía un especial cariño; no por su contenido, que no era de una añada particularmente excepcional, sino porque eran las únicas que quedaron como recuerdo familiar de lo que había sido nuestro viñedo antes de la ocupación alemana.

—¿Ocurrió lo mismo en el resto de Châteaux de la zona? —preguntó la inspectora.

—Sólo unos pocos se libraron del saqueo alemán. Y los otros robos que han ocurrido en las últimas semanas, han sido también en aquellos Châteaux cuyas bodegas fueron vaciadas. Y esas botellas robadas, esas botellas recuperadas tras la guerra, eran lo único que les quedaba de los años anteriores a la época oscura.

—Sería interesante hablar con los propietarios de esos Châteaux. Tenemos que descubrir por qué después de tantos años, las botellas del Nido del Águila se han vuelto tan codiciadas como para organizar estos robos tan bien planeados.

—No hay problema. Conozco a las familias propietarias. Les visitaremos y hablaremos con ellos.

—Perfecto.

El agente Otamendi cumplió su promesa. A pesar de la intermitente señal 3G que el portátil de la inspectora conseguía en algunos tramos de la autopista, pudo descargarse las imágenes de las cámaras del Museo San Telmo y del Hotel María Cristina. En todas aparecía el personaje misterioso a pocos pasos detrás del actor alemán, y en todas se tapaba sutilmente la cara con la mano, o miraba hacia otro lado escondiendo el rostro ante la cámara. Se había registrado en el Hotel como Monsieur Diderot, sin duda con documentación falsa. Tanto él como el actor habían abandonado el hotel a primera hora dirección al aeropuerto. Otamendi concluía su correo informándole de que nadie de la empresa de catering había notado nada extraño.

Burdeos les recibió con el habitual y denso tráfico de su circunvalación. Pero apenas unos pocos kilómetros después, la agobiante autopista se transformó en una pequeña carretera que circulaba paralela al río Gironda. Y el paisaje quedó transformado en un mar de viñedos. Colina tras colina, pueblo tras pueblo; los campos que se extendían a la derecha de la carretera estaban repletos de hileras de parras que bajaban perfectamente ordenadas hacia el turbio río; parras exuberantes, repletas de racimos esperando ser recogidos. En algunos campos comenzaba el frenesí de la cosecha. Las cabezas de los vendimiadores aparecían y

desaparecían entre las hileras, y cubos llenos de uvas se levantaban hacia los pequeños tractores en cuyo remolque iba acumulándose lo recogido.

Al borde de la carretera empezaron a aparecer los Châteaux; sin pausa alguna, uno detrás del otro en un ostentoso pero armonioso desfile. Oteiza se sorprendió por la proximidad entre ellos; era prácticamente imposible saber qué viñedos correspondían a cada cual. La piedra gris de aquellos palacios brillaba bajo la luz del sol, y DeauVille no dejaba de señalarlos al pasar junto a ellos.

Ese es el Château Palmer. Allí Château Lascombes. Ese el famoso Château Margaux. Y ese otro el Château Bel Air. Oteiza estaba francamente sorprendida. Cada Château era aún más bello que el anterior. Eran pequeñas joyas arquitectónicas que surgían como islas dentro del ininterrumpido verde mar de viñedos. *Château Beychevelle, Château Pichon Longeville. Ya queda muy poco.*

DeauVille se revolvió incómodo en el asiento.

Estos son ya nuestros viñedos.

Sonrió y señaló a la derecha. La inspectora observó un extenso campo de hileras bordeando un pequeño grupo de altos árboles. DeauVille disminuyó la velocidad y giró a la derecha. El coche atravesó una enorme verja pintada de blanco y se internó lentamente por un estrecho camino de grava blanquecina sombreado por imponentes y ancianos árboles. Cuando las frondosas ramas comenzaron a mostrar lo que tan misteriosamente ocultaban, Oteiza se quedó sin respiración: al fondo del camino apareció el Château, un impresionante palacio de dos plantas, con muros de grandes bloques de piedra, altos ventanales y tejados de pizarra; su arquitectura le recordó los bellos castillos del Loira.

Bienvenida a Château DeauVille.

Oteiza no dijo nada. Ni siquiera se dio cuenta de la satisfecha y orgullosa sonrisa del francés al observar su asombro.

El hechizo empezó a romperse en cuanto vio los coches patrulla de la Police Nationale aparcados en el lateral del edificio, pero aún seguía absorta en los detalles de la fachada principal al salir del coche.

—¡Édouard! —una elegante mujer de unos cuarenta y cinco años salió por la puerta principal y bajó rápidamente las escaleras de piedra en dirección al francés—. Se las han llevado. Se han llevado las botellas de la abuela —dijo mientras le estrechaba en un fuerte abrazo.

—Tranquila Ève, tranquila. Ya las recuperamos una vez. Lo volveremos a hacer.

La inspectora se quedó junto al coche en un intento de no interrumpir el momento entre DeauVille y su hermana. Porque estaba claro que era su hermana. El parecido entre ambos era ineludible. A Oteiza le pareció un clon femenino de Édouard: atractiva, con un cuerpo robusto y fuerte, quizás más amante de la buena gastronomía que su hermano, pero dotada de ese porte y elegancia tan característicos de las clases altas francesas.

El francés interrumpió el abrazo y se apresuró a realizar las presentaciones. El firme y franco apretón de manos con el que la saludó le dio una buena sensación. Le gustaba estar atenta a esos primeros detalles; guiaban su intuición en la primera evaluación de los sujetos.

—Sus colegas están dentro, inspectora. Están analizando la bodega privada y el despacho de Édouard.

—¿El despacho? —preguntó alarmado DeauVille.

—Está todo revuelto. Aún no sabemos si se han llevado algo, pero han vaciado la mesa, los cajones, los armarios... y han dejado todo tirado por el suelo.

Por el umbral de la puerta aparecieron varios policías vestidos de uniforme. Detrás de ellos Oteiza reconoció a Bertrand, que bajaba los escalones distraído en la lectura de los papeles que llevaba en la mano.

Sin decir nada, la inspectora se apartó unos metros de DeauVille y su hermana, y se colocó en el camino del agente. Cruzó los brazos, sonrió, y esperó con deleite a que él levantara los ojos y la viese. Cuando lo hizo, el preocupado gesto del inspector se transformó completamente. Una enorme sonrisa apareció en su rostro, y bajó los últimos escalones con rapidez.

—¡Anne! ¡Qué placer volver a verte! —Le estrechó la mano y la obsequió con los formales tres besos mientras DeauVille no les quitaba los ojos de encima, preguntándose quién era él, quién era aquel que disfrutaba de la confianza y el beneplácito de poder llamarla por su nombre y no por su apellido.

—Me alegro mucho de verte Bertrand.

El inspector aún no le había soltado la mano. La mantenía agarrada mientras seguía mirándola con su gran sonrisa. DeauVille oía la conversación de los otros agentes con su hermana, pero no les escuchaba. Mantenía la vista fija en cómo aquel tipo estrechaba la mano de la inspectora.

—Vaya lío que tenemos encima —exclamó Bertrand soltándole la mano; sabía cuándo volver al terreno profesional con Oteiza. Sabía perfectamente dónde estaba el límite con ella—. Otro robo, mismo modus operandi, mismos objetivos, cero pistas.

—¿No habéis encontrado ninguna huella?

—Nada de nada. Y desconectaron todos los sistemas de seguridad, cámaras incluidas. —Bertrand giró la cabeza y se encontró con la inquisitiva mirada de Édouard—. ¿Cómo has venido desde San Sebastián?

—En coche, con Monsieur DeauVille. —El gesto de Bertrand se volvió serio—. Es el asesor externo que me ha aportado toda la información sobre las botellas.

—¿Monsieur DeauVille es el asesor? —preguntó con cierto desagrado. Oteiza se preguntó por qué Bertrand mostraba esa repentina aversión por DeauVille.

—¿Me enseñas la escena del robo? —preguntó ella intentando centrar al inspector. Funcionó, porque volvió a obsequiarla tanto con su mirada como con su sonrisa.

—Por supuesto —contestó mientras le indicaba con un gesto que subiese las escaleras.

Una vez dentro, Oteiza siguió a Bertrand a través del largo pasillo que se iniciaba en el hall del Château, cuyo antiguo suelo de madera crujió en cada uno de sus pasos. Entraron en la cocina, que mantenía los muros de piedra pero estaba totalmente equipada con

fogones de gas y electrodomésticos modernos. Llena de cazuelas y útiles para cocinar, no era una cocina de exposición de revista de decoración, sino una cocina viva, que sin duda era usada habitualmente. En la pared lateral había una puerta abierta.

—Han abierto con bastante facilidad la puerta blindada —informó Bertrand señalando el punto donde habían colocado las herramientas para forzar el cierre.

Tras la puerta apareció una escalera que descendía en caracol, rodeada por grandes bloques de piedra gris. La temperatura iba cayendo a medida que Oteiza bajaba por ella, y sintió un frío helador sobre sus brazos al llegar a la gran estancia inferior. Pequeñas lámparas estratégicamente situadas iluminaban los muros y las bóvedas de piedra, evitando proyectar luz directa sobre los enormes botelleros que se alineaban en las paredes hasta el fondo de la alargada sala.

Había cientos de botellas en aquella bodega. La inspectora comenzó a caminar y empezó a fijarse en las etiquetas de algunas de ellas; no sólo eran vinos franceses. Frente a ella se desplegaba un muy selecto y extenso surtido de caldos internacionales, sin duda de un valor muy elevado.

—Los sensores fueron desactivados —informó el inspector señalando los pequeños detectores de movimiento situados en cada esquina de la estancia.

—¿Dónde estaban las botellas robadas? —preguntó Oteiza.

Bertrand caminó por el espacio central hasta la pared final, donde tomaba protagonismo un gran refrigerador con puerta de cristal. Tanto el marco como el tirador estaban manchados por el polvo de la búsqueda de huellas.

—Estaban en una de esas baldas —exclamó señalando los dos únicos huecos vacíos—. No han tocado ni una sola botella más, y mira que son tentadoras. Vaya joyas que guarda aquí *tu asesor*.

Oteiza le miró cuando percibió el sutil sarcasmo que había utilizado para pronunciar las últimas palabras, pero Bertrand mantuvo la vista fija en las botellas.

—¿Y por qué las tiene refrigeradas con el frío que hace aquí abajo? —preguntó la inspectora pasándose las manos por los brazos.

—Hace fresco ¿eh? —bromeó Bertrand tomándose la libertad de pasar el dorso de la mano por la erizada piel del antebrazo de la inspectora.

—Hay que mantenerlas a una temperatura y humedad totalmente estables.

La grave voz les hizo girar la cabeza. Provenía de las escaleras, donde DeauVille terminaba de descender los últimos escalones.

—Son los vinos de Guarda. Algunos tienen más de treinta años, y es necesario conservarlos en una óptima atmósfera. Muchos de ellos van a reposar aquí durante largo tiempo —explicó mientras caminaba hacia ellos. Interrumpió sus palabras al ver el hueco vacío que habían dejado las botellas robadas.

Oteiza observó cómo su semblante cambiaba. Un ramalazo de tristeza ensombreció sus ojos, haciendo desaparecer por completo la ligera arrogancia que había acompañado sus últimas palabras.

—¿No hay nadie en el Château por las noches? ¿Nadie del servicio? —preguntó ella.

—No tengo mayordomos ni amas de llaves —respondió Édouard con cierta ironía y una ligera sonrisa—. Varias chicas de una empresa de limpieza trabajan un par de jornadas por semana, y dos jardineros se encargan del exterior, pero todos vienen durante el día. Mi hermana regresa todas las tardes a su vivienda en Burdeos. Por la noche soy el único que se queda en el Château.

—¿Y no tienes seguridad privada para el Museo de las Copas teniendo piezas tan importantes?

—¿Y tener agentes de uniforme dentro de mi propia casa?. Lo descarté por completo. Preferí gastarme una importante cantidad de dinero en sofisticados sistemas electrónicos, pero ya veo que pueden violarse fácilmente.

—Bueno, no es tan fácil; esto nos indica la profesionalidad del equipo que entró ayer anoche en el Château —añadió Oteiza.

—¿Vemos el despacho? —preguntó Bertrand directamente a la inspectora, ignorando completamente a DeauVille.

Ascendieron la escalera de piedra y tras atravesar la cocina, el agente orientó a la inspectora hacia otro pasillo contiguo. Pasaron

junto a la escalera que llevaba a las plantas superiores, una robusta estructura de madera enmoquetada que ascendía escoltada por retratos de mujeres vestidas con diferentes vestidos de época. Oteiza dedujo que eran las antepasadas de DeauVille, las anteriores gestoras del viñedo.

El despacho estaba sumergido en un auténtico caos. Cientos de papeles estaban desperdigados por encima de la mesa y el suelo. Todos los cajones estaban abiertos, y algunos de ellos habían sido extraídos de los muebles para volcar su contenido. Habían sacado los libros de las estanterías, y muchos estaban tirados por la moqueta, abiertos, desamparados.

—¿Qué puede ser lo que buscaron aquí? ¿Qué guardas habitualmente en este despacho? —preguntó Oteiza mientras paseaba su escrutadora mirada profesional por toda la estancia.

—Informes relativos a la gestión del viñedo, sobre todo lo correspondiente a la exportación, que es mi sector. Pero nada importante; la documentación referente a las tierras, las escrituras, los títulos de propiedad, etc., todo eso lo guardamos en una caja de seguridad de un banco en Burdeos. De hecho aquí ni siquiera tengo caja fuerte. —Se agachó para recoger algunos de los libros tirados. Suspiró mientras intentaba alisar las páginas que se habían plegado al caer abiertos al suelo.

Oteiza se fijó en el cuadro que colgaba tras la mesa. Se acercó algunos pasos para verlo más de cerca. Bajo un sol de atardecer, un grupo de vendimiadores recogía la uva de unas parras cuyas hojas eran de un rojo intenso. A su derecha corría un río, como también el Gironda corría junto a la ribera de los viñedos DeauVille. Reconoció la obra y los trazos de su autor al instante. Era el *Viñedo Rojo* de Van Gogh, el único cuadro que el autor vendió en vida.

—Es una reproducción, evidentemente. El Van Gogh original sigue en el Museo Pushkin de Moscú —exclamó Édouard al verla mirar el lienzo. —Eso sí, es una reproducción de una calidad excepcional. Se la encargué a uno de los mejores copiadores de Europa. —Se acercó y se colocó a su lado—. Es una de mis obras favoritas. Es impresionante esa intensidad en los tonos del atardecer sobre el viñedo.

Oteiza asintió sin dejar de mirar el cuadro. Desde luego el trabajo de reproducción era magnífico. El pintor no sólo había replicado la escena, sino hasta el último trazo de pincel del maestro Van Gogh.

Cuando se dio cuenta de la proximidad de DeauVille, dio un par de pasos para alejarse. Bertrand les observaba atento desde la puerta de la estancia.

—¿Han entrado en alguna otra habitación? ¿Han tocado algo más? —le preguntó al inspector.

—Si han entrado aparentemente no han tocado nada, según Madame DeauVille —contestó fríamente Bertrand.

Volvieron a salir al exterior donde Ève continuaba hablando con los agentes de uniforme.

—¿Te acercamos al hotel, Oteiza? —preguntó Bertrand.

—Aún no tengo alojamiento.

—Pues regístrate en el mío. Está muy cerca de la comisaría central. Y hay excelentes restaurantes cerca.

—Por favor inspectora, sería un placer si se queda en nuestro Château. Tenemos habitaciones de sobra. Agente Bertrand, le incluyo a usted también en la invitación —añadió Ève.

—Se lo agradezco Madame DeauVille, pero prefiero quedarme en el centro de Burdeos. Tengo mucha tarea pendiente en comisaría —contestó Bertrand.

—Si te quedas aquí podremos empezar cuanto antes las entrevistas con los propietarios de los otros Château —afirmó Édouard dirigiéndose a Oteiza.

La inspectora sopesó las opciones. Por una parte la idea de refugiarse en el ambiente policial junto a Bertrand le pareció la más correcta; pero tenía la intuición de que yendo por su cuenta y hablando con los viticultores podía conseguir información más útil. *Qué demonios. Encima el sitio es precioso.* Decidió quedarse.

Tanto Ève como Édouard se alegraron de la decisión tomada. Bertrand asintió, pero el *manténme informado* con el que se despidió de ella sonó áspero y seco.

DeauVille sacó las maletas del coche y su hermana acompañó a Oteiza escaleras arriba. Según ascendían los elegantes escalones, la inspectora volvió a fijarse en los retratos. Se paró delante del que presidía el descansillo; una elegante mujer de unos treinta años posaba sentada con los brazos descansando en el regazo. El aspecto de su vestuario era característico del siglo XIX, pero su mirada parecía intemporal. Tenía los mismos ojos azules que Édouard, cargados de una profundidad y una intensidad que sin duda intimidó al artista que pintó aquella obra, como bien seguro que intimidaba a cualquiera que mirase aquel retrato.

—Es nuestra tatarabuela, la Condesa DeauVille —le informó Ève tras verla observar el cuadro—. La fundadora del viñedo en 1850; es el único que sobrevivió a la guerra. El resto de retratos fueron destruidos por los alemanes. Lamentablemente los utilizaron como dianas para sus prácticas de tiro —añadió mientras iniciaba de nuevo el camino de ascenso por las escaleras.

Oteiza quedó impresionada al ver la habitación. La decoración era elegante y de estilo clásico; las paredes estaban forradas de madera hasta media altura, donde comenzaba una suave tela acolchada que ascendía hasta las molduras de escayola del techo. La colcha que descansaba sobre la enorme cama tenía el mismo elegante patrón floreado que las cortinas de las ventanas. La hermana de DeauVille se despidió después de indicarle la puerta del baño privado al que se accedía desde la habitación.

En cuanto cerró la puerta la envolvió el silencio más absoluto. Se sentó en la mullida cama y se quedó escuchando. En Madrid nunca había silencio. Aunque cerrase a cal y canto todas las ventanas de su ático, siempre se oía al fondo el murmullo de la gran ciudad. Las sirenas, el camión de la basura, las obras. Cuando viajaba a pequeños pueblos para investigar expolios, siempre le costaba conciliar el sueño la primera noche. Le costaba acostumbrarse al silencio.

Se descalzó y puso los pies en el suelo. Estiró y encogió los dedos, notando bajo ellos la confortable y mullida moqueta. Se le

ocurrían dos definiciones para la habitación.

Cinco Estrellas, y *Jodidamente Acogedora.*

Descorrió las cortinas y en cuanto miró hacia el exterior sintió la urgente necesidad de abrir la ventana. El paisaje que apareció ante ella la dejó de nuevo impresionada. En la parte trasera del edificio se extendía un enorme jardín con un césped impecablemente cuidado. En el centro había un estanque de agua cristalina, bordeado por grandes estatuas de piedra que competían en magnificencia con los setos cuidadosamente esculpidos. Y más allá del muro que bordeaba el jardín, se extendía el verde mar de viñedos. Mirase donde mirase solo veía hileras de parras. Bajaban hasta el mismo borde del río, cuyas aguas comenzaban a tornarse con el mismo color del cuadro de Van Gogh.

Precioso. *Total y jodidamente precioso.*

Cuando descendió a la planta principal, encontró a DeauVille agachado en el despacho, recogiendo los papeles e intentando poner orden en el caos en que estaba sumergida la habitación.

—¿Le parece correcto el alojamiento, inspectora Oteiza? —preguntó en castellano en cuanto la vio entrar por la puerta.

—No está mal. —Se acercó y se agachó a su lado—. De hecho está bastante bien. —Comenzó también a recoger los papeles—. La verdad es que Château DeauVille es un lugar precioso —acabó reconociendo. Levantó la vista y miro a Édouard que sonreía mientras la escuchaba.

—Sabía que te gustaría.

—¿Es que alguna vez has traído a alguien que no le haya gustado?

—Oh sí. Hay gente que simplemente no le gusta el campo. Prefiere no salir nunca de las pasarelas parisinas o de los yates de lujo en Saint Tropez.

Oteiza intuyó que con *gente* se estaba refiriendo a *mujeres*. ¿Cuántas mujeres habría traído aquí DeauVille? ¿A cuántas habría tratado de impresionar con el Château, con los jardines, con los viñedos? Visualizó a las espectaculares modelos que le acompañaban en aquellas fotos de Google Imágenes. Se las imaginó

llegando al Château por el estrecho camino, igual de impresionadas que ella, igualmente sin palabras, pero planeando sin duda hábiles estratagemas para convertirse en la *Princesa del Castillo*.

—Cuando tengamos un rato de tranquilidad te enseñaré el resto de la casa, y las bodegas. Pero antes tenemos tarea. —DeauVille se levantó y le ofreció la mano para ayudarla a ponerse en pie. Oteiza lo hizo sin aceptar su ofrecimiento.

—¿Has contactado con alguno de los propietarios de las botellas robadas?

—Sí, y nos espera esta misma tarde. Podrás interrogarle todo lo que quieras.

—¿Y a qué estamos esperando? —preguntó Oteiza mientras caminaba hacia la salida.

Édouard sonrió. Ella también era incorregible. Después miró a su alrededor, y suspiró profundamente. Qué desastre. Echó un vistazo a las hojas que tenía en la mano: extensos y aburridos informes de cifras de exportaciones europeas de vinos.

Cuando oyó el *Vamos DeauVille* que provenía del exterior, tiró los papeles encima de la mesa y se apresuró a salir al encuentro de Oteiza.

18

El recorrido fue corto; atravesaron el pueblo de Pauillac y se internaron por pequeños caminos entre viñedos. Cerca de Blanquet tomaron una pista de tierra; DeauVille disminuyó la velocidad, pero aún y todo Oteiza observó por el espejo la gran nube de polvo que iban dejando a su paso. Château Monfort apareció en la lejanía: era un edificio de una sola planta, con muros de piedra rojiza; más rural y menos palacio que los otros Château de la ribera del río.

Detuvieron el coche junto a la entrada, donde el propietario había colocado una curiosa exposición de viejos carros y antiguos útiles de labranza. Varias gallinas que estaban picoteando el suelo levantaron la cabeza al oírles salir del coche. Sacudían la cabeza con un espasmódico movimiento tras otro, y alguna tuvo la valentía de acercarse a ellos emitiendo un bajo cloqueo. Oteiza se dio cuenta de que aquello parecía más una pequeña granja que un Château, y le recordó las casas de labranza de la Toscana, donde había pasado algunos fines de semana cuando durante la carrera realizó un intercambio universitario de dos meses en Florencia.

El hombre que salió a recibirles, con pantalón de trabajo y camisa de cuadros, encajaba perfectamente con el entorno. Édouard

la había puesto al día durante el camino: Château Monfort era un pequeño viñedo muy familiar, que aplicaba técnicas biodinámicas y cultivo biológico; pocas hectáreas que producían muy pocas botellas en comparación con otros, pero su calidad llevaba años de mejora continua. Estaba gestionado por Guillaume y sus hijos, pero el propio Guillaume, a sus setenta y pico años, trabajaba a pie de viñedo con la misma vitalidad que ellos. El ya fallecido padre de Guillaume, Henri, había sido un viejo conocido de su abuela, y fue el propietario del viñedo en la época de la Segunda Guerra Mundial.

—Guillaume, lamento romper la calma de tu ociosa tarde de domingo —exclamó Édouard tras estrecharle la mano.

—¿Ociosa? ¡Aquí siempre hay trabajo, da igual el día de la semana!

—¿Qué tal va la maduración?

—Esta misma semana empezamos a vendimiar. ¡Las cabernet están en su punto! —El viticultor se mostraba entusiasmado.

—¿Este año también vas a rechazar la etiqueta *Bio*? — preguntó DeauVille.

—¡Por supuesto! No pienso consentir que sea un criterio comercial para mis vinos. Quiero que la gente los beba sólo porque le gustan.

—Haces bien. Los del año pasado te quedaron especialmente vivos.

—¿Verdad que sí? Algún día dejarás de reírte cuando nos veas caminar por el viñedo abonando a mano en las noches de luna llena.

—¿Con esa mezcla de agua y boñiga de vaca fermentada en cuernos que utilizas? —añadió jocosamente Édouard.

—Ríete, ríete. ¡Pero no veas cómo fortalece el suelo! Vamos dentro y abramos una buena botella.

El viticultor les guió al interior del Château, donde se acomodaron en el comedor alrededor de una vieja mesa de madera. Descorchó uno de sus vinos del 2010, y lo vertió en pequeñas copas rústicas de grueso cristal.

—¡Por la cosecha de este año! —exclamó a modo de brindis. Los tres levantaron la copa y bebieron.

—Es muy redondo. Muy concentrado, muy lleno. Me encanta —dijo Édouard tras probarlo. Oteiza se dio cuenta de que era un vino muy sabroso. Era como una explosión de sabor directa y franca; se preguntó si sería a eso a lo que se referían como un vino *vivo*.

—Guillaume, la inspectora Oteiza ha venido desde España para colaborar en la investigación de las botellas robadas. —El gesto del viticultor, que había permanecido sonriente mientras probaban el vino, cambió totalmente.

—Encantado de conocerla señorita Oteiza —exclamó con seriedad mientras se acercaba para estrecharle la mano—. Una pena que nos tengamos que conocer en estas circunstancias.

—¿Esas botellas eran de tu padre? —preguntó Édouard.

—Sí, las había guardado desde el final de la guerra, cuando fueron devueltas al Château por los aliados. Les tenía un especial aprecio.

—Édouard me comentó que los alemanes saquearon sus bodegas durante la ocupación — añadió Oteiza.

—Así fue. Se llevaron todo lo que teníamos. Y eso que Henri, mi padre, siempre fue muy astuto e hizo todo lo posible para impedirlo. Cuando los alemanes cruzaron la Línea Maginot, empezaron a extenderse por Francia como ángeles de la muerte. Cuando llegaron las noticias de los saqueos en las zonas de Champagne y Borgoña, decidió preparar Château Monfort. Aquí estamos muy alejados del pueblo; sabía que los lugares desiertos eran los más vulnerables, los primeros en ser saqueados. Bajó a la bodega y empezó a construir un muro para ocultar detrás sus más valiosas botellas de vino. Mientras él y mi madre iban colocando ladrillo tras ladrillo, mi hermana y yo recorríamos la bodega buscando nidos de araña. Después los colocamos en varias partes del muro; así crearían telarañas y harían parecer el muro mucho más viejo. Yo era muy pequeño, y lo recuerdo como un juego apasionante. —Guillaume detuvo sus palabras y dio un largo trago al vino mientras mantenía la vista fija en algún punto perdido de la habitación—. Aquello funcionó. Los alemanes no descubrieron el truco. Se llevaron el resto de la bodega, pero nos dejaron tranquilos. Pudimos seguir trabajando el viñedo en los años posteriores. Teníamos falta de

suministros, falta de comida, falta de vidrio para las botellas, pero conseguimos sobrevivir y seguir produciendo vino. Malo, pero vino. Porque nos robaron todo, pero aún seguían pidiendo más. Lamentablemente, no fuimos los únicos que tuvimos la idea de construir muros. A lo largo de la ocupación los alemanes fueron descubriendo la estratagema en otros Châteaux, y durante el último año enviaron pequeños grupos para comprobar las bodegas. No disponían de tiempo para comprobar todas, pero tuvimos mala suerte. Aquí sí llegaron. Una mañana de invierno se presentaron en Château Monfort. Nos hicieron salir de casa. Recuerdo estar en el jardín abrazado a las piernas de mi madre, con el abrigo sobre el pijama, sintiendo un frío horroroso, mirando cómo los alemanes entraban y salían sin ningún respeto. Bajaron a la bodega armados con mazas, y un par de horas después les vimos cargar en un camión todas las botellas que mi padre había conseguido ocultar durante aquellos años. Fue un momento muy duro para él.

—Una pena. Porque no era un mal plan —exclamó Édouard.

—¡Desde luego! Al menos era mejor que lo que se les ocurrió en Château Bugeac. —Guillaume rió, y continuó hablando tras percibir que sus contertulios no tenían ni idea de a qué se refería—. Es una anécdota que siempre me contaba mi padre: En Château Bugeac tenían un enorme estanque en la entrada. Cuando el propietario oyó que se acercaban los alemanes, tuvo la idea de sumergir en el estanque las botellas más valiosas. Les enganchó un peso y se hundieron hasta el fondo. El estanque estaba turbio, así que cuando llegó la primera patrulla, no las vieron. El oficial al mando quedó encantado con la belleza del Château, y decidió quedarse a dormir. No tuvieron otro remedio que alojar al alemán y a sus soldados. Les ofrecieron una buena cena acompañada de buenos vinos; había que intentar llevarse lo mejor posible con las fuerzas invasoras. Había que evitar los problemas. A la mañana siguiente, el oficial decidió dar un paseo matutino por el Château. Recorrió los viñedos, paseó por los jardines, y al acercarse al estanque, no dio crédito a lo que veían sus ojos. Toda la superficie del agua estaba cubierta por un mar de etiquetas flotantes. Por supuesto, lo hizo vaciar y sacaron

todas las botellas. ¡Meterlas en el estanque! ¡A quién se le ocurre! —dijo Guillaume mientras reía y rellenaba las copas.

—Y al finalizar la guerra, ¿se las devolvieron todas a su padre? —preguntó Oteiza.

—Todas no, pero sí regresaron unas cuantas cajas que habían recuperado en una fortaleza de Alemania. ¡Aquel día fue una fiesta! Mi padre abrió muchas de ellas y las compartió con los soldados americanos. ¡Había que celebrar la victoria! El resto las guardó, y todos los años hasta su muerte, el día del Armisticio, hacíamos una gran fiesta; invitábamos a otros viticultores y abríamos una de ellas. Excepto las dos que robaron. Esas las guardó sin abrir durante toda su vida. Nosotros las teníamos en el mejor lugar de la bodega; eran el legado de Henri Monfort, y jamás pensamos que fueran a ser robadas. Ni qué decir tiene lo que nos ha afectado a todos.

—Lo siento mucho Guillaume —exclamó Édouard al observar la tristeza del viticultor—. Mi abuela también tenía especial aprecio por las suyas. Te entiendo perfectamente.

—¿Tenían algo de particular esas botellas? —preguntó Oteiza.

—Eran de nuestra cosecha de 1936. Una buena añada, pero no entiendo por qué se llevaron esas sólo, y dejaron el resto de la bodega intacta. Tenemos guardados vinos mucho mejores y más valiosos. —Guillaume pareció recordar algo de repente—. Esperad un momento, tengo que enseñaros una cosa. —Se levantó y salió del comedor.

Oteiza volvió a probar el vino. Esta segunda copa le estaba gustando aún más que la primera. Quizás era el hecho de beberlo aquí, en mitad de los viñedos, junto a la persona que lo había cultivado y mimado. Quizás era el hecho de compartirlo con él y con Édouard en una tranquila tarde de domingo. El tic tac del reloj que tan rápido pasaba en la ciudad, parecía ralentizarse en este lugar. Quizás fuera la explicación de por qué Guillaume parecía alguien de sesenta y algo años y no de setenta y muchos. No quería comenzar a notar el efecto del alcohol, debía contenerse, pero era difícil resistirse al adictivo sabor. Cada nuevo sorbo le parecía más sabroso que el anterior.

Édouard cambió de postura en la silla, y con el movimiento su pierna quedó junto a la suya. Notó el contacto en la rodilla. Un leve apoyo, un sutil y presunto casual gesto de proximidad. En cualquier otra situación hubiera reaccionado automáticamente apartándose, pero no se movió. No tuvo ganas. No le apeteció en absoluto. Una muy tenue sonrisa comenzaba a dibujarse en los labios de DeauVille cuando Guillaume apareció por el umbral de la puerta con una caja de zapatos en la mano.

—Tienes que ver esto Édouard. —Quitó la tapa y empezó a sacar fotografías—. Esta es de finales de los setenta. Una de esas fiestas del armisticio que os comentaba. —Colocó la foto sobre la mesa. Tanto Édouard como Oteiza se inclinaron para verla. Estaba tomada en el exterior del Château, junto a la fachada principal. Aparecía un grupo de personas alrededor de una mesa de madera—. Aquí está mi padre, Henri —señaló con el dedo a un hombre de mediana edad que estaba abriendo una botella de vino—. Aquí está tu abuela, Édouard —añadió señalando a una elegante mujer que aparecía a su lado; tenía una copa vacía en la mano, pero su rostro estaba girado hacia atrás y no se apreciaban sus rasgos—. ¿Y a quién tenemos aquí bien atento a todo?—preguntó Guillaume.

Al lado de la mesa aparecía un niño de unos 8 años, vestido con un peto de pana azul marino, jersey de lana con patrones de múltiples colorines y un corte de pelo *a lo cazuela*.

Oteiza no pudo evitar sonreír. Édouard la miró de reojo y le dio un pequeño empujón con la pierna que mantenía en contacto con la suya. Cuando la separó, la extremidad de la inspectora, como atraída por un campo magnético, buscó de nuevo el contacto.

—Esta es de 1945, cuando llegaron los aliados. —Esta vez la fotografía era en blanco y negro. El padre de Guillaume estaba sirviendo vino a un grupo de soldados americanos—. ¡En esta otra se ven! ¡Estas son! —Henri sonreía a la cámara, y en cada mano sostenía una botella. Oteiza cogió la foto para mirarla más de cerca; las etiquetas llevaban el dibujo del Château, y aparecía claramente el año: 1936.

—¿Puedo hacer una copia Monsieur Monfort? —preguntó la inspectora.

—Por supuesto. —Oteiza sacó su teléfono y realizó una fotografía a la instantánea. Guillaume siguió rebuscando en la caja —. Mira Édouard. Otra de tu abuela. Aquí está con mi padre y con Gabriel del Chateu Lavergne. —Oteiza sólo pudo fijarse en la abuela de DeauVille. Su intensa mirada era la misma que había visto en el retrato de la Condesa; y sus ojos transmitían la misma fuerza y determinación.

—Gabriel sí que supo ocultar bien sus botellas. ¿Sabéis que hizo? —Esperó a que ambos negasen con la cabeza antes de continuar—. Enterró sus mejores botellas en la huerta. Bajo los tomates, las judías y las coles. Y siguió cultivando las verduras como si nada. ¡Durante cinco años! Y los alemanes ni se enteraron. No eran las mejores condiciones para el vino, pero consiguió salvar todas. No le robaron ni una.

—¿Entonces en Château Lavergne conservan las de aquella época? —Oteiza pensó que podrían convertirse en un posible objetivo.

—Me temo que no, inspectora. Gabriel amaba su vino, pero lo amaba demasiado. Con los años terminó por beberse todas las que salvaguardó de la ocupación. Un tipo peculiar; durante la guerra sospechábamos que colaboraba con la resistencia francesa. Muchos viticultores lo hicieron; mi padre nunca nos contó nada al respecto, así que no sé a ciencia cierta si colaboró con ellos. Era muy arriesgado; si los alemanes tenían la mínima sospecha que estabas implicado, te enviaban a un campo de concentración del que no volvías. —El viticultor detuvo su narración unos instantes. Se mostraba pensativo—. ¿Habéis hablado con los del Château Ruibet? —terminó preguntando. —Me he acordado del barón Ruibet porque su padre colaboró activamente con la resistencia, ayudando a ocultar aviadores británicos derribados. Y a ellos también le han robado unas botellas.

—Hemos llegado hoy mismo —contestó Édouard mirando el reloj. —Le llamaré y pasaremos por Château Ruibet mañana. Debemos irnos ya, Guillaume. Aún tengo que solucionar el caos que

han dejado en mi despacho. Por cierto, ¿aquí también buscaron algo más que las botellas? ¿Documentos, papeles?

—No. Entraron limpiamente en la bodega, las cogieron y se fueron. Ni tocaron la casa ni el garaje.

Se despidieron de Guillaume en el exterior, agradeciéndole la hospitalidad, el buen vino y toda la información aportada. Oteiza tuvo que apartar con los pies a varias de las gallinas que se habían arremolinado alrededor del coche. Ellas también emitieron un cloqueo de despedida.

19

—¿Qué te apetece para cenar? En Pauillac hay un pequeño restaurante con una carta llena de exquisiteces —preguntó Édouard mientras recorrían el camino de vuelta. El Sol comenzaba a caer sobre los viñedos, y las nubes empezaban a teñirse de rojo.

Oteiza no contestó. Se quedó dudando unos segundos. Después del largo e intenso día que llevaban, la idea de salir a cenar le provocó una inmensa pereza. Y su dosis de sociabilidad diaria estaba a punto de agotarse. Si Édouard le hubiera preguntado qué era lo que más le apetecía, y ella hubiera tenido la confianza para contestar con sinceridad, su respuesta hubiera sido que estar sola.

—Aunque quizás sea mejor quedarnos tranquilamente en el Château e improvisar cualquier cosa —añadió DeauVille tras percibir la duda de la inspectora.

Gracias. Oteiza asintió con la cabeza y volvió a dirigir la vista a los inmensos campos de viñas que iban tornándose rojos bajo la luz del atardecer.

—Tengo que hacer algunos recados en el pueblo —comentó Édouard al tomar el camino de entrada al Château. —A estas horas mi hermana ya habrá regresado a Burdeos, así que descansa un rato, toma un baño, relájate. Yo regresaré dentro de una hora y prepararemos algo de cenar. —El coche frenó junto a la escalinata

de entrada—. Tiene todo el castillo a su disposición, Milady —añadió sonriente mientras le entregaba un manojo de llaves.

Cuando cerró la puerta de la entrada tras de sí, Oteiza se quedó unos segundos escuchando el absoluto silencio; miró el impresionante hall, y se sintió abrumada al estar sola en el enorme palacio.

Recorrió el pasillo que ya conocía y terminaba en la cocina. Cogió una manzana de la fuente de fruta de la encimera, y fue mordisqueándola mientras caminaba lentamente observando todos los detalles de la estancia. Reconoció el antiguo armario, acarició la madera maciza, y se imaginó los esfuerzos de los antepasados de Édouard por moverlo en su vano intento de tapar la puerta de la bodega. Sintió el peso de la historia, de todas las cosas que habían pasado allí desde mediados del siglo XIX. Continuó su paso lento por el pasillo anexo, y llegó al despacho, que aún mantenía la puerta abierta. Su vista quedó de nuevo capturada por la réplica del Van Gogh, y estuvo un rato observándolo. Se dio cuenta de que en uno de los laterales del despacho había otra puerta ligeramente entornada.

Se acercó con cuidado de no pisar todos los papeles que aún quedaban dispersos por el suelo y la empujó lentamente. Apareció ante ella una nueva estancia: una enorme biblioteca con grandes estanterías repletas de libros que llegaban hasta el alto techo. Empezó a curiosear los ejemplares, y quedó sorprendida por la vasta temática de la colección: enciclopedias, diccionarios, narrativa clásica y contemporánea, poesía, biografías, ensayos, obras de teatro, y literatura especializada en materias tan diversas como biología, arquitectura, ingeniería o economía. Pero cuando quedó gratamente impresionada fue con la sección de arte, que ocupaba entera toda una de las estanterías. Mientras leía el lateral de los libros, iba acariciándolos con los dedos. Allí estaban los mejores ejemplares de las más reputadas editoriales relacionadas con el mundo del arte. Los estudios de todos los grandes artistas, clásicos y menos clásicos, pictóricos y escultóricos, y los compendios de los mejores museos del mundo.

Cualquier pequeño pueblo soñaría con disponer de una biblioteca tan extensa y surtida.

Al final de la sala podía verse otra puerta. Oteiza se acercó al umbral, pero se quedó quieta al ver el interior desde allí. Era un dormitorio, con decoración clásica pero mucho más masculina que su habitación; junto a la cama estaba la maleta de Édouard, y sobre ella estaba tirada su americana.

De estar aquí en este preciso momento, Sofía perdería el culo por curiosear entre los objetos personales de DeauVille.

Sonrió, se dio la vuelta y continuó observando la biblioteca.

Junto a una de las ventanas había una gran mesa de trabajo, repleta de libros abiertos, blocs de notas y planos topográficos. Parecía que Édouard había estado trabajando en algo hasta justo antes de partir a la subasta en Madrid. Los libros eran de biodinámica, geología, meteorología e ingeniería agrícola. Los planos eran dibujos de las parcelas de los viñedos DeauVille. En algunas parcelas aparecían indicaciones de orientación y fechas de previsión de nuevas plantaciones. En los bloc de notas había escritos, con pulcra y estilizada letra, varios cálculos de hectáreas, de cantidades de fertilizantes naturales y de otras muchas cosas que a Oteiza le sonaron a chino. Puede que Édouard tomase a broma los sistemas de biodinámica de Guillaume, pero estaba claro que había iniciado un profundo estudio sobre ello. Por los planos parecía que iba a continuar con el método tradicional en la gran mayoría de hectáreas, pero había marcado algunas otras como zonas escogidas para aplicar nuevas técnicas y evolucionar el cultivo de la vid.

Así que estás haciendo los deberes. No quieres dedicarte sólo a exportar los vinos, quieres implicarte más en el viñedo.

Había algo que no encajaba en aquella mesa; un libro que no tenía ni la más mínima relación con el resto. Oteiza lo cogió con delicadeza; era una muy antigua edición de la obra poética de Baudelaire. Y al ojearlo, entre sus finas páginas apareció una fotografía. Era Édouard, con algunos años menos, quizás al final de

la veintena, quizás al inicio de la treintena, abrazando a una chica morena de la misma edad. Ambos sonreían, aparentemente inmersos en una gran felicidad, con el fondo de una ciudad que a Oteiza le pareció París. Al instante se sintió incómoda: un ramalazo de vergüenza le recorrió el cuerpo. Había accedido sin permiso a un momento íntimo de Édouard, a un momento importante de su pasado; nadie guardaría una fotografía como aquella en un libro de poesía si no implicase un emotivo recuerdo. Cerró el libro, y volvió a dejarlo con cuidado tal y como lo había encontrado. Salió del estudio y subió la escalera dando grandes zancadas, queriendo alejarse de aquella imagen lo más rápido posible.

Abrió el grifo de la gran bañera de hierro, y mientras el agua se acumulaba en su interior, volvió a la habitación; sacó del bolso su arma reglamentaria, la placa y las esposas. Buscó con la mirada un sitio donde guardarlas. En casa hacía siempre lo mismo al llegar: antes de ni siquiera quitarse el calzado, guardaba las tres cosas en un cajón de la cómoda de su dormitorio. Era su ritual para desconectar del modo policial. Decidió dejarlas en el primer cajón de la mesilla junto a la cama.

Volvió al baño y abrió la ventana. Se desnudó, se recogió el pelo y se sumergió lentamente en la bañera. El agua estaba ardiendo, tal y como le gustaba. Apoyó la nuca en el borde, suspiró y cerró los ojos. Parecía increíble el rápido suceso de los acontecimientos a lo largo de los últimos días. Ayer mismo estaba en San Sebastián enfrentándose a todos sus recuerdos, y ahora estaba aquí, *a lo María Antonieta*, metida en una bañera de hierro dentro de la soledad de un Château francés. Sintió inquietud. Esa inquietud tan familiar, tan reconocible: siempre aparecía cuando algo empezaba a escapar de su control. Quizás hubiera sido mejor quedarse en un Hotel de Burdeos. Haber cenado con Bertrand recordando viejos tiempos, hablando de sus respectivos y similares trabajos. Pasando una cómoda velada entre colegas. Sin embargo había elegido quedarse aquí, y esa decisión ya no le parecía tan correcta. Estaba notando un extraño vértigo; un vértigo hacia lo desconocido; un

vértigo por estar a solas con él; un inquietante vértigo al darse cuenta de lo que estaba empezando a sentir por él.

Un *pitido* la sacó de sus pensamientos. Abrió un ojo y miró de refilón al taburete junto a la bañera. La pantalla de su móvil estaba iluminada. Sacó las manos del agua y se las secó con la toalla. Era un mensaje de Sofía: *¿A qué hora vuelves? ¿Paso a recogerte por el aeropuerto?* Oteiza sonrió y comenzó a teclear. *No regreso hoy. He alargado el viaje. Nuevas investigaciones.* Observó en la pantalla el *escribiendo* que indicaba que su amiga estaba tecleando la contestación. *¿Te quedas en San Sebastián? Por cierto ¿Qué tal ha ido lo de volver allí?* La inspectora dudó unos instantes. *Ha habido momentos muy duros. Pero me ha venido bien.* Sofía volvió a preguntar: *¿Entonces te quedas allí?* Oteiza decidió alargar un poco la respuesta. *No. Ya no estoy en Donosti.* Unos segundos después llegó un nuevo mensaje. *¡Ay hija!, ¡qué misterio! ¿Y se puede saber dónde estás?*

Se imaginó a Sofía mirando la pantalla, ansiosa por saber dónde se encontraba. Rió al imaginar su reacción al leer lo que estaba tecleando. *Estoy en Burdeos. En el Château de DeauVille. Concretamente tomando un baño en una enorme bañera de una de las habitaciones de la primera planta.* Esta vez la contestación llegó con grandes mayúsculas: *¡¿QUÉ?!*

Nuevas investigaciones necesarias fue su contestación. Se quedó mirando el *escribiendo* de la pantalla. Los segundos pasaban, y empezó a preguntarse si su amiga estaba escribiendo *la Biblia en verso*. ¿Por qué tardaba tanto en teclear? El mensaje que llegó fue cien por cien Sofía. *¿Te lo vas a tirar esta noche?* Oteiza rió y pensó que estaba rodeada de incorregibles. Tecleó un *Buenas noches Sofía,* bloqueó el sonido del teléfono y lo volvió a dejar en el taburete. Sumergió los brazos en el agua y cerró los ojos. Respiró pausadamente e intentó no pensar en nada, mientras se dejaba llevar por los sonidos del exterior: los últimos cantos del día de los pájaros, y el suave grillar en la lejanía de las cigarras.

La relajación invadió su cuerpo, y quedó adormecida. Cuando notó que la temperatura del agua había bajado, miró el teléfono. Había pasado más de media hora. Salió de la bañera y se envolvió con la toalla. Regresó al dormitorio y se puso la ropa más cómoda que encontró en su maleta: un fino pantalón de algodón y una camiseta de tirantes. El aire que entraba por las ventanas era fresco, así que completó su vestuario con una fina rebeca negra.

Cuando comenzó a descender las escaleras escuchó a lo lejos una suave música. Provenía de la cocina, así que orientó sus pasos hacia ella. A medida que se fue acercando reconoció la voz de Billie Holiday. Cuando entró encontró a DeauVille colocando varios envases de comida sobre la encimera de la isla central. Parecía haber tomado una ducha rápida; tenía el pelo húmedo y se había vestido también informalmente con un pantalón fino y una camiseta negra de cuello en pico. Al verla entrar sonrió y se acercó al aparato de música para bajar el nivel del volumen.

—No sé qué te gusta, así que he traído un poco de todo. Una ración de cada plato que había en la carta. Siéntate por favor —añadió señalando los taburetes que había junto a la encimera.

Oteiza se sentó mientras miraba cómo retiraba el papel de aluminio que cubría cada bandeja metálica.

—Para empezar, un poco de *Crémeux Glacé de Pomme de Terre et Caviar d'Aquitaine*, o si te gusta más, *Foie Gras mi-cuit et Pulpe de Maracuyá*. —Se colocó la servilleta por encima del antebrazo, y siguió enumerando los platos, pero con un cómico y teatral estilo, imitando exageradamente a los camareros de los grandes restaurantes—. De segundo, *Filet de Bœuf Limousin Rôti*, *Pigeonneau et Réduction de Betterave Rouge*, o el exquisito *Agneau de Lait en Viennoise d'Agrume*. Y de postre, *Framboises Déclinées*, *Chocolat et Fève de Tonka*, o la *Crème Glacée Chocolat Blanc Cardamone*. Los cuales, por cierto, voy a meterlos en la nevera para que estén a punto.

Oteiza sonrió ampliamente en cuanto se dio la vuelta.

Así que también te gusta hacer el payaso y reírte de tu propio mundo ¿eh?

—Mientras preparaban los platos, he estado hablando con el propietario. El restaurante ha pasado de generación en generación desde su apertura a principios de siglo. Le he preguntado por la Segunda Guerra Mundial y me ha contado una historia muy curiosa sobre la época de la ocupación alemana: Por lo visto, todas las noches acudían a cenar los oficiales de los regimientos destacados en la zona. Pedían siempre las mejores botellas de vino de la bodega, las más antiguas. Así que se les ocurrió una idea: coger botellas de vino más joven, y de menos calidad, colocarles viejas etiquetas, y añadirles un pequeño toque artístico.

—¿Toque artístico?

—Conseguían sacos de polvo de una empresa de limpieza de alfombras en Burdeos. Al embadurnar con él las botellas, conseguían el mismo aspecto de los vinos que llevaban años en el fondo de la bodega. Y los alemanes se lo bebían convencidos de que estaban tomando un vino extraordinario de una vieja añada. —La inspectora volvió a sonreír.

—Pero para acompañar la cena, nada de trucos; quiero que pruebes uno de los nuestros. He abierto un Château DeauVille 2ème Cru Classé de 2005. La del 2005 fue una muy buena cosecha —comenzó a relatar mientras servía el vino en las copas. —Hizo calor cuando tenía que hacer calor. Hizo frío cuando tenía que hacer frío. Y llovió muy poco. Las parras estaban preciosas, y no había ni una sola uva podrida. La poca agua que absorbía la planta iba directa a nutrir el fruto, no a la madera, así que tuvimos menos producción pero la naturaleza nos regaló una uva pequeña y muy concentrada. Tampoco llovió durante la vendimia; cuando el vino entró en bodega, el aire se llenó de aromas de grosella roja y de cereza. —Oteiza se acercó la copa a los labios pero Édouard la detuvo con un gesto.

—Espera, espera. Antes de beberlo hay que intentar comprenderlo. Hemos de utilizar nuestros sentidos para captar lo que el vino quiere contarnos. —Se acercó a Oteiza y se sentó a su lado en otro de los taburetes.

¿Me va dar una clase, Profesor DeauVille?

—Lo primero es rotarlo para que vaya soltando el aroma. —Édouard comenzó a agitar el vino sin separar la copa de la encimera,

manteniendo sus dedos en la base, mientras hacía girar el líquido en su interior—. Suele haber aromas primarios y secundarios, pero nunca olvides que una cata no es un examen; es un momento de diversión sensorial. Así que es cuestión de acercar la nariz y dejar volar la imaginación. —Oteiza intentó imitar sus movimientos al agitar el vino, se aproximó la copa e inspiró en su interior—. No te preocupes si no sabes ponerle nombre a lo que hueles. Simplemente siéntelo —añadió él mientras no dejaba de observarla con atención. —¿Qué dirías que hueles en primer lugar? —Oteiza dudó. —Cierra los ojos. Vuelve a inspirar. Déjate llevar —pronunció Édouard casi llegando al susurro.

—Madera. Huelo a madera —contestó la inspectora.

—Estás oliendo el roble. Perfecto. ¿Qué más percibes?

—¿Cereza? —El francés sonrió al oírla.

—Está muy bien para empezar. Ahora ya sabes que el vino ha sido encubado en barricas de madera. Y que huele a frutas rojas. Poco a poco. Con el tiempo ya irás apreciando el resto de los aromas. Por la nariz se comprueba si su fragancia se limita a la variedad de la cepa, o si ha ido tomando los aromas del terreno y de los minerales; se sabe cuál ha sido su crianza, su envejecimiento...

Oteiza se dio cuenta que era la primera vez que empezaba a entender a qué olía un vino.

—Vamos con la segunda impresión sensorial: el sabor. Toma un sorbo, pero no lo tragues. Haz que viaje por tu boca para que lleguen nuevos aromas a tu cavidad retronasal. ¿Es ligero o espeso? ¿Suave o carnoso? Fíjate en su textura mientras recorre tu boca. —Édouard mantuvo la vista en sus labios—. Ahora trágalo. Comprueba si el regusto final es placentero y duradero. —Esperó unos instantes —. ¿Y bien?

Oteiza volvió a dudar.

—Di lo que se te ocurra. No tengas miedo.

—He notado un sabor afrutado, y... ¿algo de vainilla?

—¡Excelente! Has captado algo de sus taninos. Los taninos provienen de las pepitas, los hollejos de las uvas y de la crianza en barricas de madera. Si al cabo de un rato los ecos de estos sabores siguen resonando en tu paladar, sin duda se trata de un vino

excelente. —Oteiza se dio cuenta de que el complejo sabor aún perduraba en su boca.

—Y por último, fíjate en el color. A mí me gusta dejar el sentido de la vista para el final. Es rojo intenso, con tonos púrpura. Con el tiempo irá cogiendo un tono más oscuro. Este es un vino perfecto para guardar. Podremos abrirlo dentro de quince o veinte años, y aún seguirá siendo una grata y sensual experiencia para todos nuestros sentidos.

Oteiza se dio cuenta del brillo que desprendieron los ojos de DeauVille al pronunciar *sensual experiencia*.

—El vino es un momento de relajación, es un vínculo entre las personas que lo comparten —añadió Édouard bajando aún más el tono de voz. La inspectora no aguantó la intensidad de la intimidad entre ellos; apartó la vista e intentó disimular lo que estaba provocando el subtexto de sus palabras. Volvió a tomar un nuevo sorbo de vino.

—Y ahora dejemos a nuestros sentidos disfrutar con la cena —pronunció DeauVille mientras acercaba a ellos los platos y las bandejas de comida.

La suave música y la voz de Bille Holiday seguían llenando la cocina mientras degustaban los primeros platos. Todo estaba exquisito; Oteiza se dio cuenta de que estaba más hambrienta de lo que pensaba. El vino encajaba perfectamente con el sabor de los platos, y juraría que le provocaba aún más ansia por seguir probando los siguientes. Miró a su alrededor, el ambiente era realmente acogedor, y empezó a sentirse relajada.

—¿Has vivido aquí siempre, en el Château? —preguntó.

—Mis padres preferían vivir en Burdeos, como Ève. La infancia y la adolescencia la pasé en colegios privados, pero todos los veranos los pasaba aquí, junto a mi abuela. Ella fue la única que residió toda su vida en el Château. Después llegaron los años de universidad en París. Y al acabar la carrera me quedé a vivir allí una larga temporada.

—¿Quedaste prendado por la ciudad de la luz? —Édouard sonrió al oírla, pero Oteiza percibió un tono de amargura en su sonrisa.

—Más bien quedé prendado por una parisina. Estuvimos casados 8 años. —La inspectora recordó la foto que había encontrado en el libro de Baudelaire—. Era parisina hasta la médula, no podía vivir lejos de la ciudad. Necesitaba su caos, su frenesí, su acelerado ritmo. Necesitaba justo lo que yo empecé a odiar a medida que pasaron los años. Llegó el momento en que el cuerpo me pedía volver. Quería vivir aquí. Y se lo propuse. Pero no quiso. Discutimos mucho. Decidimos darnos un tiempo. Vine aquí a vivir, pero la echaba enormemente de menos. A los ocho meses regresé a Paris. Pero ella ya había rehecho su vida sin mí. Ya no era lo mismo entre nosotros, se había perdido toda la magia. Fue duro darme cuenta de que ya tenía organizada una nueva vida en la que yo no tenía sitio. Así que volví a Château DeauVille para quedarme definitivamente.

Oteiza no dijo nada, simplemente continuó comiendo, esperando que Édouard continuase su narración.

—Lo sé, lo sé —añadió el francés. —Seguro que piensas que ese es mi estilo de vida: fiestas, eventos, yates, coches de lujo, casinos y follarse a modelos en hoteles de cinco estrellas. Que es donde me gusta estar. Pero no es así. Para nada. Me gustan ciertos placeres de la vida, soy un *bon vivant*, lo reconozco, pero no los convierto en un modo de vida. Donde verdaderamente me gusta estar es aquí, en el Château. Pasar semanas tranquilas sin tener que viajar a ninguna parte, sin tener que reunirme con nadie.

Oteiza asintió con la cabeza. Dio un largo trago de vino.

—¿Esto se lo dices a todas las chicas que traes aquí? —terminó preguntando mientras aún mantenía la copa en la mano.

—¿El qué? ¿Lo de que me gusta vivir en el Château? —Édouard se extrañó de la pregunta.

—No, lo de follarse a modelos en hoteles de cinco estrellas — Aquello hizo que el francés soltase una carcajada.

—Lamento haber sido tan brusco. —Oteiza sonrió—. No es un buen discurso para seducir a una mujer, ¿no?

La sonrisa desapareció del rostro de la inspectora. Dejó la copa, cogió el tenedor y empezó a mover de un lado a otro del plato los trozos de pichón.

—Cuéntame más sobre tu abuela, ¿cómo era? —añadió pasado un rato.

—No era fácil de tratar a primera instancia. Se había pasado la vida luchando en un mundo totalmente masculino. Se quedó viuda muy joven, cuando mi padre y mi tío eran muy pequeños; ella sola tuvo que sacar adelante a sus hijos y a los viñedos, que habían quedado gravemente afectados tras la guerra; tardó años en recuperarlos. Así que había desarrollado una fuerte coraza externa, que la mostraba como alguien serio, alguien a quien respetar, a quien no era fácil intimidar. Cada vez que se presentaba un nuevo reto, tiraba hacia adelante, con un par de... ¿cómo lo decís en español? —preguntó Édouard.

—Déjalo, ya te he entendido —respondió Oteiza sonriendo.

—A pesar de todas las dificultades, siempre siguió luchando. Sin duda lo tuvo que pasar mal en muchas ocasiones. Nunca quiso hablar de ciertas épocas de su pasado. Por ejemplo, nunca nos habló de la época de la ocupación. Sólo hacía un breve resumen de cómo esos años habían salvado las cosechas, a pesar de haber sido desalojados y haber tenido que trabajar los campos observando a lo lejos cómo los alemanes ocupaban el Château. Pero en cuanto le preguntabas algo en concreto, cambiaba de tema. Y no era conveniente hacerla enfadar insistiendo en ello. Tenía un genio bastante fuerte. Sin embargo, con su gente de confianza, con su familia, con sus amigos, era la primera en descorchar una botella y brindar, y hablar, y reír. —Édouard interrumpió la narración; parecía estar recordando algo alegre, porque sus labios dibujaron una sonrisa. De repente la seriedad regresó a su rostro—. Con mi hermana llegó a ser muy dura en algunas ocasiones. A mí me permitía muchas cosas, pero con ella fue muy estricta. Sus hijos eran varones, así que la sucesión era para su primera nieta. Quería prepararla a conciencia para llevar el Château, pero su severidad provocó incluso que mi hermana le tuviera miedo.

Oteiza cogió la botella y rellenó las copas de ambos.

En todas las familias hay luces y sombras.

—¿Tienes hermanos Anne? —preguntó DeauVille.

—No, soy hija única.

—¿Tu padre también se fue de San Sebastián?

—Sí. Se quedó a vivir en La Rioja, junto a su hermano.

—¿Y tus tíos y tías?

—Siguieron en Euskadi. Sólo mantengo el contacto con mi tía Arantxa, la hermana de mi madre. Gestiona el alquiler de nuestra casa en San Sebastián, y me envía el dinero. —Édouard percibió la desgana de Oteiza en cada una de sus respuestas.

—Lo siento Anne, no quiero preguntarte cosas sobre las que no desees hablar.

—Tranquilo. Es sólo que estoy muy cansada. Ha sido un día muy largo.

—¿Pasamos del postre?

Oteiza se preguntó si esta vez sus palabras también llevaban algún subtexto añadido.

—Será lo mejor —terminó contestando.

—Vete a dormir. Yo recojo esto y me voy también a descansar.

Al ponerse de pie, la inspectora notó claramente el efecto del alcohol. Se agarró a la encimera en un intento de disimular el ligero mareo que retaba a su equilibrio.

Oteiza, Oteiza. Me parece que la última copa te sobraba.

—¿Te acompaño? —preguntó Édouard.

¿Acompañarme? ¿Hasta dónde? ¿Me vas a arropar en la cama?

—Yo duermo aquí abajo; tengo un pequeño dormitorio junto al despacho y la biblioteca —añadió DeauVille mientras caminaban hacia las escaleras. —En invierno es más fácil calentar sólo la planta de abajo, así que prácticamente hago vida en estas habitaciones.

Al llegar al pie de las escaleras se quedaron en silencio. Oteiza aguantó unos segundos la intensa mirada del francés, y comenzó a subir los escalones. No había llegado ni al descansillo cuando la voz de DeauVille la hizo detenerse.

—Por cierto, el sistema de seguridad no lo reparan hasta mañana. Esta noche me voy a sentir inseguro.

Oteiza se giró para mirarle antes de contestar.

—No te preocupes, voy armada. —Quizás fue por el alcohol, pero su mirada se cargó de mucha picardía. Demasiada.

—Ya me siento mucho más seguro. ¿Y también te has traído las esposas? —preguntó Édouard envalentonado por lo que creía leer en sus ojos.

¿Qué tipo de fijación tienen los hombres con las esposas?

La inspectora no contestó. Se giró y prosiguió subiendo los escalones. Pronunció un último *Buenas Noches Monsieur DeauVille* que Édouard escuchó mientras miraba divertido como desaparecía de su vista.

20

La luz del sol entraba tamizada por los visillos de las ventanas. La inspectora saltó de la cama con una inusual energía. Mientras se duchaba cayó en que no tenía el típico dolor de cabeza con el que se despertaba siempre que se pasaba con el vino. Ya se lo había dicho Sofía mil veces: los buenos vinos no dejan resaca.

Sofía. Seguro que tenía algún mensaje suyo esperando en el teléfono. Desbloqueó la pantalla y un *Cariño, ¿te lo has tirado ya?* apareció en ella. Tecleó un rápido *Con amor, vete a la mierda* y salió de la habitación. Encontró la cocina vacía, y una nota sobre la encimera: *Inspectora Oteiza, el desayuno será servido en la terraza.*

Se acercó a la ventana y miró al exterior. Édouard estaba sentado en una mesa en el jardín de la parte trasera, leyendo un iPad que sujetaba con una mano mientras mantenía una taza de café en la otra.

—¡Hey!, buenos días. ¿Has descansado bien? —exclamó en cuanto la vio acercarse.

—Perfectamente.

Mientras se sentaba comenzó a servirle un café sólo.

—Hoy vamos a tener mucha actividad en el viñedo. Los vendimiadores han empezado a recoger la uva desde antes del

amanecer. —Édouard se mostraba entusiasmado—. Y he llamado al Château Ribet, nos recibirán esta misma mañana.

Oteiza sonrió y comenzó a mordisquear una galleta bretona. Tenía ganas de avanzar en la investigación; quería saber más sobre aquellas botellas y, sobre todo, quería tener algo que enviar en el informe operativo que sin duda el Inspector Jefe esperaría al final del día.

Château Ribet poco tenía que ver con la finca rural de Château Monfort; sus hectáreas quintuplicaban las de Château DeauVille. Era un gran emporio del vino con una de las producciones más elevadas de toda la zona.

Sus jardines versallescos mostraban la opulencia del dominio y recibían al visitante dejándole bien claro que sus vinos pertenecían a la aristocracia vinícola: según le explicó Édouard, llevaban la etiqueta de *Premier Cru*, otorgada por Napoleón III en 1855 para definir la calidad más alta de los vinos de Burdeos. Château DeauVille recibió ese mismo año la clasificación algo inferior de *Deuxième Cru*; la condesa no lo recibió con mucha alegría, pero poco podía hacer: venía del mismísimo Emperador. Siglo y medio después seguía usándose el mismo sistema de clasificación de calidad, cosa que a Édouard le parecía injusta. Muchos *Premier Cru* producían vinos de categoría inferior, y muchos viñedos de categorías inferiores conseguían calidades superiores, pero la tradición era algo muy importante en Burdeos, y el método seguía inalterado.

Encontraron un grupo de turistas recién bajados de su autobús, que sacaban fotos al imponente palacio. Édouard la guió hasta la parte trasera, donde se encontraban una serie de edificios de baja altura dedicados a la elaboración del vino. Había mucho jaleo; estaban llegando ya los primeros tractores con carros repletos de racimos recién vendimiados. Un grupo de operarios manipulaban una maquina que Édouard llamó *despalilladora*, que según él separaba las uvas de las ramas en su camino hacia la prensa.

Salió a recibirles uno de los directores técnicos del viñedo, François Arzel. El barón Ribet se encontraba de viaje en Londres y esperaba poder ofrecerles él mismo la información que necesitaban. Tras conducirles a las oficinas para poder hablar con tranquilidad, les hizo un relato corto sobre la desaparición de las botellas. El sistema de seguridad en la bodega privada era excelente, y lo habían manipulado con la misma pericia que en Château DeauVille. Y al igual que en los otros robos, habían descartado añadas más valiosas llevándose sólo las dos botellas recuperadas tras la Segunda Guerra Mundial.

—Después de todo lo que pasaron esas botellas pensábamos que este iba a ser su hogar definitivo, pero algún imbécil tenía otros planes —exclamó Monsieur Arzel claramente enfadado.

—¿Qué pasó aquí en la Guerra, François? —preguntó Édouard.

—Pues según todo lo que me han ido contando a lo largo de los años, intentamos engañar a los alemanes todo lo que pudimos. Se recibían pedidos de toda Alemania. Nos decían, *hay que enviar diez mil botellas a este lugar*. Pero no nos especificaban qué añada, así que siempre enviábamos lo peor que teníamos, como la cosecha de 1939 que fue un absoluto desastre. Menos los pedidos al propio Hitler o a sus mariscales. A esos era difícil engañarles. Algún oficial ya apareció por el Château amenazando con penas de prisión. *¿Cómo se atreven a enviarnos agua sucia embotellada?* Pero la demanda alemana era enorme, necesitaban que siguiésemos produciendo vino en gran cantidad para suministrar a la Wehrmacht y la Luftwaffe. Les interesaba tanto nuestra producción que fuimos de los pocos viñedos que recibimos todos los suministros necesarios: fertilizante para las viñas, heno para los caballos...y permitieron que nuestros trabajadores no fueran reclutados para trabajar en las fábricas alemanas, como ocurrió en otros muchos Château de la zona.

—¿Y las botellas robadas? —preguntó Oteiza.

—Esas fueron requisadas, junto con otras muchas, en una visita especial que hizo Göring a principios de 1942. Dicen que entró en la bodega y disfrutó más observando los vinos que en el Louvre

mirando los Renoir o los Matisse. Pero hizo lo mismo que con los cuadros, llevárselos todos a Alemania.

—¿Y desde que las devolvieron al finalizar la guerra permanecieron en el Château?

—Así fue. Creo que ni se movieron del mismo botellero.

—François, ¿hay algo más que recuerdes haber oído de la Guerra que pueda tener relación con esas botellas? —preguntó DeauVille.

—La Resistencia intentó boicotear el envío de las botellas seleccionadas por Göring, pero no lo consiguieron. No sé si estarían interesados en salvaguardar esas botellas en concreto, porque fueron tremendamente activos en esta zona. Cuando los alemanes empezaron a pedirnos toneles de vino en vez de botellas, para ser suministrados a las tropas en el frente, sé que muchas veces interceptaron los trenes y cambiaron el vino por agua. También utilizaron los envíos de toneles para transportar aviadores británicos derribados y poder llevarlos al otro lado de la línea de demarcación. En Château Ribet siempre hemos fabricado nuestros propios toneles de madera en vez de comprarlos a otros — añadió dirigiéndose a Oteiza. —Es algo que aún mantenemos, tenemos nuestro propio taller y nuestros propios artesanos. En los años 1943 y 1944, nuestros toneleros ayudaron a la Resistencia. Meter a una persona en un tonel es una tarea muy complicada. Son totalmente estancos, así que había que retirar los aros metálicos y desmontarlos duela a duela, y después, volver a montar todo alrededor de la persona. Todo el proceso llevaba de tres a cuatro horas. Y luego estaba el trayecto y la espera en la línea de demarcación. Era un lugar diminuto y con muy poco aire, pero era la única manera de sacar a gente burlando el férreo control alemán. Pero Édouard, si quieres historias de la Resistencia, habla con Daniel Chavenon.

—¿El abuelo de Christine?

—El mismo. Si hay alguien que colaboró con ellos, es él. Hasta le dieron la medalla de la Orden de la Liberación después de la Guerra.

Oteiza no pudo reprimir su frustración al cerrar la puerta del coche. Estaba acostumbrada a que el proceso de investigación fuera lento; incluso sabía que podía llegar a estancarse totalmente en algunas fases, pero tenía la intuición de que estaban cerca de algo que todavía no podía ver con claridad. Y eso la frustraba aún más.

¿Qué maldita relación había entre aquellas botellas?

Durante el camino de regreso recogió el correo electrónico. No había novedades de Bertrand. Suspiró. Intentó relativizar. Lo único que podía seguir haciendo era preguntar, preguntar y preguntar. Esperar a que en alguna de aquellas entrevistas saltase la liebre, y obtuviesen una nueva pista que llevase a algo.

Paciencia, Oteiza, paciencia.

—¿Por qué seguimos utilizando el coche de alquiler? —preguntó con un tono que no podía disimular su frustración.

—Sólo estaba disponible si lo alquilaba para tres días. Así que podemos disponer de él hasta el miércoles.

Mira que sois agarrados los ricachones. Aprovechando hasta el último euro.

—¿Qué te ocurre? —preguntó DeauVille.

—Nada —contestó Oteiza moviéndose incómoda en el asiento. —¿Cuándo podremos hablar con el abuelo de tu enóloga?

¿Quizás he dicho "tu enóloga" con demasiada ironía?

Sí; el cabrón ha sonreído. Mierda.

—Intentaré concretar una cita en cuando lleguemos al Château. Está algo delicado de salud, espero que nos reciba lo antes posible.

—¿Crees que podremos visitarle esta misma tarde?

—No lo sabré hasta que les llame. Seguramente no podamos pasar hasta mañana. —Édouard la oyó emitir una especie de bufido —. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Estoy frustrada. Siento que estamos cerca de algo, pero no avanzamos. Y me gustaría aprovechar al máximo el tiempo que esté aquí.

¿Estoy hablando de la investigación o de nosotros?

—Lo entiendo, pero no podemos presentarnos en la puerta de Château Chavenon, tocar a la puerta y empezar a interrogar a un anciano de noventa y cinco años.

—Lo siento, es solo que...

Édouard esperó a que continuase, pero Oteiza no volvió a hablar. Cuando minutos después llegaron al cruce con la Route des Châteaux, detuvo el coche en el arcén.

—A ver. Te propongo dos planes. Puedo girar a la derecha y llevarte al centro de Burdeos, a la comisaría. Puedes pasarte allí toda la tarde, rodeada de informes, analizando mil veces los datos que ya tienes, rebuscando una y otra vez en el ordenador de la Police Nationale y hablando con tu colega Bertrand.

Vale. Touché. Ese irónico tu colega Bertrand ha sido como marcar un punto al devolver el saque.

—O puedo girar a la izquierda, volver a Château DeauVille, intentar contactar con Chavenon, y en caso de que no pueda recibirnos hoy mismo, puedes aparcar por unas horas tu frustración, intentar relajarte, y puedo hacerte una visita guiada por el viñedo.

Mierda.

—Y aún nos está esperando el postre de ayer.

Mierda.

—¿Y bien? ¿Izquierda o derecha, inspectora Oteiza?

Mierda.

21

Reconoció la figura de Christine saliendo del edificio central que se encontraba a pocos metros del Château DeauVille. Los primeros tractores estaban llegando, y la enóloga estaba inspeccionando atentamente su contenido. Con la larga melena rubia recogida en una coleta, la camisa de cuadros y las botas de goma, parecía alguien totalmente diferente a la diva embutida en satén rojo que Oteiza había conocido en el evento Perrier Jouet.

Empezó a reír en cuanto vio llegar a Édouard.

—¡La maduración está en su punto! Y los partes meteorológicos indican que vienen días secos y sin altas temperaturas. Van a ser unas jornadas de vendimia excepcionales —exclamó antes de recibirle con un abrazo.

¿Todos los enólogos son tan efusivos?

—Excelentes noticias Christine, pero... ¿qué te ha pasado en el ojo? —preguntó Édouard. Su pómulo derecho mostraba una zona amoratada que no había conseguido disimular ni con una gruesa capa de maquillaje.

—Nada, una tontería; estaba comprobando el interior de las cubas, y me he golpeado con una esquina de la puerta —contestó quitándole importancia—. Inspectora, encantada de volver a verla —exclamó dirigiéndose a Oteiza—. Merecemos algo bueno después de

todo lo ocurrido —añadió—. Vaya día el de ayer. Primero me despiertan en el hotel con la horrible noticia de que las botellas de Perrier Jouet han desaparecido. Y cuando a la tarde regreso a Burdeos me entero de que han entrado en el Château y han robado las botellas de tu abuela. Sé lo que significaban para ella, lo siento mucho Édouard. Por cierto inspectora Oteiza —se giró y la miró directamente—, traté con mucha trivialidad sus sospechas de que las botellas de Champagne pudieran ser objetivo de un robo. Me equivoqué totalmente. Le pido mis más sinceras disculpas.

Oteiza asintió.

Vaya, vaya. Sí que se ha bajado de su pedestal.

—Por suerte la tenemos aquí para investigar lo acontecido. ¿Qué tal van sus pesquisas?

—No tan rápido como me gustaría.

—Christine, nos gustaría hablar con tu abuelo sobre la época de la Segunda Guerra. Intentamos encontrar alguna relación entre las botellas robadas —añadió Édouard.

—Claro, estará encantado. Si hay algo que le gusta es contar viejas batallas.

—¿Cuándo podríamos pasar a verle?

—Hoy estará todo el día en el hospital, en Burdeos. Los lunes y jueves tiene sesión de diálisis. Ya sabes que sus riñones no están trabajando bien desde hace un tiempo. Pero podéis pasar mañana por la mañana. Yo también estaré allí; me encantaría que me dieses tu opinión sobre la maduración de nuestras Merlot.

—Perfecto, iremos mañana —exclamó Édouard mirando a Oteiza, cuyo gesto, en vez de contrariado, parecía ahora resignado.

Tenía que haber elegido derecha. En fin. ¿Cómo era? ¿Aparcar la frustración e intentar relajarme?

—Tienes que ver el refractómetro —dijo Christine mientras tiraba de DeauVille agarrándole del brazo. Se acercaron a uno de los carros repletos de racimos; cogió una de las uvas, la prensó con los dedos y dejó caer el zumo sobre un artilugio que a Oteiza le pareció un pequeño catalejo. A continuación miró con él hacia el cielo, sonrió, y se lo pasó a Édouard. El francés repitió el gesto, y pronunció un *Wow* a los pocos segundos de mirar por él.

—Los valores son magníficos —terminó exclamando mientras los dos se miraban sonrientes. Oteiza se sintió incómoda, una extraña total en aquel mundo, totalmente ajena a la complicidad que ambos compartían.

—Inspectora, acérquese —oyó decir a Christine. Dio unos pasos mientras la enóloga se inclinaba de nuevo sobre los cubos y cogía una nueva uva.

—Esta herramienta se llama refractómetro. Sirve para medir el grado alcohólico y el grado de azúcar del mosto de las uvas. —La enóloga volvió a prensar la uva entre los dedos, y dejó caer una gota sobre un cristal del instrumento antes de entregárselo a Oteiza —. Mire a través de él hacia el sol, y observe el visor. —Édouard sonrió al ver a la inspectora apuntando al cielo—. ¿Ve la escala numerada? ¿Ve cómo una parte está de color azul, casi hasta la mitad de la escala? Eso nos indica los grados Brix de la muestra.

—¿Y dependiendo de estos valores adelantan o retrasan la vendimia? —preguntó Oteiza.

—Exacto. Hacemos mediciones por todo el viñedo y decidimos el momento justo. También observamos si la piel está floja, la textura de la pulpa, el color de la semilla...

—¿Han comenzado la vendimia por la parcela Marie-Joséphine? —preguntó Édouard.

—Sí, por las Cabernet Sauvignon.

—Desde la época de mi tatarabuela, todas las parcelas tienen su nombre propio —explicó DeauVille—. Le Moulin Riche, Grand'Plante, la Chapelle...dependiendo de su orientación, cultivamos en ellas cuatro tipo de variedades: Cabernet Sauvignon, Merlot, Cabernet Franc y Petit Verdot. Al combinarlas y ensamblarlas correctamente, es como conseguimos que nuestro vino tenga el carácter y la elegancia característicos de Château DeauVille.

Oteiza escuchaba atenta, intentando procesar toda la información que estaba recibiendo.

—¿Te apetece que nos acerquemos ahora a la parcela donde están vendimiando? —le preguntó Édouard.

—¡Excelente idea! —Añadió Christine antes de que Oteiza pudiera contestar—. ¿Qué número calza inspectora?

¿Número de pie? ¿Es algún valor también a tener en cuenta para la vendimia? ¿Me va a poner a pisar la uva?

—Un nueve.

—¡Perfecto! Le valdrán las mías —añadió sonriendo—. Va a necesitar unas botas de goma. Tengo un par extra en el maletero del coche.

La enóloga se acercó a un lujoso 4x4 que estaba estacionado en el parking. Abrió el maletero y regresó con unas Hunter que mostraban su típica bandera británica en la caña.

La última tendencia en moda rural. Antes muerta que sencilla.

Tras abandonar la pista de tierra e internarse en los viñedos, caminaron hacia el río atravesando las hileras de parras. Édouard avanzaba con paso firme y rápido; en ocasiones se detenía y se agachaba para observar los racimos. Oteiza caminaba en silencio detrás de él observando cómo a veces extendía el brazo y acariciaba las hojas a su paso.

—Una de las cosas más importantes que tenemos aquí es el terreno. Es excepcionalmente bueno para el cultivo de la vid. —Se detuvo y se agachó para coger una de las blancas piedras que cubrían la tierra. Le quitó el polvo con la mano y se la entregó a la inspectora—. Es grava. Muy antigua; es de la era cuaternaria. Se extiende varios metros por el suelo, sobre una base de arcilla, construyendo un drenaje excelente. Filtra el agua de la lluvia, evitando que el terreno se encharque y haya demasiada humedad. Las raíces de la vid se internan hasta muchos metros de profundidad, y absorben los minerales; eso también es importante para dar carácter a nuestro vino.

Édouard reanudó el paso; Oteiza se quedó unos instantes mirando la piedra. Movió la mano para lanzarla al suelo, pero se arrepintió en el último momento; decidió guardársela en el bolsillo. Se retrasó unos metros; no era fácil seguir el ritmo del francés pisando el estrecho surco cavado en el centro de las hileras. Lo vio detenerse y apartar las ramas de una parra.

—Ven, mira esto. —La inspectora se acercó y se agachó en cuclillas a su lado. Una langosta que estaba posada en la planta salió

volando directamente hacia ella. Hizo un rápido aspaviento con los brazos para evitar el singular ataque; perdió el equilibrio y a punto estuvo de caer sentada sobre la tierra.

—Es sólo un acrídido, en su justa cantidad favorecen el cultivo. Se comen otros pequeños insectos más perjudiciales —explicó Édouard.

—Pues se ha tirado a por mí; no ha dudado ni un momento.

—No le culpo.

Oteiza no pudo detener la sonrisa. DeauVille volvió a apartar las ramas. El grueso tronco de la parra ascendía retorcido sobre sí mismo.

—Estas parras de Cabernet Sauvignon son de nuestra generación. Tienen casi cuarenta años.

—¿Maduras, pero aún atractivas y con mucha experiencia?

Te integras muy bien en la vida rural Oteiza.

Has estado sembrada.

—Exacto. Y producen menos que las jóvenes, pero lo hacen con una calidad excepcional —contestó Édouard casi riendo—. ¿Ves esos cortes cerca del tronco, donde nacen las ramas?. En invierno las podamos. Todas, maduras y jóvenes. Así sólo crecerán unas determinadas ramas por cada planta. Y de cada rama sólo unos racimos, que serán mucho más concentrados en nutrientes y azúcar que si la dejásemos crecer *a lo salvaje*. Menos producción, pero más calidad.

—Ajá. Más vale poco y bueno que mucho y malo.

—¿Quieres un poco de anécdota histórica didáctica?

—Dispara.

—En el año 345 después de Cristo, San Martín, que entonces era un joven monje de un monasterio en el Valle del Loira, salió montado en un asno a inspeccionar los viñedos. Los monjes han sido muy buenos viticultores desde tiempos inmemoriales. Desarrollaron muchas técnicas novedosas a lo largo de los siglos. Le daban bien al vino. La sangre de Cristo y eso —explicó Édouard mientras gesticulaba con la mano.

—Ya. Entiendo. Sigue.

—Bueno, pues cuando llegó a los viñedos, *aparcó* el asno atado a una hilera de parras. Durante unas horas se dedicó a hacer su trabajo, y cuando regresó a por el asno, el animal había mordisqueado toda la hilera. Algunas viñas las había masticado hasta el tronco. Tuvo que pillarse un buen cabreo. Pero, al año siguiente, los monjes se dieron cuenta de que esas parras en concreto eran las que mejor habían crecido. Y no sólo eso: habían producido las mejores uvas y el vino más sabroso. A partir de entonces y según fue pasando el tiempo, acabó implantándose como una técnica habitual de todos los viticultores. La poda es todo un arte, y hace un frío del demonio cuando la hacemos.

Édouard se puso de pie y ofreció la mano a Oteiza para ayudarla a levantarse. Esta vez sí aceptó el ofrecimiento.

La parcela Marie-Joséphine estaba situada junto al río Garona. De su orilla partían pequeños muelles de madera, en cuyos extremos colgaban retenes de redes de pesca. Las cabezas de los viticultores aparecían y desaparecían entre las parras; de vez en cuando se oía el grito de *¡Cubo!*.

—¿Son españoles? —preguntó Oteiza al oír la palabra en castellano.

—Sí, son los mejores. Siempre trabajamos con el mismo grupo de vendimiadores. Vienen todos los años desde Extremadura.

Todos vestían una camiseta de color verde con el logo del Château. Un grupo de mujeres estaba reunido bajo los árboles que separaban el viñedo de la orilla del río. Habían dispuesto una gran mesa de madera a la sombra, y estaban colocando sobre ella platos y vasos de plástico.

—¡Eduardo!

Uno de los vendimiadores, de mediana estatura y piel curtida por el sol, caminaba hacia ellos por una de las hileras.

—Muy buenas Paco. ¿Qué tal va la jornada? —preguntó DeauVille al estrecharle la mano.

—Vamos muy bien. No hace mucho calor y eso se agradece. Bonjour Madame —añadió dirigiéndose a Oteiza.

—Hola, ¿qué tal?

—¿Es usted española? —preguntó el hombre al percatarse del saludo. La inspectora asintió.

—Paco, esta es Anne, es mi invitada. Le estoy enseñando el viñedo —dijo Édouard.

—Encantado señorita. ¿Y de dónde es usted?

—Soy de San Sebastián, aunque vivo en Madrid.

—¡San Sebastián! Mi hermano se fue a trabajar allí en los setenta y allí se quedó, casado con una vasca. Y tan a gusto. Siempre me dice que en *Donostia* se come como en ningún sitio. Por cierto, ¿Habéis comido ya?

—Pues no, todavía no.

—Pues no se hable más, venid y sentaros con nosotros. ¡Es hora de parar y recobrar fuerzas!

Paco les guió hasta la mesa de madera. Dio un grito y el resto de vendimiadores comenzaron el camino de regreso desde las hileras de viñas.

—¡Felisa! ¡Pon dos platos más! —gritó al llegar—. ¡Mira a quién tenemos aquí!.

La mujer se giró y sonrió.

—¡Eduardo! ¿Qué tal ha ido el año? —preguntó sin dejar de mover una de las cazuelas que tenían colocadas sobre un hornillo de gas.

DeauVille apenas pudo contestar; el resto de los vendimiadores llegó a la mesa y empezaron los saludos; se sucedieron los apretones de mano, las palmadas en la espalda y algún amistoso y masculino agarrón de hombro. Todos parecían conocerle, y él parecía recordar hasta el último nombre de todos ellos. Y no eran pocos; Oteiza llegó a contar hasta treinta hombres y mujeres de muy diversas edades. La inspectora se vio rodeada por un imprevisto y revolucionado caos de voces, de nuevos rostros, de saludos, de besos en la mejilla. Cuando se quiso dar cuenta, estaba sentada entre una chica en la veintena y una mujer cercana a los cincuenta; madre e hija, venían juntas a hacer la vendimia desde un pueblo de Extremadura llamado Moraleja. Venimos todos los años, y tan contentas, y llevamos ocho, dijeron. Édouard dialogaba efusivamente con dos hombres en la esquina contraria de la larga

mesa. Hablaban de las parras, de las uvas, del tiempo, y de algo llamado mildú.

Los platos comenzaron a llenarse; Oteiza se vio ante un auténtico cocido extremeño que amenazaba con rebosar y empapar el mantel de papel.

—Felisa, que ya te hemos dicho que mejor que nos prepares algo más ligero para comer —gritó uno de los hombres—. ¡Que luego hay que estar agachándose toda la tarde!

Las risas se extendieron por toda la mesa.

—Manolo, no me vengas con esas, ¡que hay que comer bien para tener energías! —contestó Felisa mientras seguía llenando platos.

Aparecieron copas de vino, jarras de agua y pedazos de barras de pan. Todo era un gran murmullo de voces entremezcladas, de conversaciones sobre lo que habían hecho en verano, sobre los hijos, sobre los amigos en común, sobre el paro, sobre la crisis económica; nadie estaba callado.

Oteiza escuchaba, y en ocasiones, preguntaba. Y poco a poco iba acumulando una información que jamás hubiera pensado recabar de esta manera. Todos eran conocidos o parientes. Había hasta tres generaciones distintas trabajando juntas. El abuelo, el padre y el hijo. Las generaciones mayores ya habían conocido a Édouard desde pequeño. El Eduardito, según ellos, ya andaba con cuatro años por entre las parras. El Eduardito, según ellos, no iba a clase durante la vendimia, porque su abuela le decía que iba a aprender mucho más en el campo que en la escuela; había hecho muchas jornadas de vendimia siendo joven, aprendiendo, trabajando duro, como uno más. El Eduardo, había seguido viniendo a la vendimia incluso cuando vivía en París. El Eduardo, estaba haciendo una gran labor desde que murió su abuela; les ofrecía trabajo fijo todos los años. Les buscaba alojamiento. Les trataba muy bien. Les pagaba mejor.

De todo esto se fue enterando Oteiza entre cucharada y cucharada. Entre pregunta y pregunta. Entre historia e historia. Entre mirada y mirada con DeauVille por encima de la mesa.

Al acabar de comer, la inspectora tuvo que reconocer que los sofisticados platos de la alta cocina francesa estaban muy bien; pero

que aquel sabroso cocido, en aquel rincón a la orilla del río, bajo la protección de la sombra de los árboles, con aquella grata compañía, les daba mil vueltas.

—Paco ¿vas a subir el tractor a la bodega? —preguntó Édouard mientras cargaba con la cesta que habían llenado entre todos con un amplio surtido de productos extremeños: Chorizos, salchichones, quesos, tomates y botellas de vino de Pitarra.

—Ahora mismo —contestó el vendimiador.

—Pues ya lo subo yo —dijo DeauVille dejando la cesta en el remolque.

Oteiza se fijó en el vehículo. No era precisamente moderno, pero estaba muy bien conservado. Sobre la brillante chapa roja del motor, aparecía en letras cromadas el nombre del fabricante.

—¿Lamborghini? ¿Tienes un tractor Lamborghini?

—¡Eh!, Lamborghini fue fabricante de tractores mucho antes que de coches deportivos. Son muy resistentes y duraderos. Venga, ¿te animas?

Édouard señaló el único asiento, elevado al descubierto a más de metro y medio de altura.

—¿Quieres que lo lleve yo?

—Ya sé que no es tan excitante como tu *Monster*, pero es toda una experiencia. ¿Cuántos Lamborghini has conducido en tu vida? —preguntó con una sonrisa.

Oteiza no contestó. Se limitó a trepar por los escalones y se acomodó en el asiento. DeauVille ascendió un par de peldaños para quedar a su altura.

—Llevar esto es muy fácil. Y más para alguien como tú. Esta palanca es el selector de motor. Punto muerto, adelante, o atrás. Aquí enfrente la selección de marcha. Tiene sólo tres. Los pedales son el embrague y el freno. Y la palanca a la derecha del volante es el acelerador.

—Sin problemas —contestó Oteiza mientras giraba la llave de contacto. El motor emitió un grave rugido, y todo el vehículo comenzó a temblar. Pisó el embrague, colocó la palanca en avance y primera marcha y movió lentamente el acelerador. Édouard se sentó

sobre la parte de la carrocería que cubría el paso de una de las enormes ruedas traseras, mientras el tractor comenzaba a moverse, y poco a poco fue aumentando de velocidad a medida que se desplazaba por la pista de tierra.

—Coge el camino de la derecha —gritó Édouard por encima del sonido del motor—. Y cuidado al girar, no vayamos a llevarnos la hilera de parras con el remolque —añadió riéndose.

Oteiza abrió la trazada y realizó el giro sin dificultad. El terreno estaba mucho más irregular, y en los baches más profundos tuvo que reducir la velocidad y agarrar con fuerza el volante para no deslizarse en el asiento de plástico. DeauVille tenía razón; llevar este cacharro a través de los caminos era cuanto menos entretenido. Se giró para mirarle, y lo encontró oteando los campos, con el ceño fruncido, agarrándose al tractor con una mano y protegiéndose la vista del sol directo con la otra; esta nueva versión rural, el Eduardo de camisa desabrochada y pelo despeinado, era sorprendentemente muy diferente al Monsieur DeauVille que había conocido en la subasta del Ritz.

—Llévalo hasta aquella puerta, en el almacén del fondo —exclamó Édouard al llegar al conjunto de edificios construidos cerca del Château. Oteiza siguió sus indicaciones y frenó junto a las largas cintas transportadoras donde algunos operarios volcaban los cubos llenos de uvas. Varias mujeres situadas a ambos lados de la cinta iban inspeccionando manualmente los racimos; retiraban las pequeñas hojas y las uvas con mal aspecto, dejando pasar sólo los ejemplares más idóneos.

DeauVille bajó del tractor y ayudó a Oteiza a descender.

—Después de seleccionar la uva, los racimos pasan a la despalilladora. ¿Te acuerdas que las hemos visto en Château Ribet? Estas son mucho más pequeñas, pero realizan las misma función: separan el raspón de los granos de uva; el raspón es la estructura leñosa del racimo, todas esas pequeñas ramas sobre las que penden las bayas. Oteiza observó cómo en una de las tolvas circulares se acumulaban las uvas limpias, y las ramitas y pequeñas hojas quedaban agrupabas en un gran tambor agujereado.

Siguió caminando hasta una nueva máquina circular que emitía un siseo hidráulico.

—Evidentemente lo de pisar la uva a pie ha quedado muy atrás, ahora el trabajo se realiza con esta máquina. El émbolo baja y la enorme pieza desciende y prensa las uvas. Hay que ir despacio, para no aplastar las semillas y evitar que suelten taninos en exceso. El zumo sale por ese tubo inferior, que viaja por aquí hasta la sala de fermentación —explicó Édouard señalando el tubo transparente mientras caminaba siguiendo su recorrido.

Apenas unos metros después entraron en una sala inmensa; enormes cubas de acero inoxidable alineadas a ambos lados de la estancia ascendían hasta los cuatro metros de altura.

—En estas cubas de fermentación mantenemos el mosto entre dieciocho y veinticinco días. Durante este tiempo el azúcar de la uva se transforma en alcohol. —La voz de Édouard se oía con el mismo eco que en una iglesia—. Por todos esos tubos que ves rodeando el perímetro de cada cuba, hacemos correr agua fría para refrigerarlas. Y ven, quiero que veas algo.

Édouard la cogió inesperadamente de la mano y tiró de ella hacia una escalera metálica circular que subía hasta la parte superior de las cubas; una pasarela metálica recorría suspendida todo el almacén. Caminaron por ella hasta llegar a la primera cuba. DeauVille se agachó y abrió la tapa superior; a la inspectora le recordó la compuerta de un submarino.

—Esta cuba se acaba de llenar, es la primera de este año. —Oteiza miró al interior y lo que vio le resultó muy cercano a lo desagradable. Una capa gruesa de pieles de uvas y de pepitas flotaba en la parte superior de un turbio líquido que poco se parecía al vino embotellado—. Después del pisado, traemos también los hollejos a las cubas, para que tomen contacto con el mosto durante la fermentación. Así soltarán los taninos, y darán al vino el color y el aroma de las pieles de las uvas.

—Pero no está llena del todo —notó Oteiza.

—Sí, hay que dejar un buen espacio de margen. Durante la fermentación se libera anhídrido carbónico, y encima de todo esto se forma una capa esponjosa que aísla al mosto de los ataques de

bacterias y de la oxidación excesiva. Si no dejas espacio suficiente, puede llegar hasta arriba e incluso rebosar la cuba. Y es algo que no huele precisamente bien, y que cuesta mucho limpiar, créeme —añadió Édouard haciendo un gesto de asco—. ¿Ves esos ganchos de ahí arriba? —Preguntó señalando a dos gruesos garfios que estaban clavados en la viga de madera—. Durante la fermentación, esta capa de hollejos se queda siempre arriba, y hay que removerla. Ahora lo hacemos con un sistema de palas metálicas que giran en el interior. También hacemos el remontado, transferimos regularmente el mosto de la parte de abajo de la cuba a la de arriba. Antiguamente, ese removido del interior de la cuba se hacía a mano. Bueno, a cuerpo.

—¿A cuerpo?

—Sí, los viticultores se sumergían desnudos en la cuba, y pataleaban y agitaban los brazos para remover el líquido espumoso. —Ahora fue Oteiza quién expresó un gesto de desagrado.

—Y los ganchos los utilizaban para colgarse.

—Así es. Llevan ahí colocados desde la construcción del edificio al final de la primera guerra mundial. Sujetaban una polea enganchada a la viga. La polea guiaba una cadena. El trabajador se agarraba a ella antes de meterse en la cuba, que antes eran de madera; otra persona tiraba abajo del otro extremo; así ascendían y descendían; también era el mejor modo de sacarles rápido: respirar el gas carbónico de la fermentación es muy peligroso. A lo largo de los años hubo más de un caso de muerte por asfixia.

Édouard cerró la compuerta y caminaron por el enrejado de la pasarela hasta descender en el otro extremo de la sala.

—Cuando acaba la fermentación alcohólica, pasamos el vino a esas otras cubas —dijo señalando la fila contraria—. Ahí hacemos durante el siguiente mes la fermentación maloláctica; una segunda fermentación que quita acidez al vino, lima asperezas y lo equilibra. Y a principios de diciembre lo pasamos a...

DeauVille se internó unos pasos en la estancia anexa; la temperatura era más fría, y estaba sumida en una total oscuridad. Oteiza oyó el sonido de unos interruptores al ser accionados. Y de repente, se fueron encendiendo lámparas, una detrás de otra,

mostrando inmensas filas de toneles de madera apilados unos encima de otros.

—La sala de barricas. Aquí descansa el vino después de la fermentación. Aquí pasa un mínimo de dieciocho meses en contacto con el roble de los toneles. El roble cede al vino sus propios taninos y valores aromáticos, que se van fundiendo lentamente con los propios taninos del vino. Pero la madera también absorbe una cantidad de vino, así que hay que ir rellenándolas cada cierto tiempo.

Oteiza caminó por entre las hileras; los toneles mostraban zonas teñidas de rojo alrededor de los tapones, y tenían extraños símbolos dibujados a tiza en los laterales. Continuó caminando hasta el final de la sala mientras Édouard seguía sus pasos.

—¿Y después de reposar aquí se embotella?

—Primero se clarifica vertiendo claras de huevo, para que las partículas en suspensión del vino se depositen en la parte baja de la barrica; después se deja reposar otros cuarenta y cinco días, y se va probando para decidir el momento de pasar a la botella. Parte de la producción se comercializa tras el embotellado, pero otra importante parte pasa a la crianza en la cueva —contestó él mientras abría una nueva puerta.

—¿La cueva?

—Sí, te va a encantar. Ven.

Al final de la sala había una rampa que descendía al subsuelo. Oteiza dejó a Édouard caminar en primer lugar; llegaron a un pasillo muy poco iluminado de paredes de ladrillo, que giraba a la izquierda y se internaba en la oscuridad. La temperatura descendió aún más; Oteiza sintió el mismo frío que en la bodega del Château.

—Esta es la cueva —dijo Édouard al accionar el interruptor. La luz mostró cómo el pasillo se anchaba, y miles de botellas descansaban tumbadas en la oscuridad sobre inmensos botelleros.

—Aquí el vino permanece en contacto con el corcho, humedeciéndolo y produciendo un cierre hermético. Aquí se afina y se redondea, aquí adquiere una mayor complejidad y elegancia.

La inspectora comenzó a caminar por la penumbra, totalmente sorprendida por las dimensiones de aquel sótano. De los laterales

surgían nuevos pasillos, repletos de botelleros que se perdían en la oscuridad.

—Están ordenados por añadas —comentó al observar los cárteles que de vez en cuando aparecían colgados de los estantes.

—Aquí están almacenados todos nuestros vinos desde 1946.

—Es como un viaje en el tiempo.

—No podrías haberlo definido mejor.

Caminaron por diferentes pasillos de muros de ladrillo y piedra, retrocediendo poco a poco, año tras año. Fueron pasando ante sus ojos las añadas de los noventa y de los ochenta.

—¿Sabes? En la novela Hannibal, el doctor Lecter busca y compra una botella de Château d'Yquem embotellada en el año del nacimiento de Clarice Starling. Y después se la envía como regalo. ¿De qué botellero tendría que coger yo una para hacerte un presente de igual valía? ¿De éste? —preguntó señalando el de 1980.

Oteiza sonrió y siguió caminando en silencio. Pasó la estantería de 1979 y continuó su lento paso. Se detuvo en 1978.

—Excelente cosecha —dijo Édouard sonriendo. Extrajo con cuidado una de las polvorientas botellas y sopló sobre ella para desprender las telarañas—. La probaremos una de estas noches. —Oteiza sintió un leve escalofrío.

—¿Y cuánto vale una de estas?

Édouard se tomó unos segundos para pensarlo.

—Andará por unos quinientos euros. Pero no son fáciles de conseguir, quedan muy pocas.

Iniciaron el camino de regreso. Algunos muros mostraban placas de metal con los nombres de las antepasadas de DeauVille, y otros tenían figuras de santos incrustados en pequeños nichos. Cuando Oteiza se detuvo frente a la figura de una virgen, la reconoció al instante: era la virgen de Lourdes. Tras haber realizado en su infancia numerosas excursiones al santuario con las monjas del colegio, hubiera sido un pecado no reconocerla.

—Una vieja tradición —añadió DeauVille al verla observar la virgen—. Las colocaban para proteger la bodega.

Oteiza quedó capturada por la imagen; no pudo dejar de observarla. La estatua la miraba con ojos tristes, el torso inclinado y

la mano junto al pecho; era el vívido reflejo del Cristo Nazareno. Oyó algo. Empezó siendo un susurro, terminó siendo una clara voz femenina. *Lo siento. Lo siento. Lo siento.* La inspectora retrocedió un par de pasos y se apoyó en el muro contrario, mientras Édouard la miraba con ojos preocupados.

—Me falta el aire —consiguió decir. Pero no sólo le faltaba el aire. El corazón le latía cada vez más rápido, y el sudor frío comenzaba a empaparle la camisa.

—Aquí hay poco oxígeno, será mejor que salgamos.

Édouard agarró la helada mano de Oteiza y la guió hasta la rampa, pero ella se soltó antes de llegar arriba y le adelantó buscando la puerta. Inspiró una profunda bocanada de aire en cuanto llegó a la calle; inclinada y apoyada en sus propias rodillas, cerró los ojos y dejó que el sol comenzase a calentar su erizada piel.

DeauVille no dijo nada; simplemente esperó. No hizo intento de acercarse, no hizo intento de tocarla; había aprendido la lección en San Sebastián. Quería estar a su lado, pero debía dejarle su espacio, su tiempo.

—Si no te importa, voy a regresar al Château —dijo Oteiza tras incorporarse.

—Claro, lo que desees.

La inspectora comenzó a caminar en dirección al palacio. Momentos después, Ève se acercó a su hermano desde el edificio anexo. Su rostro era serio y mostraba una clara desaprobación.

—No sé qué está ocurriendo, pero espero que esta vez no sea como las otras. Ten cuidado.

—Esta vez es diferente.

—Si se entera, va a tener que hacer su trabajo. Es una inspectora de Policía, Édouard.

—Lo sé, Ève. Lo sé —replicó con seriedad el francés mientras siguió observando cómo se alejaba.

22

Dejas las botas en el hall y subes a tu habitación. Es la primera vez que te ha ocurrido fuera de Madrid. Es la primera vez que sufres esa alucinación frente a otra estatua que no sea la del Cristo Nazareno. Te tumbas en la cama y cierras los ojos.

¿Qué te está pasando? ¿Estás bajando la guardia? ¿Por qué ahora? ¿Te estás volviendo vulnerable? Demasiadas emociones en los últimos días; tiene que ser eso. Llevas años luchando contra ello; el maldito trastorno de estrés post traumático. Controlado durante años con pastillas. Tratado con innumerables sesiones de terapia. Ataques de ansiedad que se inician con cualquier cosa imprevista: una imagen, un estallido, una noticia en la televisión, un recuerdo.

La rutina siempre es una buena técnica de lucha. Metida dentro del mundo policial, manteniéndote activa y centrada en tu trabajo puedes evitarlo durante meses. Nadie del departamento lo ha detectado nunca. Has pasado satisfactoriamente todos los test psicológicos. Pero ahí siguen, latentes; tu claustrofobia, tu sociopatía, tu fobia a estar rodeada de gente. Tu sempiterna necesidad de inhibirte, de olvidar; tus altibajos de humor, tus malas rachas, tu carácter desconfiado. Tu búsqueda de soledad, tu terror al

compromiso, tu miedo a enamorarte, tu pánico a volver a amar a alguien porque después puedes perderlo.

Abres el portátil y comienzas a redactar el informe operativo. Debes centrarte. Encuentras un email de Bertrand en el buzón. Ha investigado al personaje misterioso. Está detrás de su pista. Encaja con la ficha de un antiguo conocido por robos de arte. Te enviará más información en cuanto la tenga. Tras firmar el correo, añade una enigmática postdata: *Ten mucho cuidado con DeauVille.*

23

Encontró las llaves del Audi sobre la mesa del despacho. Salió al exterior y se montó en el vehículo. Antes de arrancar envió un escueto mensaje a DeauVille: *Cojo el coche de alquiler. Voy a Burdeos*. Conectó el GPS e introdujo la dirección de la Comisaría. Enfiló la Route des Châteaux y cuarenta minutos después estaba aparcando frente al imponente edificio de la Police Nationale. Su innovadora arquitectura destacaba entre los majestuosos y clásicos edificios del centro de la ciudad.

Pasó el control de acceso y preguntó por el departamento de Bienes Culturales. Encontró a Bertrand sentado frente al ordenador; el inspector le ofreció una de sus amplias sonrisas en cuanto la vio acercarse.

—¡Buenas tardes! No puedes llegar en mejor momento. Necesito que veas unas fotografías y me digas si reconoces al sospechoso que viste en San Sebastián. ¡Señoras y señores! —Gritó dirigiéndose al resto de agentes que también trabajaban en aquella sala—. Les presento a la inspectora Oteiza, que ha venido desde Madrid para la investigación de las botellas. —Bertrand sonrió orgulloso mientras los agentes fueron acercándose para saludarla.

—¿Has encontrado quién es? —preguntó una sonrojada Oteiza al sentarse a su lado.

—Realicé una búsqueda con el nombre que me diste, Monsieur Rousseau. No había nadie fichado con ese nombre que encajase con las características que me habías indicado. Pero empecé a buscar en la base de datos de sospechosos de tráfico de arte. Y ahí sí que saltó el nombre como seudónimo de un investigado. La última anotación corresponde al 2002. Pero, rebuscando en informes adjuntos, he encontrado unas fotografías sacadas por los agentes que le siguieron la pista por entonces.

Bertrand abrió una carpeta y le mostró dos imágenes. Oteiza le reconoció al instante.

—Es él. No hay duda. Con diez años menos, pero es el mismo tipo que estaba con el actor alemán en San Sebastián. ¿Y de qué era exactamente sospechoso en el 2002?

—Apareció en escena cuando investigaban el robo de dos Matisse a un coleccionista privado. Al parecer, según el informe, se reunió con uno de los ladrones para hacer de mediador de algún posible comprador.

—¿Y recabaron más información sobre él?

—Sus datos resultaron ser falsos: nombre falso, dirección falsa. No pudieron hallar ninguna prueba que le implicase directamente, así que no hubo orden de detención. Después, simplemente desapareció.

—Quizás intuyó que estaba siendo investigado y se construyó una nueva identidad.

—Probablemente.

Oteiza se quedó mirando al inspector. Había algo más que no le estaba diciendo, podía leerlo en sus ojos.

—¿Qué más? —terminó preguntando.

—Accedieron a sus cuentas bancarias. Revisaron los ingresos de dinero.

—¿Y?

—Si echas un vistazo al listado, verás un nombre conocido. —Le entregó las hojas con los informes de la cuenta.

Oteiza empezó a leerlos. Cuando llegó a la mitad de la página entendió la postdata del correo: el nombre de Édouard DeauVille aparecía tras un ingreso de cinco mil euros.

—Interesante, ¿verdad? —dijo Bertrand sonriendo.

—Sí, pero fue DeauVille quien me advirtió del personaje misterioso en el evento de Perrier Jouet. Fue él quien me dio el nombre de Monsieur Rousseau. Según él, hace unos años, mientras estaba tras unas botellas de vino para su colección personal, unos conocidos le presentaron al tipo este. Le hizo el encargo de conseguirlas, le pagó la señal pero, después, se arrepintió y canceló el *pedido*.

—¿Fue DeauVille quién te dio esa información? ¿Y lo canceló? ¿Después de haber pagado? —preguntó Bertrand frunciendo el ceño.

—Eso me dijo. El tipo no le dio buena espina y decidió anular el trato.

Bertrand se quedó pensativo. Empezó a golpear los papeles con el bolígrafo, un gesto que Oteiza ya le había visto hacer en anteriores ocasiones.

—A quien deberías de buscar es a Monsieur Diderot, el nuevo seudónimo que utilizó para registrarse en el Hotel María Cristina.

La inspectora se levantó para sacar el teléfono del bolso y enseñarle el correo del ertzaina Otamendi. Cuando giró la vista encontró a Bertrand mirándole el trasero.

—¡Hey! ¿Me estás mirando el culo? —añadió bajando el tono para que no lo oyeran el resto de agentes.

—Lo siento, tienes...el pantalón...manchado...justo ahí —contestó señalando con el bolígrafo. El vaquero mostraba una alargada mancha oscura en uno de los glúteos.

—¡Argh! Debí mancharme al subir al tractor.

—¿Al tractor?

—Sí, DeauVille ha estado enseñándome el viñedo —contestó distraídamente mientras manipulaba la pantalla táctil del teléfono.

—Así que ha estado mostrándote *sus dominios*. ¿No ibais a entrevistar a los propietarios de los Château robados?

—Y los hemos entrevistado. Y mañana seguimos. Creo que estamos cerca de algo, pero no sé de qué.

—¿Y qué tal es eso de dormir en un palacio del siglo XIX?

—No está mal —contestó escuetamente—. Ya te he reenviado el correo. —Oteiza volvió a sentarse a su lado.

—¿Y cenaste también allí? —preguntó Bertrand sin mirarla directamente, disimulando mientras abría el correo del ertzaina.

—Sí.

—¿Y vas a volver a dormir allí hoy?

—Sí.

—¿Pero cenarías antes conmigo esta noche? —Oteiza sonrió.

—Sí.

Pasaron la tarde buscando en la base de datos sobre el personaje misterioso; Oteiza aprovechó para conectar por videoconferencia con el Inspector Jefe y pudo informarle de sus pasos durante las últimas horas. Al caer el sol Bertrand la llevó a un pequeño Bistrot del centro donde cenaron y conversaron; había mucho sobre lo que ponerse al día; dos años sin verse daban para muchas nuevas anécdotas que contar.

La inspectora agradeció esta tregua; con Bertrand todo era más sencillo. Podía relajarse de verdad. Las cartas estaban echadas, y no tenía que estar preguntándose continuamente si estaba haciendo lo correcto por sentir lo que sentía. Cada vez que durante la conversación con Bertrand se acordaba de DeauVille, notaba una extraña sensación; se le encogía el estómago, y no sabía identificar por qué. Realmente sí lo sabía, pero no quería reconocerlo.

Mientras caminaban de regreso al coche, sonaron las campanas de la medianoche en la catedral de Saint André.

—Si te da pereza conducir hasta el Château... puedes quedarte. Te hago un sitio sin problemas. ¡Eh!, sin dobles intenciones —añadió rápidamente después de verla sonreír.

—Gracias Bertrand, pero prefiero regresar. Mañana espero sacar algo en claro de la nueva entrevista.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo?

—Lo tendré —contestó Oteiza. Le sonrió por última vez y se montó en el coche.

Encontró solitario el camino de regreso; no se cruzó con ningún coche en la ruta de los Châteaux; la calma había invadido totalmente la zona. La luna iluminaba los viñedos, faltaban muy pocas horas

para que los campos volvieran a llenarse de la frenética actividad de la vendimia. Al llegar al Château DeauVille, dirigió el coche con lentitud hasta la entrada: quería hacer el menos ruido posible sobre el camino de tierra y grava.

Todas las luces estaban apagadas. Cuando cerró la puerta el absoluto silencio del edificio confirmó su sospecha: Édouard parecía haberse ido ya a dormir. Al dar la luz de la cocina encontró sus zapatos sobre la encimera. Ya ni se acordaba de ellos, se los había dejado en la bodega al ponerse las botas de goma de Christine. Junto a ellos había una nota:

He cenado pronto y me he ido a descansar. Si tienes hambre aún quedan víveres en la cesta, he hecho un enorme esfuerzo por no acabar con todo. Desayuno a las 9 en la terraza. Que descanses. Postdata: Te he echado de menos en el postre.

Apagó la luz y se dirigió a las escaleras. Cuando pasó por la puerta de la biblioteca, se detuvo.

¿Estará ya en la cama? ¿Estará leyendo? ¿Soñando? Y si es así, ¿qué estará soñando? ¿Pensará en...?

Y antes de ni siquiera terminar la frase en su mente, reanudó el paso camino hacia su habitación.

24

Édouard se sirvió la tercera taza de café; necesitaba activarse después de las pocas horas que había dormido. Se había quedado despierto esperando el regreso de Oteiza; mientras leía en la cama escuchó la llegada del coche por el camino de tierra, y se levantó cuando la oyó cerrar la puerta de entrada.

Había estado a punto de salir a su encuentro, pero se quedó junto a la puerta de la biblioteca; creyó escuchar cómo ella se detenía al otro lado, unos instantes, antes de seguir hacia las escaleras. Puso la mano en el picaporte, sintió la tentación de seguirla. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse. Era ella quien debía marcar el ritmo. Era ella quien debía decidir el tempo.

Intentó conciliar el sueño, pero no pudo. Después de tres días sin separarse apenas, la había echado mucho de menos durante la tarde y la noche. Demasiado. Se imaginó a Bertrand volviendo a llamarla Anne, volviendo a cogerle la mano, volviendo a tocarla. Y se sorprendió de no poder soportarlo. Notó la rabia correr por sus venas. Miró al techo; apenas les separaban unos metros, pero la distancia entre ellos cada vez se le hacía más insostenible.

Cuando por fin se durmió, se durmió pensando en ella. En su cuerpo. En sus labios. En sus largas piernas. Pero sobre todo en ella. En ella entre sus brazos.

—Perdona el retraso —exclamó Oteiza mientras se sentaba a la mesa—. Sofía me ha entretenido enviándome algunos mensajes.

—Tranquila, no hay prisa. ¿Y qué se cuenta Sofía?

—Contar, cuenta poco. Preguntar, mucho.

—¿Tanto le interesa la investigación?

—Parece que sí —mintió Oteiza. A Sofía le seguía interesando más su vida sexual. La de los dos.

—En cuanto termines el desayuno iremos a Château Chavenon. ¿Qué tal ayer? ¿Pudiste avanzar en la Comisaría?

—No demasiado. Bertrand había descubierto algo más sobre el personaje misterioso, pero tampoco nos ha servido de mucho.

—¿Algo más? —preguntó Édouard frunciendo el ceño.

—Sí, pero información antigua, de hace diez años.

DeauVille se quedó mirándola, esperando que continuase. Pero no lo hizo. Y él no se atrevió a preguntar más.

—Quizás no sea de mi incumbencia pero... ¿de qué conoces al agente Bertrand?

—Trabajamos juntos hace dos años. Vino a Madrid para colaborar en la investigación del robo de un cuadro del Museo de Lyon.

Édouard volvió a esperar su continuación; sin duda quería saber mucho más; cuánto tiempo habían trabajado juntos, si habían vuelto a encontrarse después, si mantenían el contacto; pero Oteiza parecía ser muy parca en explicaciones a la hora del desayuno.

Château Chavenon resultó ser otra belleza palaciega. Situado en el municipio de Saint-Estèphe, era de similar arquitectura a Château DeauVille, pero toda su fachada estaba cubierta por hiedras trepadoras que ascendían desde el suelo y envolvían el edificio en un aire misterioso. Christine salió a recibirles, y volvió a saludar a Édouard con uno de sus amistosos abrazos. Mientras olía su caro

perfume, él pudo ver el gesto de Oteiza. Había fruncido el ceño y apartado la vista, siguiendo con la mirada el recorrido de las hiedras.

—Mi abuelo os espera en el salón —añadió la enóloga mientras les guiaba por el interior del Château.

El anciano les recibió sentado en un sofá individual de cuero marrón; vestido con un batín de cuadros y las mangas remangadas, se disculpó por no levantarse.

—La diálisis me deja muy cansado —añadió.

Oteiza pudo ver en sus antebrazos los amoratados bultos que indicaban que le habían colocado varias vías recientemente.

Édouard hizo las presentaciones, y tanto ellos como Christine se sentaron en los sofás junto al anciano.

—Daniel, estuvimos en Château Ribet y nos contaron cómo ayudaron a la Resistencia ocultando a gente en los toneles. Nos dijeron que si queríamos saber más historias sobre la Resistencia, acudiéramos a ti.

El anciano rió.

—Bueno, yo hice lo que pude en su momento. Cuando llegaron los alemanes, nos dimos cuenta de que la ocupación iba para largo. Después de los saqueos, empezaron a infectar todos los aspectos de nuestra vida. Las carreteras bloqueadas, el racionamiento, los toques de queda... Los cines sólo proyectaban noticiarios alemanes; se prohibieron las películas americanas, y escuchar jazz americano también estaba prohibido.

El anciano se veía obligado a detener su narración cada pocas frases para coger aire.

—Todos empezamos nuestra propia Resistencia; al principio hacíamos pequeños gestos de desafío: si un turista alemán nos preguntaba por una dirección, le mandábamos a la otra esquina de la ciudad. Si nos daban una orden en la calle, fingíamos no haberla entendido. Empezamos a escuchar en la clandestinidad la BBC británica. Otros eran mucho más sutiles e imaginativos, como tu abuela y sus primas.

—¿Mi abuela? —preguntó sorprendido Édouard.

Daniel sonrió antes de continuar.

—Durante la ocupación se nos prohibió hacer cualquier tipo de celebración el 14 de Julio, la fiesta nacional. No debía ondear ni una sola bandera tricolor. Pero el primer año tu abuela tuvo una gran idea para celebrarlo: Se vistió con un vestido azul, y sus primas con un vestido blanco y uno rojo. Y salieron a caminar por las calles de Burdeos, agarradas del brazo. Se pasearon orgullosas, bulevar arriba y bulevar abajo, justo bajo las narices de las autoridades. *¡Conservemos viva la llama de nuestra cólera, pero mostrando una indiferencia elegante y exquisita!* decía siempre.

Édouard sonrió. Aquel gesto, aquella frase, eran desde luego de su abuela. Miró al suelo, intentando disimular la emoción que sentía; el orgullo del nieto descubriendo una muestra más de la rebelde valentía de su abuela.

—Christine, por favor, trae una botella de vino y unas copas para nuestros invitados. —La enóloga asintió y salió de la habitación.

—A medida que fue pasando el tiempo nos vimos obligados a tomar más partido. Dejábamos que nuestras propiedades fueran utilizadas para el lanzamiento nocturno de paracaídas con cajas de suministros, de armas y de dinero para la Resistencia. Los alemanes patrullaban por los campos, y más de una vez lo descubrieron. Los Lobos, que era así cómo les llamábamos, no se andaban con tonterías. Te fusilaban allí mismo, en el viñedo, y después incendiaban la casa y las viñas.

Christine regresó con una botella de vino sin etiqueta.

—Probadlo vosotros que podéis, yo lo tengo prohibido. Hacerse viejo es algo a lo que te acabas acostumbrando, pero no poder beber vino es horrible.

—Puedo hacerme a la idea —contestó Édouard.

Oteiza intentó hacer lo que DeauVille le había enseñado: primero inspiró los aromas del vino; le costó mucho identificar algún olor, pero terminó captando frutas rojas y un toque a algo quemado, como a café. Cuando lo probó le pareció menos denso que el vino de la otra noche, y el eco del sabor fue mucho más corto. Cuando subió la copa para mirar el color, vio por el rabillo del ojo cómo la enóloga estaba observándola fijamente. Sintió vergüenza y rápidamente dejó la copa sobre la mesa.

—¿Qué le parece el vino inspectora? —preguntó Christine.

¿Y qué voy a decir yo delante de tanto experto?

—Es de los que embotellasteis hace pocos meses ¿verdad?

Édouard lanzó rápido la pregunta. Oteiza agradeció su *maniobra de distracción;* había conseguido alejarla del centro de atención.

—Así es —contestó Christine—. ¿Qué te parece?

—Me gustan esas notas licorosas, esos toques de toffee y tostados, la fruta roja, y ese fondo anisado. Buena acidez, pero algo justo de recorrido, ¿no?

La enóloga seguía sonriendo, pero Oteiza juraría haber visto tensión en su mandíbula. Parecía que Édouard le había dado donde más le dolía.

—Bueno, seguro que después de reposar en la bodega un cierto tiempo no opinas lo mismo.

Oteiza se encontró con la mirada de DeauVille. Y en sus ojos vio un gesto rápido y apenas perceptible; un amago de guiño cómplice e íntimo.

—Pero Daniel, por favor, continúa. ¿Qué más hicisteis para apoyar a la Resistencia? — preguntó Édouard volviendo a dirigirse al anciano.

—Los primeros meses ayudamos a ocultar a familias judías. Sabíamos que si los alemanes les encontraban, los iban a detener. A esas alturas de la guerra aún no sabíamos de la existencia de los campos de concentración ni de las atrocidades cometidas en ellos, pero ya intuíamos que estaban en grave peligro si eran apresados. Nuestra bodega tenía varios pasillos que terminaban en un sótano debajo del Château. Les ocultamos allí, construyendo un muro que tapiaba la entrada. Les pasábamos provisiones por las pequeñas ventanas que quedaban ocultas tras los setos. Pero tras unas semanas, vimos que la situación se volvía insostenible: había que sacarles de allí y ayudarles a escapar. Les pedimos que aguantasen un poco más mientras pensábamos un plan; cuando alguna patrulla alemana venía al Château, les advertíamos: debían de estar en silencio; el más mínimo sollozo de uno de los niños podía ponerles a todos en peligro. Finalmente un día les dimos la buena noticia: la Resistencia había conseguido documentos de identificación falsos

para todos ellos, y unos pasajes en un barco que salía del país. Una noche oscura, varios miembros de la Resistencia llegaron en dos coches, se quedaron al otro lado del viñedo, con los faros apagados. Me escabullí por detrás de los setos y les di la señal a través de la trampilla. Ya estaban preparados. Silenciosamente empezaron a sacar las maletas por las pequeñas aberturas, antes de salir ellos mismos a gatas. Les acompañé por el terreno y las viñas. Junto a los coches les susurraron que iban a llevarles hasta Bayonne, cerca de la frontera con España, donde iban a poder subir a bordo en el último barco que partía hacia Argentina. Se montaron apretados en los vehículos, y se alejaron, lentamente, con los faros aún apagados, por el camino de tierra entre los viñedos. Aquello quedó grabado en mi recuerdo: aquellos coches alejándose mientras yo rezaba porque no hubiera esa noche ninguna patrulla en la zona.

—¿Consiguieron escapar? —preguntó Oteiza.

—Sí, pero no lo supe hasta años después de la guerra, cuando recibí una carta suya desde Argentina. Vivían en una ciudad llamada Rosario. Me embargó una gran emoción; habían conseguido sobrevivir e iniciar una nueva vida en otro país. El riesgo que corrimos al ocultarles y ayudarles a escapar había merecido la pena. El día que recibí la carta llamé a tu abuela y juntos abrimos una botella de la cosecha del 45 para celebrarlo.

—¿Con mi abuela? —preguntó extrañado Édouard. El anciano sonrió y esperó unos segundos antes de continuar.

—Tu abuela no te contó nunca nada sobre la guerra, ¿verdad?

DeauVille negó con la cabeza.

—Ella también colaboró con la Resistencia, desde los inicios de la ocupación. Por entonces era novia de tu abuelo, aún no se habían casado. Él era un idealista; tenía varios amigos dentro del movimiento y fue quien la introdujo en estos círculos. Era una mujer fuerte, astuta, valiente e inteligente, y pronto se convirtió en un gran valor para la lucha. Me ayudó con aquellas familias judías, y ella misma se encargó de ocultar a un aviador derribado.

Édouard suspiró y dejó la copa de vino sobre la mesa.

—No tenía ni idea. Jamás nos dijo nada de aquella época —terminó diciendo.

—La entiendo. No fue fácil. Visto desde la lejanía de los años pueden parecer hechos heroicos y rodeados de idealismo, pero también fue una época de miedo constante y de mucho sufrimiento. Algunos hemos querido recordar, otros han preferido olvidar. No la culpo.

—Daniel, supongo que habrás oído los robos que ha habido en varios Château de la zona. Se han llevado una serie de botellas de la época de la ocupación, entre ellas las de mi abuela. —El anciano asintió mientras escuchaba las palabras de Édouard.

— Sé perfectamente a qué botellas te refieres —añadió.

—¿Crees que esas botellas podrían tener alguna relación con los movimientos de la Resistencia en que tomaron parte? —preguntó Oteiza.

Monsieur Chavenon sonrió. Cogió el bastón que estaba apoyado a su lado en el sofá, y haciendo un gran esfuerzo se puso en pie. Tanto DeauVille como Christine hicieron el amago de levantarse para ayudarle, pero quedaron quietos ante el firme gesto negativo del anciano. Dio unos pasos hasta la pared y retiró uno de los cuadros, revelando la puerta de una caja fuerte tras él. Mientras giraba las ruedas de números para colocar la combinación adecuada, DeauVille miró a Christine con gesto interrogatorio; la rubia le contestó elevando los hombros; no tenía ni idea de lo que podía estar buscando su abuelo.

El anciano giró la manilla y abrió la puerta.

—Édouard. Ven y ayúdame. Por favor, saca esa caja de madera que está al fondo.

DeauVille se acercó e hizo lo que el anciano le había pedido. Era una caja de madera bastante pesada, sin barnizar, sin indicación externa alguna. Monsieur Chavenon cerró la puerta y volvió al sofá para sentarse. Édouard dejó la caja de madera sobre la mesa que había entre ellos.

—Esta caja contiene uno de los primeros cometidos que nos encargó la Resistencia al inicio de la ocupación. Ábrela por favor.

Édouard deslizó con cuidado la tapa de la caja. Oteiza se acercó a él para mirar el contenido: en su interior aparecieron dos botellas

de vino descansando sobre un lecho de paja. Llevaban la etiqueta de Château Chavenon, y eran de la añada de 1936.

—Me las entregaron y me pidieron que las guardase. Hicieron lo mismo en Château Monfort, Château Ribet, y Château DeauVille. Sí — contestó el anciano ante la sorpresa de Édouard—, a tu abuela también le entregaron otras dos botellas y le pidieron que las guardase. Era esencial que no cayesen en manos de los alemanes. Hicimos todo lo que pudimos para ocultarlas, pero lamentablemente no todos pudieron salvaguardarlas durante la ocupación; por eso fue una gran alegría cuando fueron devueltas después de la guerra.

—¿Y las has ocultado durante todos estos años? —preguntó una también asombrada Christine.

—Así es. Durante la guerra las oculté enterradas en el suelo del cobertizo donde guardábamos el heno para los caballos. Y después han pasado el resto de años bien ocultas en la caja fuerte. Nunca hablé de ellas a nadie, nunca las expuse en la bodega. Nadie sabía de su existencia. Creo que gracias a ello, quien sea que las esté buscando ahora, no las ha encontrado.

—¿Y la Resistencia se las entregó con la etiqueta de su propio Château? ¿Y no les dijeron nunca lo que eran, o cuál era su cometido? —preguntó Oteiza.

—Sí, nos las entregaron etiquetadas; supongo que para que pasasen desapercibidas en nuestras bodegas. Sé que entregaron más a otros viticultores de la zona de Borgoña y de Champagne, pero no nos dijeron nada más. Pensábamos que después de la guerra nos revelarían algo, o vendrían a buscarlas, pero no fue así. Así que decidimos seguir guardándolas.

Édouard extrajo una de las botellas y la miró con detenimiento. A pesar de los años transcurridos, tanto el vidrio, el corcho, la corona y la etiqueta parecían estar en perfecto estado.

—Ahora es vuestro turno —exclamó el anciano con voz firme dirigiéndose a DeauVille y a Oteiza—. Nosotros hicimos todo lo posible para salvarlas de las manos alemanas. Göring y Himmler no pararon hasta encontrarlas. Ahora hay alguien que está empeñado en volver a juntarlas. Hallad el porqué. Recuperadlas. Salvadlas.

Haced que merezca la pena todo el esfuerzo que hicimos. ¡Vive la Résistance! —gritó Monsieur Chavenon con orgullo.

25

Édouard no dejaba de mirar las botellas. De pie frente a ellas, apoyado con ambas manos en la encimera de la cocina, seguía inmóvil, sopesando la idea de abrirlas. Llevaban más de veinte minutos debatiendo sobre ello. El primer examen de las etiquetas no había dado ningún resultado: eran total y absolutamente idénticas a las que Château Chavenon utilizaba desde el siglo XIX. Oteiza las había estudiado milímetro a milímetro, con lupa y linterna, buscando diferencias, algún carácter extraño, alguna diferencia en el dibujo del palacio, algún pequeño símbolo criptográfico, pero todo parecía ser frustrantemente normal.

El vidrio de la botella no tenía marca identificativa alguna. Según le había explicado Édouard, las botellas actuales llevaban en la base el logotipo del fabricante, números con la capacidad en mililitros, y ciertos pequeños círculos grabados para su identificación y manejo en los procesos de la cadena de producción. Las antiguas solían llevar sólo un pequeño símbolo del taller que las fabricaba, pero estas estaban totalmente vírgenes. DeauVille observó que las pequeñas líneas en el borde de la base no eran totalmente uniformes, concluyendo que eran botellas artesanales, quizás realizadas a mano por un artesano vidriero. El color era verde, y

bastante translúcido, lo que indicaba que eran anteriores a la guerra. La falta de suministros había hecho que la calidad del vidrio disminuyese durante la ocupación, dando resultado a botellas más opacas y de tonos marrones.

Vistas al trasluz de una fuerte lámpara, su contenido parecía ser líquido, y con la misma densidad que el vino. No había objetos en su interior. La báscula mostró que pesaban lo mismo que otras botellas de vino llenas.

—Tenemos que abrirlas. —Édouard levantó la vista de las botellas al escuchar la voz de la inspectora—. Es la única manera de poder analizar el líquido que contienen.

Le mantuvo la mirada unos segundos. Y después volvió a bajarla a las botellas.

—Las hemos analizado externamente hasta el más mínimo detalle y no tienen nada fuera de lo habitual. Tiene que ser su contenido. Como en aquella película de Hitchcock. —DeauVille volvió a mirarla con gesto de no saber de qué estaba hablando—. Aquella de Cary Grant e Ingrid Bergman. Las botellas de vino escondían uranio. No me digas que no has visto *Encadenados*.

Édouard negó con la cabeza y Oteiza lanzó un profundo suspiro.

—O puede ser que el corcho lleve algún mensaje escrito. Hay que abrirlas —volvió a insistir la inspectora.

El francés bajó la cabeza, cerró los ojos, cogió aire y tras unos instantes levantó el rostro para mirarla con gesto serio. Caminó unos pasos hasta el armario y regresó a la encimera con una caja forrada en cuero. Abrió la tapa mostrando todo un kit de instrumentos cromados. Extrajo uno de ellos y lo colocó sobre la corona de la botella. Lo giró unas cuantas veces y extrajo la pequeña tapa metálica con un corte limpio. La miró y se la pasó a Oteiza, que permanecía sentada al borde contrario de la isla central de la cocina. El interior de la corona tampoco mostraba absolutamente nada.

Sumergidos en un silencio sepulcral, Édouard extrajo de la caja un enorme abridor con un extraño diseño que Oteiza nunca había visto antes. Lo colocó sobre la botella, accionó una palanca hacia adelante, y al volver a moverla a su posición inicial, el corcho salió suave y dócilmente. Otro movimiento de la palanca y el corcho cayó sobre la encimera.

La inspectora se levantó de la silla y caminó hasta colocarse al lado del francés, mientras éste atrapaba el corcho entre los dedos y empezaba a examinarlo. Se lo acercó a la nariz para olerlo, y volvió a mirarlo con detenimiento.

—No hay nada fuera de lo normal. Ni siquiera tiene indicación de procedencia. Y está en muy buen estado para los años que tiene — exclamó mientras se lo entregaba a Oteiza.

Mientras la inspectora examinaba el corcho, Édouard acercó una copa e inclinó la botella hasta llenar un tercio. El color era de un profundo granate, y su textura era similar a la del vino. Levantó la copa y comenzó a moverla, haciendo girar el líquido en su interior. Aproximó la nariz y olió el interior. Oteiza no dejaba de mirarle atentamente. Cuando hizo el amago de acercársela a los labios, la inspectora le detuvo poniendo la mano en su antebrazo.

—No deberías hacer eso. No sabemos qué contiene. Habría que analizarlo en un laboratorio. Podría ser algo tóxico.

Édouard le mantuvo la mirada unos segundos. Volvió a agitar el interior en la copa, y decidido, dio un sorbo. Cerró los ojos. Oteiza aguantó la respiración.

Tras saborearlo, lo tragó. La inspectora observó el movimiento de su nuez al hacerlo, y se quedó mirándole, expectante.

—No has probado un Cabernet Sauvignon como éste en tu vida —terminó por decir Édouard con una amplia sonrisa. Oteiza soltó el aire que había estado conteniendo.

—Ya te vale —dijo dándole un codazo—. Probarlo ha sido un riesgo innecesario. ¿Y si contiene algún tipo de veneno y caes aquí mismo fulminado?

DeauVille hizo un teatral gesto poniéndose la mano en el pecho y torciendo el rostro con una mueca de angustia.

—Lo que contiene es única y exclusivamente un vino excelentemente envejecido —añadió después divertido—. No hay trazas ni de olores ni de sabores extraños.

—Muchos venenos no pueden detectarse con el sabor ni el olor.

—¿Y para qué iba la Resistencia a incluir veneno en estas botellas? Si fuera para entregárselas a la jerarquía nazi, podría ser. ¿Pero iba a incluirlo para que las guardasen los viticultores? Su secreto no es, desde luego, el líquido que contienen.

—¿Y si no fuera veneno, pero sí algún químico metido dentro del vino?

—Anne, en serio, esto es sólo vino. Un vino excelente, pero sólo eso. Vino. Créeme. A mi olfato no se le engaña fácilmente —dijo tocándose la nariz—. ¿Quieres probarlo?— terminó preguntando con una sonrisa.

La inspectora negó con la cabeza y soltó un bufido de frustración. Por fin tenían en su poder dos de las botellas *objetivo*, pero volvían a estar en otro callejón sin salida. Cogió la copa y olisqueó su contenido. Las enviaría al laboratorio de la Comisaría para confirmar que no había ningún otro componente, pero todo parecía indicar que Édouard tenía razón.

Volvió a sentarse en el taburete y apoyó la cabeza en las manos.

—Se nos está escapando algo. Tiene que haber algo que las relacione. Quizás no sean las botellas sueltas, quizás haya que reunirlas todas. Pero, ¿para qué?

Édouard no contestó. Volvió a coger su instrumental, retiró la corona de la segunda botella y extrajo el corcho. Vertió el líquido en una nueva copa y repitió el proceso.

Oteiza levantó la cabeza y le miró expectante.

—Más de lo mismo. El corcho no tiene nada impreso, y el líquido es otro excelente Cabernet Sauvignon de finales de los años treinta.

La inspectora volvió a soltar otro bufido y se levantó de la silla, comenzando a caminar en círculos por la cocina. Édouard sacó un nuevo instrumento, lo colocó sobre la primera botella y accionó la cromada palanca una y otra vez.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Oteiza deteniéndose.

—Extraer el aire y volver a sellarlas al vacío.

—¿Para que no se produzca oxidación?

—Me encanta que estés atenta en clase —pronunció el francés mirándola traviesamente.

Oteiza se mordió el labio para contener esa sonrisa que ya se le escapaba. Y reanudó su caminar por la cocina.

—Cuando tu abuela murió, ¿encontrasteis algo entre sus pertenencias? ¿Algún documento? ¿Algo de la época de la guerra?

—No lo sé. Tras su muerte no tuve las agallas de recoger su ropa y sus objetos personales. Fue Ève quien se encargó de guardar todo en un viejo baúl que mi abuela tenía en su habitación, y lo mandó subir a la buhardilla del Château.

—Pues deberíamos echar un vistazo. Si participó tanto con la Resistencia como comentó Monsieur Chavenon, puede que guardase algo de aquellos años; algo que pasó desapercibido para vosotros pero que ahora podría darnos alguna pista sobre estas botellas.

Si la hubiesen dejado sola en aquel inmenso espacio, Oteiza no habría sabido por dónde empezar. La buhardilla estaba repleta de muebles antiguos tapados con sábanas, cajas de cartón, cuadros apilados unos juntos a otros, y objetos tan extraños y dispares como lámparas de art decó y un par de maniquíes sin cabeza y forrados de terciopelo rojo. Tanto el techo como las paredes estaban inclinados, reproduciendo la forma externa del tejado. Cada pocos metros había una pequeña ventana bajo cuyos rayos de luz brillaban cientos de partículas de polvo en suspensión. Había un profundo olor a madera, al paso de los años, al peso de la historia.

Édouard comenzó a retirar cajas y sábanas, abriéndose camino hasta un enorme baúl de madera rojiza.

—Es éste —pronunció señalándolo con la mano—. Estuvo siempre en el dormitorio de mi abuela, y Ève me ha confirmado por teléfono que metió aquí dentro todos sus objetos personales.

Oteiza se agachó para mirarlo de cerca. Pasó la mano por la suave madera, pero al agarrar del tirador metálico para levantar la

tapa, se detuvo y miró a Édouard.

—Sé que no va a ser fácil enfrentarte a todo lo que haya aquí. Esto va a ser como destapar la caja de los recuerdos.

Édouard se puso de cuclillas a su lado y suspiró.

—Vamos allá —dijo poniendo también la mano en el tirador para ayudarla a levantar la pesada tapa.

Lo primero que vieron fue multitud de prendas de ropa escrupulosamente dobladas. Chaquetas de punto, faldas de todo tipo de tejidos, y varios abrigos de paño. Fueron extrayéndolas del baúl, dejándolas en el suelo con cuidado. DeauVille se detenía al observar alguna de las prendas, sin duda rememorando en su memoria la imagen de su abuela vestida con aquella ropa. Oteiza sintió un escalofrío al ver aparecer una gabardina. Se quedó quieta mirándola; Édouard se dio cuenta y se apresuró a sacarla y dejarla sobre el resto de las prendas. Dos alargadas cajas de cartón mostraron en su interior vestidos de noche de satén y seda. Otra caja cuidadosamente embalada en papel de estraza contenía el antiguo vestido de novia, de sencillo diseño pero decorado con bellos bordados.

—Ève me dijo que mucha de su ropa fue donada; sólo se guardó aquello que había sido especial para ella —añadió Édouard mientras pasaba los dedos por la tela del vestido de novia.

En el fondo del baúl, aparecieron pequeñas cajas con artículos de tocador. Un vacío joyero chino que emitió una lenta y suave melodía al ser abierto, un juego de cepillos de pelo bañados en metal, y varias pinzas y peinetas de nácar. Pero después no apareció nada más que la áspera tabla de madera que cubría el fondo de baúl. Allí no había documentos ni nada que fuera de ayuda.

Oteiza se sentó en el suelo, colocó los brazos alrededor de las rodillas y se quedó mirando el viejo mueble. Édouard seguía examinando el joyero chino, abriendo cada uno de sus minúsculos cajoncitos, mientras una figurita de porcelana giraba sobre sí misma al compás de la suave melodía.

Quizás DeauVille tenía razón; quizás su abuela había querido olvidar, y había destruido todo aquello que le recordase aquella época oscura. Pero por muy dolorosos que sean los recuerdos, todos guardamos algo. Tenía que haber guardado algo.

Un pensamiento se fue formando en la mente de Oteiza; de repente viajó al otoño de 2006, cuando trabajó en la desaparición de un viejo códice benedictino. El encargado de mantenimiento lo había sustraído, pero, por miedo a ser descubierto, lo había escondido dentro de la sacristía. Meses después, cuando todas las investigaciones apuntaban a él, no aguantó la presión y terminó por confesar. Estaba guardado en un cajón oculto en la parte baja del baúl donde el sacerdote guardaba sus hábitos eclesiásticos.

Se movió rápidamente y se agachó para mirar el frontal del baúl. En su parte baja tenía una cenefa decorativa con un intrincado patrón floral. Un trabajo de ebanistería realizado con una fineza exquisita. Comenzó a pasar los dedos por cada uno de los dibujos; Édouard dejó el joyero y se agachó a su lado.

—¿Qué buscas? —le preguntó.

—Te lo diré cuando lo encuentre. Los baúles de principios de siglo solían tener una característica muy habitual en ellos.

—¿Y cuál es?

Oteiza no le contestó. Siguió acariciando la madera hasta que bajo sus yemas percibió un suave cambio de nivel. Coincidía con una flor, el contorno de un edelweiss grabada en el centro de la cenefa. Apoyó el dedo en el centro de la flor, y apretó. La pequeña pieza de madera se hundió y sonó un crujido. Y la cenefa se desplazó hacia fuera un par de milímetros.

Oteiza sonrió y miró a un asombrado Édouard que no podía separar la vista del baúl. Tiraron con cuidado de la pieza de madera, sacando de la base del mueble un fino cajón. En su interior, aparecieron un grueso sobre de papel, un pequeño grupo de cartas, un cuadernillo de tapas de cuero cerrado con una goma elástica y una vieja edición de *Los Tres Mosqueteros*, de Alejandro Dumas.

—Inspectora Oteiza, tengo que reconocer que me ha dejado usted realmente sorprendido.

—Gajes del oficio —contestó sonriendo—. Volvamos a guardar la ropa y bajemos a la biblioteca para estudiar esto con detenimiento.

Édouard retiró de la mesa de la biblioteca todos los libros de ingeniería agrícola y los planos del viñedo que aún descansaban sobre ella. Cuando cogió el libro de Baudelaire dudó unos instantes, y bajo la disimulada pero escrutadora mirada de Oteiza caminó hacia la estantería de poesía y lo introdujo entre los otros ejemplares.

La inspectora se sentó en la silla y depositó sobre la mesa el sobre, las cartas, el cuadernillo y el libro de Alejandro Dumas. Édouard se quedó de pie a su lado, inclinado sobre la mesa, atento a los suaves movimientos con los que Oteiza comenzó a abrir el sobre y extraer los papeles que estaban en su interior. Escritos a mano, seguramente a tinta, con una letra inclinada y una perfecta caligrafía, aparecían una serie de documentos sobre pedidos de vino.

—Mira lo que pone aquí —exclamó DeauVille—. Son anotaciones de los pedidos de la Wehrmacht; indican el número de botellas solicitadas, y los lugares a donde debían ser enviados.

—Que seguramente tu abuela entregó a la Resistencia para que pudieran intuir con ellos los movimientos de tropas del ejército alemán —añadió Oteiza mientras seguía mirando los documentos—. ¿Qué es el STO? —preguntó a Édouard señalando otra de las hojas. El francés la cogió y se acercó a la ventana para observarla con más luz.

—Según lo que puede leerse en el pequeño matasellos, es del Service du Travail Obligatoire. Parece que los alemanes querían reclutar a los trabajadores del viñedo para obligarlos a trabajar en fábricas de munición en Alemania. Hay un listado con un montón de nombres, y algunos apellidos me resultan familiares.

—Tiene sentido, porque mira esto —añadió Oteiza mostrándole varios documentos de identidad. Algunos estaban duplicados, y tenían en blanco la zona de la fecha de nacimiento—. Creo que tu

abuela falsificó las fechas de muchos de sus trabajadores para que parecieran más jóvenes y no fueran reclutados.

—Son varios de los que aparecen en el listado —confirmó Édouard comparando los nombres y apellidos.

—Y mira estas anotaciones hechas a lápiz. Indica una fecha y el recorrido de un tren con trabajadores del STO que salía de Burdeos dirección a Munich. Y debajo, estas líneas repletas de números. —Oteiza señaló con el dedo—. Son lo que parece ser la misma información pero después de ser encriptada.

—Intentó salvar a los que pudo falsificando los documentos. Pero no pudo hacerlo con todos. ¡Así que envió la información del viaje a la Resistencia para que interceptase el tren! —exclamó Édouard.

DeauVille no salía de su asombro. Desde que Monsieur Chavenon le había revelado esta desconocida faceta de su abuela, había estado preguntándose hasta qué punto podía haberse implicado con la Resistencia. Cada documento que salía de aquel viejo sobre marrón parecía confirmar su total y absoluta determinación por apoyar la causa.

Édouard estaba cada vez más orgulloso de su abuela. Acercó otra silla y se sentó en la mesa frente a Oteiza.

Del viejo sobre siguieron saliendo notas escritas a mano. Coordenadas de longitud y latitud para lanzamientos de suministros en paracaídas, información sobre destacamentos alemanes, mezclados también con documentos oficiales del Tercer Reich donde se indicaban los precios obligatorios a imponer a las botellas de vino vendidas a la Wehrmacht.

Cuando terminó de extraer el contenido del sobre, Oteiza se centró en el paquete de cartas. Soltó el nudo del cordón que las mantenía unidas, y leyó el destinatario y el remitente.

—Édouard.

Él levantó rápidamente la vista. Era imposible no hacerlo cada vez que le llamaba por su nombre propio.

—¿Tu abuelo estuvo en la cárcel durante la ocupación? —Oteiza se quedó esperando una respuesta, pero el francés se había

quedado mudo, mirándola con ojos asustados—. Creo que estas son cartas entre tus abuelos, y la dirección es de una cárcel de Fresnes, cerca de París—añadió entregándole una de ellas.

Édouard la miró y asintió con la cabeza.

—No tenía ni idea.

—Y este cuadernillo... parece un diario personal suyo. ¿Reconoces la letra?

—Sí, es la suya —respondió Édouard tras abrirlo. Resopló y se recostó en la silla mientras pasaba las páginas. Allí había mucha información, allí había una importante parte de la historia, de su historia familiar. Las botellas, la Resistencia, aviadores derribados, su abuelo, la cárcel. Empezó a sentirse abrumado.

—¡Hey! —exclamó Oteiza para llamar su atención—. Paso a paso, ¿de acuerdo? —añadió tras percibir su aturdimiento—. ¿Tienes hambre?

Édouard se sorprendió ante la pregunta.

—Tenemos trabajo para toda la tarde. Comamos algo y después nos ponemos a leer con tranquilidad las cartas y el diario. Seguro que es lo que buscaban cuando revolvieron tu despacho —dijo la inspectora mientras se ponía en pie y comenzaba a caminar hacia la cocina—. Piensas mejor con el estómago lleno, ¿no? ¡Y elige un buen vino! —La voz de Oteiza resonó ya desde el fondo del pasillo, provocando una inmediata sonrisa en el rostro de DeauVille.

26

—¿Qué sabes de tu abuelo? —preguntó Oteiza tras sentarse en uno de los cómodos sofás. Tras el rápido e improvisado almuerzo, habían regresado a la biblioteca.

—Lo poco que me contó mi abuela —contestó Édouard mientras se acercaba hacia el sofá con las dos copas y la botella de vino—. Se casó con ella justo después de la guerra. En 1947 nació mi padre, y un año después, mi tío. Y a los dos años mi abuelo murió por tuberculosis. —DeauVille dejó el vino en la mesa y se sentó al otro extremo del sofá—. Una vez mi abuela me mostró un par de fotografías suyas, pero no he vuelto a verlas nunca más.

—¿Podrían ser estas? —dijo Oteiza sacando dos fotos del pequeño compartimento que el cuadernillo albergaba bajo una de las tapas de cuero. Édouard se estiró en el sofá para cogerlas.

—Sí, son estas —dijo sonriendo. Eran dos retratos de estudio, en los que aparecía su abuelo, con un pequeño bigotillo y el pelo fijado con gomina, y lo que sería, sin ninguna duda, el mejor traje que tenía.

—Aquí hay otra en que salen juntos —comentó Oteiza; esta vez fue ella quien se estiró para acercársela. Se quedó mirándole, esperando la reacción del francés al observar la fotografía. Édouard sonrió, pero sus ojos se entristecieron.

—Parecen muy felices. —La imagen mostraba dos jóvenes abrazados, congelados en un eterno paso de baile, rodeados de gente, en lo que parecía ser una verbena en alguna plaza de pueblo. Ella miraba a la cámara y reía. Él la miraba a ella. DeauVille giró la instantánea; había una fecha escrita en su dorso: Agosto 1939—. Quizás se conocieron ese verano... ¿Te has fijado en cómo la mira él? —añadió él al voltearla de nuevo—. Está embelesado. —Oteiza sonrió—. Supongo que entonces tenían tantos planes, tantos sueños... inmersos en su historia de amor sin sospechar que una guerra estuviera a punto de estallar... ¿qué serán estas pequeñas manchas que hay sobre las fotos? —preguntó Édouard al observar algunos círculos que habían emborronado partes de las imágenes. Oteiza estiró el brazo para cogerlas.

—Son lágrimas derramadas sobre ellas. Destiñen el papel fotográfico —dijo tras observarlas unos segundos. DeauVille se quedó mirándola—. Es algo que puede analizarse en el laboratorio forense por si contienen trazas de ADN —añadió evitando coincidir con su mirada. Édouard asintió; la explicación técnica le había servido como una perfecta excusa, pero el francés intuyó mucho más en su quebrado tono de voz. Y cuando se la imaginó llorando sobre las fotografías de su madre, las lágrimas cayendo y emborronando la tinta, sintió de nuevo ese dolor sordo en el estómago que había sentido por primera vez en la habitación del hotel de San Sebastián. Le hubiera gustado poder levantarse, acercarse a ella y abrazarla.

—¿Empezamos con las cartas? —Propuso la inspectora—. Ve leyéndolas en voz alta. Seguro que tú entiendes mucho mejor la letra y las expresiones —añadió mientras se las entregaba.

—¿En voz alta? —preguntó sorprendido—. Espero ser un buen lector. —Cogió la copa de vino, acabó su contenido de un solo trago, suspiró y dijo para sí mismo un *Vamos allá*.

Fue leyendo cada una de ellas, deteniéndose en algunos párrafos para levantar la vista y buscar la mirada de Oteiza. Aquellas misivas narraban la dura vida en la cárcel, las penurias pasadas, pero sobre todo eran cartas de amor, donde cada uno de ellos

expresaba lo mucho que se echaban de menos, lo mucho que se querían. Cartas en las que soñaban con el momento en que por fin podrían encontrarse, con el momento en que aquella pesadilla terminase. Ella le escuchaba con atención, sintiéndose transportada por su grave voz a la apasionante historia de amor entre sus abuelos. De vez en cuando daba un sorbo a la copa de vino, y le observaba a él; sus reacciones, su emoción contenida al llegar a ciertas partes, su ligera vergüenza al poner voz a los sentimientos expresados en ellas.

Tras finalizar la última, Édouard la dobló cuidadosamente y la volvió a meter en el sobre. Cogió la foto del baile y suspiró.

—Estaban realmente enamorados —añadió sin dejar de mirar la foto. Oteiza había abierto algunas de las primeras que había leído, y las volteaba una y otra vez. Se movió inquieta en el sofá; desdobló las piernas y se incorporó, colocando las cartas sobre la mesa. Édouard levantó la vista y se dio cuenta de que algo ocurría. Empezaba a conocerla lo suficiente para reconocer cuándo conectaba el modo policial.

—¿Qué has visto? —preguntó mientras se desplazaba en el sofá para quedar sentado junto a ella. Esta vez el contacto físico entre sus rodillas no distrajo la concentración de la inspectora. Oteiza sacó todas las cartas de sus sobres y las puso una junto a otra en la pequeña mesa frente a ellos.

—¿Te has fijado en estos pequeños puntos? —contestó señalando con el dedo una de las cartas—. Aparecen a la izquierda de algunas líneas.

—Parecen pequeñas manchas de tinta de la estilográfica.

—Sí, y casi pasan desapercibidas entre otras manchas de la hoja, pero no parecen accidentales. Juraría que están indicando ciertas líneas en concreto. Marcándolas.

—¿En qué estas pensando?

—En que quizás estas cartas llevan más mensajes que lo que se lee a primera vista —contestó mientras se levantaba.

—¿Mensajes ocultos?

—Podría ser —añadió regresando con un bloc de notas y un lápiz en la mano—. Hay muchos sistemas de encriptación: algunos

son extremadamente complicados, pero otros son más sencillos. En la Segunda Guerra Mundial se utilizaron sistemas mecánicos, como la maquina Enigma, pero los aliados también utilizaban cifrados manuales como el del Poema o del Libro. Este podría ser un cifrado de Vacío.

—¿Un qué? —preguntó Édouard frunciendo el ceño.

—Es uno de los métodos más sencillos para comunicar un mensaje en clave; funciona al escribir textos en los que sólo unas cuantas letras son válidas para componer el contenido real. El resto de las letras funcionan como *rellenos* o *vacíos* hechos de palabras, ocultando el verdadero mensaje.

—¿Y qué marcan esas manchas?

—Las líneas que contienen las letras válidas. Mira —añadió Oteiza acercando una de las cartas—, cogemos la primera línea marcada. Y vamos apuntando la primera letra de cada palabra.

Comenzó a escribir en el cuaderno la sucesión de letras. Aquello formaba un texto totalmente incomprensible.

—Probemos con la segunda letra de cada palabra —exclamó mientras tachaba con energía el primer intento fallido. Lanzó uno de sus pequeños bufidos de frustración al observar que el texto formado seguía sin tener sentido alguno.

—Probemos con la tercera. —Sonrió al comprobar que esta vez, una tras otra, las letras comenzaron a formar palabras, y palabra tras palabra empezaron a surgir las frases. Édouard la miraba escribir totalmente asombrado. Aquello que estaba componiendo en el bloc de notas eran cortas indicaciones de la Resistencia. Algunas estaban relacionadas con movimientos de tropas, otras con consejos de cómo cruzar las líneas de demarcación, y en varias de ellas aparecían fechas de envíos de toneles de vino utilizados para el transporte de personas.

—Parece ser que tu abuelo tenía contacto dentro de la cárcel con otros miembros de la Resistencia. Y estaban bien organizados; seguramente utilizaban estas cartas a sus familiares para transmitir la información de unos grupos a otros.

—Así que aún dentro de la cárcel seguía siendo útil al movimiento —añadió orgulloso Édouard.

—Y a pesar del sencillo sistema de encriptación, parece que los mensajes pasaron totalmente desapercibidos para los alemanes. Seguro que leían todas las cartas, pero no esperarían que bajo las palabras de amor se ocultase tan importante información.

—Fascinante. Buen trabajo inspectora —dijo mientras la empujaba suavemente—. Hoy me está dejando realmente impresionado—añadió en voz baja mientras alargaba el contacto de sus hombros.

Oteiza sintió un leve calor en las mejillas, y luchó contra el deseo de levantar el rostro y mirarle. Sabía que se encontraría con sus ojos, con su aliento, y que no podría disimular lo que la corta distancia entre ambos provocaba en ella. Así que se limitó a sonreír y observarle por el rabillo del ojo.

—¿Seguimos con la lectura del diario? —dijo para romper el silencio que se había creado entre ellos.

—Por supuesto —dijo Édouard separándose de ella. Rellenó las copas de vino y volvió a acomodarse en la esquina contraria al sofá. Oteiza se relajó y con la copa de vino en la mano se recostó en el mullido respaldo.

DeauVille comenzó la lectura. El diario empezaba al inicio de la ocupación; narraba cómo los alemanes se habían apoderado del Château, y cómo ella y sus padres habían tenido que trasladarse a la casa de unos conocidos en Margaux. A veces la narración era continua, día tras día; otras veces saltaba de fecha en fecha con varias semanas de intervalo. Algunas anotaciones eran extremadamente cortas; apenas unas pocas frases. Otras eran extensas y ocupaban varias páginas del cuadernillo.

Llegaron al día en que recibió la noticia de que su prometido había sido encarcelado. Los alemanes habían descubierto una vieja pistola de la primera guerra mundial en un registro de su casa; una pistola estropeada e inservible, pero ese simple hecho había sido más que suficiente para apresarle y llevarle a la cárcel. Las siguientes líneas de la narración dejaban bien claro la rabia y la indignación de su escritora; si ya la ocupación estaba convirtiendo sus vidas en algo triste y sin esperanza, este nuevo revés parecía

hundirla más en la pena. La voz de Édouard estuvo a punto de quebrarse cuando puso voz a los sentimientos de su abuela. Desde la inocencia de la juventud, ella no llegaba a entender el sinsentido de la guerra, los reveses del destino, la maldad que se extendía por su país, por todo el continente.

Sin embargo, las siguientes páginas mostraban un inesperado giro en su manera de afrontarlo. Había decidido tomar parte activamente en la lucha dejando la pena y la tristeza a un lado, y comenzaba a describir las acciones que realizaba para la Resistencia. El envío de la información de los pedidos de vino, la ocultación de las familias judías que les había relatado Monsieur Chavenon, la falsificación de documentos, los envíos clandestinos de suministros de armas, todo estaba perfectamente descrito y detallado.

De repente Édouard se incorporó en el sofá.

—No he conseguido salvarlas. Ni a las botellas ni a Edward. — Los ojos de DeauVille estaban abiertos como platos.

—¿Las botellas? ¿Y Edward? Tu nombre... ¿pero escrito en inglés? —preguntó rápidamente Oteiza.

Él asintió con la cabeza antes de seguir leyendo.

—Pido a Dios que me dé fuerzas para seguir adelante, y para poder escribir todo lo que ha acontecido en las últimas semanas. A mediados de diciembre recibí una comunicación de la Resistencia. Debía reunirme con mi contacto al caer la tarde en las lindes de Château Margaux. Acudí en mi bicicleta, y esperé, como siempre, oculta entre los árboles. Apareció un pequeño motocarro que enseguida reconocí, y de él salió Lucien Detouché, el panadero del pueblo, que también es colaborador. Me comunicó que tenía que encargarme de algo muy importante. Abrió el compartimento del motocarro y sacó a un joven, rebozado en migas de pan, vestido con ropas raídas que le quedaban grandes. Es un aviador americano —me dijo—. Han derribado su bombardero y tanto él como sus compañeros han saltado en paracaídas. Tenemos que ocultarlos hasta que tracemos un plan para llevarlos hasta la frontera con España. Tú te encargas de esconder a este. —Me empezó a entrar un sudor frío. ¿Qué iba a hacer con él? No podía llevarle a casa, bastante apretados estábamos ya, y no teníamos ninguna habitación

donde cobijarlo. Aquel chico, que parecía ser de mi misma edad, me miraba, parado en mitad del camino, mientras el panadero se alejaba, y yo seguía preguntándome dónde iba a ocultarle.

Édouard se detuvo para coger la copa de vino y dar un sorbo. Cogió aire y miró a Oteiza. Ésta asintió con la cabeza y el francés reanudó la lectura.

—Caminamos por entre los viñedos, huyendo de los caminos principales, y le dejé en el que me pareció el lugar más adecuado de las cercanías: un destartalado cobertizo en el que se guarda el heno de los caballos. Como apenas queda heno, está prácticamente abandonado, y apartado del pueblo y de las patrullas alemanas. Y apenas hay un kilómetro de distancia hasta mi casa.

Allí le dejé, oculto en el sobrepiso. Hacía mucho frío, pero esa noche no podía llevarle mantas, así que tuvo que pasarla con la paja como única protección ante las bajas temperaturas. A la mañana siguiente, le llevé ropa de abrigo, pan y algo de salchichón, que devoró rápidamente. El chico no hablaba francés, y yo no tenía ni idea de inglés, así que intentábamos entendernos por gestos. Le dije que no podía salir de allí, que tenía que estar en absoluto silencio, que mantuviera todo recogido y que si oía acercarse a alguien, se ocultase entre la paja. Era difícil saber si me entendía, pero asentía con la cabeza y me sonrió cuando me despedí.

Los siguientes días le hice una visita a la mañana para llevarle algo de comer, y otra al caer la tarde, en la que me quedaba un rato para hacerle compañía. Me llevé unas hojas de papel y un lápiz, y empezamos a dibujar cosas, y con ese juego fuimos aprendiendo las palabras básicas en el idioma del otro. Me contó que se llamaba Edward, que era de Nueva York, de un sitio llamado Brooklyn, que tenía 20 años, y que era su primera misión en el bombardero. A ratos nos reíamos con los garabatos que hacíamos; ni él ni yo éramos buenos dibujantes, y nuestra pronunciación de las palabras era muy mala, pero nos entendíamos. Edward me cayó muy bien. Se veía a la legua que era un buen chico.

Y así fueron pasando las dos primeras semanas. La Resistencia me comentó que aún tendría que pasar allí algunos días más, varios

miembros habían sido descubiertos por la Gestapo y aún no estaba preparado el plan para llevarle hasta la frontera.

El día de Nochebuena estuvo muy triste. Las dos semanas de estar allí solo, aislado, empezaban a pasarle factura, pero aquel día no pudo contener las lágrimas. Se acordaba de sus padres, de su hermana pequeña, y también se angustiaba por no saber qué habría sido de sus compañeros derribados. Yo hice lo que pude para consolarle; intenté darle esperanzas, le dije que todo iba a salir bien, que dentro de unos años recordaríamos todo esto como algo muy lejano. Ni siquiera yo me lo creía, pero intenté que no se me notase. Él me sonreía, y me daba las gracias, con aquel merci beaucoup que tan raro sonaba con su acento americano. El día de Navidad le llevé una botella de vino. Me dijo que nunca lo había probado. Bebimos un poco, y le gustó mucho. Y por un rato, olvidamos la guerra, sólo fuimos dos jóvenes riendo y diciendo tonterías.

DeauVille se detuvo y cambió de postura en el sofá. Se inclinó hacia adelante y se apoyó en sus propias rodillas, mientras pasaba una nueva página del cuadernillo.

—El sábado pasado acudí al pequeño mercado del pueblo, para intercambiar unas botellas de vino por verduras y huevos con algunos granjeros. De repente se formó un pequeño jaleo; la gente comenzó a caminar hacia la plaza del ayuntamiento. Pregunté qué ocurría, y me dijeron que los alemanes habían apresado a un soldado extranjero. El corazón me dio un vuelco. Caminé hacia la plaza, y llegué cuando un grupo de soldados estaba bajando de un camión. Y entre gritos y empujones, vi cómo sacaban a alguien de la parte trasera. Era Edward.

Empecé a temblar. Me oculté entre el gentío que se empezaba a acumular, y tuve que hacer un gran esfuerzo por no empezar a llorar, porque había un oficial alemán que no dejaba de mirarnos con sus glaciales ojos. Sin duda estaba observando nuestras reacciones, sabían que alguien del pueblo había tenido que ayudarle a permanecer oculto en el cobertizo. La patrulla de soldados colocó a

Edward junto a un muro, atado de manos. El pobre chico tenía la mirada perdida, estaba muerto de miedo.

El oficial alemán empezó a gritar. No sé ni lo que dijo. Yo ya no escuchaba nada. Sólo podía mirar a Edward. La patrulla de soldados formó una línea a pocos metros del chico, y le apuntaron con sus armas. Y entonces Edward levantó la vista y miró hacia donde yo estaba. Y se me quedó mirando. Y vi una lágrima resbalar por su mejilla, y algo dentro de mí se rasgó, se rompió para siempre. Cuando sonó el estruendo de los disparos cerré los ojos. Agaché la cabeza y no volví a mirar. Sólo escuché, segundos después, el sordo sonido de su cuerpo al caer al suelo.

Apreté los puños, aguanté como pude, porque aún notaba sobre nosotros la mirada del oficial. Se oían susurros, insultos contra los alemanes dichos en voz baja. Cuando la gente comenzó a caminar, me escabullí entre varias personas que regresaban al mercado. Seguí caminando hacia la salida del pueblo, y al llegar a los viñedos comencé a correr. Corrí y corrí entre las hileras de parras, hasta que me quedé sin aire, y entonces caí al suelo, y lloré. Lloré como nunca antes lo había hecho. Me sentí desgarrada por el dolor. Apreté con fuerza la tierra, la estrujé entre mis manos, hasta que las piedras se clavaron en mis palmas.

No sé cuánto tiempo estuve allí, pero cuando regresé a casa me encontré a mis padres fuera, junto con sus amigos, los propietarios de la casa, mirando hacia el interior. Mi madre me abrazó al llegar. Entonces vi un camión alemán aparcado al inicio del camino. Y empecé a oír ruidos dentro; cómo tiraban cosas, cómo rompían cristales. Tras haber encontrado a Edward, habían comenzado a registrar una por una todas las casas de la zona. Al poco rato salió un soldado alemán con una caja debajo del brazo. Reconocí lo que era. Eran las botellas que me había entregado la Resistencia para que las guardase. Le enseñó la caja al oficial al mando, y se la entregó. Éste la abrió y sonrió. Se acercó a nosotros con ella bajo el brazo, e irónicamente nos dijo en un pésimo francés: —El Mariscal Göring agradece su regalo, se lo entregaré en persona cuando le vea la próxima semana.

Estoy hundida. Le he fallado a la Resistencia. Le he fallado a Edward.

DeauVille dejó de leer. Cerró el cuadernillo y bajó aún más el rostro. Seguía con los codos apoyados en las rodillas, y la mirada fija en el suelo. Oteiza se movió y se sentó pegada a él.

—¿Hay algo más escrito? —preguntó en voz baja.

Édouard negó con la cabeza y le entregó el diario. Aquello había sido la última anotación.

—Fue tu abuela quién sugirió que te pusieran de nombre Édouard ¿verdad?

DeauVille asintió en silencio. Oteiza movió la mano y la dejó sobre el antebrazo de él. Apretó ligeramente. Él se inclinó buscando de nuevo el contacto de sus hombros. Ella no se movió. No se hubiera movido por nada del mundo.

27

Oteiza miró por la ventana. Juraría que el viñedo había cambiado a un rojo aún más intenso en los pocos días desde su llegada; cada atardecer volvía a componer ante sus ojos una réplica del cuadro de Van Gogh, y en cada atardecer el despliegue de cálidos colores volvía a dejarla sin palabras.

Tras haber pasado el resto de la tarde en la biblioteca, había regresado a su habitación para redactar en el portátil el informe operativo. Había sido duro escuchar la narración del diario de la abuela de Édouard y verle a él tan afectado, pero la investigación había progresado. Poco, pero al menos era un avance; hoy había sido un buen día. Envió copia a Bertrand, indicándole que al día siguiente le llevaría a comisaría las botellas de Monsieur Chavenon para analizarlas en el laboratorio.

Se dio una ducha para despejarse y volvió a elegir lo más cómodo que encontró en la maleta. Cuando descendía por las escaleras vio cómo Ève salía por la puerta. Encontró a Édouard en la cocina, pensativo, con los ojos entristecidos.

—¿Se lo has contado a tu hermana? —preguntó mientras se sentaba frente a la encimera.

—Sí. No tenía ni idea. Ni de las botellas, ni de la Resistencia, ni de nada. Para ella ha sido también una gran sorpresa. Es abrumador. Por cierto —añadió acercándose—. Gracias. Sin ti no hubiera descubierto jamás nada de todo esto.

Oteiza contestó con una sonrisa.

—Y me vas a permitir, que como agradecimiento, te prepare una suculenta cena. Dime, ¿qué vino quieres tomar? —preguntó apoyándose con los codos en la encimera.

—No lo sé, me temo que tendrás que seguir haciendo tú la elección. Me gustaría saber más de vinos, poder decirte cuál me apetecería hoy, pero aún tengo mucho que aprender.

Elige uno que haga alejar la tristeza, uno que nos ayude a olvidarnos de todo.

Édouard se quedó pensativo.

—¿Y quieres seguir aprendiendo? Porque tengo una idea. No te muevas. —Desapareció por el pasillo, y apenas unos instantes después regresó dando grandes pasos—. Por favor, ve poniendo cuatro copas sobre la encimera —añadió mientras tecleaba el código de la puerta de la bodega privada.

Ascendió las escaleras con cuatro botellas en sus brazos y una gran sonrisa.

No sé qué estás tramando, pero ¿sabes qué? Hoy no me importa.

Él descorchó las botellas. Ella sonrió mientras se recogía el pelo en un improvisado moño.

—Te voy a pedir que te fijes primero en el color —añadió mientras vertía el rojo líquido de cada botella en una copa diferente —. Mira sus tonos, el rubí intenso, los matices púrpura y granate de cada uno de ellos.

Oteiza miró las copas, pero se distrajo con el intenso brillo de aquellos ojos azules, un brillo que siempre veía regresar cuando se apasionaba intensamente por algo.

—Y, para que captures de verdad la esencia de estos vinos, voy a proponerte algo.

Metió la mano en el bolsillo del vaquero y extrajo un antifaz negro, que mantuvo colgando de los dedos mientras bordeaba la encimera y se acercaba a ella con una mirada retadora.

Así que es eso lo que has ido a buscar al dormitorio.

—Sin el sentido de la vista, el resto de tus sentidos apreciarán mejor la experiencia. Confía en mí.

¿La experiencia? ¿Y cuál va a ser la experiencia? Pero, ¿sabes qué? Esta noche no me importa.

Cogió el antifaz de su mano y deslizó el suave satén negro por su rostro. —Estoy lista —dijo con una sonrisa igual de desafiante.

—Perfecto. Comenzamos. Vamos allá. Primer vino: un Opus One 2006 del valle de Napa. Sus creadores se llevaron de aquí varias variedades de uva y consiguieron que saliesen adelante en el clima californiano. Cabernet Sauvignon y Merlot sobre todo.

Ella le oía hablar a su alrededor. Notó cómo él acercaba la copa hasta que rozó su mano.

—Cógela. Huélelo. ¿Notas el aroma a rosas frescas recién cortadas, a regaliz, a chocolate negro y a pastel de moras?

Ahora no le hablaba, le susurraba. Podía notarle a su izquierda, a muy pocos centímetros.

—Pruébalo. —Esperó unos instantes a que bebiera antes de seguir hablando—. ¿Notas su intensidad? Es denso, pero es sedoso. Es suave, pero persistente. —Su tono bajó aún más—. Se expande poco a poco por el paladar, muy lentamente…

Intentó concentrarse en sentir el vino. No era algo fácil con su voz envolviéndola como un cálido abrigo. Volvió a tomar otro sorbo.

—¿Pasamos al siguiente? —preguntó él.

Ella se limitó a asentir y a coger aire.

—Ok. Vamos con el Château Margaux del 2005. Un precioso castillo del siglo XIX de tonos blancos a muy pocos kilómetros de aquí. Nunca le digas a nadie que te lo he dicho, pero posee tal delicadeza y una fragancia tan maravillosamente dulce que puede llegar a ser uno de los Burdeos más exquisitos.

Mientras seguía escuchando sus palabras, notó cómo las yemas de sus dedos comenzaron, distraídos, a deslizarse por su muñeca, recorriendo suavemente la cara interna de su antebrazo.

Profesor DeauVille, así va a ser imposible que pueda concentrarme en captar aroma alguno.

—Es complejo, es elegante, es embriagador, es puro.

Acercó la copa a sus labios y el primer sorbo le pareció exquisito. Tan exquisito como la suave y parsimoniosa caricia que recorría su brazo. Lo notó fresco y vivo, cargado de sabor, tal y cómo él le iba describiendo. Sin duda el no ver nada estaba intensificando todos y cada uno de sus sentidos.

Volvió a beber otro sorbo para alargar el momento.

—Vamos con el tercero. Petrus del 2004. Otro Château de la zona, pero un poco más lejos. Está en Pomerol, en la rivera derecha del Dordoña. Es un vino de increíble poder, con una gran profundidad y riqueza. Famoso por la textura sedosa que va ganando con los años. Su paleta aromática es impresionante.

Oyó su voz moviéndose hasta situarse detrás de ella. Sintió el calor de su cercano cuerpo sobre su espalda.

—Es muy intenso. ¿Hueles las cerezas, moras, cacao, trufas blancas... todo entrelazado de una forma perfecta?

Notó su voz acariciando el contorno de sus orejas como un suspiro de terciopelo caliente.

—Es brillante, es deslumbrante, es persistente, es tenaz, es valiente.

Su aliento le rozó el cuello y una cálida descarga eléctrica le recorrió el cuerpo entero. Dio un sorbo y notó aún más calor.

—Es fuerte, es apasionado, y seguro que tiene un punto picante. Puede ser agresivo pero intuyo que en el fondo es muy delicado.

Entonces ella se dio cuenta. No sólo estaba definiendo los vinos. Tuvo la impresión de que estaba utilizando los adjetivos para describirla a ella.

No sé si estoy preparada para esto, DeauVille.

Para lo que no estaba preparada, es para lo que vino después.

Édouard deslizó suavemente la tela de la camiseta y dejó al descubierto su hombro.

—Es original, es exquisito, es extraordinario.

Y posó sus labios en su piel desnuda. Una vez. El contacto fue tan sutil que Oteiza creyó que se lo había imaginado. Pero la segunda vez no dejó lugar a dudas. Y la tercera tampoco.

La inspectora se quedó totalmente inmóvil. No pudo reaccionar. No se esperaba este avance tan rápido y directo. Su cuerpo se quedó tenso, rígido, paralizado. Estaba totalmente bloqueada.

No sé si estoy preparada para esto, Édouard.

Él notó su reacción y se sintió aterrorizado. Se arrepintió de haberlo hecho. No quería forzar nada. Si este no era el momento, esperaría lo necesario hasta que lo fuese. Apareció el miedo a su rechazo. Quizás nunca fuera el momento. Quizás ella no sentía lo mismo.

Con un lento movimiento se separó de su cuerpo y volvió a colocarse a su izquierda, mientras cogía la copa del último vino y comenzaba a describirlo.

—Brunello de Montalcino de 2004. Para llegar al viñedo hay que recorrer una escondida pista de tierra roja bordeada por altos cipreses. Al atardecer el sol de la Toscana lo inunda todo de tonos cálidos y sensuales. Es...

Ella le detuvo colocándole la mano en el pecho. Él dejó de respirar. Ella sintió su corazón acelerándose bajo la mano.

Oteiza. Si no lo haces ahora, el momento habrá pasado. Hazlo.

—Espera. No digas nada. Déjame a mí definirlo.

Se giró sobre el taburete hasta colocarse frente a él. Seguía con el antifaz puesto, pero él sentía su mirada como si pudiese atravesar el satén negro. Dio un sorbo al vino y comenzó a hablar pausadamente. —Creo que es noble, es generoso, es apasionado, es entusiasta, es chispeante, es encantador, es dulce…y es también extraordinario.

Él se dio cuenta de que su inteligente inspectora había descubierto el juego. No era el vino lo que estaba definiendo. Se sintió orgulloso y no pudo reprimir una sonrisa, al igual que no pudo

reprimir una oleada de emoción al escuchar todos aquellos calificativos salir de su boca. Quizás sí era el momento. Quizás ella sí sentía lo mismo.

—¿Quieres probarlo? —preguntó Oteiza. Él acercó la mano pero ella le sintió aproximarse y puso la copa lejos de su alcance.

Dio un trago y pasó provocativamente la lengua por los labios, dejando su boca levemente abierta. Incitadora. Tentadora. Él se aproximó colándose de pie entre sus piernas, rozando con las yemas su mejilla, deslizando sus dedos hasta apoyarlos suavemente bajo su mentón, forzándola a levantar levemente el rostro. Se acercó a sus labios pero se detuvo a pocos milímetros, respirando sobre su aliento, que olía a cerezas y promesas.

Alargó el momento, observando cómo la impaciencia crecía y provocaba un leve temblor en el labio inferior de ella. Sonrió y comenzó a besarlo, a morderlo, a succionarlo con lenta cadencia. Pasó con igual lentitud a su labio superior, rozándolo con la lengua, deleitándose con el sabor del vino y de su boca. Notó la presión de sus rodillas en las caderas. Notó cómo le agarraba de la camisa y le atraía hacia ella. Y antes de que la intensidad del beso se incrementase, ella notó cómo le retiraba el antifaz de su rostro. No abrió los ojos.

No quiero abrirlos. Sólo quiero dejarme llevar.

Interrumpió el beso y se separó levemente de ella, esperando a que abriese los párpados. Haciendo un esfuerzo sobrenatural, Oteiza abrió los ojos y sus pupilas se adaptaron poco a poco a luz. Y cuando enfocó la mirada de DeauVille, se quedó sin respiración.

Édouard le había mirado de muchas maneras desde que se conocían. Íntimo, nervioso, impaciente, sonriente, preocupado, comprensivo, irónico, seductor. Un montón de miradas distintas, todas desafiando sus convicciones, todas atravesando su corazón y convirtiéndola poco a poco, y sin saberlo, en una adicta al simple placer de estar con él. Pero hasta ahora jamás le había mirado así. Sintió un estremecimiento. Había auténtico fuego en su mirada.

Volvió a tirar de su camisa para atraerle y le besó intensamente.

In Vino Veritas, pensó él. *In Vino Veritas.(*)*

A la mierda con todo. Quiero esto, pensó ella.

(*) "In Vino Veritas." : "En el Vino está la verdad."
Frase de Plinio El Viejo, escritor, filósofo y científico romano.

28

En Madrid te pareció un estúpido presuntuoso. En San Sebastián empezaste a conocerle. Y aunque lo niegues, empezaste a sentir algo por él. Cuando llegaste al Château supiste que este momento iba a llegar tarde o temprano. Al igual que con tu arma y tu placa, intentaste meter en un cajón la atracción y el deseo, y olvidarte de ello.

Pero lo que no querías que ocurriese, ha ocurrido. Y no quieres pensar en ello. No puedes pensar en ello. Sólo quieres sentirlo. Y lo estás sintiendo, vaya si lo estás sintiendo.

Un leve roce de sus dedos y la temperatura de tu cuerpo ha subido instantáneamente. Sus labios en tu cuello, y todas las terminaciones nerviosas de tu piel se han activado al mismo tiempo. Su olor al acercarse para besarte; esa mezcla de su propio sudor y de aftershave, ese aroma que te ha erizado el vello y que te ha desarmado. El sabor de sus besos, que te han dejado sin aire y te han hecho sentir borracha, como si te hubieras bebido las cuatro botellas de vino enteras.

No hay mejor cata que esta. No hay mejor cata que esta.

Es lo que va repitiendo tu mente mientras dais tumbos por el pasillo. Esa gran puerta de la biblioteca contra la que chocáis, esa madera maciza que sientes en tu espalda, contra la que te empuja, y te acorrala y te besa y te explora con su lengua y ya ni piensas ni recuerdas.

Y se agacha, lo justo para hundir su boca en tu cuello, y asciende con la fuerza de todo su cuerpo, y casi te eleva, casi te sientes despegar del suelo, y abres los ojos, aunque no ves nada, porque todo está borroso, y vuelve a subir a tu boca, y te roza el labio inferior con su lengua y con sus dientes, y tira de él y lo muerde con una dentellada húmeda.

Y sientes su cuerpo sobre ti, su empuje, y sientes la presión de su pelvis contra tus pantalones, y sientes su lento e intenso vaivén llevarte al instante a una de las más dolorosas excitaciones que has tenido en tu vida.

Y cuando abre la puerta te sujeta, y sin dejar de besaros ni un sólo instante cruzáis el umbral, y oyes el sonido de la madera al volver a cerrarse, y por un momento tu mente se vuelve a activar, y dudas.

Vuelves a dudar.

E inexplicablemente te alejas de sus labios, y pones las manos en su pecho y le empujas contra la puerta cerrada, y le mantienes separado, a muy pocos centímetros, pero ya notas el frío, la helada corriente de aire que se cuela entre el escaso espacio entre vuestros cuerpos.

Vuelves a dudar.

Él separa las manos de tu cuerpo. Las deja inertes, colgando junto al suyo. Mantiene los ojos cerrados y baja el rostro hasta

apoyar su frente en la tuya. Deja de respirar. Se queda a la espera. Tú ahora no lo sabes, pero está muerto de miedo. El miedo a que te arrepientas en este justo momento. A que vayas a parar. A que ahora le digas que esto no es lo correcto, que no quieres hacerlo.

Maldices volver a tener lucidez de tus actos, porque no quieres dudar. Ya no. Da igual que seáis de mundos tan diferentes. Da igual que viváis a cientos de kilómetros. Da igual que tú seas una inspectora de policía y él sea tu asesor. Da igual todo lo que ha ocurrido antes y todo lo que pueda ocurrir después.

Ya no hay dudas.

Y te vuelves a acercar a él, y esta vez eres tú quién le acorrala contra la puerta, y le empujas, y le besas, con desesperación, porque ahora, ahora que ya has tomado la decisión, quieres morderle la boca, quieres morderle ese mentón que está tremendamente apetecible con su incipiente barba de última hora de la tarde, y le lames el cuello, y le agarras del pelo con demasiada violencia para buscarle de nuevo la boca y volver a hundirte en ella. Y él se excita, aún más, porque eres tú quién está gimiendo en su boca, eres tú quién le desea.

Y presionas contra su pelvis y la sientes. Quieres esa erección y la quieres ahora. Demonios, la quieres obedeciendo tus órdenes. Y el mensaje le llega alto y claro cuando sueltas el primer botón de su pantalón, y cuando del tirón sueltas el segundo, el tercero y el cuarto; y él rodea tu rostro con las manos, y te besa, pero esta vez lento, esta vez más profundo, más húmedo, componiendo sin palabras un *despacio* no pronunciado. Recibes su mensaje, y le respondes dejándote llevar por el lento baile de su lengua, y comienzas a soltar, muy lentamente, los botones de su camisa. Uno. Otro. Colando los dedos para sentir el calor de la piel de su pecho mientras sigues descendiendo. Otro más. Y otro. Y el último. Y tiras de la tela, y la prenda cae por sus hombros, y le obligas a separar las manos que envuelven tu rostro, pero en cuanto la camisa cae al

suelo vuelven ansiosas, anhelantes de acariciar tus mejillas mientras te sigue besando, porque no puede dejar de hacerlo, no va a dejar de hacerlo; ni aunque tires de su pantalón, de su ropa interior; ni aunque haga equilibrios para quitárselos mientras camina; no se detiene hasta que llegáis al borde de la cama.

Entonces se sienta, y te mira desde abajo. Tú ahora no lo sabes, pero mientras te observa quitándote la camiseta, allí, frente a él, ha pensado que eres una diosa con ojos de fuego y lava. Tú ahora no lo sabes, pero cuando te has mordido el labio, al soltarte el sostén, ha pensado que es tu absoluto esclavo.

Y ahora, con ojos suplicantes, se aproxima a tu abdomen, y lo besa, mientras sus dedos se acercan a tus caderas, y atrapan tu pantalón, y tu ropa interior, y los hace descender, juntos, hacia el olvido del suelo.

Y te inclinas, y le besas, y con tu boca le empujas hasta que se tumba, y te subes encima de él, y notas cómo él deja de respirar, porque acaba de darse cuenta de que estás húmeda, tan húmeda que es imposible, y al notarlo te gira y te tumba sobre tu espalda, porque quiere bajar hasta tu humedad y hundirse entre tus piernas. Lo necesita. Necesita besar tus labios con desesperación, necesita lamer tu cima perfecta en círculos, necesita hundir su lengua en ella. Y tu respiración se convierte en rápida y pesada.

Y hundes los dedos en su pelo y él hunde los suyos dentro de ti. Salen. Se hunden. Salen. Se hunden. Lento. Círculos concéntricos. Se curvan y saben exactamente cómo curvarse y subir, rozando esa isla rugosa y sensible que te lleva a un placer inédito que involucra todo tu cuerpo. Más profundo, más rápido. Te agarras a las sábanas para no marearte. Y serpenteas las caderas, y te tensas, y él siente el primer temblor de tu orgasmo presionando sus dedos. Y el clímax llega y te sacude, y es largo, es inagotable, se prolonga como nunca, te eleva hasta el punto máximo, donde nunca antes habías llegado, más allá del cual no podía existir nada.

Y no ha pasado un instante cuando tiras de él y le tumbas, y te subes encima, y le recibes en tu interior, poco a poco, deleitándote con cada centímetro, y comienzas las embestidas lentas y profundas que le llevan a perder la cabeza. Y él busca la manera de deslizar su mano para darte placer de nuevo. Y tú incrementas el ritmo, y él hace lo mismo, y el tiempo se para, y explotáis, y vuestros nervios saltan todas las barreras y obstáculos para unirse, y el placer os sobreviene simultáneamente, como dos afluentes del mismo río, como las dos puntas iguales de un solo nudo, como una herida que por fin, acaba por cerrarse.

No hay mejor cata que esta.

29

Aún no se lo cree. Está sentado al lado del ventanal, a pocos metros de ella. Sólo hay una pequeña lámpara oriental encendida junto a la mesilla, cuya cálida luz ilumina tenuemente la estancia. Está exhausto, pero no puede dormir. Está aturdido por su propia felicidad. Hacía tiempo que no tenía tal vorágine de sentimientos recorriendo su ser. Son muchas las mujeres que ha traído aquí en los últimos años. Pero ninguna le ha hecho sentir así. Desde fuera se ve como un bobo, aquí sentado, mirándola, admirándola. Pero a la vez que orgulloso, por sentirse así, a su edad, cuando creía que esto no volvería a suceder. Qué irónico el destino, quién hubiera pensado que colocaría en su camino a esta mujer, a esta sorprendente mujer con notas de madera, de sal, y de chocolate.

Ella se mueve ligeramente. Tumbada boca abajo, cambia de posición una de sus piernas, recogiéndola hacia el pecho. Las sábanas apenas tapan su cuerpo. No puede dejar de mirarla. Hipnotizado, recorre con la vista cada una de sus curvas, bellamente acentuadas por las sombras que provoca la tenue luz. Su rostro descansa de medio lado en la almohada, relajado.

Y sigue sin creérselo. Sólo puede rememorar una y otra vez el montón de momentos que han pasado en las últimas horas. Es tal su hiperactividad mental, que no dejan de aparecer imágenes de todo lo acontecido, como breves flashbacks, como si fueran imágenes de su Instagram, expuestas una detrás de otra en un rápido bucle.

Su sonrisa. Cómo aparece varias veces, de repente, en medio de los apasionados besos y de la intensa excitación. Como si en esos momentos ella fuera incapaz de contener la felicidad que siente, y una gran sonrisa surge espontáneamente en su rostro. Está enamorado de esa sonrisa, desde aquella noche en la terraza de su ático. Se va a tomar su tiempo para decírselo, pero cuando se lo diga, lo hará, durante mucho tiempo.

Su pelo. Cómo cae sobre él cuando ella se mantiene encima, sintiendo sus bucles acariciarle el pecho. Cómo cae por su espalda como un río cobrizo. La suavidad de sus mechones cuando introduce sus dedos entre ellos para acariciarle la nuca.

La piel de su cuello. De ese rincón entre el cuello y la clavícula, ese pequeño rincón que ha descubierto y en el que se podría pasar horas.

Su vergüenza cuando ha visto el imperecedero recuerdo del dolor en forma de cicatrices. Su sutil manera de girarse para evitar allí el contacto de sus labios, sin saber aún que a él no le importa; que adora su cuerpo entero, que quiere aprendérselo de memoria día tras día.

La forma en que ella le ha mordido el lóbulo de la oreja en varios momentos de pasión. ¿Cómo algo tan simple puede hacerle arder en su interior una y otra vez?

Esa pasión que le ha abrumado. Cuando ha vuelto a mirar el reloj habían pasado cinco horas. Cinco horas sin parar un sólo minuto. El primero, rápido e intenso. Deseoso de calmar lo que

llevaban días reteniendo. El segundo, más lento y confiado. Buscando la confirmación de que todo esto no era un sueño. El tercero, puro placer sosegado descubriendo hasta el último rincón de sus cuerpos.

Un apenas perceptible *Hey* le saca de sus pensamientos. Mira hacia la cama y allí está ella, que mientras le observa con ojos somnolientos, le regala la sonrisa que más adora de este mundo.

Otro *Hey* es todo lo que puede contestarle.

Ven aquí.

Y se levanta, deseando seguir llenando su memoria de nuevos momentos.

30

—Si seguimos así va a ser imposible que por la mañana me levante de la cama —susurró Édouard mientras se deslizaba por encima de las sábanas.

—DeauVille, no pensaba que estabas en tan baja forma física.

La voz de Oteiza sonó baja y adormecida; había vuelto a cerrar los ojos y continuaba tumbada boca abajo.

—¡Hey!, no lo estoy —replicó él pegándose a su espalda—. ¿Y vas a seguir llamándome por mi apellido?

—Por supuesto.

—¿Y no vas a llamarme por mi nombre? —preguntó como un suspiro junto a su oído. Ella sonrió y demoró unos instantes su respuesta.

—Sólo cuando tenga que ponerte firme.

—¿Y ahora no quieres volver a ponerme firme? —Aún con los ojos cerrados, a Oteiza le pareció oír su pícara sonrisa.

—¿Sí? ¿Vas a aguantar un cuarto asalto?

—Ponme a prueba. Venga —añadió apartándole el pelo y mordiéndole el hombro.

Oteiza pronunció su nombre, lenta y golosamente, mientras él contestaba con un ronroneo y comenzaba a recorrer con los labios

aquella línea de piel desnuda que arrancaba de los hombros y viajaba hasta su nuca.

Ella se dejó llevar por los escalofríos que empezaban a recorrer su columna, y arqueó lentamente la espalda buscando aún más el contacto con el cuerpo de Édouard. Y de repente, éste notó como todos los músculos de la inspectora se tensaban.

—¿Has oído eso? —preguntó Oteiza abriendo de golpe los ojos.

—¿El qué?

—Ese ruido —contestó ella incorporándose.

—No he... —No le dio tiempo a terminar la frase; ambos oyeron un nuevo golpe sordo y bajo que provenía de la cocina.

Mierda.

—¡Levanta y vístete! ¡Ya! —le dijo en voz baja mientras ella misma se incorporaba y comenzaba a ponerse los pantalones.

DeauVille cumplió la orden a rajatabla. Siguió los pasos de Oteiza, que tras ponerse la camiseta ya estaba saliendo de la habitación y caminaba felinamente sobre la alfombra. Al llegar a la puerta de la biblioteca se pegó a la madera y se quedó escuchando.

—Hay alguien en la cocina. ¿Dónde guardaste las botellas? —le preguntó a DeauVille con un susurro.

—En el armario refrigerado de la bodega privada. Arreglaron el sistema de seguridad.

—Ya lo forzaron una vez, así que pueden hacerlo otra vez sin problemas.

Oteiza miró a su alrededor y se mordió el labio.

—¿Tienes algún arma?

—¡No! Odio las armas. Jamás tendría una —contestó un cada vez más nervioso Édouard—. ¿Y tu pistola?

—Arriba, en el primer cajón de la mesilla.

—¿Arriba? ¿Y por qué la has dejado allí?

—¿Crees que yo tenía planeado acabar esta noche en tu cama? —preguntó mientras agarraba el picaporte.

DeauVille la miró aterrado. ¿Qué pensaba hacer? ¿Salir y enfrentarse sin más a quién estuviera allí fuera?

Pero Oteiza sólo abrió un resquicio de la puerta; lo justo para observar cómo al final del oscuro pasillo, la luz de la cocina emergía

por la puerta abierta e iluminaba algo. Y ese algo resultó ser un tipo vestido totalmente de negro, con pasamontañas, mirando hacia el interior de la cocina. Antes de cerrar la puerta Oteiza se fijó en un detalle más: tenía una pistola en la mano.

Mierda.

—Hay un tío ahí afuera. No puedo salir por aquí para llegar a la escalera y subir a por el arma. El coche está en la puerta, las luces estaban encendidas. Saben que estamos aquí, así que han venido preparados. Están armados. —Oteiza volvió a buscar con la mirada por la habitación, mientras DeauVille la escuchaba atento—. La única manera es salir por la ventana y acercarme a la cocina por el jardín.

—¿Acercarte a la cocina? ¿Y qué piensas hacer allí? —preguntó él mientras ella ya estaba abriendo la ventana.

—No lo sé. Improvisaré. Han venido a por las botellas, o a por los documentos, o a por ambos. No podemos permitir que se los lleven así como así.

—Voy contigo.

—Ni hablar.

—¿Crees que voy a dejar que vayas sola? —preguntó él agarrándola del brazo. Ella bajó la vista a su mano y volvió a subirla para mirarle a los ojos.

—Édouard. Lo que vas a hacer es coger el teléfono y llamar a la Police Nationale, y después, esconderte en el jardín, evitando que te peguen un tiro. ¿De acuerdo?

DeauVille se preguntó cómo un susurro pronunciado en voz baja podía llegar a sonar más firme que una orden emitida a gritos.

Oteiza trepó hasta el marco de la ventana y saltó al frío césped. Se agachó y se pegó al muro de piedra. Édouard saltó tras ella y se agachó a su lado. Tenía el móvil en la mano y comenzaba a teclear el número de emergencias.

—¡Escóndete! —le ordenó ella señalando los setos. El francés obedeció y desapareció internándose en el jardín con el teléfono pegado a la oreja.

La inspectora cogió aire y caminó en cuclillas, pegada al muro, hasta la puerta de la cocina. Se quedó allí agachada, escuchando; la

luz del interior se filtraba por las ventanas e iluminaba la mesa y las metálicas sillas del jardín, ahora frías y siniestras, ahora tan diferentes a las soleadas mañanas de desayuno.

Se levantó lentamente, y en un rápido vistazo por encima del alféizar de la ventana observó a otro tipo manipulando el cierre de la bodega privada. Se agachó de nuevo. Oyó el sonido de la puerta blindada al abrirse.

Mierda.

Seguía agachada cuando escuchó una voz.

—¡Esto ya está! Yo bajo y cojo las botellas. Tú ve al despacho. Ya sabes lo que hay que buscar. Ellos están allí; si es necesario, dispara.

Otro vistazo rápido y los dos tipos habían desaparecido; tenía que actuar rápido. Abrió con cuidado la puerta de la cocina y entró sin dejar de vigilar el oscuro pasillo. Se acercó a los hornillos. Adheridos a la pared con un sistema imantado, había una extensa colección de cuchillos de cocina. Los recorrió con la vista, y se decidió por el último; no era precisamente un cuchillo, pero sin duda era la mejor arma a la que podía acceder en aquel momento. Se vio a sí misma reflejada en el reluciente filo de la pequeña hacha, y sin pensar, con el sabor amargo de la adrenalina llenándole la garganta, empezó a bajar los escalones de la bodega.

Los latidos de su corazón le retumbaban en las sienes, pero había desconectado de todo aquello que no le era necesario. Controlaba la respiración, apretaba con fuerza el mango del hacha; estaba centrada, estaba decidida. Ya no era Anne, era la inspectora Oteiza, y ahora sólo dependía de su instinto, de su capacidad de reacción.

Bajó con total sigilo los últimos escalones, y pudo verle al fondo de la bodega. El tipo estaba de espaldas, forzando el cierre del armario refrigerado. Oteiza se escondió detrás de uno de los botelleros de hierro. Oyó su risa al abrir la puerta del armario. Oyó una cremallera abriéndose, y el atenuado sonido de las botellas al

chocar una junto a la otra en el interior de algo. Y esperó. Le dio tiempo para mirar el hacha y pensar en el ataque. Demonios. No era una asesina. No iba a lanzar un embate sangriento a base de hachazos. Decidió girar el filo del hacha, preparándose para golpear con la parte plana.

Cuando la enorme sombra oscura llegó a su altura, saltó como un resorte. Apretó con fuerza el mango del hacha y con un movimiento ascendente le asestó un fuerte golpe en la cara. El tipo emitió un grito ahogado, agachó el torso y se llevó las manos al rostro. Oteiza aprovechó el momento inicial de sorpresa para lanzar una violenta patada a su rodilla; tras el impacto escuchó un seco crujido. El rugido de rabia y dolor que emitió aquella enorme masa mientras caía de rodillas le heló las venas. Levantó el brazo preparándose para asestarle un golpe en el lateral del cuello; otro fuerte golpe en el nervio vago lo dejaría directamente inconsciente.

Pero la sombra se movió. Muy rápido. Y antes de que se diese cuenta la empujó lanzándola en vuelo directo y sin escalas hacia uno de los botelleros. El hacha se soltó de sus manos, y ella aterrizó bruscamente sobre su costado derecho; decenas de botellas tintinearon al chocar unas contra otras. El golpe fue fuerte; cerró los ojos ante el impacto, y un ramalazo de dolor la recorrió entera. Aún los tenía cerrados al caer después al suelo; cuando volvió a abrirlos la sombra se acercaba cojeando con el hacha en una mano. Y él no parecía dudar. Él si llevaba el filo en su correcta orientación. Él sí era un asesino.

El corazón se le puso a mil por hora. Se olvidó del dolor e intentó ponerse en pie rápidamente, pero él fue más veloz; la agarró bruscamente del cuello con la mano libre y la empujó de nuevo contra el botellero. Otro terrible golpe en la espalda, de nuevo olvidado y remplazado por la nueva y terrible presión en la garganta de aquella enorme mano enguantada. Sin poder respirar, vio sus ojos a través de la fina línea del pasamontañas: negros como la noche más oscura. Y aunque no podía ver su rostro, notó su sonrisa.

Aquellos ojos la sonrieron. La sonrieron en el justo momento en que vio ascender el hacha, lista para lanzar el mortal ataque.

No. No. Esto no puede ser el final. Así no. Ahora no.

Tocó desesperadamente con las manos. Y entonces reconoció su única y última oportunidad: agarró el cuello de una de las botellas y bajó el brazo con todas las fuerzas que pudo; el primer impacto contra la sien del tipo fue seco y duro. Lo dejó inmóvil, conmocionado. El segundo hizo estallar el vidrio de la botella; el vino se derramó por su cabeza, y Oteiza vio sus ojos ponerse en blanco antes de caer desplomado al suelo.

Volvió a coger aire con fuerza en cuanto la mano del tipo soltó su cuello. Se pasó los dedos por la garganta: aún notaba en la tráquea el dolor provocado por la fuerte presión del agarre. Se agachó y comprobó que las botellas estaban en el bolso de tela negra que el tipo aún tenía pegado al cuerpo. Y en su cintura vio una Glock 19. La sacó de la funda; recordó que esta pistola semiautomática era *Safe Action*; al contrario que su HK reglamentaria, ésta no tenía seguro que desactivar. Movió la corredera hacia atrás y escuchó entrar la primera bala de 9mm en la recámara.

Cuando caminaba hacia la escalera oyó pasos en los escalones superiores: alguien estaba descendiendo por ella. Se ocultó de nuevo detrás de uno de los botelleros y esperó. Agarró con fuerza la empuñadura del arma, puso el dedo en el gatillo, y cuando escuchó los pasos acercándose, se puso rápidamente en pie.

—¡Alto! —gritó encañonando a la forma que estaba al pie de las escaleras. Pensaba encontrarse con el compinche del personaje que acaba de noquear, pero se encontró con Édouard, que con los ojos muy abiertos la miraba asustado. Mantenía en alto un rastrillo de jardinero.

—¿Pero qué cojones haces aquí? —le preguntó enfadada—. ¡Casi te pego un tiro!

—¿Qué esperabas? ¿Que me quedase en el jardín oliendo las rosas? —contestó indignado mientras se acercaba a ella—. ¡Wow! —

Exclamó al ver al tipo desplomado en el suelo—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó secamente—. Quédate aquí vigilando a este. Yo voy arriba.

—¿Arriba? Los agentes están de camino. ¿No sería mejor esperar aquí a que lleguen?

Oteiza le miró con seriedad. Y un instante después, miró hacia la parte superior de la escalera.

—No. Ni hablar —terminó por responder mientras caminaba decidida hacia los escalones.

Ascendió con la Glock en alto; salió a la cocina y se acercó al pasillo. Con la espalda pegada a la pared, se asomó en el momento justo en que el segundo tipo levantaba el arma y la apuntaba. Se ocultó un instante antes del disparo. El estallido fue ensordecedor, y la bala impactó en el marco de la puerta, soltando una nube de astillas a pocos centímetros de su rostro. Se acurrucó para protegerse y sonaron más detonaciones. Una tras otra, las balas pasaron silbando junto a su cabeza, e impactaron contra la vajilla del antiguo armario, sumergiendo la cocina en un violento caos de polvo y porcelana rota. Oteiza se dio cuenta de que no tenía muchas oportunidades si se quedaba allí. Pensó rápido, y decidió salir por el otro pasillo, el que conectaba la cocina con el hall. Podría sorprenderle por la espalda: al menos, ella dejaría de ser un objetivo tan fácil. Junto al umbral de la puerta, se asomó al nuevo pasillo y apuntó con el arma.

Empezó a caminar, lentamente, y el corazón le dio un vuelco cuando al fondo la sombra cruzó el hall a toda velocidad. Instintivamente apretó el gatillo. Dos veces. Dos disparos que rompieron el silencio, que dejaron un zumbido en sus oídos, y que destrozaron el gran espejo que colgaba de la pared junto a la entrada. Un instante después escuchó un nuevo estruendo de cristales rotos. Salió corriendo, decidida, pistola en alto, atravesando la nube de olor a pólvora, y al llegar al hall vio la puerta de cristal de la entrada destrozada. Saltó por encima de los cristales y bajó a todo

correr los escalones de piedra. La sombra oscura se alejaba corriendo hacia la valla de la entrada al Château.

Mierda.

Apretó los dientes y salió disparada. Al sprint. Pero a mitad de camino vio cómo el tipo llegaba a la entrada y se montaba en un coche oscuro que estaba a la espera. Levantó el arma sin dejar de correr. Un disparo. Otro. Otro más. Casquillos saliendo uno detrás de otro por la parte superior. Cuando llegó a su altura el vehículo ya estaba alejándose, a toda velocidad, con los faros apagados. No pudo ver la matrícula, apenas pudo intuir el modelo.

Mierda.

Se dobló sobre sí misma, se apoyó en las rodillas, respirando grandes bocanadas de aire. Cerró los ojos, y de su garganta salió un grito de frustración, de puro enfado. Cuando volvió a abrirlos vio una mancha oscura a sus pies. Se agachó de cuclillas y la tocó. Era sangre.

Buena puntería, Oteiza.

31

Volvió corriendo al Château; pasó con cuidado por encima del caos de cristales en que se había convertido el hall y se dirigió a la cocina. Entró dándole un buen susto a Édouard, que estaba junto a la encimera con el rastrillo en alto.

—¿Estás bien? —preguntó ansioso mientras tiraba el rastrillo al suelo—. Casi se me para el corazón al oír los disparos.

—Sí, estoy bien. Sólo un poco dolorida —contestó posando la mano en el costado. Ahora que la adrenalina empezaba a diluirse de su torrente sanguíneo, empezaba a tener consciencia de todo lo que había ocurrido—. ¿Y el tipo de la bodega?

—Inmovilizado. ¿Estás herida?— preguntó alarmado Édouard al ver la mancha de sangre en su camiseta.

—No, tranquilo. No es mía. Me he manchado al limpiarme la mano. Es sangre del otro tipo. Creo que le di mientras escapaba corriendo. —Édouard dejó escapar un suspiro.

—Tú estarás acostumbrada a estas cosas... Pero yo no había pasado tanto miedo en mi vida.

—No creas que estoy tan acostumbrada. Recuerda que soy de la Brigada de Patrimonio. No somos un cuerpo de intervención. Y no andamos persiguiendo ladrones por los tejados de los Museos como en las películas. De hecho hacía mucho tiempo que no tenía que

usar un arma —añadió mirando la Glock que aún tenía en la mano. Intentó disimular el leve temblor dejándola sobre el granito de la encimera.

Édouard se dio cuenta, se acercó aún más y la estrechó entre sus brazos.

—Déjame sentir que estás bien —susurró junto a su oído.

Oteiza se dejó abrazar, pero mantuvo los brazos colgando junto al cuerpo. Se limitó a apoyar la cabeza en el hombro de Édouard, pero todo su cuerpo estaba aún en tensión, y no era momento aún de relajarse. Se separó de DeauVille, y sin decir nada, volvió a coger la pistola y se encaminó hacia la escalera de la bodega privada.

Encontró al tipo noqueado tumbado de lado, con las muñecas y los tobillos torpemente inmovilizados con un amasijo de cinta adhesiva.

—¿Me lo has embalado como regalo? —preguntó Oteiza.

—¡Hey!, he hecho lo que he podido —contestó Édouard mientras bajaba los escalones—. Cuando he dejado de oír los disparos sólo he pensado en subir lo antes posible.

Oteiza asintió sin dejar de mirar al tipo.

Édouard se agachó para mirar la etiqueta de la botella rota, aún pegada a un trozo de vidrio.

—Luego dirás que no sabes escoger el vino —dijo sujetando con dos dedos la empapada etiqueta.

Oteiza le miró intrigada, sin saber a qué se refería.

—De todas las botellas que hay aquí, has ido a elegir, para estampársela en la cabeza, un único y muy difícil de conseguir Château Comtesse de Lalande de más de tres mil euros —añadió.

Oteiza hizo como que olisqueaba al aire.

—¿Aroma de grosellas y unos toques de madera? —preguntó con una sonrisa.

Édouard le respondió con otra sonrisa. Amplia y sincera. Y se quedó mirándola. Y ella le mantuvo la mirada. Ahora ya podía hacerlo. Ahora ya no tenía que evitarlo. Podía demorarse lo que quisiera. Podía dejar correr aquel extraño magnetismo entre ambos, aquella intensa complicidad recién creada.

Pero entonces lo vio. Por el rabillo del ojo. El tipo noqueado hizo un pequeño movimiento con la cabeza. Estaba despertando. Se acercó a él, buscó en el cuello el inicio del pasamontañas y lo deslizó hacia arriba para retirárselo del rostro. Lo primero que vio fue sangre. Mucha sangre. Toda su boca convertida en un amasijo sanguinolento. Después vio la inflamada nariz, y los regueros rojos que surgían de cada orificio. Y por último vio sus párpados, que se abrieron de golpe en cuanto retiró la tela, mostrando de nuevo sus oscuros ojos. Oteiza se incorporó y lo miró desde arriba.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo sin dejar de apartar la vista. Édouard se acercó. Le costó reconocerlo, pero cuando lo hizo, le dio un vuelco al corazón. El tipo inclinó la cabeza, carraspeó y escupió al suelo. Cayó un esputo de sangre y saliva envolviendo densamente dos piezas dentales. Oteiza torció el gesto del asco.

—Señor DeauVille, un placer volver a verle. —La voz emergió grave y ronca. Con el destrozo que tenía en la boca no pudo pronunciar bien algunas sílabas, pero la frase se entendió a la perfección.

Oteiza la entendió. A la primera. Y giró el rostro para mirar a DeauVille. Estaba pálido. Édouard también lo había entendido. Al igual que había entendido lo que esto significaba. El Inicio del Fin. Apenas había podido disfrutar unas horas con ella. Se maldijo a sí mismo. A su maldita suerte.

El sonido de las sirenas llegó desde el exterior. Pronto le siguieron los gritos de Bertrand, que repetía una y otra vez en alto el nombre de Oteiza. La inspectora le respondió con un *Estamos aquí* y Bertrand asomó la cabeza desde lo alto de los escalones. Descendió seguido por otros dos agentes.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien? —preguntó al llegar a Oteiza —. ¿Estáis bien? —añadió al darse cuenta de la presencia de DeauVille. Ambos asintieron.

—Dos tipos armados con Glock 19 —empezó a resumir Oteiza—. Uno forzó la entrada de la bodega y bajó para robar las botellas de Monsieur Chavenon. Bajé, me enfrenté a él y lo dejé inconsciente. Cogí su arma, subí y me enfrenté al segundo tipo. Intercambiamos disparos, salió corriendo y le seguí. Huyó junto a otro tercer tipo en

una berlina oscura. No pude ver la matrícula. Le herí, encontraréis manchas de sangre en la entrada al Château.

—Uff, vaya noche movidita —comentó Bertrand. Inmediatamente se fijó en el tipo noqueado. A pesar de las heridas reconoció su rostro; era el personaje misterioso—. Monsieur Diderot, qué sorpresa verle. ¿Esta vez ha decidido venir para hacer el trabajo usted mismo?

La única respuesta que obtuvo fue un nuevo esputo sanguinolento.

Bertrand ordenó a los otros agentes que le soltasen la cinta adhesiva y le colocasen las esposas.

—Anne, ¿dices que has disparado con su Glock 19?

—Sí, cinco disparos. Encontraréis dos casquillos en el pasillo al hall y otros tres en el camino a la entrada.

—¿Y tu pistola? —preguntó extrañado Bertrand.

—Está arriba, en mi dormitorio.

—¿Y dónde estabas tú cuando entraron en la casa?

— Abajo. En la biblioteca —contestó Oteiza.

—¿A las tres de la mañana?

— Sí.

—Ajá. ¿Y usted, Monsieur DeauVille? —preguntó Bertrand dirigiéndose a Édouard, que permanecía callado en una esquina—. ¿Dónde se encontraba?

—En la biblioteca también, junto a la inspectora Oteiza.... Estábamos trabajando en los documentos que encontramos de mi abuela.

—¡Los documentos! —exclamó Oteiza corriendo hacia las escaleras.

Sorteó a varios agentes que estaban en la cocina, y se dirigió con rapidez a la biblioteca.

Mierda.

Tanto el sobre de documentos como el paquete de las cartas y el diario de la abuela de DeauVille habían desaparecido. Sobre la mesa sólo quedaba el libro de Alejandro Dumas, que aparentemente había pasado desapercibido para el segundo tipo.

—¡Se los han llevado! —dijo Oteiza golpeando la mesa mientras Bertrand y Édouard entraban en la habitación.

—Creo que Monsieur Diderot tiene muchas preguntas que contestar —añadió el inspector—. Lo llevaremos al hospital, y procederemos a interrogarle lo antes posible.

—¿Te importa si te acompaño? —preguntó Oteiza a Bertrand.

—Sin problema, pero... ¿de verdad estás bien?

—Perfectamente —mintió Oteiza. Ahora que la tensión había pasado, todos y cada uno de sus músculos se quejaban al unísono. Estaba tremendamente cansada. Pero quería saber más. Estaba deseosa de poder sacarle más información al personaje misterioso.

—Monsieur DeauVille, nuestros agentes se quedarán aquí recopilando las pruebas —informó Bertrand. Édouard asintió sin decir nada.

—Subo a cambiarme de ropa y bajo en un momento —dijo la inspectora antes de desaparecer por la puerta.

Bertrand se quedó a solas con Édouard, pero no intercambiaron ni una sola palabra. El inspector echó un vistazo a la puerta abierta de la habitación y vio las sábanas revueltas sobre la cama. Y salió hacia la cocina, no sin antes lanzar una tensa mirada a Édouard.

32

El hospital está sumergido en la calma de la madrugada. Tomas café en la sala de espera, junto a Bertrand, esperando la llamada del médico de guardia que está efectuando el primer reconocimiento al personaje misterioso. Agradeces tomar algo caliente, te das cuenta de que no has probado bocado desde el mediodía; la sugerente cata con Édouard ha terminado como ha terminado, sin ni siquiera empezar a preparar la cena. Vienen a tu mente pequeños retazos de la noche. Algunos recuerdos te confortan y te provocan el atisbo de una sonrisa; hacía mucho tiempo que no tenías una experiencia sexual así. Demonios, nunca habías tenido otra igual de intensa. Sofía va a flipar cuando se lo cuentes.

Otras imágenes de la noche te provocan desagradables escalofríos. Revives el miedo, el enfrentamiento físico, el olor a pólvora. Te sorprendes de cómo pueden haber pasado tantas cosas en tan pocas horas. Y te encuentras a ti misma pensando en cómo vas a afrontar lo que ha ocurrido con Édouard. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Qué es lo correcto? ¿Qué es lo que tienes que hacer? ¿Qué es lo quieres hacer? Decides postergar cualquier decisión. Tienes otras cosas en las que pensar. Aquellos tipos han venido a por las botellas y a por los documentos. Eso indica que estáis muy cerca de

algo. Y, ¿cómo han sabido que vosotros teníais las botellas de Monsieur Chavenon? Sólo lo saben el propio Chavenon, su nieta Christine, la hermana de Édouard... y Bertrand. Pero ni el anciano ni *la enóloga de los susurros* saben nada de los documentos. Recuerdas haberlos mencionado en el informe operativo enviado a la base de datos policial. ¿Tendrán acceso a ella? ¿Quizás tienen a alguien que les suministra información desde la Police Nationale?

Y Édouard. También lo sabe Édouard. Sientes un nuevo escalofrío. Una parte de ti misma, Anne, la chica de treinta cinco años, descarta totalmente la posible implicación de Édouard. Maldita sea, ese hombre te gusta mucho. Y te hace sentir. Ha conseguido hacerte volver a sentir. Pero tu otra parte, Oteiza, la inspectora de policía, te sigue diciendo que no debes fiarte de nadie. Que dejes tu corazón a un lado y observes con objetividad todas y cada una de las posibilidades. Has mezclado lo personal con lo profesional, y no deberías haberlo hecho. Tú nunca lo haces.

33

—Has demostrado una gran valentía al enfrentarte a esos dos tipos —comentó Bertrand sentándose junto a ella—. Y has dejado fino al grandote. —Oteiza sonrió.

—Sólo he reaccionado a lo que me ha venido encima —contestó con voz cansada.

—Me alegro mucho de que tú estés bien —añadió él.

Oteiza apenas pudo contestar con otra sonrisa; una enfermera entró en la sala de espera y les informó que el médico de guardia les esperaba junto a una de las habitaciones.

—Rotura de ligamentos en la rodilla izquierda. Contusión craneal en la zona del templo con un corte profundo en el que hemos aplicado varios puntos de sutura. Rotura del tabique nasal. Pérdida de cinco piezas dentales y fisura en la mandíbula. No le hemos aplicado calmante alguno como han solicitado ustedes —informó el médico desde el exterior de la habitación. Dos agentes de uniforme custodiaban la puerta, y por el cristal podía verse al personaje tumbado en una cama, con la pierna en alto, un grueso vendaje alrededor de la cabeza y la nariz entablillada.

En cuanto entraron en la habitación Monsieur Diderot movió los brazos y tensó las esposas que lo mantenían atado a la cama. Emitió un bajo y sordo rugido al ver a Oteiza, clavando sus oscuros ojos en ella.

—No vamos a andarnos con rodeos, Monsieur Diderot, o como se llame. Está metido en graves problemas. Allanamiento, robo, agresión a un agente de la policía... Será mejor para usted que conteste a todas las preguntas que vamos a realizarle —le informó Bertrand.

—No pienso decir nada —contestó con su grave voz sin dejar de mirar a Oteiza.

—Ahora tenemos sus huellas. No tardaremos mucho en dar con su nombre verdadero y reunir más información. Le conviene colaborar con nosotros.

—Le repito que no voy a decir nada. —Seguía con la vista clavada en la inspectora. Oteiza le miraba de pie, con los brazos cruzados, intentando mantener el rostro lo más neutro posible. Sobre la mesilla vio la bolsa de plástico con los objetos personales. Cogió dos guantes de látex del carrito de material médico y caminó hasta la mesilla. No dejó de mirar los oscuros ojos que la siguieron en todos sus movimientos.

—¿Quién está detrás de todos estos robos? ¿De quién ha recibido el encargo de robar estas botellas? —preguntó Bertrand.

La única respuesta que obtuvo fue el silencio. Oteiza dio la vuelta a la bolsa y el contenido cayó en la mesilla. Una cartera, un manojo de llaves, un paquete de tabaco de liar, un librillo de papel, un mechero y un preservativo.

—¿Tenía planes para esta noche Monsieur Diderot? —le preguntó Oteiza sujetando el condón entre los dedos.

—Me dijeron que en el Château había una inspectora de policía muy atractiva —contestó el tipo, entornando los ojos en una pérfida mirada—. ¿No le hubiera gustado inspectora? Podríamos haber atado a DeauVille en una silla, para que contemplase cómo nos la follábamos una y otra vez.

Será hijo de puta.

—De haberlo sabido, mi patada no le hubiera roto la rodilla, sino los...

Oteiza no terminó la frase.

No caigas como una novata en ese viejo truco.

Vio sus ojos brillar; vio cómo su destrozada boca intentaba sonreír, mostrando el hueco donde faltaban varios dientes.

Será hijo de puta.

—Monsieur Diderot. Insisto. ¿Quién está detrás de todo esto? —volvió a preguntar Bertrand con un tono nada cordial.

—Y yo insisto en que no voy a decirles nada. Y quiero un abogado.

Oteiza echó un vistazo a la cartera. Tanto el documento de identidad como el permiso de conducir mostraban el nombre de Denis Diderot. El resto eran tarjetas de visita donde sólo aparecía de nuevo el mismo nombre y una dirección de correo electrónico. En uno de los compartimentos de la cartera, Oteiza encontró una oscura tarjeta magnética con la palabra L'Ambivalence serigrafiada en letras doradas.

—¿Y esto qué es? —preguntó secamente.

Esta vez el personaje misterioso apartó la mirada y clavó la vista en el techo. Estaba claro que esa noche no iban a sacarle nada más. Oteiza fotografió la tarjeta con el móvil, metió todo en la bolsa de plástico y se la entregó a Bertrand al pasar junto a él camino a la puerta.

Encontró al médico en el pasillo. Y tras pronunciar un *Ni un sólo calmante esta noche*, dirigió sus pasos hacia la salida.

34

Una patrulla de la Police Nationale te acerca hasta el Château. A pesar de la incomodidad de los asientos de la parte trasera del coche patrulla, estás a punto de quedarte dormida. El regular sonido de los limpiaparabrisas te hipnotiza, e intentas fijar la vista en la carretera, en el túnel de luz que construyen los faros del coche, pero tus párpados se cierran sin remisión. La lluvia te ha sorprendido al salir del hospital, y no deja de caer en todo el camino. Los agentes te dejan en la verja de la entrada, y caminas como una autómata sobre la grava blanca, que ahora suena diferente empapada por la lluvia. Encuentras la destrozada puerta de la entrada tapada con un improvisado tablero de madera, e intentas hacer el menor ruido posible mientras lo mueves para acceder al interior. Las luces están apagadas, y te diriges hacia la escalera para subir a la habitación. Pero te detienes al pisar el primer escalón.

Cuando miras a través del umbral del dormitorio de Édouard, le intuyes tumbado en la cama, dormido. Te quedas allí un par de minutos, observándole; aún no sabes qué pensar sobre lo que ha ocurrido entre vosotros. No tienes ni idea de cómo vas a afrontarlo. Édouard se mueve, y tú das un paso atrás, ocultándote en las sombras. Y cuando empiezas a sentir la tentación de meterte bajo

esas cálidas sábanas y pegarte a su cuerpo, das media vuelta y diriges tus pasos hacia tu habitación.

Sueltas un bajo quejido al quitarte la cazadora de cuero frente al espejo del baño. Levantas con dificultad los brazos para deshacerte de la camiseta, y entonces puedes ver las consecuencias del aterrizaje de emergencia sobre el botellero. Varias marcas rojas con algo de sangre seca, circundadas por una significativa contusión cuyo tono morado se incrementa por instantes. Podías haber aprovechado la visita al hospital para hacerte una rápida revisión, pero lo cierto es que ni te has vuelto a acordar de la contusión. Te inclinas varias veces sobre el costado intentando auto diagnosticarte una posible rotura de alguna costilla, pero el dolor no alcanza el punto lo suficientemente elevado como para revelarte alguna lesión más seria de la visible. Aún y todo, con cada pinchazo en el costado vuelves a maldecir al jodido *armario de tres cuerpos*.

Abres el mueble del baño y encuentras lo necesario para hacerte una cura rápida. Te limpias las heridas de las marcas con yodo y te cubres la herida con una gasa. Con algo de contorsionismo consigues pegarte la gasa con varias tiras de esparadrapo, pero el proceso termina por dejarte exhausta. El dolor y el frío empiezan a hacerte tiritar, y entonces la sientes llegar. Silenciosa, como siempre, propagándose por todo tu cuerpo con lentitud. La autocompasión siempre está ahí, latente, expectante, esperando el primer momento de calma tras la tormenta para llegar sin avisar, bien aliada con el cansancio y el dolor, fuerte y cruel, atacando de frente, rompiendo la coraza que te ha mantenido firme durante las horas anteriores. Y tú sólo sabes exorcizarla dejando correr las lágrimas; lágrimas que ahora caen sin remisión sobre el lavabo, que se convierten en sollozo, mientras tú aprietas con fuerza los puños. Ahora te estás dando cuenta de que esta noche has estado a punto de morir; y de que para sobrevivir, te has visto obligada a infringir un gran dolor a otro ser humano; ahora te estás dando cuenta del paso que has dado con Édouard; y del pánico que sientes por ello. Te gustaría estar en tu casa, en tu cama, a mil kilómetros de todo esto,

refugiándote en todas tus pequeñas rutinas. Ahora te acuerdas de tu madre, de lo mucho que la echas de menos en estos momentos, cuánto te gustaría llamarla y contarle lo que estás sintiendo; cuánto te gustaría escuchar su voz diciéndote que todo va a salir bien.

Soportando el dolor que irradia tu costado, consigues deslizarte silenciosamente bajo las sábanas. Y sueñas despierta. Calmas el llanto soñando con un universo paralelo en que las cosas podrían ser más sencillas. En un mundo en el que quizás, él, Édouard, pudiera convertirse en el equilibrio perfecto a la dureza de tu vida; en el que quizás, él, se revelase como el auténtico refugio que llevas años buscando en tu vano intento de esconderte de todo aquello que te acecha. Y te dejas llevar, deseando que no sea sólo un sueño. Podría, puede llegar a ser real. Y aceptas esa revelación, aún sabiendo que paradójicamente te hace más débil, porque él se va a convertir en tu punto débil. Cuando amas, sufres. Si aceptas lo que sientes por él, ya no va a haber medias tintas que te aseguren una posible huida. Y el sonido de la lluvia contra la ventana te arrulla, y el sueño te vence, y el largo día, por fin acaba.

35

Las noticias vuelan en este pequeño rincón del Médoc. Mientras preparaba el desayuno para su abuelo, Christine se ha enterado por su asistenta del ataque nocturno a Château DeauVille. Ha salido corriendo, conduciendo a toda velocidad, preocupada por Édouard, ansiosa por comprobar si está bien.

Se queda sobrecogida cuando llega al Château. Saluda a Pierre, uno de los chicos de mantenimiento, que está tomando medidas de la destrozada puerta de entrada. Camina por el hall, busca a Édouard con la mirada, le llama; pronuncia su nombre una y otra vez, mientras recorre el pasillo y llega a la cocina. En un rincón del suelo están apilados innumerables trozos de porcelana rota, y el viejo armario está destrozado por los impactos de bala. Se estremece. No puede ser. Esto es demasiado.

Se acerca a la ventana, y mira hacia el jardín. Édouard y la inspectora Oteiza desayunan en albornoz en la mesa de la terraza. Édouard está bien; da gracias a Dios por ello. Está pensativo, con la mirada perdida en el jardín. La inspectora llama su atención con un *Hey*. Él le contesta con otro *Hey* y le juguetean los ojos como si el saludo tuviera un doble sentido. Se inclina hacia ella y cuando le

habla invade más que sospechosamente su espacio personal. Christine no llega a escuchar toda la frase, pero si le oye pronunciar al final un *Oteiza* rugoso y húmedo que le deja preguntándose cómo alguien puede llamarte por tu apellido y convertir algo tan distante en algo parecido a una caricia. Ella asiente con la cabeza. Él sirve café en una taza y se la acerca. Ella la coge y en el intercambio sus dedos se rozan. Un roce leve y casual, hasta que se alarga. Unos pocos segundos más de lo normal, pero son unos segundos cargados de un extraño magnetismo que marca la diferencia. Christine siente un escalofrío.

No es la primera vez que lo ve; desde que la inspectora llegó al Château, ha observado esta extraña conexión entre ellos. Pero hoy es diferente. Oteiza es diferente. No deja de sonreír. Está relajada. Le recuerda a ella misma, cuando en este mismo lugar, en una mañana como ésta, Édouard le hacía reírse con cualquier ocurrencia. Qué tiempos aquellos, cuando compartían fines de semana en el Château, cuando ella por fin le tenía a su lado, cuando ella creía que lo suyo iba a ser *para siempre*. No quiere pararse a pensar en ello, porque de nuevo le está invadiendo esa nostalgia que le aprieta el corazón cuando echa de menos aquellos tiempos. Cuando le echa de menos a él.

No pudo ser, lo entiende. Pero sabe que nunca dejará de quererle. Ni aunque esté con otros hombres. Ya lo ha probado, ya lo está probando, y no funciona. Suspira, baja el rostro y mira sus propios brazos. Ve los moratones en las muñecas. Estira las mangas de la chaqueta para ocultarlas; no quiere verse a sí misma, no quiere ver las señales que esta tormentosa y posesiva relación deja en su cuerpo. Que diferente sería su vida si hubiese seguido con Édouard. Aún no sabe porqué se está dejando llevar por este oscuro amante del que nadie sabe, del que no ha hablado a nadie, pero no puede evitarlo. Ya no hay vuelta atrás. Tiene miedo. Tiene mucho miedo. No sabe cómo dejarle. No sabe si ni siquiera puede hacerlo. Sube la vista y vuelve a mirar a Édouard y Oteiza.

Él le coge el brazo en un gesto que parece estudiado para resultar casual y la acaricia por encima del albornoz. Se acerca y aporta al gesto una intensidad súbita que aumenta la densidad del aire. Christine no consigue escuchar lo que dicen, porque hablan en susurros, pero no hace falta ser un experto observador para ver cómo se miran y cómo se queman vivos bajo una corriente eléctrica de alta intensidad. Ella se enrojece y agacha tímidamente la cabeza tras escuchar la última frase de Édouard, en la que Christine sólo ha podido entender un *estaba pensando* pronunciado con voz de dormitorio en penumbra, bajando el tono dos octavas y mezclándose con los sonidos del jardín. Un mechón suelto de su pelo cae bajo la ley de la gravedad y él se lo vuelve a colocar detrás de la oreja, con otro gesto casual pero prolongado, sutil y cargado de sensualidad.

Oh. Édouard. No. Ten cuidado. Ella aún no lo sabe, y cuando se entere las cosas van a cambiar. Seguro. ¿En qué te estás metiendo? Ella no va a poder perdonártelo. No va a poder hacer como que no lo sabe. Va a tener que hacer su trabajo. Es una inspectora de policía.

Oteiza acaba de poner la mano sobre la de Édouard, gesto que él ha aprovechado inmediatamente para acercar la mano a su boca y empezar a besar lentamente cada uno de sus dedos. Y ella le sonríe, y él le contesta con ojos somnolientos, con sed, con necesidad y devoción. Esto sí que Christine no se lo esperaba. Devoción. Adoración. Veneración. Esto es peor de lo que pensaba; va a resultar que Édouard está enamorado. Oh. Édouard. No.

Y mantienen una larga mirada, sin hablar, sin moverse un milímetro, aislados de toda la realidad que transcurre y fluye a su alrededor. Son ellos dos, y nada más. El resto del universo ha desaparecido. Y Christine siente llegar la angustia. No puede seguir mirando. Se gira, se aparta de la ventana; aprieta los dientes, hace un esfuerzo sobrehumano por reprimir las lágrimas, pero no lo consigue. Se agarra la muñeca, y aprieta sobre los moratones. Cierra los ojos y aprieta otro poco más. El ramalazo de dolor le recorre el

brazo entero; vuelve a presionar, intentando que la tortura física distraiga la pena que le encoge el corazón. Deja pasar los minutos, recupera el control. Se limpia las lágrimas, coge aire. Tiene que aguantar. No pueden notárselo. Se estira las mangas de la camisa, agarra el tirador de la puerta, y la abre.

36

Después de la lluvia de la noche, el día había vuelto a amanecer despejado; la inspectora Oteiza cerró los ojos y disfrutó de los cálidos rayos del sol. Enfundada en el suave albornoz, paladeaba lentamente el delicioso café. Agradeció la actitud de Édouard. Amable, atento, tierno, preocupado por ella, pero sin hacer una sola pregunta sobre la noche anterior; ni por lo ocurrido entre ellos, ni por su decisión de dormir sola en su habitación al regreso al Château.

Su teléfono móvil permanecía junto a la servilleta, e hizo vibrar la mesa de metal indicando la llegada de un nuevo mensaje.

—¿Sofía? —preguntó Édouard al verla sonreír tras mirar la pantalla.

Un nuevo *¿Te lo has tirado ya?* aparecía escrito en mayúsculas. Oteiza escribió un escueto *Sí* y volvió a dejarlo junto a la servilleta. La mesa volvió a vibrar, varias veces, pero no le hizo caso. Prefería seguir perdida en aquellos ojos azules que la miraban, que *la cuidaban*, mientras el mundo seguía girando dejándoles allí tranquilos, relajados, disfrutando de una merecida tregua.

—¿No le contestas? Sea lo que sea lo que has escrito parece haber desatado su curiosidad —comentó DeauVille ante las nuevas vibraciones que no dejaban de sacudir la mesa.

—No —contestó ella con una sonrisa—. Quizás más tarde —añadió.

—¿Y si es Bertrand con alguna nueva noticia?

Oteiza suspiró. Bertrand. El hospital. Las malditas botellas. Ya estaba la realidad volviendo a llamar a la puerta. Necesitaba más dosis de cafeína.

—¿Te suena de algo la palabra L´Ambivalence? —preguntó al francés tras tomar un nuevo sorbo de café.

—Sí, es un club.

—¿Un club?

—Ajá, un muy lujoso y distinguido club cerca del puerto de Burdeos. Se alquila para eventos.

—¿Has estado en él alguna vez?

Édouard pareció dudar antes de contestar.

—Sí, en una ocasión. En una fiesta privada.

Oteiza cogió el teléfono, saltó por encima de los mensajes de Sofía, que parecía que ya sólo sabía escribir en mayúsculas, y abrió la fotografía que había realizado a la tarjeta de L'Ambivalence. Bajo las letras doradas aparecía una fecha. 26 de Septiembre. Hoy era 26 de Septiembre.

—¿Podríamos acercarnos esta noche para echar un vistazo? —preguntó volviendo a mirar a Édouard.

—Hmmm... No es un club abierto al público. Sólo se puede entrar si estás invitado al evento o fiesta privada que organicen.

—¿Y cómo accedes?

—Utilizando la exclusiva tarjeta que te entregan cuando te invitan.

—¿Una como ésta? —preguntó acercándole el móvil. Édouard miró la pantalla.

—Exacto. Una como ésta.

—Pues no haga planes para esta noche, señor DeauVille. Tiene una cita conmigo; el capullo de anoche la tenía en la cartera, así que estaba invitado a la fiesta —añadió frunciendo el ceño—. Quizás descubramos algo.

Édouard sintió un escalofrío de remordimiento al oír hablar del personaje misterioso. Tenía que contárselo. Antes de que ella se

enterase por sus propios medios. Su miedo a perderla le obligaba a mantener el secreto. Pero mantenerlo le llevaría irremediablemente al camino de perderla.

—Anne, hay algo que tengo que contarte.

Oteiza se inquietó al apreciar la seriedad en su voz.

—Hay algo que necesitas saber —añadió.

Ella se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa, sin dejar de mirarle, sin dejar de observar cómo se oscurecía su semblante a cada segundo que pasaba.

—¡Édouard! —el grito les hizo girarse a ambos.

Vaya. Qué oportuna.

Christine se acercaba dando pequeños y rápidos pasos desde la cocina.

—¡Me acabo de enterar! ¡Qué horror! —A Édouard apenas le dio tiempo a levantarse. La enóloga ya había llegado a él y estaba abrazándole—. ¡Cómo me alegro que no te haya pasado nada!

Gracias por el interés Christine. Sí, yo estoy bien también.

—Tranquila, estamos bien —dijo Édouard aún apresado por el abrazo.

—¡Vaya susto! —añadió ella mientras se auto invitaba a sentarse en la mesa del desayuno—. He visto el destrozo de la cocina. No puedo creer que hubiera disparos y todo. Qué fuerte ¿no? —Aún seguía apretando con fuerza la mano de Édouard.

Sí Christine. Muy fuerte, mega fuerte.

—¿Y se llevaron las botellas de mi abuelo? Decidme que no, por favor. No me gustaría tener que darle semejante noticia —comentó mientras se tomaba la confianza de rellenar la taza de Édouard y se la acercaba a los labios.

—No, están a buen recaudo en la comisaría de Burdeos —contestó él. Cuando miró a Oteiza vio cómo ésta le fulminaba con la mirada.

El teléfono vibró de nuevo. Esta vez sí era Bertrand.

—Lamentándolo mucho, tengo que dejaros —comentó la inspectora—. DeauVille, ¿podríamos hablar un momento? —añadió al levantarse de la mesa.

—No le cuentes nada a Christine sobre la investigación ¿de acuerdo?

Se lo dijo como un susurro en cuanto cerraron la puerta de la cocina, pero el serio tono que Oteiza empleó no dejaba duda alguna.

—¿Por qué? No me digas que sospechas de ella.

—Sospecho de todo el mundo. —Édouard tuvo la sensación de que él también estaba incluido en el lote—. Te agradecería que no comentes nada con nadie.

—Pero Christine es de entera confianza. Ya te lo dije, nos conocemos desde pequeños, estudiamos juntos, llevamos años trabajando juntos. Confío en ella plenamente.

Oteiza miró por la ventana. Christine se había sentado en la silla de Édouard y tenía un croissant en la mano del que arrancaba pequeños trocitos antes de llevárselos a la boca. Cuando se acercó a los labios la servilleta de él, la inspectora apartó la vista.

—Vale. Da igual. Tengo que volver al hospital. Tú no le cuentes nada más, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Quieres que te lleve? ¿Quieres que te acompañe?

—No, no hace falta. Bertrand está de camino.

—¿Y de Bertrand no sospechas?

Ahora fue Oteiza la sorprendida por la pregunta.

—¿De Bertrand?

—Sí; si hay alguien que estaba al tanto de donde estaban las botellas y los documentos, era él.

—Él no tiene nada que ver. Seguro. Confío en Bertrand.

—Como yo confío en Christine.

Oteiza no replicó. Asintió, se dio la vuelta y desapareció por el pasillo camino de su habitación.

Espero que no te equivoques. Espero no equivocarme.

37

—¡Estoy aquí! —gritó Édouard desde la biblioteca cuando oyó cerrarse la puerta de entrada—. Hey —añadió al verla cruzar el umbral. Oteiza pronunció otro *Hey* apagado, dejó el bolso en el suelo y se tiró en el sofá. Se tumbó apoyando la cabeza en uno de los reposabrazos, y se tapó el rostro con las manos. Estaba muy cansada, y sentía comenzar entre los ojos un todavía leve pero amenazador dolor de cabeza.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó DeauVille sentado frente a la multitud de papeles que se acumulaban sobre la mesa. Había pasado buena parte de la tarde organizando los pedidos que ya estaban llegando para la nueva cosecha.

Oteiza contestó con uno de sus bufidos de frustración, mientras seguía apretándose la frente con fuerza.

—¿Tan mal?

—Muy mal. Ese cabrón no suelta prenda. No ha dicho absolutamente nada. Y encima se ha agenciado un abogado prepotente y misógino que amenaza con demandarme por exceso de violencia en la detención. Y claro, yo estoy aquí con una comisión rogatoria sólo para colaborar en la investigación, casi como mera observadora... así que me he llevado un buen rapapolvo de mi

Inspector Jefe en Madrid cuando se ha enterado que me he puesto a pegar tiros en territorio francés.

Mientras escuchaba, Édouard se levantó, cogió la copa y la botella de vino que tenía sobre la mesa y se acercó al sofá.

—Después he estado en la comisaría con Bertrand. En cuanto hemos metido las huellas en la base de datos han salido múltiples órdenes de búsqueda. El tipo es sospechoso de haber cometido robos con violencia en Bélgica, Holanda e Italia. Por muy buen abogado que tenga se va a tirar una larga temporada en la cárcel.

DeauVille se sentó en la mesita auxiliar, frente al sofá. —¿Te apetece? —preguntó a Oteiza ofreciéndole la copa. Ella apartó del rostro una de las manos y le miró—. O quizás prefieras alguna droga legal. Tengo ibuprofeno en el armario del baño —añadió el francés al verla dudar.

—No, el vino está bien.

La inspectora se incorporó hasta quedar sentada frente a él; coló las rodillas entre las de Édouard, le cogió la copa, lo inspiró unos instantes y tomó un sorbo. Le extrañó que DeauVille no levantara el rostro para mirarla, que no aprovechase, como en el desayuno, la corta distancia entre ellos para sutilmente buscar el contacto físico. Seguía mirando el suelo, pensativo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Tenemos que hablar. Esta mañana Christine nos interrumpió, y me gustaría continuar con lo que tenía que contarte.

Oteiza no dijo nada. Se quedó a la espera, observando como él seguía con la mirada clavada en la alfombra.

—Anne, me gustas mucho.

Subió la vista y la miró a los ojos.

—Me gustas muchísimo.

La inspectora no se atrevió a mover ni el más mínimo músculo. Este discurso ya lo había escuchado en alguna de sus relaciones anteriores, y a pesar del efusivo inicio, siempre terminaba de muy mala manera.

—Quiero que tengas eso en cuenta, porque es una de las razones por las cuales aún no te he dicho esto.

Oteiza asintió con un apenas perceptible movimiento de la cabeza.

—En San Sebastián te conté que conocía al tipo misterioso porque me lo habían recomendado para obtener unas botellas que estaba buscando. Te dije que había hecho el primer pago, pero que luego lo cancelé. Verás...

Édouard cogió aire, pero en el justo momento en que iba a continuar hablando, sonó el timbre del teléfono de Oteiza.

El francés negó con la cabeza. ¿Cuántas interrupciones más iban a tener lugar? La inspectora bufó mientras cogía el bolso y buscaba en su interior. Miró la pantalla; era Bertrand. Se disculpó con un *Lo siento, tengo que cogerlo* mientras se ponía en pie.

Édouard la oyó contestar. Se movió al sofá, apoyando el codo en el reposabrazos, mirando cómo ella caminaba errante por la habitación, totalmente concentrada en escuchar lo que Bertrand le estaba diciendo. Se detuvo frente a la ventana. Pronunció un *Entiendo* y colgó. Se quedó allí quieta, mirando a través del cristal.

Aquellos segundos se hicieron eternos para DeauVille. Intuyó por su reacción que Bertrand había hallado más información. La información. Se maldijo a sí mismo. Tenía que habérselo dicho antes, mucho antes.

—Era esto lo que ibas a contarme ¿verdad? —preguntó ella sin dejar de mirar al exterior—. Le encargaste obtener las botellas. Le pagaste la señal. Pero no cancelaste el pedido. Y él lo llevó a cabo. ¿Estoy en lo cierto? —Oteiza se giró para mirarle. En sus ojos podía intuirse una gran decepción—. Bertrand ha encontrado el registro de tu segundo ingreso: cuarenta mil euros. Una cantidad que parece ser el pago final por un trabajo realizado.

Cuando los ojos de Oteiza pasaron de la decepción al enfado, Édouard tuvo que apartar la mirada.

—¿Por qué no me lo contaste? —exclamó ella con indignación mientras se acercaba a él—. ¿Por qué me lo has ocultado?

—Por favor Anne. Ven y siéntate. Te lo explicaré.

—No. Estoy perfectamente de pie. Habla —replicó ella cruzando los brazos. Édouard se revolvió en el sofá con inquietud.

—Las botellas de mi abuela no regresaron después de la guerra, Anne. No fueron encontradas en el Nido del Águila. No fueron devueltas por los aliados. Mi abuela no nos habló nunca de la época de la ocupación ni de la Resistencia, pero siempre lamentaba que aquellas botellas le hubiesen sido robadas durante la guerra. Transmitió durante años su pesar por haberlas perdido a todo aquel que llegó a conocerla bien. Aquello se convirtió en una *leyenda familiar*, que tanto mi hermana como yo escuchamos desde pequeños. Un día, leyendo una publicación relacionada con el mundo del vino, encontré una entrevista realizada a un empresario alemán. Ya jubilado, residía en la costa azul francesa, y poseía una extensa y selecta colección de botellas. Junto a la entrevista publicaron algunas fotografías. En una de ellas aparecía posando en su bodega junto a las piezas que él consideraba más valiosas. No te imaginas lo que sentí cuando vi, entre esas botellas, las de mi abuela. Por una casualidad del destino, allí estaban, después de tantos años, con su intacta etiqueta de Château DeauVille de 1936. No había duda, pero... ¿Quién era aquel tipo? ¿Cómo había llegado a tener las botellas? Contraté un detective privado. Resultó que aquel empresario ya jubilado, aquel entrañable anciano que tan sonriente alardeaba de su extensa y valiosa colección, había sido oficial alemán de la Wehrmacht. Fue juzgado en Nuremberg por crímenes de guerra, pero ante la falta de pruebas no fue condenado. Después de la contienda se convirtió en empresario industrial y mantuvo su residencia en Alemania. Para su jubilación, sin embargo, había elegido una suntuosa villa en Saint-Tropez. No podía creérmelo. Después de tantos años desaparecidas, allí estaban nuestras botellas, en manos de un antiguo nazi.

Édouard volvió a inclinarse sobre sí mismo dejando la mirada perdida en algún punto del suelo. Oteiza seguía de pie, escuchándole con atención.

—Lo primero que hice fue intentar contactar con él. No fue fácil, tuve que pedir muchos favores. Viajé al sur y nos reunimos en Marsella. Le hice una propuesta. Le ofrecí mucho dinero. No la aceptó. Subí mi propuesta, varias veces. Le hubiera pagado lo que hiciera falta. Se rió de mí, me llamó estúpido francés, y con mucha

prepotencia me dijo que me fuera por donde había venido. Aquellas botellas no estaban en venta, y nunca lo estarían. Volví al Château; no le dije nada a mi abuela. Su salud estaba empeorando, y lo último que quería era decirle que había encontrado sus botellas, pero que estaban en poder de un antiguo nazi y que era imposible conseguirlas. Hubiera sido un auténtico disgusto para ella. Pasaron las semanas y yo no me lo podía quitar de la cabeza. Cuando los médicos nos dijeron que la enfermedad de mi abuela avanzaba y que le quedaban pocos meses de vida, lo supe con certeza: tenía que conseguir aquellas botellas fuese como fuese. Empecé a preguntar aquí y allá, y me hablaron de Rousseau, Diderot, o como se llame. Me reuní con él y le expliqué la situación. Le entregué toda la información que había reunido el detective privado. Después del primer pago pasaron unas semanas. Un día recibí un mensaje suyo. El encargo me esperaba en una consigna de la estación de tren de Lyon. Cogí el primer TGV y fuí allí. Regresé al Château con las botellas. Mi abuela estaba aquí mismo, en la biblioteca, leyendo, ahí sentada.

Édouard subió el rostro y señaló con la mano la silla frente a la mesa llena de papeles.

—Entré y le dije que tenía una sorpresa para ella. Levantó la vista del libro que estaba leyendo y me miró por encima de las gafas. Puse la caja de madera sobre la mesa, y ella empezó a inquietarse. Deslizó lentamente la tapa, con un leve temblor en las manos. Imagínate su alegría al verlas. Cómo sonreía. Nunca olvidaré aquel momento. Sus ojos se llenaron de lágrimas, se puso en pie, y me abrazó, sin dejar de repetir mi nombre una y otra vez. No podía dejar de llorar. En aquel momento estaba soltando todo el dolor que había estado reteniendo durante mucho tiempo. Cuando leímos su diario, entendí muchas cosas que aquel día se me escaparon.

DeauVille se detuvo un instante. Seguía mirando fijamente la silla vacía.

—Aquel fin de semana hicimos una fiesta e invitamos a los amigos de mi abuela, los otros viticultores que habían compartido la ocupación con ella. Fue una gran fiesta —añadió subiendo la vista para mirar a Oteiza. Cuanto ella observó los afligidos y húmedos

ojos de Édouard, se conmovió—. En cuanto al tipo, realicé el pago final, y nunca volví a verlo hasta que nos lo encontramos en el evento de Perrier Jouet. No me pregunté qué habría hecho para conseguirlas; no quería saberlo. Las botellas habían regresado a Château DeauVille; era lo único que me importaba. La felicidad de mi abuela en sus últimos meses era en lo único en lo que pensaba.

La voz de Édouard se quebró en la última frase. Dejó de hablar y volvió a mirar el suelo para esconder el rostro. Oteiza caminó y se sentó frente a él en la mesita. Se inclinó y se apoyó en sus propias rodillas.

—¿Por qué no me lo contaste? —le preguntó en voz baja.

—Siento mucho no haberlo hecho. Tenía que habértelo contado aquella mañana en San Sebastián. Pero tuve miedo. La noche anterior, mientras nos bañábamos en La Concha —DeauVille levantó el rostro y la miró a los ojos—, me di cuenta de que me estabas empezando a gustar. Y que no era un capricho, una atracción por la novedad; era algo vibrante, excitante, ineludible. Y sabía que si te lo contaba, tu opinión sobre mí cambiaría totalmente. Quería que antes me conocieses mejor. Quería tener la oportunidad de mostrarme como soy. Tenía la esperanza de que, quizás, tú pudieras sentir también algo por mí.

Oteiza suspiró. Subió la mano y se apretó con los dedos entre los ojos.

—DeauVille. Quiero que entiendas algo. Hemos de notificar al juez que lleve el caso tu relación con la actividad delictiva de este sujeto. Y, si al cometer el robo, se produjo una agresión, y esperemos que no, un homicidio, estarías directamente implicado en ello. Yo no puedo hacer nada por ayudarte. No puedo ocultar lo descubierto.

Édouard negó con la cabeza.

—No te pediría jamás que lo hicieras. Asumo mi responsabilidad. Lo que hice no fue correcto, pero lo hice. El método no fue el adecuado, lo sé, pero no hay vuelta atrás. Si tengo que rendir cuentas ante la justicia, lo haré. Asumiré las consecuencias. Lo que no quiero es perderte a ti. No sé qué es lo que tenemos, Anne, pero es algo real, y es algo muy intenso; hacía mucho, mucho

tiempo que no sentía esto por ninguna mujer. Lamento de corazón haberte decepcionado así.

Édouard volvió a hundir el rostro. Oteiza vio cómo dos furtivas lágrimas caían sobre la alfombra. Las palabras *real* e *intenso* aún seguían resonando en su cabeza. Casi le habían hecho temblar.

—Se acabaron los secretos a partir de ahora, ¿de acuerdo? —la inspectora se esforzó en que su voz sonase firme—. Necesito confiar en ti. Tengo que poder confiar en ti.

DeauVille asintió sin dejar de mirar el suelo.

—Hey —pronunció ella para llamar su atención. Esperó a que la mirase antes de continuar hablando.

—Para mí también es real. Para mí también es intenso.

Y estoy acojonada.

38

Se agarró con fuerza al pasamano mientras bajaba con lentitud los escalones. Los espectaculares zapatos de tacón alto de Sofía eran el complemento perfecto para el sugerente vestido, el mismo que había utilizado para la noche del evento en el Festival de Cine, pero requerían toda su atención para no perder el equilibrio al bajar las escaleras.

—Espero que esta noche no tengas que perseguir a nadie corriendo —comentó divertido Édouard, que la esperaba en el hall sin perder detalle de su poco glamuroso descenso.

—Creo que el vestido no quedaría igual con zapatillas de running—contestó Oteiza.

—Estás espectacular, Anne —DeauVille seguía apoyado en la mesa del hall, con los brazos cruzados, enfundado en un elegante traje oscuro, mirándola de arriba abajo mientras ella se acercaba caminando.

—Dale las gracias a Sofía. Todo esto es suyo. Me prestó el vestido y los zapatos para el fin de semana en San Sebastián —añadió mientras comprobaba con los dedos que ningún mechón rebelde hubiera escapado del recogido.

—Estás muy atractiva te pongas lo que te pongas. Especialmente cuando no te pones nada.

Oteiza agradeció comprobar que su pícara sonrisa había regresado. Había sido una tarde muy dura, y volver a verle sonreír le hizo sentir un agradable calor en el pecho.

—Bueno, ¿cuál prefieres? —preguntó Édouard retirándose de la mesa, dejándole ver varias máscaras venecianas expuestas sobre ella.

—¿Y esto?

—Llevar máscara es obligatorio en todas las fiestas de L'Ambivalence, ¿no te lo había dicho?

Aquello era un inconveniente que Oteiza no había previsto. Iba a ser imposible reconocer los rostros de los asistentes. Sin embargo, bajo aquellas máscaras ellos también pasarían totalmente desapercibidos entre todos los invitados.

—Creo que ésta te quedaría muy bien, a juego con el vestido —añadió Édouard cogiendo un refinado antifaz blanco con pedrería incrustada, que sólo cubría la mitad superior del rostro, dejando al descubierto la boca.

Oteiza se lo colocó sobre la cara, y Édouard la ayudó a anudar la elegante lazada de satén, que una vez atado se descolgaba por su nuca y espalda. La inspectora miró hacia los lados y comprobó que los orificios encajaban bien con la anchura de sus ojos. No quería tener problemas para ver con él puesto. Se giró para mirar a DeauVille, que nuevamente había quedado hipnotizado con el escote trasero del vestido. Él levantó la vista lentamente, recorriéndola, deleitándose.

—Perfecta —acabó por añadir, mientras en sus labios se dibujaba otra muestra más de su traviesa sonrisa. Parpadeó dos veces, como saliendo de un encantamiento; se acercó a la mesa y se metió en el bolsillo de la chaqueta otro antifaz de medio rostro.

—He devuelto el coche de alquiler, así que cogeremos uno del almacén —añadió mientras comenzaba a caminar hacia la puerta.

Oteiza se retiró el antifaz y siguió sus pasos.

—¿Del almacén? —preguntó al salir al jardín.

—Sí. Como habrás podido observar, los Château del siglo XIX no tienen garaje. Así que los guardamos en una zona del almacén de la bodega.

Pasaron entre los tractores y las cintas transportadoras, que ahora, en la quietud de la noche, parecían maquinarias sombrías y amenazadoras. Édouard abrió una pequeña puerta situada en uno de los laterales del almacén, atravesó la oscuridad y accionó los interruptores de la luz. Cuando Oteiza cruzó el umbral, se quedó impresionada. Entre viejos barriles de madera, descansaban, impolutos, brillando bajo la luz de las lámparas fluorescentes, tres espectaculares máquinas. Caminó despacio, acercándose al primero, mientras el sonido de sus tacones sobre el cemento resonaban por el frío almacén. No le hizo falta fijarse en el logotipo del *Cavallino Rampante* para darse cuenta de que aquel espectacular vehículo rojo era un Ferrari.

—Es un 599 GTB Fiorano, del 2007. Con un motor V12 de 620 caballos —añadió Édouard al verla observándolo. Oteiza sólo pudo asentir mientras se inclinaba para observar el elegante interior en tonos claros.

Continuó caminando, acercándose lentamente a la siguiente joya. Reconoció el modelo; era un elegante Jaguar e-Type, un precioso clásico roadster en color verde oscuro.

—Lo compré ya restaurado —comentó Édouard—. Es de 1966. Motor de 4200 centímetros cúbicos. Me encantaría que algún día lo probases; es perfecto para quitarle la capota en un día soleado y recorrer las carreteras de la costa.

Oteiza volvió a asentir y dibujó en su rostro algo parecido a una tímida sonrisa.

—Pero para esta noche creo que este será más indicado —añadió el francés señalando al tercer vehículo.

—Con esto no vamos a pasar muy desapercibidos, ¿no crees? ¿Un DB9? ¿Quién eres? ¿James Bond?—. La inspectora se detuvo frente al imponente morro del Aston Martin negro.

—A donde vamos, éste será uno de los modelos más discretos, créeme —contestó Édouard abriendo la puerta del copiloto—. Y si te hace ilusión, sí; puedes llamarme James —añadió sonriendo.

Oteiza respondió con otra sonrisa y se deslizó en el interior. Todavía olía a cuero nuevo. El interior era deslumbrante, y el asiento

la envolvió con un cálido abrazo.

Édouard apagó las luces del almacén y se sentó tras el volante. Accionó un mando a distancia y la gran puerta comenzó a deslizarse lateralmente. Cuando pulsó el botón de arranque en el panel central, el motor lanzó un grave rugido.

—Es también un V12 de 6 litros. 480 caballos de pura tracción trasera.

—Bastante impresionante —contestó Oteiza mientras acercaba la mano al volante. Deslizó los dedos sobre el suave ante negro; el motor ronroneaba al ralentí, y como DeauVille permanecía inmóvil, la inspectora giró el rostro para mirarle. El francés estaba absorto observando el lento movimiento de sus dedos sobre el volante.

—Si sigues acariciándolo así creo que voy a empezar a excitarme —apuntó él.

—¿Más? ¿No lo estás ya, al mando de tu imponente alegoría fálica de 480 caballos? —preguntó Oteiza riéndose—. Y tienes suerte de que hoy vaya montada sobre estos andamios; sino sería yo quién lo llevase, James.

Édouard sonrió. La noche empezaba bien, muy bien. Encendió los faros, metió primera y aceleró. El DB9 bramó como un demonio mientras enfilaban la Route des Châteaux.

39

Cuando Édouard le habló de *Club sofisticado y privado*, Oteiza se imaginó L'Ambivalence como alguna lujosa discoteca del centro de Burdeos. Sin embargo, el DB9 zigzagueaba entre los edificios industriales cercanos al puerto; calles sombrías y desiertas en estas horas nocturnas.

—¿Seguro que es por aquí? —preguntó extrañada.

—Enseguida lo sabremos —contestó Édouard deteniendo el Aston Martin frente a la barrera de entrada de un semiabandonado y enorme almacén—. Dame la tarjeta.

Oteiza se la entregó. Édouard bajó la ventanilla y la colocó frente a un lector situado a la izquierda del vehículo. Se escuchó un bajo pitido y la barrera comenzó a elevarse.

—Parece que sigue estando en el mismo lugar —añadió DeauVille con una sonrisa.

Condujo el coche por una pequeña calle dentro del solitario perímetro del almacén, y comenzó a descender por una rampa que sumergió al ronroneante DB9 en un parking subterráneo. Édouard tenía razón. Comparados con el resto de vehículos que estaban allí aparcados, el Aston Martin era realmente discreto. Varios Lamborghini, Ferrari y lujosas berlinas BMW y Mercedes se alineaban a lo largo de todo el sótano.

Mientras caminaban hacia la zona de ascensores, Oteiza se fijó en las matrículas de aquellos vehículos. La mayoría eran francesas, del distrito de Burdeos; algunas de París, y otras mostraban placas de matriculación alemanas.

Al llegar al fondo del aparcamiento, Édouard deslizó la tarjeta por otro lector magnético. La puerta se abrió con un siseo hidráulico, dejando a la vista el interior de un corroído montacargas industrial.

—¿Cuántas veces dices que has venido aquí antes? —Oteiza se colocó el antifaz en el rostro.

—Una sola vez. Hará un par de años —contestó Édouard ayudándola a atarse la lazada.

—¿Viniste solo?

—No, vine con la persona que me había invitado.

El montacargas comenzó su ascenso con lentitud, sustituyendo la puerta por un desvencijado muro de ladrillos.

—¿Una mujer?

—Sí.

—¿Una cita?

—No exactamente.

Édouard sacó su antifaz del bolsillo de la chaqueta. Se lo puso justo antes de que Oteiza se girase para mirarle.

—¿No quieres saber más detalles? —preguntó ante el silencio de la inspectora.

Ella se quedó observándole. El antifaz era cuanto menos, enigmático. Oscuro como la noche, dejaba al descubierto la boca, y la abultada forma de las cejas componía un gesto casi amenazador. Unido al brillo de sus ojos y la media sonrisa con la que había lanzado la última pregunta, le daba un aspecto lascivo, pérfido, casi demoniaco.

—Mejor no pregunto —contestó ella—. Por ahora —concluyó volviendo a mirar al muro de ladrillos que seguía mostrando su superficie repleta de grietas y desconchones a medida que ascendían.

—Ya no hay más secretos, inspectora. Puede someterme a un interrogatorio de tercer grado siempre que lo desee —pronunció Édouard con un susurro, acompañando las palabras con el lento

descender de los dedos por la piel desnuda de su espalda—. ¿Sabes que deseaba hacer esto desde la primera vez que te vi con este vestido?

Sintió el aliento de su voz junto a su oído, y los dedos volvieron a descender suavemente por su columna, provocándole un nuevo escalofrío eléctrico en cada centímetro del recorrido.

No le dio tiempo a responder. El muro de ladrillos terminó en otra puerta metálica, y el montacargas se detuvo bruscamente. Cuando la oxidada superficie se elevó, apareció ante ellos un oscuro y largo pasillo. A medida que lo recorrían, el sonido de sus tacones sobre el suelo de cemento fue quedando oculto por el ritmo grave de la música tecno que provenía de la puerta en que finalizaba el sombrío pasadizo.

Oteiza miró a DeauVille y éste asintió con la cabeza antes de empujar el pesado portón. Les recibió el ambiente misterioso de un local de decoración Boudoir; largos *chaises longues* de cuero negro alrededor de mesas con lámparas barrocas, de luz tenue que proyectaban juegos de luces y sombras sobre las máscaras que cubrían los rostros de los pequeños grupos y parejas que llenaban la estancia. La música era industrial, rítmica, magnética.

Una espectacular chica Pin-up salió a su encuentro, y con un gesto les indicó que la siguiesen; les acompañó hasta una de las mesas, rodeada por un suntuoso sofá victoriano semicircular en el que se sentaron. Instantes después la Pin-up regresó con una botella de Champagne y dos copas.

—Un detalle de bienvenida. Disfruten de la noche.

Oteiza observó los diferentes niveles de la sala. El DJ estaba situado sobre una elevada plataforma metálica, en la que sugerentes bailarinas se movían al ritmo de la música, cercanas a un estado de trance hipnótico. Un numeroso grupo de invitados se concentraba en la pista de baile, situada también en un nivel superior a la zona de sofás.

Así que estas son vuestras sofisticadas y privadas fiestas.

—Bienvenue à la Nuit de L'Ambivalence —pronunció DeauVille sirviendo el Pommery en las copas. —Veo que todo sigue

exactamente igual a cómo lo recordaba —añadió mientras otra imponente camarera cruzaba por delante de ellos.

—Sí, ya veo qué recuerdas exactamente —apuntó Oteiza con ironía al observar como Édouard la *escaneaba adecuadamente*.

—Venga Anne. Tienes que reconocerlo. El casting de personal de estos eventos es muy concienzudo. Te lo dice alguien que ha visitado muchos clubes en esta ciudad.

—Olvidaba tu sofisticada y agitada vida de playboy millonario —añadió ella con más dosis de sarcasmo.

Una nueva Pin-Up con tatuajes recorriendo sus brazos pasó por delante antes de detenerse en la mesa contigua. Ambos la miraron, pero ella sólo pareció fijarse en Oteiza, sonriéndole de una manera que no pasó inadvertida para DeauVille.

—Pues no parece que sea el playboy el que esté triunfando esta noche —exclamó sonriendo. Oteiza seguía mirando a la chica, que se había sentado y charlaba con los invitados de la mesa contigua.

—Bueno, puede que tengas razón DeauVille. Son muy atractivas.

Levantó la ceja ante el gesto de sorpresa del francés.

Nada como dejar caer algo sugerente para que te mueras de curiosidad por saber más.

—Hmmm. Esta nueva faceta suya no me la esperaba inspectora. Muy interesante—. Se inclinó hacia ella para susurrarle al oído otro *muy interesante* antes de besarle en el cuello y quedarse allí disfrutando de su piel.

Las copas de Champagne sumadas a la proximidad de un cada vez más juguetón DeauVille empezaban a aturdir los sentidos de Oteiza. Algo imposible de definir se respiraba en el ambiente. Todo estaba perfectamente estudiado para envolver a los invitados en un trance cargado de sensualidad. Impreso en el aire corría una excitación que entraba por los pulmones y se expandía por todo el cuerpo, viajando y calentando la sangre que se acumulaba en cada punto en que Édouard la besaba. Porque no había parado, seguía besándola; en el límite de su rostro con el cuello, en el lóbulo de su oreja, en el nacimiento del pelo. Un creciente hormigueo la recorría

entera, que sumado a la música, le estaba provocando un estado cuasi hipnótico.

Oteiza, estate atenta.

Bebió de la copa de Champagne, en un intento de refrescar la creciente temperatura que había invadido su cuerpo. Objetivo que no consiguió, porque él comenzó a besarla en la mejilla, deslizándose lentamente hasta la comisura de sus labios, hasta que ella no pudo reprimir girar el rostro y dejarse caer en un lento, húmedo y sensual beso. Segundos después se separó levemente de él, en un vano intento de recuperar el control.

—DeauVille. Para. Céntrate.

—Más centrado no puedo estar, Anne —una pérfida sonrisa se dibujó en su rostro, y empezó a deslizar lenta y deliciosamente los dedos por la espalda desnuda de la inspectora.

—DeauVille —su tono de voz se acercó a la súplica—. Para.

El francés hizo caso omiso a sus palabras. La inspectora suspiró.

Eres incorregible. Deliciosamente incorregible.

—Voy un momento al baño. Ahora vuelvo. —Se levantó y caminó hacia el fondo del local, donde un pequeño letrero con la palabra *Toilettes* señalaba hacia un pasillo contiguo.

Se quedó mirando su propia imagen en el espejo del baño. El antifaz blanco, las mejillas sonrojadas, la respiración aún algo agitada. Escuchó unas voces provenir del pasillo, y abrió un poco la puerta para ver qué ocurría. A pocos metros de distancia, la Pin-Up que la había mirado desde la mesa contigua estaba apoyada en la pared, hablando con otra mujer enfundada en un vestido vintage y un antifaz de plumas. Esta última estaba fumando, inspirando y expirando el humo lentamente. Entre calada y calada, acercaba el cigarrillo a los labios de la Pin-Up, que seguía con sus manos ocultas tras su espalda; lo mantenía allí mientras ella aspiraba y el borde del cigarrillo se encendía como una brasa ardiente.

Al terminar el cigarro, la cliente se acercó a la chica y la besó en los labios. Mientras se besaban, la Pin-Up abrió los ojos y sorprendió

a Oteiza observando por la ranura de la puerta. La inspectora no se movió un ápice, continuó mirando, hipnóticamente quieta, expectante, con una nueva y excitante sensación recorriendo su cuerpo. Al separarse del beso, la joven tatuada se giró lo justo para mostrar sus manos. Estaban juntas en su espalda, atrapadas por unas esposas metálicas. Oteiza supo que lo había hecho a propósito; quería dejarle ver sus ataduras. Comenzaron a caminar hacia el fondo del pasillo, no sin antes sonreír y dedicarle una nueva mirada aún más ardiente y provocadora. Desaparecieron tras otras gruesas cortinas.

¿Qué demonios pasa en este lugar?

Oteiza cerró la puerta, soltó el aliento que llevaba segundos reteniendo, y se refrescó en el lavabo antes de salir del baño y volver a la mesa donde la esperaba un DeauVille de ojos brillantes bajo la maligna máscara, oscuro y seductor.

—¿Qué son las habitaciones con las gruesas cortinas? —preguntó ella mirando hacia el pasillo.

—Es la zona de reservados.

—¿Reservados?

—Sí, salas aún más privadas, para pequeños grupos.

—Deberíamos echar un vistazo. Seguramente Diderot tenía previsto reunirse aquí con alguien. Vamos —concluyó poniéndose en pie.

40

Vale. Ahora sí que entiendes el significado de *sofisticada fiesta privada*. Tus ojos han tardado unos segundos en adaptarse a la penumbra, pero pronto has empezado a distinguir lo que ocurre alrededor tuyo. *Fiestas de Baco* son las siguientes palabras que han venido a tu mente. La atmósfera es pesada, huele a perfume, a incienso, a vino, pero sobre todo y ante todo, huele a sexo.

Oyes respiraciones agitadas, oyes gemidos sordos, oyes jadeos, igual de rítmicos que la tamizada música que llega desde el exterior. Una única luz cae del techo: ilumina el brillante lacado negro del piano de cola que descansa en el centro de la circular estancia.

Édouard te agarra de la mano y tira de ti, y te guía hasta la protectora oscuridad de las paredes que circundan la sala, desde donde observas perpleja; porque aunque una escena como ésta hayas podido leerla, o imaginarla, tenerla frente a ti no deja de sorprenderte.

Hay varias parejas de pie, sumergidas en un frenesí de besos húmedos y de manos que se internan bajo las profundidades de la ropa. Hay una chica tumbada en una enorme mesa de madera,

regada por el vino que cae sobre su desnudo cuerpo, ausente y entregada a dos hombres que se la están comiendo viva. Hay pequeños grupos, un catálogo de placer carnal donde todo vale, donde no hay hombre y mujer, donde no hay distinciones, donde solo hay sexo, todos fundidos en un mismo ritmo, follando como máquinas en perfecta sintonía. Ocultos en la penumbra en la que vosotros también os escondéis, distingues a varios hombres y mujeres, solitarios voyeurs que observan el espectáculo sin perder detalle. Tú también te sientes voyeur, y no te importa. De hecho, te gusta.

Hace calor; hace mucho calor. Húmedo y pegajoso. Esto no es el cielo; esto no es el infierno. Es sólo sexo. Sin límites, lleno de saliva y fluidos, sublime, exquisito, tremendamente sucio y apetecible.

Sobre la tapa cerrada del piano de cola se acumula un ejército de botellas. Y frente a las teclas, hay un hombre con el rostro inclinado, tenso, concentrado, como si estuviera a punto de comenzar a tocar una infernal partitura. Seguís caminando lentamente, y observas a una chica arrodillada entre sus piernas. El rítmico movimiento de su cabeza no deja lugar a dudas. Y cuando este vaivén irrefrenable se incrementa, y llega el momento del éxtasis, el hombre levanta bruscamente el rostro.

Y entonces te detienes, y tiras de la mano de Édouard. Él te mira, tú no puedes dejar de mirar hacia el piano de cola. Has reconocido aquel rostro: es Michael Schneider, el actor alemán. Es el único que va a rostro descubierto, porque, piensas, es su propio rostro la sempiterna máscara con la que se presenta ante el mundo entero. Se pone en pie, y mientras sube la cremallera de su pantalón, se acerca a las botellas. Comienza a descorchar una de ellas, y cuando te fijas en la etiqueta, el corazón te da un vuelco. No hay dudas. Château DeauVille 1936.

Miras a Édouard, que también lo ha visto, y también la ha reconocido. Ha soltado tu mano. Aprieta los puños con fuerza, y hace el amago de dar un paso adelante. Le detienes agarrándole del brazo. Notas la extrema tensión de sus músculos. Tiras rápido de él, y le empujas hacia una de las paredes. Pones las manos en su pecho. Su respiración está desbocada. Pronuncias un *Mírame* firme, pero él no te hace caso. Sigue con la vista fija en el piano, en la botella. Le agarras de las solapas de la chaqueta. Y a tu nuevo *Mírame* le añades un *Édouard*. Eso sí que capta su atención, y te clava sus ojos tensos, rabiosos. *Tranquilo*, le repites. *Tranquilo*. Pegas tu cuerpo al suyo. Hundes el rostro en su cuello. *¿Ves esos tipos de las esquinas con bultos bajo la chaqueta?* Mira a su alrededor. Asiente con la cabeza. *¿Reconoces otras botellas aparte de las de tu abuela?* preguntas con un susurro junto a su oído. Él vuelve a asentir. *Son todas del Nido del Águila,* responde. *Muchas de las desaparecidas.* El actor alemán se aleja del piano; ejerce el papel de anfitrión; camina orgulloso, se detiene ante las cópulas, las observa, les sirve vino a sus integrantes.

Cada copa servida tensa aún más el cuerpo de Édouard. Tiene el corazón a mil por hora. Cuelas las manos debajo de su chaqueta. Le abrazas. Repites nuevos *tranquilo* hundida en su cuello. Intentas calmarle. Vistos desde el exterior, sois una pareja más perdida en la excitación. Te giras y apoyas la espalda sobre Édouard. Te interpones entre él y todo lo que ocurre frente a vosotros; no sólo para detenerle. Quieres protegerle.

Schneider vuelve sobre sus pasos; la primera botella ya está vacía. Y antes de dejarla sobre la tapa del piano, le ves observarla. La coloca bajo la luz directa, y mira su interior a través del cristal. Y ves nacer en su rostro una desencajada y malvada sonrisa.

¿Qué demonios ha visto?

Descorcha la segunda botella, y comienza un nuevo paseo con ella en la mano. Se acerca a la joven tumbada, y vierte sobre ella el vino, que se desliza por su piel desnuda, y nuevas bocas acuden ávidas ante el néctar derramado.

Édouard expulsa el aire, y emite al hacerlo un gemido ronco, un rugido sordo, un bajo bramido de rabia. Te das la vuelta inmediatamente, colocas los dedos en su rostro y le fuerzas a mirarte de nuevo a los ojos. Quieres que se centre en ti. Y susurras sobre sus labios. *Tranquilo. Tranquilo. No te muevas. No hagas nada. Ahora vuelvo*.

Comienzas a caminar hacia el piano. Despacio. Lo rodeas. Llegas a las botellas. Te inclinas y apoyas los codos sobre la tapa. Sutil. Distraída. Observas disimuladamente el interior de la primera botella de Château DeauVille. Hay algo escrito en el interior de la etiqueta. Hay una larga serie de números. Sientes un escalofrío. Es eso lo que buscan. Es un código de la Resistencia. Ahora ya está claro. Maldices que sea demasiado largo como para memorizarlo. Observas el resto de las botellas vacías. Ninguna otra lleva nada escrito.

Levantas el rostro, miras al frente, buscas a Édouard en la oscuridad. Pero en cuanto te incorporas, notas a alguien detrás de ti. Notas el calor de otro cuerpo pegado al tuyo. Giras levemente la cabeza, justo en el momento en el que oyes un *¿Le apetece probarlo?* pronunciado en francés con un fuerte acento alemán. Asientes, y Schneider te acerca una copa, y vierte el vino en ella. Das un sorbo. Es soberbio. Ves la botella en su mano, casi vacía. Exclama un *exquisito*, que más parece una pregunta que una afirmación, y en cuanto vuelves a asentir, te empuja contra el piano, y notas su erección presionando en tus glúteos. Te acercas la copa a los labios y la acabas de un trago. Si vuelve a servirte, acabará la botella, la dejará sobre el piano, y podrás comprobar si también lleva algo escrito bajo la etiqueta.

Levantas la copa vacía y vuelve a llenarla. Y a la vez que la asciendes para llevarla a tus labios, él desliza su mano libre por encima de tu vestido. Se encamina decidido hacia tus senos; rodea uno de ellos, lo envuelve, y aprieta, firme, pellizcando el pezón con los dedos a través de la suave seda. Miras hacia Édouard, que

bruscamente ha dado un paso al frente, hasta donde la luz ilumina su rostro, y observas su agresiva mirada, enmarcada por el feroz antifaz que lo transforma en una encarnación demoniaca. Tú ahora no lo sabes, pero la rabia le recorre entero. Es su vino, es tu cuerpo. Y este cabrón los está tomando como si fueran suyos.

Sigues mirándole, y niegas sutilmente con la cabeza. *No hagas nada*, repites en tu interior. *Quédate quieto*. Vuelves a vaciar la copa de un solo trago. Oyes un húmedo *Me excitan las mujeres que saben apreciar el vino* junto a tu oído, y te repugna, y percibes el calor y el olor de su aliento, y vuelve a repugnarte. Deja la botella sobre el piano. Casi puedes ver su interior. Si te inclinas, sólo un poco más, podrías verlo, así que lo haces, aún sabiendo que dicho gesto va a provocar algo irremediable. Y así ocurre. Notas cómo sus manos se apoyan en tus caderas, y los dedos comienzan a plegar la tela de tu vestido. Lo asciende, lo eleva, hasta dejar al descubierto tus glúteos. Los rodea con las manos, los manosea, los separa y vuelve a juntarlos, y vuelve a empujarte con su pelvis, y tú aún te inclinas más, y lo sientes, y otra oleada de repulsión te recorre, pero entonces lo ves, lo compruebas. Hay más números escritos en el interior de la otra botella. Miras a Édouard, que ha dado otro paso más y permanece detrás de uno de los sofás, más feroz aún, más amenazador aún, apretando el respaldo con las manos, con los nudillos blancos por la tremenda presión con la que intenta contenerse; porque está intentando seguir tus órdenes, está haciendo lo que tú le has dicho, aunque todo su interior se esté consumiendo de furia y odio.

Cuando sus dedos comienzan a pasearse por el borde de tu ropa interior, apoyas las manos en el piano; te preparas para empujarle y separarte. Coges aire; esto no puede ir más allá. Pero, aunque lo que más desearías en este momento sería girarte y partirle la boca, has de ser sutil. No puedes ponerte en peligro, no puedes poner en peligro a Édouard. Te incorporas, y él aprovecha para morderte en el hombro. Aunque apenas puedes moverte, comienzas a girarte. Y ves una chica que se acerca a vosotros.

Camina sensualmente, con el torso desnudo, moviendo sinuosamente las caderas. Ella es la mujer del antifaz de plumas que minutos antes has observado en el pasillo, besando a la pin-up. Ella le susurra algo al oído, y se da la vuelta alejándose. Mientras lo hace te fijas en el tatuaje que cubre su espalda; una amenazadora águila cuyas enormes alas se extienden por sus omóplatos.

Schneider pronuncia un *No te muevas* y de nuevo vuelve a morderte el hombro. Y se separa, y coge las dos botellas, y desaparece por otra cortina, siguiendo los pasos de la mujer águila.

Sueltas el aire que has estado reteniendo, y te acercas a la cortina, donde Édouard se reúne contigo, te agarra de la mano y tira de ti. Y salís al pasillo, y sigue tirando de ti, con brusquedad; apenas puedes seguir sus pasos, y en vez de volver a la pista de baile, en vez de buscar la salida, se interna aún más en el oscuro pasillo. No entiendes qué hace, a dónde va; sólo percibes su tensión, su enfado, en el modo en que se mueve, en el modo en que aprieta tu mano. Quieres contarle la importante pista que has descubierto; te mueres de ganas por decirle que ahora ya sabes lo que buscan en las botellas.

El pasillo finaliza en una nueva serie de puertas, esta vez metálicas y robustas, con números pintados en rojo. Abre una de ellas, echa un vistazo rápido a la estancia y vuelve a tirar de ti. Te atrae hacia sus brazos pero en cuanto cierra la puerta te da la vuelta con brusquedad. El gesto te pilla por sorpresa; casi te hace perder el equilibrio y subes las manos para apoyarte en la puerta. Con un rápido movimiento coloca sus manos sobre las tuyas, inmovilizándote, y notas el calor de su cuerpo pegado a tu espalda.

Oyes su acelerada respiración. Te besa el nacimiento del pelo, te muerde detrás de la oreja, te recorre con su lengua y la excitación comienza a arder en lo más profundo de tu vientre, tan líquida, tan provocativa.

Tengo que borrar cada una de sus huellas de tu cuerpo.
Escuchas las palabras, palabras que al instante tensan los músculos de tu parte más oscura y profunda.

Sus manos se separan de las tuyas y sientes las yemas de los dedos colarse por el escote trasero de tu vestido. Acarician la piel de tus costados y sueltan descargas eléctricas que acompañan su rápido movimiento hacia tus pechos. Sus manos los rodean, los aprietan, y al hacerlo ahoga un sugerente gemido contra tu nuca. Con los pulgares rodea los pezones y tira de ellos. Cierras los ojos y echas la cabeza atrás hasta apoyarla en él, y sientes calor y frío al mismo tiempo, y una dulce sensación te desciende hasta la ingle.

Quieres decírselo.
Las botellas. Édouard. Lo he descubierto. Tenemos que irnos.
Pero no te apetece. Sólo quieres seguir.

Además ya no puedes detenerle. Porque ha pronunciado otro *Tengo que borrarle de tu cuerpo* tan seguro de sí mismo, tan dominador, que ya has empezado a perder la cabeza totalmente.

Sus manos salen del vestido y se posan en tus caderas, y con los dedos pliega y sube la tela; acaricia tus glúteos, los aprieta. Sus dedos se cuelan por el encaje y se deslizan alrededor de tu sexo. Vuelve a ahogar otro gemido en tu nuca cuando te introduce dos dedos, y empieza a moverlos, trazando un amplio círculo en tu interior, expandiéndote.

Los dedos de su mano derecha se infiltran por delante, buscando el clítoris, y al primer contacto eres tú la que gimes. Demasiado alto. Empiezas a jadear sin control. Tus piernas se ponen rígidas. Tu cuerpo se arquea, él te sujeta, empuja con su cadera y notas su tremenda y durísima erección contra tu culo. Y eso te excita aún más. Porque esta vez, es él, es su erección. Y gimes de nuevo ante el ya rápido e implacable movimiento de sus dedos que hacen que el fuego te recorra el cuerpo.

Tengo que borrarle. Lo vuelve a decir, y te gira y te empuja contra la puerta. Notas el frío del metal en tu espalda, y en cuanto te apoyas ves sus ojos enmarcados por el antifaz; sus azules ojos, brillantes, lascivos, hipnóticos. Y te besa, y te obliga a abrir la boca con la lengua, agresivamente y sin contemplación alguna. Tus manos agarran su pelo y tiran de él, y le devuelves el beso con la misma agresividad. Estás fuera de control.

Dejas de respirar, porque ha empezado a subir el vestido, y esta vez no se detiene en las caderas, sigue plegándolo, hasta que llega a la cabeza, y con un último giro de la tela lo deja allí tapando tus ojos. Tu boca queda al descubierto, pero no ves nada.

Vuelves a sentir su aliento a escasos milímetros de tu boca. Te muerdes el labio y oyes el gemido que este gesto le provoca. Te besa violentamente. No tardas en perderte en su beso. Te explora con su lengua. Empiezas a marearte. Clava sus dientes en tu labio y tira de él. Sientes dolor, un dolor terriblemente erótico. De tu boca pasa a tu mandíbula, a tu cuello, y empieza un lento y torturador descenso regado de besos duros, salvajes. Muerde tus pechos, muerde tus pezones, muerde tu vientre. Pasas la lengua por el labio y notas el sabor ácido de la sangre. *Demonios*.

Desliza los dedos bajo las bragas, las agarra, tira de ellas, desgarra el tejido y te las arranca de un tirón. Te recorre la sangre una mezcla de adrenalina y lujuria.

Y una fascinante convulsión te sacude al primer contacto de su lengua. Empieza a rodearte el clítoris muy despacio, agarrándote los glúteos con las manos. Sólo sientes su viperina caricia. Nada más es real. Nada más importa. Sigue torturándote con la lengua una y otra vez. Clava sus uñas en tu piel. Vuelve a subir a tu boca. Te besa y sientes el sabor salado de tus fluidos. Empiezas a pensar que todo esto no es real. No puede serlo. Pero qué más da. Ahora mismo

nada existe. No existe nada más que esta habitación. No existe nada más que este momento.

Escuchas el sonido de la hebilla de su cinturón al soltarse. Escuchas el sonido de la cremallera al bajarse. Te coge por las piernas, las levanta y sujeta todo tu peso con sus brazos. Su respiración es como la tuya, profunda, muy entrecortada. Sientes la tensión de todo su cuerpo a través de los músculos de sus brazos. Coloca la punta de su miembro en la entrada de tu sexo y se detiene. Solo un breve instante, antes de que su garganta emita un sonido sobrenatural y te penetre, hasta el fondo; la boca se te desencaja cuando te dilata llenándote; es delicioso, es exquisito, es devastador, es abrumador. Se queda dentro unos segundos, empujando, pero retrocede y vuelve a detenerse.

Te besa salvajemente, y mientras lo hace, vuelve a introducirla hasta el fondo de tus entrañas. Una corriente eléctrica que nace en tu vientre se propaga hasta el último rincón de tu cuerpo. Te asfixias, y es el aliento de su boca lo que respiras mientras mantenéis una batalla con vuestras lenguas. Se acaban las esperas. Ahora se mueve rápido, se separa de tu boca para respirar aceleradamente junto a tu oído, y tú respondes fundiéndote alrededor de su miembro. Embiste furioso, salvaje, primario.

Tengo que borrarle. Sus palabras son tu perdición, tu cuerpo empieza a gritarte que lo alivies, y ya no puedes negarte. El orgasmo llega y se apodera de ti. Es incontenible. Te retuerces por dentro una vez, y otra, y otra. Y otra más. Estallas en mil pedazos. Pierdes la cabeza, el mundo se desmorona.

Disparas su propio clímax al contraerte a su alrededor. Gime y cae presa de un delicioso, largo, violento y agotador orgasmo. Se convulsiona y te empuja con todo su peso contra la puerta. Os quedáis quietos. Vuestras respiraciones se van calmando. Baja tus piernas poco a poco y apenas puedes sostenerte sobre los altos tacones. Sientes todo el cuerpo agradablemente dolorido. Le

abrazas, le aprietas contra tu cuerpo, deslizas los dedos por su cabello. El vestido cae de tu rostro y las dilatadas pupilas, perezosas, tardan en dejarte enfocar su imagen. Te mira serio, y te lanza sin hablar la pregunta que no tardas en contestar.

No queda rastro de él.

41

A pesar de los elevados tacones, decidió pasar del lento ascensor y subió por las escaleras. La comisaría estaba vacía a esas horas, y no se cruzó con nadie en el camino hasta el Departamento de Bienes Culturales. Édouard había sugerido acompañarla, pero ella prefirió que se quedase esperándola en el coche. Tal y como estaban las cosas respecto a su implicación con Diderot, lo mejor era evitarle cualquier encuentro con Bertrand. Cuando abrió la puerta, vio la espalda del inspector, que en la soledad de la sala miraba atentamente la pizarra de la investigación.

—Espero que tengas algo muy interesante cómo para levantarme de la... —dejó de hablar en cuanto se giró y la vio.

—Madre de Dios, Anne. ¡Estás guapísima!

Oteiza hizo caso omiso a sus palabras y a su desencajado rostro de sorpresa, y se acercó con pasos firmes a la pizarra.

—Las etiquetas tienen un código numérico escrito en su interior. Y sólo puede leerse cuando están vacías. Por eso no lo descubrimos cuando estudiamos las de Monsieur Chavenon —exclamó señalando las fotos de las botellas que colgaban de la pizarra.

—¿Y cómo has descubierto eso?

—En la fiesta de L'Ambivalence. Menuda la que tenían allí montada. ¿Sabes quién era el anfitrión? Michael Schneider, el actor

alemán que vimos en el Festival de Cine de San Sebastián junto con Diderot. Estaban bebiéndose las botellas robadas, los Borgoña, los Burdeos, los Champagne, y sólo algunas tenían dentro los códigos. En concreto, las Château DeauVille.

—¿Has estado en L'Ambivalence? ¿Y estaban las botellas robadas? *Merde* Anne. Tenías que haberme avisado y hubiésemos ido juntos. ¿Con quién has ido? ¿Con él?

—Sí —contestó escuetamente Oteiza.

Bertrand suspiró.

—¿Y qué significan esos códigos que has visto?

—No lo sé, pero creo que sé cómo descubrirlo. La abuela de Édouard utilizaba un sistema de encriptación para todos los mensajes de la Resistencia. Quizás sea el mismo sistema para ocultar la información de esos códigos. Necesito llevarme las botellas.

—¿Ahora mismo?

—No hay tiempo que perder Bertrand. Al salir he apuntado todas las matrículas de los coches aparcados en el club. Investígalas. Y busca todo lo que puedas sobre Schneider. Si está alojado en algún hotel, si tiene alguna propiedad en Burdeos. Qué hace aquí, con quién se relaciona. Halla todo lo que puedas sobre él.

—De acuerdo, pero... ¿no te extraña que, a pesar de que impidieses el robo de ayer, de que capturásemos a Diderot, hayan hecho esa fiesta igual? Seguramente sabían que íbamos a encontrar esa tarjeta de acceso. Quizás estaban seguros de que ibas a aparecer por allí.

—¿Qué estás sugiriendo Bertrand?

—Sabían que era imposible que consiguiésemos una orden judicial para entrar en una propiedad privada sólo con sospechas. No daría tiempo ni aunque me hubieses avisado al ver las botellas robadas. Y sabiendo eso, te las han mostrado, abiertamente. ¿Para qué? Está claro, Oteiza. Para que descubrieses los códigos. ¿Y si ellos no saben aún cómo descifrarlos? ¿Y si es todo una trampa para utilizarte, para que seas tú quién les haga el trabajo de desencriptarlos?

Oteiza escuchaba en silencio, pero no dejaba de negar con la cabeza.

—¿Y qué me dices de DeauVille? Él sabía dónde estaba el club ¿no? Y cómo se accedía. Y te ha llevado hasta la boca del lobo.

Joder Bertrand. No puede ser él. No puede estar metido en todo esto. Le creí cuando me dijo que no habría más secretos. Confío en él. Joder Bertrand. Aún siento sus manos por mi cuerpo, aún noto la herida en el labio, aún le siento entre mis piernas.

—¿Por qué confías plenamente en él?

Ella no contestó. Bertrand cambió el gesto. Intuyó la respuesta en su silencio.

—Tú verás Oteiza —añadió en tono cortante—. Es tu vida privada; haz lo que quieras. Pero ésta es también mi investigación, y no puedo dejar que la pongas en peligro. No confío en él, y tú no deberías hacerlo tampoco.

—Ahora mismo voy a ir a la Sala de Pruebas. Y voy a llevarme las botellas, Bertrand. Voy a descifrar el código. Voy a descubrir qué es lo que buscan. Voy a encontrar las pruebas para detenerles. Quizás no confíes en DeauVille, pero vas a tener que confiar en mí.

—Muy bien. He informado al juez de Marsella encargado del robo perpetrado por Diderot. Y no sólo fue un robo. Fue asalto con agresión. Emitirá una orden de detención contra DeauVille que tendré que ejecutar en cuarenta y ocho horas. Y estaré encantado de presentarme en su lujoso Château, ponerle las esposas y traerle aquí, donde pueda tenerlo bien vigilado hasta el traslado a los juzgados de Marsella.

El desagradable tono de voz del inspector heló las venas de Oteiza. Aquél no era el Bertrand que conocía, era una nueva versión fría, áspera y amenazadora. Asintió, y sin decir una sola palabra más salió de la sala.

Cuarenta y ocho horas. Dale caña, Oteiza.

42

Salió como una exhalación del DB9 y esperó impaciente a que Édouard abriese la puerta del Château. Se quitó los zapatos nada más entrar, y caminó descalza hacia la cocina dando pequeños y acelerados pasos. Tras dejar la caja de madera sobre la encimera, deslizó la tapa y sacó con cuidado las botellas. Pulsó el botón de los tapones del sistema de vacío y escuchó el siseo del aire escapando del interior. Édouard llegó en el momento en que ella las inclinaba y dejaba caer el vino sobre el fregadero.

—¿Pero qué haces? —exclamó él levantando las manos.

Ella no le contestó, ni siquiera miró su desencajado rostro. No podía esperar ni un minuto más; tenía que comprobar si aquellas botellas también escondían códigos numéricos bajo las etiquetas.

—¡Estás loca! ¡Esto es un crimen! —gritó Édouard mientras observaba el remolino de rojo líquido filtrándose por el sumidero—. Anne, al menos podíamos haberlas vertido en un decantador...¡Este vino no se merecía acabar así!

Lo entendía, tenía razón, pero en este justo momento, a Oteiza le daba igual el vino. Sólo quería vaciarlas lo antes posible.

Una gran sonrisa apareció en su rostro cuando, una vez vacías de su contenido, observó a través del cristal el interior de las etiquetas. Allí estaban los números; algunos agrupados en grupos de

tres, otros en grupos de dos. Nada más salir de L'Ambivalence había puesto al corriente a Édouard sobre lo que ocultaban las botellas de su abuela, así que él no tuvo duda alguna en cuanto vio aparecer aquella sonrisa en su rostro: las de Monsieur Chavenon también formaban parte del mismo plan de la Resistencia. Pero, ¿cuál sería el significado de aquellos códigos? Y, ¿cómo podrían descifrarlos?

Oteiza se había pasado el camino de regreso dando vueltas sobre el sistema de encriptación. ¿Por qué la abuela de Édouard había guardado el libro de Alejandro Dumas en el cajón del baúl? ¿Qué significaba aquella edición de *Los Tres Mosqueteros*? Por mucho que lo había revisado, no tenía nada entre sus páginas y no mostraba ninguna anotación. Y entonces recordó lo que tantas veces había leído en los libros de criptología. El sistema de cifrado por Libro. Una variante del cifrado de Poema que tan ampliamente había sido utilizado por los aliados en la Segunda Guerra Mundial. Tenía que ser eso. Salió disparada hacia la biblioteca. Empujó la puerta, encendió las luces y se sentó en la mesa frente a *Los Tres Mosqueteros*.

Menos mal que no se lo llevaron. No tenían ni idea de que podría ser la clave.

—DeauVille —El francés se acercó y se sentó frente a ella—. ¿Puedes ir leyéndome esta secuencia de números? —añadió entregándole una de las botellas—. ¿Cuál es el primer grupo?

—530 —respondió Édouard.

La inspectora abrió el libro y pasó las páginas hasta llegar a la 530.

—¿Cuáles son los siguientes?

—20.

Buscó la vigésima línea.

—05.

La quinta palabra de la línea era *Oscuros*. Oteiza sonrió.

—Estoy casi segura que éste es el sistema. ¡Tiene que serlo!

Édouard la miró, perplejo, sin saber a qué se refería.

—Este libro, que tu abuela guardó durante tantos años, es la clave para encriptar y descifrar los mensajes. El código te indica el

número de página, el número de línea y el número de la palabra. Y sólo puede descifrarse si tienes el mismo libro, *Les Trois Mousquetaires*, y la misma exacta edición de Calmann-Lévy de 1909. Es sencillo, y muy útil. ¡Sigue leyendo los números!

—El siguiente grupo es 74.

Pasó rápidamente las hojas del libro hasta encontrar la que mostraba ese número en su esquina superior.

—49.

Deslizó el dedo por el suave papel llevando cuidadosamente la cuenta. Era la última línea de la página. Levantó la vista y miró a Édouard, esperando ansiosa la lectura del siguiente grupo de números.

—06.

Contó las palabras. La sexta era *Tiempos*.

¿Tiempos oscuros?

—Eso es todo en esta botella —apuntó Édouard cogiendo la segunda—. Primer grupo: 426.

Oteiza buscó la página.

—04... y 06.

La sexta palabra de la cuarta línea era *Jueces*.

¿Jueces? ¿Dónde he escuchado algo de Jueces?

Cerró los ojos. Apretó fuerte los párpados, como siempre hacía cuando intentaba forzar a su mente a escupir ese momento que aún resistía ser recordado.

Piensa, Oteiza, piensa. *Lo has oído, y hace muy poco.*

Sintió un escalofrío cuando el recuerdo apareció en escena, reproduciéndose nítidamente. Abrió los ojos y miró a Édouard.

—DeauVille, ¿te acuerdas de la conversación que oímos entre Schneider y Diderot en el Teatro Victoria Eugenia?

—¿Cuando estábamos *estrechamente* ocultos en aquel diminuto cuartucho? —preguntó con una sonrisa.

—Sí —respondió ella también sonriendo al recordar aquel *acercamiento*—. Dijeron *Cada vez estamos más cerca de los Jueces*. Creo que ya saben lo que buscan, pero no saben dónde o cómo encontrarlo. Y las botellas, todas juntas, contienen el mensaje que necesitan.

—249 —fue la rápida contestación de Édouard que ya estaba leyendo el siguiente grupo de números—. 30...y 01.

Oteiza encontró la siguiente palabra.

—Justos.

—Tiempos. Oscuros. Jueces. Justos. ¿Qué puede ser?

—No lo sé —contestó ella—. Sin más botellas para componer el mensaje completo, es imposible saberlo.

—¿Y cómo podemos adivinarlo?

—Te daría una respuesta simple, o una simple respuesta si la tuviera.

Oteiza apoyó la cabeza en las manos. Leía una y otra vez las cuatro palabras anotadas en el bloc de notas.

¿A qué se referiría Schneider con los Jueces?

¿Qué demonios buscan?

—¿Y cuál es el siguiente paso? —preguntó Édouard.

—De momento, esperar —contestó ella levantando el rostro—. No queda otra. Bertrand investigará las matrículas de los vehículos de L'Ambivalence. Buscará más sobre Schneider. Veremos si salta la liebre por algún lado. Necesitamos encontrar el resto de las botellas. Mientras, secreto de sumario, ¿entiendes?

—Entiendo. Nada de contárselo a nadie.

—Exacto.

—Entonces... no hay nada más que podamos hacer esta noche...

—¿Tienes alguna otra idea? ¿Alguna sugerencia?

Édouard contestó con una nueva versión de sus maliciosas sonrisas.

Ella rió al darse cuenta de lo que le estaba proponiendo.

—¿Aún tienes ganas de más acción?

—Por supuesto, Inspectora. Usted es adictiva.

Qué demonios. Cuarenta y ocho horas, Oteiza. Aprovéchalas.

Ella le mantuvo la mirada unos segundos, cerró el libro, cogió las botellas y comenzó a caminar hacia la habitación.

—Pero esta vez, dejaré la pistola bajo la almohada.

43

Abres los ojos. La luz del alba se cuela por los visillos de los ventanales. Oyes la calmada respiración de Édouard, tumbado a tu lado. Te deslizas lentamente escapando del cerco de su abrazo. Te quedas sentada en la cama, unos segundos, en tu ritual habitual del despertar, de vuelta al mundo real.

Te levantas, y sin hacer ruido, sales de la habitación. Subes al primer piso y coges de la maleta tu ropa y tus zapatillas de running. Un vaso de agua en la cocina, y sales al jardín. Y junto al muro de piedra estiras tus perezosos músculos, preparándolos para la carrera. Los cuádriceps se quejan de la intensa noche. La intensa noche en la que tú has tomado el mando. Sin planearlo, sin pensarlo, esta vez has sido tú quién ha llevado la iniciativa. Y él se ha dejado llevar. La antítesis a vuestro momento en L'Ambivalence. Te has sentido libre. Segura de ti misma. Porque nunca antes, en tus anteriores relaciones, habías llegado a este punto de confianza sexual mutua. De comunicación íntima donde ninguna palabra es necesaria, donde todo fluye; natural, sin premeditación. Sólo le has escuchado una frase, pronunciada junto a tu oído, cuando él ya pensaba que estabas dormida: *Va a ser muy duro separarme de ti.*

Inicias el trote, a ritmo lento, para calentar poco a poco tus articulaciones. Y en vez de bajar hacia el río, hacia el este, donde el sol amenaza con salir por el horizonte, tomas la dirección contraria, sumergiéndote en las polvorientas pistas de tierra blanquecina que se internan en los viñedos. Tus desnudos brazos se estremecen ante el frescor de la mañana, pero pronto tu cuerpo entrará en calor, tu mente entrará en trance, y sólo pensarás en los siguientes metros, y después en los siguientes, y dejarás atrás el eco de las palabras de Bertrand, que aún resuenan, amenazadoras, llevándote de nuevo a la duda, a una desconfianza que tu corazón sigue empeñado en no tener en cuenta.

Subes el ritmo, y te concentras en tu respiración. Tomas referencias visuales; sabes que corriendo puedes llegar a perder el sentido del tiempo, y no quieres encontrarte una hora después perdida en la inmensidad del viñedo a varios kilómetros del Château.

Te cruzas con algún tractor que ante tu presencia ralentiza la velocidad para no hacerte desaparecer en una nube de polvo, y tú lo agradeces, levantando la mano a su paso. Los vendimiadores siguen trabajando; ves sus cabezas levantar por encima de las hileras, acercar los cubos al borde del camino. Te saludan, pero no los reconoces. Los viñedos que estás ya cruzando no son los DeauVille. Ya te estás alejando.

Te sientes liviana, con menos peso sobre los hombros. La fatiga de los primeros kilómetros desaparece. Tu cuerpo se automatiza. Un paso después de otro, y otro, y otro más, tan simple como perfecto. El sol sale a tu espalda, y notas el calor en la nuca. Aparece tu sombra, pero esta vez eres tú quién la persigue.

Pasas junto a un estanque, y al girar el rostro para mirarlo, ves algo por el rabillo del ojo. Oyes otros pasos a tu espalda. Y aparece una nueva sombra corriendo paralela a la tuya. Miras a tu lado, y la ves. Embutida en mallas biónicas de última generación, con un pulsómetro en un antebrazo, y un brazalete con un iPhone en el

otro. Se quita los cascos de la música y te sonríe. Es Christine. *Buenos días*, pronuncia entre jadeos. *Te vi pasar por el camino y creí reconocerte.* Vuelve a jadear. *Pero me ha costado un buen rato cogerte, ¡qué ritmo llevas!* No contestas; sonríes, tenuemente, por educación. *Vaya mierda*. Sales a correr para estar sola, para alejarte de todo, y mira con quién tienes que encontrarte.

Así que también eres aficionada al running. Genial. Yo salgo a correr todas las mañanas. Asientes. Vaya, qué casualidad. Te ves tentada a apretar más el ritmo, a dejarla atrás, a retarla a seguirte si tiene lo que hay que tener, pero te retienes. *Tranquila Oteiza, tranquila*.

¿Qué tal va tu investigación? Correr, hablar y respirar al mismo tiempo no es tarea fácil, pero parece empeñada en acompañarte en el recorrido y darte conversación. *Bien*, respondes. *Avanzando*, añades. *Seguro que Édouard está siendo de gran ayuda.* Vuelves a asentir. La miras. Está sonriendo. Y te guiña un ojo. No me jodas. *Es un buen hombre. Atento, amable, un encanto, y veo que tenéis mucha química entre los dos*. Venga ya. Lo que faltaba. ¿Christine queriendo tener una charla de chicas? Lanzas una sonrisa, e intentas que no quede tan falsa como realmente es. *Espero que pronto encontréis la solución a tanto misterio. Ya sabéis que podéis contar con mi ayuda para lo que necesitéis*. Claro, Christine, seguro.

Ahora sí que aprietas el ritmo. Muy poco a poco, pero lo suficiente. Ella se esfuerza, pero al llegar a una bifurcación, vuelves a oír su voz. *Yo regreso al Château por aquí, ¡hasta pronto!* Y la ves desaparecer tras una zona arbolada. Menos mal. Disminuyes el ritmo. Por fin de nuevo sola.

Das la vuelta. Emprendes el camino de regreso. Por la altura del sol, llevas unos cincuenta minutos corriendo. Su maldita interrupción ha hecho que pierdas la concentración. Por tu mente aparecen fugaces pensamientos. Las botellas. Los códigos. Tiempos. Oscuros. Jueces, Justos. Jueces. Jueces. Jueces.

¿Qué pueden ser los Jueces? *Piensa, Oteiza, piensa.* Jueces en la Segunda Guerra Mundial. Lo único que recuerdas son los juicios de Nuremberg. El proceso de Nuremberg al final de la guerra, para determinar y sancionar las responsabilidades de los dirigentes nazis. Vale, sí, ahí hubo jueces. Hubo el Juicio de los Doctores, contra aquellos veinticuatro médicos que cometieron todas aquellas aberraciones en los campos de concentración. También hubo el Juicio de los Jueces, contra los abogados y jueces que establecieron las leyes de higiene racial y decretos contra la población judía. ¿Qué más hubo? Intentas recordar todo lo que has leído sobre ello. Bajas un poco el ritmo. Entornas los ojos, porque ahora corres con el sol de frente.

El Juicio a los Einsatzgruppen... contra las brigadas de la muerte de las SS. El Juicio a los Ministros... El Juicio del Alto Mando contra los generales del Ejército, Armada y Fuerza Aérea...cuando fueron juzgados Rudolf Hess, Hermann Göring, Joachim Von Ribbentrop, Albert Speer...otros cabrones ya habían huido, como Martin Bormann o Josef Mengele...y otros ya habían muerto, como el propio Hitler o Joseph Goebbels que se suicidaron... *Piensa Oteiza, piensa.* Vuelves a pasar por el estanque. Tu mente ya es un torbellino de ideas entrelazadas.

¿Quién no estuvo en Nuremberg? Quedaba Heinrich Himmler, el capitán general de las SS, fue ejecutado por una patrulla inglesa que lo capturó... Himmler, vaya personaje...que creó la Ahnenerbe, aquella *secta* paracientífica que recorrió el mundo en busca de *objetos de poder* que les permitiesen dominar el planeta... la Piedra de Scone sobre la que se coronan los reyes de Inglaterra, el Arca de la Alianza, el Santo Grial, la Lanza del Destino, con la que el centurión romano hirió en el costado a Cristo.... Vaya panda de locos intentando reunirlos...¿Cómo se llamaban todos aquellos objetos? Ah, sí...los Arma Christi, y el mayor loco de todos, el propio Hitler, creyendo firmemente que si lograba estos objetos tendría poderes sobrenaturales...

Saludas de nuevo a los vendimiadores, que te miran extrañados, preguntándose quién serás, corriendo por los viñedos tan temprano. Te acuerdas de la paliza que te dio Sofía con su proyecto de fin de carrera sobre El retablo de Gante, la genial obra del pintor Jan van Eyck. También llamado El Cordero Místico...la obsesión de Hitler por él...no paró hasta tenerlo en su poder...En su delirio pensaba que el retablo guardaba un mapa en clave para encontrar los Arma Christi...pero no pudo obtenerlo entero, sólo once de los doce paneles que lo forman...sin el panel número doce no pudo encontrar lo que buscaba...ya se le habían adelantado y dicho panel había desaparecido en 1934... Uno de los robos sin resolver más famosos de la historia del arte...

Un momento. Un momento. ¿Cómo se llamaba aquel panel?

Te detienes de golpe. El corazón te late a mil por hora, y no es por la carrera. Apoyas las manos en las rodillas y te concentras en coger aire. Jadeas sin control. Las piernas te tiemblan. Te pones en cuclillas. Apoyas la mano sobre la tierra. Ahora te acuerdas perfectamente del panel, de su imagen, y de su nombre: *Los Jueces Justos.*

Levantas la vista hacia el camino. El sudor te cae por los ojos. Y te levantas, y emprendes de nuevo la carrera. Y corres, lo más rápido que puedes, hasta que tus muslos arden, y aún aprietas el ritmo otro poco más, y ves Château DeauVille a lo lejos, y atraviesas sus viñedos, y ahora sí que reconoces a los vendimiadores, y observas a Édouard, junto a ellos, y te sonríe al verte llegar, y te espera en el borde del camino, pero tú no te detienes, pasas como una exhalación junto a él, y sigues corriendo, y él te observa alejarte, y se pregunta qué te ocurre, qué récord quieres batir, corriendo así, como una loca, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, pero tú sólo quieres seguir corriendo, llegar al Château, llegar a la biblioteca, a la sección de arte, y comprobar tus sospechas. Porque ahora, ahora ya lo tienes: ya sabes lo que buscan.

44

Cuando Édouard entró en la biblioteca, encontró a Oteiza hablando por teléfono. Daba pasos por la habitación, de un lado a otro, visiblemente nerviosa y alterada, con las mejillas sonrojadas y la camiseta empapada en sudor.

—¿Estás segura de eso, Sofía? ¿De verdad crees que contiene las pistas para encontrar los Arma Christi?

DeauVille caminó hasta el baño. Fuera cual fuera el tema de la conversación, Sofía era la interlocutora protagonista; Oteiza se limitaba a escuchar y pronunciar algún *Entiendo* de vez en cuando. Volvió a la biblioteca con una toalla y se la entregó a la inspectora, que se lo agradeció con una fugaz sonrisa.

—Espera, espera, eso tengo que anotarlo.

Oteiza se sentó y comenzó a tomar apuntes. Édouard observó que sobre la mesa estaban abiertos varios libros de pintura flamenca del siglo XV. Todos mostraban la misma obra, un retablo religioso compuesto por varios paneles. Ella interrumpió la escritura, y con el bolígrafo le indicó una fotografía que se centraba en uno de los paneles.

—Sí, sí, lo estoy anotando.

Volvió a concentrarse en escribir lo que Sofía le estaba diciendo.

DeauVille se inclinó y se fijó en el panel señalado por Oteiza. Mostraba unos caballeros con trajes medievales, montados a caballo, con un paisaje al fondo que presentaba un saliente rocoso, un prado con árboles y unos torreones. Tuvo que leer dos veces el nombre del panel, que figuraba bajo la imagen. No podía creérselo. *Los Jueces Justos*. Levantó inmediatamente la vista para mirar a Oteiza, que había reanudado su errante caminar por la habitación mientras seguía pegada al teléfono.

—De acuerdo, sí, te mantendré informada. Te llamaré si necesito saber algo más.

Escuchó unos instantes más y se detuvo en mitad de la habitación.

Sonrió.

—Sí, pero ahora mismo no puedo darte más detalles.

Miró a Édouard.

—¿En una palabra?

Siguió mirándole mientras pensaba en la respuesta.

—Espectacular.

Pulsó el botón de finalizar llamada.

Esta vez fue DeauVille quién sonrió al intuir cuál había sido el tema en las últimas frases de la conversación.

—Coge ese libro y sígueme —ordenó Oteiza señalando el enorme ejemplar con la imagen a doble página del Retablo de Gante —. Te lo explicaré mientras me ducho.

Subió a la carrera por la escalera, saltando de dos en dos los escalones. Cuando Édouard llegó a la habitación y entró al baño, ella ya se había quitado la ropa y estaba abriendo el grifo de la ducha.

—El Retablo de Gante, también conocido como *La Adoración del Cordero Místico* es una de las pinturas más importantes de la historia del arte. Fue pintada por el joven maestro flamenco Jan van Eyck entre 1426 y 1432, y es consideraba como el punto de inflexión entre el arte de la Edad Media y el Renacimiento, así como también el origen del Realismo Pictórico.

Édouard se sentó en la taza y colocó el libro abierto sobre las rodillas. Oteiza cerró la mampara y se deslizó bajo el chorro de agua

mientras seguía hablando.

—Es un políptico de unos tres metros y medio de ancho por unos dos y veinte de alto, formado por doce paneles de roble policromado, que se exhibe en la catedral de San Bavón de Gante, en Bélgica. Desde que su autor dio la obra por terminada, el Retablo de Gante ha sido considerado botín de guerra en muchas ocasiones; además de objeto de falsificaciones, contrabando, desmembramientos, ocultación, incendios, ataques... se ha pagado rescate por él; los nazis y Napoleón se lo apropiaron; fue recuperado, pero a lo largo de la historia ha sido robado una y otra vez.

Vertió un poco de champú en la mano y empezó a lavarse el pelo. Miró a DeauVille a través del cristal, que estaba más pendiente de contemplar cada una de sus curvas que de mirar el libro.

—Édouard, céntrate.

Él tardó aún unos instantes en dejar de mirar su cuerpo, pero asintió e intentó concentrarse en la imagen del retablo.

—Se trata de una obra que cautiva la mirada y desafía a la mente. ¿Ves la corona que está a los pies del Dios Padre? La reproduce con un detallismo microscópico; está pintada con tiras de pan de oro auténtico, dándole un relieve y una textura que atrapan la luz, como si fueran chispas encendidas. Fíjate en el extremo detalle de todos los elementos y los personajes que la componen; es impresionante: Jan van Eyck se adelantó cuatrocientos años al movimiento del Realismo.

—Veo que estudiaste muy bien esta obra en la universidad— añadió Édouard levantando la vista para volver a mirarla.

—Fue el proyecto de fin de carrera de Sofía. Por entonces compartíamos piso, así que durante casi un año tuve que convivir con su obsesión por el retablo; y créeme, cuando Sofía se obsesiona con algo, es imparable. Y muy insistente. Imprimió a escala real una imagen de la obra que ocupaba entera una de las paredes de nuestro apartamento. Se sentaba enfrente y se tiraba horas mirándolo. Y me obligaba a mirarlo con ella. Con una cerveza en la mano, claro. Aún no había despertado su pasión por el vino.

DeauVille sonrió al imaginarse la escena.

—Y aún no había despertado tampoco la tuya —dijo bajando la vista a su trasero.

—Mi pasión por el vino es muy, muy reciente, pero muy, muy intensa —contestó ella inclinándose hasta que sus ojos coincidieron con los de él.

Entonces, en ese preciso instante, Édouard lo supo.

Supo que estaba perdido. Y sonrió como un estúpido.

Oteiza volvió a colocarse bajo el chorro de agua para aclararse el cabello y continuó hablando.

—El retablo fue codiciado tanto por Hitler como por el mariscal Göring. Ambos pretendían apoderarse de él para incorporarlo a sus colecciones privadas. Se sentían atraídos por su fama y su belleza, pero también veían en la obra un símbolo de la supremacía aria, e idolatraban a Jan van Eyck; lo consideraban una figura ejemplar dentro la historia teutónica. Además, el retablo había estado expuesto en Berlín antes de la Primera Guerra Mundial, pero había regresado a Bélgica porque así se determinó en el Tratado de Versalles, lo cual fue un gran agravio para los alemanes. Hitler pensaba que si llevaba la obra de regreso a Berlín, compensaría el daño causado contra Alemania.

Oteiza volcó el bote de gel de baño sobre la esponja y comenzó a enjabonarse el cuerpo.

—Y encima, Hitler, estaba convencido de que la pintura contenía un mapa en clave para encontrar varios de los llamados Arma Christi o Instrumentos de la Pasión de Jesús. Si te fijas en el panel central —añadió señalando con el dedo hacia el libro—, puedes ver que la sangre mana del pecho del Cordero, cayendo al Santo Grial, y también verás que los ángeles que rodean el trono llevan en sus manos la Lanza del Destino, la Cruz, la Corona de Espinas… Hitler creía que poseer dichos objetos le otorgaría poderes sobrenaturales. Ya habrás oído con anterioridad que el Führer y algunos de sus oficiales nazis estaban fascinados por el ocultismo; formaron un grupo de investigación llamado *Ahnenerbe*, que se dedicaba a estudiar fenómenos sobrenaturales, leyendas y objetos presuntamente mágicos, reliquias religiosas cuyas propiedades mágicas garantizarían el triunfo nazi, como el Arca de la Alianza. ¿La

primera de Indiana Jones sí la has visto no? —le preguntó con una sonrisa.

—Sí, señorita cinéfila —respondió Édouard con divertida ironía.

—Los belgas intuyeron al inicio de la Segunda Guerra Mundial que los alemanes iban a apropiarse el retablo. En mayo de 1940, las tropas alemanas invadieron Holanda y Bélgica. El gobierno belga pensó, en un primer momento, que el Vaticano podría ser un buen refugio. Metieron los paneles en grandes cajones, y los cargaron en un camión. Pero cuando estaban ya de ruta hacia Roma, Italia se unió al Eje y declaró la guerra. Francia se ofreció a custodiar el retablo; el camión dio la vuelta y se dirigió al Château de Pau, cerca de los Pirineos. El Castillo de Pau ya escondía muchas obras provenientes de museos nacionales franceses, incluido el Louvre. Göring, nuestro conocido amante de los Lafite-Rotshchild, llegó a Pau y se hizo con el Retablo y el resto de las obras de arte. Y Heinrich Himmler, jefe de las SS, de la Gestapo, y también de la *Ahnenerbe,* estaba deseoso por estudiarlo. Había leído que Jan van Eyck había realizado un viaje a Portugal antes de pintar el retablo; el motivo del viaje era conocer a unos famosos cartógrafos portugueses para componer un enigma cartográfico con el que ocultar el paradero de las Arma Christi en el interior del Retablo. Así que estaba deseoso por analizarlo, buscar sus símbolos ocultos, descubrir las pistas que les llevasen a los Arma Christi. Pero el Retablo de Gante desapareció. Quizás lo llevaron a Berlín para su estudio. No se supo más sobre él hasta el final de la guerra.

El vapor del agua comenzaba a empañar el cristal de la mampara. Édouard la escuchaba atentamente, mirando alternativamente la imagen del retablo y cómo ella deslizaba la esponja por su cuerpo.

—Desde el inicio de la guerra, los británicos crearon una división de oficiales con formación en obras de arte y monumentos con el objetivo de garantizar su protección en zonas de conflicto. Más tarde, cuando Estados Unidos entró en la guerra, creó también un cuerpo similar. Estaba formado por historiadores de arte, arquitectos, pintores, y conservadores en la vida civil. Muchos de ellos poseían excepcionales conocimientos sobre arqueología y arte,

y también hablaban con fluidez las lenguas de los diferentes países donde iban a operar. Les llamaron los *Monument Men*.

La inspectora pasó la mano por la mampara para quitar el vapor y poder seguir mirando a Édouard mientras continuaba hablando.

—El mismo general Eisenhower emitió una declaración al ejército, en breve estarían combatiendo por todo el continente europeo, y en la senda de ese avance se encontrarían monumentos históricos y centros culturales que simbolizarían para el mundo todo lo que luchaban por conservar. Destacó que era responsabilidad de todo mando proteger y respetar esos símbolos siempre que fuera posible. Aquella declaración de Eisenhower era algo históricamente innovador: Nunca antes un ejército había entrado en guerra con la intención de evitar daños a obras de arte, culturales y monumentos, y de perseguir su preservación.

Se volvió a colocar bajo el chorro de agua para aclararse el cuerpo.

—Después del día D, y una vez que los aliados comenzaron a liberar Europa, los *Monument Men* siguieron a las tropas inmediatamente detrás de la línea del frente. No era tarea fácil: tenían que analizar y proteger los daños de los elementos arquitectónicos dañados por los combates, los archivos, las bibliotecas, iglesias, museos, así como su contenido artístico. Además debían realizar la labor detectivesca de buscar las miles de obras de arte saqueadas durante la guerra. ¿Sabes?, deberían hacer una película sobre ellos — añadió mientras cerraba el grifo.

—Tú hubieras sido una excelente Monument Woman —dijo Édouard dejando el pesado libro sobre el bidé. Corrió a levantarse para agarrar una toalla. Cuando la inspectora abrió la mampara él ya la estaba esperando con ella extendida.

—Gracias —susurró ella. Emitió un gemido de satisfacción al sentir cómo le abrazaba con la toalla—. Esto es un placer.

—Tout le plaisir est pour moi.

No pudo evitar besarle.

—Gracias a esa labor detectivesca —Oteiza reanudó la narración mientras salía del baño aún envuelta en la toalla—, lograron saber

que los nazis habían acondicionado unas minas de sal en Austria, cerca de una localidad llamada Altaussee, para almacenar allí las obras de arte robadas. Llegaron en mayo de 1945, pero se encontraron con que la entrada al pozo había sido dinamitada por los alemanes antes de su huída. Tardaron unos días en retirar los escombros, pero en cuanto atravesaron la gran puerta de hierro del fondo del pozo...se encontraron con miles de joyas artísticas.

—Wow —exclamó DeauVille sentándose en una de las butacas frente a la cama—. Eso tuvo que ser muy parecido a cuando entraron en el Nido del Águila y se encontraron todas las botellas de vino y Champagne robadas.

—Sí, seguro que fue un gran momento en sus vidas. Tuvo que ser muy emocionante; a medida que exploraban cueva tras cueva, las dimensiones del expolio iban saliendo a la luz. Una de las galerías contenía dos mil pinturas almacenadas en dobles estantes que recorrían las paredes. Obras de los mejores pintores de la historia: Miguel Ángel, Da Vinci, Vermeer, Rembrandt, Hals, Reynolds, Rubens, Tiziano, Tintoretto, Brueghel... Los haces de luz de las lámparas devolvían a la vida los marcos dorados, la trama de los lienzos; los rostros pintados resurgían de la penumbra. Y al llegar a una nueva galería, allí estaban, sin envolver, sobre cajas de cartón vacías, separadas apenas unos centímetros del suelo de arcilla de la mina, los once paneles de La Adoración del Cordero Místico de Jan van Eyck.

—¿Once paneles? ¿No eran doce? —preguntó Édouard.

Oteiza dejó de buscar la ropa en la maleta y le miró.

—Ahí está el quid de la cuestión.

Dejó pasar unos segundos mientras miraba divertida cómo se incrementaba la inquietud de DeauVille.

—Faltaba el panel de Los Jueces Justos.

—¿Los alemanes lo habían ocultado en algún otro lugar?

—No, la historia de la desaparición de ese panel se remonta a antes de la guerra, a 1934.

Dejó caer la toalla al suelo y comenzó a vestirse.

—Una mañana de abril de 1934, el sacristán de la catedral de Gante, se dio cuenta de que alguien había entrado durante la noche.

Fue corriendo a revisar el retablo, y se dio cuenta de que faltaba un panel. Dicho panel contenía un anverso y un reverso pintados, y habían sido sustraídos los dos. Los días laborables el políptico quedaba cerrado, mostrando el reverso, que era la escultura pintada de San Juan Bautista. Cuando el políptico se abría los fines de semana y en fechas señaladas, el anverso mostraba a los Jueces Justos. La investigación de la policía no fue nada profesional, y hubo todo tipo de rumores sobre su robo. ¿Habían sido espías alemanes como venganza por haber sido devuelto a Bélgica tras el Tratado de Versalles? ¿Eran ladrones de arte? Incluso se rumoreó que había sido oculto dentro de la propia iglesia. Resumiendo, el panel se catalogó como perdido en los archivos policiales, y a día de hoy, así sigue figurando. Es la obra de arte más buscada de toda la historia.

—¿Y los nazis también lo buscaron?

—Por supuesto —contestó Oteiza sentándose en la cama frente a Édouard—. Querían el retablo completo. Sin los doce paneles no tendrían el mapa para conseguir los Arma Christi. Incluso Joseph Goebbels se puso a ello: designó la búsqueda de los Jueces Justos a un detective nazi especializado en cuestiones artísticas, un tal Heinrich Köhn —añadió mirando los apuntes que había tomado en su conversación con Sofía—. Quería regalárselo a Hitler. Köhn no encontró nada y lo castigaron enviándole al frente. También encargó su búsqueda a Otto Rahn, un erudito nazi de prestigio, especializado en el Santo Grial. Pero tampoco pudo encontrarlo.

—¿Y puede ser que lo estén buscando ahora? ¿El código de las botellas se refiere a ese panel?

Oteiza sonrió mientras se quitaba la humedad del cabello con la toalla.

—Creo que el robo del panel de los Jueces en 1934 fue una medida preventiva; quisieron asegurarse de que una pieza clave del mapa del tesoro desapareciera, y así poder garantizar que las Arma Christi siguieran estando en paradero desconocido. Y creo que en la Segunda Guerra Mundial la Resistencia tomó el relevo a la hora de ocultarlo. Y escondió las claves para encontrarlo en las botellas.

Édouard suspiró. Todo aquello era abrumador.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

—Quizás deberíamos volver a hablar con Monsieur Chavenon. Es el único que tuvo contacto directo con la Resistencia que sigue vivo. Quizás oyó algo sobre algún plan para ocultar y salvaguardar las obras de arte.

—Pues no perdamos más tiempo. Vamos ahora mismo a su Château —añadió Édouard poniéndose en pie.

—Me gusta esa actitud —concluyó ella sonriendo.

45

El impoluto cielo azul con el que había amanecido el día estaba cubriéndose de negras nubes que se movían rápidas y amenazadoras. El viento hacía moverse con violencia las copas de los árboles; Oteiza tuvo un extraño pálpito, una extraña intuición. Como si las negras nubes fuesen un oscuro presagio de que algo malo estuviera a punto de ocurrir.

Dejó de lado sus pensamientos cuando el DB9 aparcó en la entrada de Château Chavenon. DeauVille llamó a la puerta, pero nadie contestó. Encogió los hombros ante la interrogativa mirada de Oteiza, y se internó por el camino del jardín que llevaba hasta la parte trasera del palacio.

—¡Daniel! —gritó Édouard al ver al anciano junto a los setos. Portaba en su mano una pequeña tijera de jardinería, con la que estaba recortando las rebeldes ramas que rompían la estética del arbusto.

—Édouard. Mademoiselle Oteiza. ¡Qué grata sorpresa!

—¿Pasando el rato en el jardín?

—Sí, es relajante. Y de las pocas cosas que puedo hacer, la diálisis me deja exhausto. ¿A qué debo el placer de vuestra visita?

—Tenemos alguna pregunta más sobre la Resistencia —contestó Édouard.

—¿Habéis descubierto algo sobre las botellas?

—Así es Monsieur Chavenon —apuntó Oteiza—. Cada paso que damos nos desvela la importancia que tiene la Resistencia en este misterio. Pero, sintiéndolo mucho, de momento no podemos comentarle nada sobre ello.

—Lo entiendo. Estas cosas hay que llevarlas en secreto. Nunca se sabe quién puede ser el enemigo —dijo el anciano con un gesto de complicidad.

—Pero una vez terminemos la investigación —Oteiza bajó la voz —, le prometo que será de los primeros en saberlo. —Chavenon sonrió.

—Por favor, acompañadme hasta la parte de atrás y nos sentaremos tranquilamente a charlar. Christine acaba de llegar de correr, y está haciendo su tanda diaria de largos en la piscina.

—Ah, sí. Me la he encontrado esta mañana, cuando yo también estaba corriendo por los viñedos —añadió la inspectora mientras seguían los lentos pasos del anciano.

—Hacéis bien, ¡hay que mantenerse en forma! Pero decidme, ¿en qué más os puedo ayudar?

—Daniel, cuando estuviste en contacto con la Resistencia, ¿recuerdas haber oído algo sobre obras de arte? —preguntó Édouard.

El anciano se detuvo y se mantuvo pensativo unos segundos.

—Argh. La memoria me falla cada vez más. Lo peor de hacerse viejo es que los recuerdos caigan en el olvido —exclamó con ojos tristes. Reanudó su lento caminar y continuó hablando—. Recuerdo que algunos cuadros importantes de Burdeos se llevaron al Castillo de Chambord, en la Loira, donde también se intentaron proteger obras del Louvre al inicio de la Guerra...pero no recuerdo haber oído nada más sobre obras de arte en esta zona.

Salieron de la zona arbolada del jardín; la fachada trasera del palacio tenía adosado un pequeño porche con diseño de minarete clásico, soportado por columnas griegas. De la base del minarete surgía una pradera de césped, en la cual se encontraba la piscina.

Pronto vieron el rítmico y rápido movimiento de los brazos de Christine, que nadaba hacia atrás con un estilo depurado e impecable.

Encima está hecha una Esther Williams.

—¿Recuerdas si la Resistencia pudo haber ocultado alguna de esas obras de arte para protegerlas de los nazis? —preguntó Édouard.

—Hmmm... No, que yo recuerde. Bastante tuvimos con proteger los vinos...

Édouard notó cómo Oteiza le detuvo agarrándole del brazo. Cuando se giró para mirarla, se la encontró con la vista clavada en la piscina, con el rostro serio y el ceño fruncido. Christine estaba ascendiendo lentamente por la escalerilla del final. Vestía el típico bañador deportivo; cerrado hasta el cuello por delante, pero con toda la espalda al descubierto.

Mierda.

—Vámonos —le susurró ella con urgencia—. Ahora.

Apretó su brazo con fuerza. Édouard captó el mensaje y se apresuró a disculparse con Chavenon.

—Daniel, lo siento, tenemos que irnos.

—¿No os quedáis a tomar una copa de vino? —preguntó extrañado el anciano.

—No, lo siento. Sólo queríamos preguntarte sobre las obras de arte. Otro día volvemos; siempre es un placer disfrutar de tu vino —añadió estrechándole la mano.

Oteiza se esforzó por sonreír a modo de despedida, y de inmediato regresó sobre sus pasos camino al coche.

Mierda. Mierda. Mierda.

Lo sabía. Lo sabía.

46

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó molesto Édouard en cuanto se montaron en el coche.

—Lo sabía. Lo sabía.

—¿Qué sabías?

El motor rugió al pulsar el botón de encendido.

—Que estaba implicada de alguna manera.

—¿Implicada? ¿Quién? No entiendo nada. ¿Por qué le hemos dejado al pobre Daniel con la palabra en la boca?

Oteiza no contestó. No le escuchaba. Estaba inmersa en sus pensamientos.

Maldita sea, Édouard. Esto no va a ser fácil para ti.

Pero vas a tener que entenderlo.

—¿Se puede saber de quién estás hablando? —volvió a preguntar DeauVille mientras llevaba el coche hacia la carretera.

Oteiza se mantuvo en silencio. Aún estaba pensando en cómo planteárselo. Édouard se mostraba cada vez más impaciente.

—Anne, por Dios, ¡no me digas que estás otra vez sospechando de Christine!

Salieron a la pista de asfalto y comenzaron a recorrer el camino de regreso.

—¿Le has visto alguna vez a Christine el tatuaje que tiene en la espalda?

DeauVille se extrañó por la pregunta.

—Que yo sepa no tiene ningún tatuaje. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque sí tiene uno. Acabo de vérselo. Una enorme águila de alas extendidas. Y ese tatuaje ya lo había visto antes.

—¿Antes? ¿Dónde?

—En L'Ambivalence. En la chica de torso desnudo con quién Schneider desapareció tras las cortinas.

DeauVille negó con la cabeza.

—No puede ser el mismo tatuaje. Es imposible. No te habrás fijado bien.

¿Qué? Joder, Édouard. Me he fijado perfectamente.

—Estoy segura de que es el mismo. Es ella. Christine estaba ayer noche en L'Ambivalence, con Schneider, y con las botellas robadas.

Édouard dio un imprevisto volantazo, y el DB9 se detuvo con brusquedad junto a la carretera. Oteiza tuvo que poner la mano en el salpicadero ante el fuerte frenazo.

—¡Eso es imposible! —gritó DeauVille tirando del freno de mano.

—Ahora es cuando todo encaja. ¿No lo ves? ¡Ella está metida en esto desde el principio!

—¡No puede ser! —Édouard salió del coche dando un portazo que hizo temblar el DB9 entero. Oteiza le vio caminar hacia las hileras de parras vociferando algo para sí mismo. Abrió la puerta y salió también del coche. El cielo estaba ya totalmente cubierto de nubes, y las vides se agitaban bajo el viento.

—Estaba en Madrid contigo en la subasta. Justo el día anterior se había producido el robo en Barajas —añadió mientras caminaba entre las viñas para acercarse a él.

—¡Maldita sea, Anne! En Madrid estuvo todo el tiempo conmigo.

—¿Todo el tiempo? ¿Seguro? ¿No la perdiste de vista ni un segundo? ¿No pudo haberse reunido con quien organizó el robo?

Édouard no contestó. Sólo negó con la cabeza, una y otra vez, mientras mantenía la vista clavada en el suelo.

—Estaba en San Sebastián justo la noche en que se produjo el cambiazo de las botellas de Perrier Jouet. Ya lo dijo el ertzaina Otamendi: sólo alguien *de dentro* pudo haberlas cambiado.

—¡Es imposible!

El nuevo grito pilló desprevenida a Oteiza. Era la primera vez que lo veía fuera de sí.

Venga Édouard. Entiéndelo. Encaja las piezas.

Ella no es lo que tú crees.

Dejó pasar unos segundos antes de seguir hablando.

—Estaba presente cuando su abuelo nos entregó las botellas. Fue ella quien avisó a Diderot de que las teníamos en el Château, y por ello fueron a buscarlas.

—¡No puede ser! —volvió a gritar mientras subía la vista para mirarla fijamente. Oteiza sintió un escalofrío cuando vio el odio en sus ojos. Unos ojos que la atacaban, enfurecidos y crispados, totalmente a la defensiva.

—¿Habéis tenido alguna historia juntos en el pasado?

Aquella pregunta le pilló a Édouard por sorpresa. Tardó unos segundos en contestar.

—Sí, tuvimos algo. Hace tiempo, y no funcionó. ¿Por eso la tienes tomada con Christine? ¿Todo esto es una cuestión de celos?

¿Qué? ¡No me jodas!

Intentó mantener la calma. Le mantuvo la mirada.

—Sólo he unido los indicios. Y todos me llevan a pensar lo mismo. Ella está implicada.

Él volvió a negar con la cabeza y se giró, dándole la espalda.

—No tengo nada personal contra ella, Édouard. Y aunque lo tuviera, sé mantener perfectamente separado lo personal de lo profesional.

—¿Sí? ¿Seguro que sabes hacerlo?

Aquello fue un golpe bajo. Por lo que dijo, y por cómo lo dijo.

Por el asqueroso tono con el que pronunció aquella maldita pregunta.

Serás capullo.

En la lejanía sonó un trueno. La tormenta estaba comenzando.

—¿Y qué me dices de todo lo no me has contado, DeauVille?

Él se mantuvo en silencio. Vuelto de espaldas, con las manos apoyadas en las caderas.

—Porque hay más, ¿no? Fue ella quien te puso en contacto con Diderot cuando buscabas alguien para apropiarse de las botellas de tu abuela, ¿verdad?

Vio tensarse todos y cada uno de los músculos de su cuerpo.

—Fue ella quién te llevó a L'Ambivalence ¿no?

Él bajó los brazos y apretó los puños.

No hizo falta que contestase.

Su silencio fue toda la respuesta que necesitaba Oteiza.

—¿Dónde quedó el *No más secretos*?

Lo preguntó con dureza, armada de orgullo.

Un nuevo trueno sonó con fuerza. Esta vez más cerca.

Dejó pasar unos segundos, cogió aire, se dio la vuelta y volvió al coche. Gruesos goterones comenzaban a caer sobre la tierra y la grava.

—Llévame al Château —dijo al abrir la puerta—. Esto se ha terminado. No puedo confiar en ti. No podemos seguir trabajando juntos.

47

No pronunciáis palabra en todo el camino, un camino que se te hace eterno. En cuanto llegáis al Château subes a toda velocidad a la habitación. Llamas a Bertrand. *Ven a buscarme. Ahora.* No te pregunta nada, simplemente te contesta con un *Estaré allí en treinta minutos*. Tiras la maleta sobre la cama y empiezas a meter tu ropa, sin doblar, lo más rápido que puedes, tan desordenada que casi ni entra y te cuesta cerrar la cremallera. No quieres esperar aquí media hora. Quieres salir lo antes posible. Te pones la chaqueta de cuero, echas un último vistazo a la habitación, y bajas rápidamente por la escalera. No quieres encontrarte con él.

Entras a la biblioteca a por el libro de Dumas. Notas que él está sentado en el sofá. No le miras. Entras con rapidez en el dormitorio y coges las botellas de Chavenon. Y cuando agarras el picaporte de la puerta para salir, oyes tu nombre. Él pronuncia un extraño *Anne*. En voz baja. Casi desesperado. Quizás una última llamada. Quizás un *No te vayas* no pronunciado. Te detienes un fugaz instante, pero no dudas; abres la puerta con determinación y desapareces. No tienes nada más que decir, y no quieres escuchar nada de lo que tenga que decirte. Quizás con él no has sabido separar lo profesional de lo personal, pero a partir de ahora, sí que vas a hacerlo.

Sales al exterior. Caminas por el camino de grava. No miras atrás. Abres la blanca verja de hierro, y te quedas allí parada, junto a la carretera. Los goterones de agua se han convertido en una insistente lluvia. Te estás mojando, estarás empapada para cuando Bertrand llegue, pero te da igual. Ni siquiera notas el frío.

Tú tienes un trabajo que hacer, y ahora, quieres hacerlo lo más rápido posible. Y lo vas a hacer. Y como descubras que él está también implicado, ya puede prepararse. No tendrás compasión. No le perdonarás jamás que haya jugado contigo así. *Pero no puede ser, no puede ser.*

Coges aire ante la inevitable llegada de la angustia. Notas la confusión del combate entre tu cabeza y tu corazón. *Callaos ya, maldita sea.* Ya no sabes qué pensar, ya no sabes qué sentir.

Si él no está implicado, si él confía plenamente en Christine, su traición va a ser muy dura de aceptar. ¿Deberías quedarte y ayudarle a entenderlo?

No. Ya lo has intentado, y él no ha querido. Ahora ya es un camino que tiene que recorrer sólo.

En el fondo entiendes su reacción, y muy bien. Tú misma sabes lo que es tener que aceptar la traición. Lo tuviste que aprender de la peor manera que podía aprenderse. Con dieciocho años y ante la única persona que quedaba a tu lado cuando todo tu mundo se rompió en mil pedazos. Cuando te viste, de repente, en la más absoluta y abrupta soledad. Sientes el desgarro del recuerdo. Pensabas que se lo contarías a él algún día. Pero ahora te das cuenta de que quizás no lo hagas nunca. Porque quizás este momento es el punto de inflexión. Donde todo ha cambiado y nunca volverá a ser lo mismo. *Maldita sea. Pensaba que esta vez iba a ser diferente. Era diferente.*

Miras bajo la lluvia los viñedos que te rodean, y te das cuenta de que quieres huir de aquí, resolver todo esto, enseguida, embarcar en un vuelo destino Madrid, y regresar a tu vida, a tu apartamento, a tu Monster, a tu rutina. Ojalá nunca hubieran aparecido en tu vida estas malditas botellas. Ojalá nunca te hubieran asignado este maldito caso. *Mierda. Mierda. Mierda.* Tu pelo se empapa y algunas gotas comienzan a caer por tu rostro. Y te vuelve a dar igual, es más, lo agradeces, porque así se mezclan con las lágrimas que, calientes, comienzan a descender por tus mejillas. El orgullo se alía con el dolor. La autocompasión con la rabia.

Bienvenidas hijas de puta. Pero hoy no. Hoy no me vais a pillar. Que os den por el culo.

48

Cuando Bertrand paró el coche junto a la entrada y se fijó en que ella estaba esperándole bajo el chaparrón, supo que algo iba mal. Muy mal. Parecía un fantasma, una negra y espectral aparición; empapada de los pies a la cabeza, con el húmedo cabello casi cubriéndole el rostro, con los brazos inertes y caídos a los lados y la maleta abandonada a su lado.

Oyó el maletero abrirse, la maleta ser lanzada, y la tapa ser cerrada con un fuerte golpe.

—¡Estás empapada! —exclamó sorprendido al verla entrar.

Ella no contesto. Él se quedó mirándola.

—Vámonos, ¿quieres? —añadió ella con impaciencia manteniendo la vista al frente.

Bertrand asintió y se puso en marcha.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó pasados un par de kilómetros.

—En cuanto lleguemos a comisaría llama al juez. Necesitamos una orden judicial para hacer un exhaustivo seguimiento a Christine Chavenon. Necesitamos saber cada uno de sus movimientos. Ponerle un tracker GPS en su 4x4. Pincharle el teléfono. Su correo electrónico. A dónde va, con quién contacta. Todo.

—¿Has descubierto algo que la implica?

—Sí.

—¿Y se lo has dicho a él?

—Sí.

—Y no te cree.

—No.

—O no quiere creerte. Porque está también implicado.

—Eso aún no lo sabemos.

—Ya. Y por eso esta repentina huída del Château.

Oteiza no contestó. Su orgullo no le permitía asumir ante Bertrand que sí, que aquello era una huída, en mayúsculas, cabreada por el hecho de que Édouard no la creyese, por el hecho de que aún siguiese defendiendo a Christine... y, ante todo y sobre todo, porque sí, ahí estaban esas dudas, planeando en el fondo de su mente; hasta dónde podía llegar la implicación de DeauVille.

—¿Qué has hallado de las matrículas de los vehículos de L'Ambivalence?

—Prácticamente nada. Un par de Jaguar y Lamborguini pertenecen a acaudalados empresarios de Burdeos, un Ferrari a un escritor de novelas de misterio, y el resto de berlinas a empresas de renting, que, por supuesto, sin una orden judicial, no van a desvelarnos los nombres de sus clientes.

—¿Y sobre Michael Schneider?

—No posee ninguna propiedad en Francia. Al menos con ese nombre. He solicitado más información a la Bundeskriminalamt, la Policia Criminal Federal alemana, para saber si Michael Schneider es su verdadero nombre, o sólo su pseudónimo artístico. A lo largo del día sabremos más.

—Bien.

—¿Te llevo al hotel para que te registres y puedas cambiarte de ropa?

—No. Vamos a comisaría. Me cambiaré allí mismo. No quiero perder más tiempo.

—De acuerdo, como quieras.

Ya en comisaría, Oteiza no perdió ni un solo minuto. Se cambió de ropa en una rápida visita al baño, y pidió una reunión de urgencia con el grupo de Bienes Culturales. Veinte minutos después quince

agentes abarrotaban la sala de reuniones. El Inspector Jefe también acudió ante el aviso de Bertrand.

Comenzó la exposición relatándoles el hallazgo de varias de las botellas robadas en la fiesta de L'Ambivalence. Puso sobre la mesa las botellas de Chavenon y el libro de Dumas. Les describió los códigos ocultos que se escondían tras las etiquetas, y cómo, gracias a la vieja edición de Los Tres Mosqueteros y el sistema de cifrado de Libro, había conseguido desencriptar algunas de las palabras. Y cómo, dos de esas palabras, le llevaban a pensar que todo era un antiguo plan de la Resistencia para ocultar el panel desaparecido del Retablo de Gante, los Jueces Justos. Aquello provocó un sinfín de murmullos nerviosos que rompieron el silencio que hasta el momento había llenado la sala. Como miembros del Departamento de Bienes Culturales, todos sabían que era una de las obras más buscadas del siglo XX, y que hacía muchos años que no había aparecido ninguna nueva pista sobre su desaparición. Bertrand no podía dejar de mostrar su asombro, y sonreía, orgulloso, ante el inteligente descubrimiento de la inspectora.

Oteiza continuó explicando sus sospechas sobre la implicación en la trama de Christine Chavenon, y, dirigiéndose esta vez hacia el Inspector Jefe, que escuchaba atento y en silencio en una esquina de la sala, solicitó la asignación de miembros de la unidad de seguimiento.

El Inspector Jefe asintió, y con un *Agentes, estamos sobre algo importante, prioridad absoluta* dio por finalizada la reunión.

Aún continuaban los comentarios nerviosos mientras desalojaban la sala. ¡Los Jueces Justos!

Ante el requerimiento urgente del Inspector Jefe, el juzgado emitió con rapidez las órdenes necesarias para que el procedimiento pudiera ponerse en marcha esa misma tarde. Y llegaron con otro añadido: una comisión rogatoria especial para que la inspectora Oteiza pudiese tomar parte como un agente más del Departamento de Bienes Culturales Franceses. Ya podía trabajar con entera libertad

y codo a codo con el resto del departamento como un agente más; ya no tenía que limitarse a mera observadora o colaboradora. Ya no recibiría una buena bronca desde Madrid si tenía que utilizar el arma o tomaba parte activa en la investigación.

Oteiza fue invitada a la sala de control de la unidad de seguimiento. Admiró maravillada la innovación tecnológica con la que contaban. Un muro de pantallas planas eran vigiladas por varios agentes uniformados, que controlaban desde sus teclados un sinfín de cámaras de tráfico, cámaras de seguridad, y mapas llenos de puntos de colores de seguimiento por GPS.

—Inspectora, el sujeto al que debemos realizar el *tracking*... ¿sabe usted qué tipo de teléfono posee? —le preguntó el agente al mando de la unidad.

Oteiza recordó el teléfono que Christine llevaba dentro del brazalete cuando coincidió con ella corriendo por los viñedos.

—Sí, un iPhone.

—Genial. Si siempre lo lleva encima, no hará ni falta ponerle un sistema de seguimiento en el vehículo.

—¿Entonces podemos seguir todos sus pasos?

—Véalo usted misma.

El agente introdujo el número de teléfono en la base de datos, lo cual le llevó al registro del dispositivo del fabricante, y un par de clicks después apareció un nuevo punto azul en el mapa. Hizo zoom y Oteiza pudo distinguir lo que mostraba la imagen de satélite. Aquellos edificios eran las bodegas de Château DeauVille. Y por la hora que era, encajaba que Christine estuviera allí controlando la vendimia.

—Impresionante —admitió sorprendida.

—Si quiere puedo configurarlo en su portátil para que pueda tener los datos del seguimiento en directo.

—Genial, sería muy útil.

—De todos modos, y a pesar de que pincharemos las llamadas que realice desde este dispositivo, asignaremos una patrulla de agentes de paisano para seguir sus pasos. Siempre puede dejarse el

teléfono en casa, premeditadamente o no, o puede utilizar otro teléfono más básico y sin registrar para otras comunicaciones.

—Perfecto.

—¿Desea realizar seguimiento de algún otro sujeto?

Oteiza se quedó pensando. Dudó si transformar a Édouard en un nuevo punto azul en la pantalla.

—No, de momento no. ¿Cual es el margen de error de este sistema?

—De 5 a 10 metros, depende de si el sujeto se encuentra en el exterior o dentro de un edificio, y de las condiciones atmosféricas. Con la fuerte lluvia de hoy —apuntó mirando por la ventana—, quizás el margen sea de 15 metros.

Oteiza regresó al Departamento de Bienes Culturales con el agente de seguimiento, y en 5 minutos tenía en la pantalla de su propio portátil la imagen de los dominios de DeauVille con el punto azul de una inquieta Christine que se movía entre las bodegas y los viñedos.

Ya te tengo. Ya no te me escapas.

Dos horas después llegó la información de la Policía Federal Alemana. Bertrand pegó un grito en cuanto recibió el email. El verdadero nombre de Michael Schneider era Michael Koehn.

—¿Koehn? —preguntó Oteiza, que ya miraba atenta la pantalla del ordenador de Bertrand.

—Exacto. ¿Te suena de algo?

—Un momento. —Pasó rápidamente las hojas de su bloc de notas hasta que encontró los apuntes de su conversación con Sofía.

—¿Köhn es otra manera de escribir Koehn?

—Puede ser. Lo siento Oteiza... mi nivel de alemán es muy, muy básico. Lo justo para sobrevivir en la OktoberFest —contestó Bertrand sonriendo.

Oteiza ya había empezado a buscar en la agenda de su móvil. Escuchó el tono de llamada.

Venga Sofía, contesta. Cógelo.

—¿Qué sospechas? —preguntó Bertrand mientras ella se ponía en pie.

Ella le contestó pidiéndole silencio poniéndose el dedo sobre los labios.

Comenzó a caminar alrededor de la mesa.

La cantarina voz de Sofía contestó al otro lado.

—Sofía, necesito tu ayuda. No. No. Sobre el panel de Los Jueces Justos. El oficial nazi que me comentaste, se llamaba Heinrich Köhn ¿verdad? ¿Ese apellido podría escribirse también Koehn? Te lo deletreo. K.O.E.H.N. ¿Sí?

Volvió a sentarse junto a Bertrand y comenzó a escribir sobre el bloc de notas. El inspector se inclinó para observar lo que estaba escribiendo: *SS Oberleutnant Heinrich Köhn, también Henry Koehn, o depende de la fuente, Heinz Koehn*. *Frente oriental. Posible muerte en 1944. Posible huída a Argentina.*

—Gracias Sofía. No, de eso mejor te cuento luego. Hay novedades. Si tengo un rato te llamo a la noche.

Colgó y se quedó mirando unos segundos sus propios apuntes.

—Bertrand. Dile a los alemanes que busquen quiénes son los padres de Schneider. Y lo más importante: quiénes son sus abuelos. A ver si el abuelo paterno coincide con alguno de estos nombres —añadió señalándole el bloc de notas.

—¿Y quién es este Heinrich Köhn*?*

—Fue un oficial de las SS asignado por Joseph Goebbels, el ministro de propaganda de Hitler, para buscar Los Jueces Justos. Köhn efectuó un trabajo minucioso durante un par de años, pero ante la falta de resultados positivos, recibió el castigo de ser enviado al frente oriental. Parece ser que murió allí en 1944, aunque también corrieron rumores de que había conseguido escapar a Argentina tras la guerra. ¿Y si Michael Schneider es su nieto, y está intentando continuar el trabajo de búsqueda de su abuelo? ¿Y si decidió buscar por sí mismo el panel... o los Arma Christi?

—Suena plausible, desde luego —contestó Bertrand—. Quizás encontró documentos, o un diario personal como el de la abuela de DeauVille, o algo similar que su abuelo guardó y le llevó a la búsqueda de las botellas...

—Búscale con ese nombre en Burdeos. A ver si tiene alguna propiedad. O en los hoteles. Conociendo su amor por el lujo, sin duda habrá elegido un cinco estrellas —apuntó Oteiza poniéndose de pie.

Metió el portátil en su funda y se puso la chaqueta de cuero.

—¿A dónde vas? —preguntó Bertrand.

—Voy a registrarme en el hotel. Y a comprar algo de ropa antes de que cierren las tiendas. Mi equipaje era para un fin de semana en San Sebastián —dijo señalando la maleta—, y empiezo a tener un serio problema de vestuario.

Bertrand sonrió.

—Avísame si hay alguna novedad, ¿entendido?

—Alto y claro inspectora.

Oteiza cogió el asa de la maleta, pero antes de comenzar a caminar hacia la salida, volvió a mirar a Bertrand. Éste la estaba contemplando, sonriendo.

—¿Qué? —preguntó ella al observarle—. ¿Tengo algo más manchado? —pronunció mientras se giraba para mirarse la parte trasera de los pantalones. Bertrand rió.

—Nada, que estoy muy orgulloso de ti. Estás haciendo un trabajo increíble.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en el rostro de la inspectora.

—Y espera... tengo un regalo para ti.

Oteiza le miró sorprendida.

Bertrand sacó de detrás de la mesa un pequeño paraguas plegable.

—Aún sigue diluviando ahí fuera.

—Gracias Philippe —dijo ella al cogerlo.

La inspectora se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida.

Bertrand se quedó mirando cómo se iba. En todos estos años, era la primera vez que le había llamado por su nombre.

49

Caminó protegida por el paraguas, arrastrando la maleta, cuyas ruedas emitían un sonoro traqueteo al rodar por los baldosines de las aceras. Encontró el hotel donde se alojaba Bertrand a medio kilómetro de la comisaría, donde le asignaron una pequeña habitación situada en la primera planta. Era una estancia austera, con una pequeña cama y muebles fabricados con laminado de madera. Le gustó. Era la antítesis a su lujoso alojamiento en Château Deauville. Un pequeño balcón con barandilla de forjado daba a una tranquila calle trasera. No se molestó en sacar la ropa de la maleta; debía apresurarse si quería encontrar aún los comercios abiertos.

Bajó a la calle y caminó en dirección al centro. Encontró un centro comercial cercano a la Catedral de Saint André y entró en la primera tienda que vio, una conocida franquicia internacional de ropa femenina. Quince minutos después salió con una gran bolsa en la mano; un pantalón, un jersey de cuello alto, dos camisetas de manga larga, un par de conjuntos de ropa interior y unos guantes de cuero. Todo de un estricto y riguroso negro. Era su color favorito, y el más adecuado para su trabajo. Y desde luego, el más acorde con su actual estado de ánimo.

De regreso al hotel se detuvo en un establecimiento de comida para llevar. Pidió un Croque-Monsieur con Emmental y un par de botellines de agua. Seguía diluviando, y apresuró el paso. Temblaba por el frío, y soñaba con darse una ducha caliente.

Sin embargo, lo primero que hizo al entrar en la habitación fue sacar el portátil de la funda y encenderlo. Abrió la aplicación de seguimiento y allí apareció el punto azul de Christine, que se movía con rapidez por la carretera que llevaba a Château Chavenon.

Así que vas a cenar con el abuelo. Muy bien Christine, muy bien.

Alargó la ducha, subiendo la temperatura del agua hasta que su piel empezó a quejarse. No era un calor agradable, sino un golpe hiriente que envolvió su desnudez y la recibió sin preguntas. Aguantó el calor apoyándose en la pared de azulejos, pero en cuanto la tensión de su cuerpo fue disminuyendo, cayó de nuevo en las profundidades de una tristeza cruel e inmisericorde. Deseó que el agua actuase como un torrente liberador, que se llevase el dolor, la duda, los secretos, la traición y este día oscuro. Pero al cerrar el grifo todo siguió donde estaba; todo era igual de jodidamente desgarrador.

Aún envuelta en la toalla sacó la ropa de la maleta. Cuando estiró el pantalón vaquero para colgarlo en la percha, algo cayó al suelo y rodó hasta debajo de la cama. Se agachó para recogerlo; era la blanca piedra de grava que había guardado en el bolsillo en su paseo con Édouard por los viñedos. La volteó en la mano una y otra vez. Acarició sus pequeñas grietas.

Ama su tierra, ama su vino, no puede ser que esté implicado. No puede ser.

Dejó la piedra sobre la mesilla y se tumbó en la cama; fue mordisqueando el ya frío Croque-Monsieur mientras no quitaba ojo a la pantalla. El punto azul había salido de Château Chavenon y se dirigía a Burdeos.

Así que era sólo una breve visita a tu abuelo.
¿Tienes otros planes para cenar?

Recorrió la circunvalación de la ciudad y tomó la salida hacia el puerto. Se detuvo en la trasera de un edificio que en la fotografía de satélite parecía una enorme masa de hormigón. Hizo zoom pero no consiguió distinguir qué era. Abrió la web oficial de la ciudad de Burdeos y buscó en el mapa turístico: aquel edificio era la Base de Submarinos de la Segunda Guerra Mundial. El punto azul ya se había internado en el edificio, y pocos instantes después de hacerlo, desapareció.

Cogió el teléfono y llamó a Bertrand.

—Sí, lo hemos visto. Ha aparcado y ha entrado en la base por la puerta de los Ateliers.

—¿Ateliers?

—Sí, espera, te pongo en manos libres. Estoy con la agente Duprat, que es de aquí, de Burdeos, y conoce bien la base.

Oteiza oyó el sonido del móvil al ser depositado sobre la mesa, y pronto empezó a escuchar diferentes voces de fondo.

—Inspectora Oteiza, el sujeto de seguimiento ha estacionado junto a la entrada trasera, la puerta de Les Ateliers Metallurgiques; la puerta por donde entraban los trabajadores de la base —explicó la agente Duprat.

—¿Y por qué hemos perdido la señal de seguimiento?

—La base de submarinos está construida para soportar fuertes bombardeos. Son casi seis metros de hormigón armado que amparan los diferentes silos donde atracaban los submarinos. La señal de GPS no puede atravesar semejante estructura.

—¿Qué puede contarme de esa base Agente Duprat?

—Es un auténtico Bunker. Su construcción comenzó en 1941; fue realizada mayoritariamente por republicanos españoles, y desde 1942 fue la base de submarinos de la categoría U-Boot. Entre la base y el mar hay que recorrer más de cincuenta kilómetros por el río Gironde, así que la navegación no era fácil y requería el uso de marinos franceses para la entrada y salida de los submarinos;

además sólo podía hacerse dos veces al día, durante la marea alta. Tiene anexo un gran edificio principal, más grande que en otras bases navales nazis, ya que también fue utilizado para albergar barcos de suministros y minadores. De los cuarenta y dos mil metros cuadrados del edificio, actualmente sólo se utilizan unos doce mil, principalmente como galería de exposiciones culturales temporales, espectáculos de arte escénico y otros eventos nocturnos. El resto es un laberinto de pasillos, salas y almacenes abandonados. Pero la puerta por la que accede el público está al otro lado de la de los Ateliers, junto a un gran parking.

Oteiza alejó el zoom del mapa y pudo observar el gran parking situado en el otro lateral de la inmensa estructura.

—¿Y ahora está abierto al público?

—No, inspectora. Sólo hay acceso libre a la zona de exposiciones si hay alguna en activo. Actualmente no hay ninguna programada.

¿Para qué has ido allí Christine?

—Bertrand, ¿el equipo de seguimiento de agentes de paisano la ha seguido hasta allí?

—Sí, dicen que hay otros dos coches aparcados junto al 4x4 de Mademoiselle Chavenon. Tenemos ya las matrículas y estamos buscando información sobre sus propietarios.

—Perfecto.

—Y ya sabemos dónde se aloja Michael Schneider. Se ha registrado con su verdadero nombre en el Gran Hotel de Burdeos, el que está en el centro histórico, frente al Gran Teatro. Tenías razón, ha escogido el más selecto de los alojamientos de toda la ciudad.

Oteiza sonrió.

—¿Y ya lo tenéis controlado?

—Sí, hay una patrulla de vigilancia en la puerta del hotel, y estamos rastreando su móvil. Pronto será un punto de color rojo en el mapa. Lo verás aparecer en tu pantalla en cuanto lo registremos en el sistema.

—Genial. Llámame si hay alguna novedad.

—Hecho.

Oteiza volvió a sorprenderse de la agilidad y de la eficiencia del sistema de seguimiento cuando, apenas diez minutos de haber colgado la llamada con Bertrand, apareció el punto rojo en la pantalla, desplazándose por el centro de Burdeos. Y quedó aún más sorprendida cuando el punto se dirigió hacia el puerto, tomó la salida de la base y desapareció en el mismo punto en el que lo había hecho el punto azul de Christine.

Vaya, vaya. Mira por dónde. Así que es ahí donde os reunís.

Oteiza encendió la pequeña lamparita de la mesilla; estaba tan atenta a la pantalla del portátil que no se había dado cuenta de que ya había caído la noche sobre la ciudad. Se puso en pie para estirar las piernas, y se quedó un rato mirando por la ventana. Seguía lloviendo, sin parar, y pensó que aquello no tenía que ser nada bueno para la vendimia. Se reprendió a sí misma por pensar en ello.

Qué demonios me importa ya la vendimia, los malditos viñedos y los malditos vinos.

Cuando volvió a la cama el punto azul había vuelto a aparecer, y se desplazaba por la circunvalación de salida de la ciudad. El timbre del teléfono le pegó un buen susto cuando sonó. Era Bertrand.

—Anne, hemos interceptado una llamada al teléfono de Christine.

—¿Con quién ha hablado?

—Con DeauVille.

Mierda.

—¿Y?

—DeauVille le ha dicho que tiene algo importante que contarle, y que vaya a su Château esta misma noche.

Joder Édouard. No me hagas esto. No puede ser. No puede ser.

Aquello le revolvió el estómago. Apenas pudo pronunciar un *De acuerdo* antes de colgar. Sintió llegar la náusea y corrió al baño. Durante un buen rato no consiguió parar las arcadas. Creyó que iba a vomitar el alma. Y allí se quedó un buen rato, tirada en los fríos

azulejos del suelo del baño, apoyada en la taza, con el agrio sabor del vómito y de la desesperación.

Al salir del baño el punto azul ya había llegado a Château DeauVille. Miró el reloj del teléfono. Eran las once en punto. Hizo zoom sobre la imagen del palacio. Recordaba perfectamente la distribución interior; Christine caminaba por el hall, iba en dirección a la biblioteca. El punto azul se quedó allí unos minutos. Y después, se desplazó ligeramente a la izquierda. Al dormitorio de Édouard. Apretó los dientes.

Tranquila Oteiza, recuerda. De 5 a 10 metros de error.

Algo más dentro de un edificio. Algo más con este mal tiempo.

Pasó una hora. Una eterna hora en la que no hizo otra cosa que mantener la vista clavada en la pantalla, sentada hecha un ovillo agarrándose las piernas, mientras con la mano apretaba con fuerza la piedra de grava blanca. Su mirada iba una y otra vez del punto azul al pequeño reloj que el sistema operativo mostraba en una esquina.

Pasó otra hora. El punto seguía sin moverse. Ni un maldito y jodido milímetro. Cerró bruscamente la tapa del portátil de un manotazo. Se puso en pie. Abrió la puerta y salió al balcón. Empezaba a ahogarse. Necesitaba algo de aire.

¿Va a pasar la noche allí?

Joder, Édouard. Joder. No puede ser.

Volvió a mirar la piedra de grava que aún mantenía en la mano.

Cerró los ojos.

Recordó el sabor del vino, el sabor de sus labios, la textura de sus caricias, de sus susurros. Recordó el *Va a ser muy duro separarme de ti* que le oyó pronunciar cuando creía que estaba dormida.

Levantó el brazo para lanzar la piedra bien lejos.

El sonido de alguien llamando a la puerta de su habitación la detuvo en el último instante.

Cuando la abrió encontró a Bertrand con rostro preocupado.

—Siento molestarte. Sólo quería saber si estás bien antes de subir a mi habitación.

Sólo tuvo fuerzas para asentir levemente con la cabeza.

—Te dejo tranquila. Intenta descansar algo. Si me necesitas llámame, ¿de acuerdo?

Volvió a asentir antes de cerrar la puerta.

Se metió en la cama y apagó la luz. Abrió la tapa del portátil para echar un último vistazo. El punto azul se desplazaba por el camino de acceso a Château Chavenon. Pulsó el botón de apagado.

El móvil emitió un pitido. Miró la pantalla. Era un mensaje de Édouard.

Siento lo que te dije. Siento lo que no te dije.

Voy a intentar ganarme tu perdón.

No contestó.

Se quedó observando las grietas que recorrían la escayola del techo, y permaneció así, en la penumbra de la habitación, resquebrajándose por dentro.

50

Estás incómoda. El cuello alto del jersey te aprieta. Las piezas de kevlar del chaleco antibalas se te clavan en la espalda y en las costillas. Vuelves a sacar tu HK reglamentaria de la funda que has adherido con velcro a tu muslo izquierdo. Trece cartuchos en el cargador, uno en la recámara. Vuelves a enfundarla. Dos cargadores extra en los bolsillos delanteros del chaleco. Das una vuelta más a la goma que sujeta tu cabello en una coleta. Te aseguras de que el auricular de la radio encaja bien en tu oído. Te enfundas los guantes de cuero.

Estás sentada en el asiento del copiloto del coche camuflado. Bertrand está a tu lado. Ha caído la noche sobre Burdeos, y la humedad del puerto se adhiere pegajosamente a las ventanillas del vehículo. Apenas has dormido la noche anterior; has llegado la primera a comisaría, cuando apenas despuntaba el día. En la primera reunión de la mañana se han confirmado totalmente tus sospechas. Koehn es Köhn. Michael Schneider, Michael Koehn, es el nieto de Heinrich Koehn. Quiere terminar el trabajo que inició su abuelo. Quiere encontrar Los Jueces Justos.

La segunda reunión del día ha sido alrededor de los planos de la base de submarinos. Estudiando sus entradas, sus salidas, sus pasadizos. Es un auténtico laberinto semi abandonado con partes destruidas y zonas anegadas cuando sube la marea. Habéis trazado un plan, por si esta noche el punto azul y el punto rojo vuelven a decidir encontrarse aquí.

El resto de la jornada la has pasado intentando concentrar tu mente redactando los informes operativos. Intentando no acordarte de él, de su mensaje. No lo has conseguido, como tampoco lo estás consiguiendo ahora.

Estáis ocultos en la oscuridad junto al antiguo almacén de gasoil de la base, otra imponente mole de hormigón armado situada a varias decenas de metros del camino de acceso. No hay movimiento en la entrada de *Les Ateliers.* Sólo los mismos coches aparcados que el día anterior: vehículos alquilados bajo nombres falsos. Sean quienes sean, no han salido de la base desde ayer. Oyes el chisporroteo de la estática en la radio antes de escuchar la comunicación del equipo de seguimiento. La berlina negra de alquiler de Schneider está llegando. Ves sus faros, traqueteando al pasar por los baches de la pista de tierra. Levantas los prismáticos de visión nocturna. Schneider aparca, sale tranquilamente del coche, y alguien le abre la puerta desde dentro.

Enciendes el portátil. El punto azul de Christine aún está recorriendo la Route des Châteaux. *Venga, ven aquí, acabemos con esto de una vez.* Notas por el rabillo del ojo como Bertrand te observa en la semioscuridad. No estás nerviosa, estás inquieta; estás ansiosa. Que pase ya lo que tenga que pasar. Y que sea esta noche.

Transcurren los minutos. Lentamente. Todo el mundo está en su puesto. Veinte agentes en total. De Seguimiento y de Intervención. De Bienes Culturales, sólo Bertrand y tú. *¿Hace cuánto que no disparas?* le preguntas para romper el silencio. *Lo hago todas las*

semanas, te responde. *En la galería de tiro*, añade cuando te giras para mirarle. Sonríe. Él siempre sonríe en estas situaciones. Es su modo de manejar la tensión. Tú vuelves a revisar todo tu equipo, otra vez. Esa es tu manera de sentirte preparada.

El punto azul se acerca al puerto. Cierras el portátil. Vuelve a oírse el chisporroteo de la radio. *Atención*, escuchas. *Deportivo negro Aston Martin DB9 siguiendo a media distancia al 4x4 del sujeto de seguimiento. Comprobando matrícula.* Sientes un escalofrío. *¿DB9? No puede ser.* Subes la mano. Te aprietas con los dedos entre los ojos. *No puede ser.*

El coche de Christine aparece por el camino. Aparca junto a la entrada. Su verde silueta aparece en tus prismáticos. Rebusca en su bolso. Sea lo que sea lo que busca, no lo encuentra. Acerca la mano a la puerta metálica y la golpea, dos veces. Abren y desaparece en el interior.

Ves llegar el DB9, oyes el ronroneo de su motor; rueda lentamente frente a vosotros. Se encienden las luces de freno. Se queda quieto unos segundos. Contienes la respiración. Vuelve a ponerse en movimiento, gira y se acerca a la entrada. Casi al mismo tiempo llega la confirmación por la radio. *Vehículo registrado a nombre de Édouard DeauVille*. Miras a Bertrand. Él, que estaba observándote esperando tu reacción, gira el rostro hacia delante rápidamente. No te dice nada. No hace falta. Miras a través de los prismáticos. Ahí está, con vaqueros, con una cazadora de cuero, bajándose del coche. Mira dubitativo hacia los lados. Se acerca a la puerta. Saca algo del bolsillo del pantalón. Acerca la mano a la puerta, y la abre despacio. Mira al interior, antes de desaparecer también por ella.

No me jodas Édouard. Tú hasta tienes llave para entrar.

Bertrand te mira. *¿Estás lista?* te pregunta. Sigues mirando la puerta, pero tras unos segundos asientes. *Vamos allá,* le respondes. Da la señal por radio. *Todo el mundo a sus posiciones.* Arranca el

coche. Veis llegar dos furgonetas negras de la Police Nationale. Dos equipos esperaran en la puerta de *Les Ateliers* la señal para entrar. Bertrand lleva el coche hasta el enorme parking principal. Vosotros y otros dos equipos de cuatro hombres entraréis por el acceso al público; la parte más alejada. El plan es recorrer el interior de las instalaciones hasta encontrar la zona donde se reúnen. El resto de hombres cubrirán el perímetro exterior.

Coges la linterna y te bajas del coche. Asciendes la vista y te sorprende el tamaño de la gran estructura de hormigón. Aquello es como un descomunal hangar de aviones construido sobre el agua. La cubierta se eleva a unos ocho pisos de altura, donde retorcidas varillas de forjado nacen de las partes destruidas por los bombardeos. Desenfundas tu arma. Os acercáis a la enorme puerta de acceso. Los ocho agentes del cuerpo de intervención se reúnen con vosotros: ocho imponentes tipos de casi dos metros de altura, con aspecto militar, vestidos de riguroso negro excepto el casco azul, con el rostro tapado por pasamontañas, empuñando subfusiles MP5 con mira láser y silenciador. Un responsable del ayuntamiento os entregó las llaves por la tarde, así que Bertrand abre la cerradura y empuja lentamente la pesada puerta, deslizándola lo justo para dejar un hueco por el que podáis entrar.

Los ocho tipos son los primeros en acceder. En cuanto entras te das cuenta de la inmensidad de aquel lugar. Es como entrar en una catedral con once altísimas naves centrales. Los silos para los submarinos tienen unos cien metros de largo. Largas lenguas de agua turbia se internan desde el puerto recorriendo la estructura. Todo lo que te rodea es sucio y mugriento; el perfecto reflejo de tu estado de ánimo. Gruesos muros de un metro de espesor separan un silo de otro, y cada veinticinco metros un hueco abierto en el muro conecta los diferentes atraques. Huele a salitre y a óxido, un olor denso y penetrante. Cruzáis por la pasarela de madera construida sobre el primer silo para que el público pueda acceder a la zona de exposiciones. Hay flotadores de color rojo en las barandillas metálicas, preparados ante la posible caída de algún

turista. Sus bandas reflectantes brillan bajo la luz de vuestras linternas, como si os recriminaran el romper la paz de su descanso nocturno.

Camináis con sigilo por el pasillo entre dos de los silos, bien pegados a los muros de hormigón. Esta noche no llueve sobre Burdeos, pero allí dentro cientos de gotas se filtran por las grietas de la estructura y caen al agua salada emitiendo graves *plofs* que resuenan con el eco de la nave. Ves las oxidadas piezas de amarre en el suelo, que hace años sujetaron las maromas para evitar el desplazamiento de los submarinos atracados. Te fijas en las pintadas de las paredes: frases en alemán, mensajes de advertencia, supones, o indicaciones para las operaciones de amarre.

Al llegar al fondo del silo giráis a la derecha, hasta llegar a una impresionante puerta deslizante de doble hueco que debía ser la defensa de zona en caso de ataque. Está tan oxidada que parece que haya permanecido así, medio abierta, desde los años cuarenta. Al atravesarla entráis en un pasillo negro como la noche, y pronto llegáis a la primera bifurcación. Os comunicáis con gestos, y seguís el plan establecido sobre el plano. Medio equipo por un lado, medio equipo por el otro. Sigues a los cuatro tipos, Bertrand a tu espalda, cerrando el grupo.

Sientes el peso del arma en tu mano izquierda, la palma apretando con firmeza la culata. Mantienes el brazo paralelo al cuerpo, mientras con la mano derecha orientas la linterna. Caminas calculando cada paso, ajustando tu velocidad a los hombres que te preceden, dejando la distancia adecuada. Cada veinte metros encontráis puertas metálicas, aseguradas con grandes cerrojos desde fuera. Os detenéis en cada una de ellas. Os quedáis a la escucha. Continuáis caminando. Una nueva bifurcación aparece al final del pasillo: hay una vieja escalera metálica que asciende en la oscuridad. Os volvéis a separar. Dos hombres continuarán por el actual nivel. Otros dos subirán con vosotros al nivel superior.

Pisáis con cuidado cada escalón, intentando hacer el menor ruido posible. El olor es aún más denso en este nivel. La humedad se convierte en un manto incómodo y pegajoso. Agradeces llevar los guantes de cuero. El pasillo al que accedéis tiene el suelo y los muros negros como el carbón. Aquí hubo un voraz incendio años atrás. Hay partes desconchadas, y varillas de hierro retorcidas por el calor que surgen de las paredes como trampas cortantes. Las esquivas con cuidado, mientras os seguís internando en este oscuro infierno. Aparecen nuevas estancias, esta vez con las puertas abiertas. Los dos hombres que te preceden entran en ellas y las revisan, mientras Bertrand y tú cubrís el hueco de la puerta, cada uno pegado a la pared, bien atentos a los extremos del pasillo. Repetís el proceso en cada sala; sólo son viejos vestuarios llenos de antiguas taquillas olvidadas, llenas de polvo y herrumbre. Todo aquí huele a dejadez y abandono.

Llegáis a una nueva bifurcación. A partir de aquí, seguiréis Bertrand y tú solos. Le miras, y él asiente. No hace falta más comunicación. Tú vas primero. Ahora levantas la linterna e iluminas el camino. Y apoyas la culata de la pistola en el dorso de la mano. A donde apunte el haz de luz, apuntará tu arma. Caminas despacio, muy despacio. Atenta a cada ruido, a cada crujido, a cada goteo del agua; respiras lentamente, evitando que los latidos de tu corazón resuenen en tus tímpanos y lo ensordezcan todo. Cuando os acercáis a un giro del pasillo, te pegas al muro, y esperas a que Bertrand llegue. Y él se interna, mientras tú sacas la cabeza y el arma por la esquina para cubrirle. Y así proseguís, avanzando, intercambiando las posiciones en cada viraje, en cada entrada a las abandonadas salas que vais encontrando.

En uno de los giros, veis un ligero resplandor al fondo. Vuelves a mirarle. Notas la tensión en su mandíbula. Apagáis las linternas, y camináis lentamente. El pasillo finaliza en una iluminada nave de la que no sólo surge luz, sino también el sonido de unas voces. Las paredes de uno de los laterales del pasillo se transforman en pequeños muros de un metro de altura. La luz es cada vez más

potente; ya os ilumina. Las voces son más claras. Os agacháis y camináis en cuclillas, bien pegados al muro. Desde allí ves la parte alta de la nave, una estructura de vigas metálicas de la que cuelgan las viejas lámparas que la iluminan. Os quedáis agachados, pegados al muro. Ahora reconoces la voz que viene de abajo; es Schneider.

Esto ha sido toda una sorpresa, le oyes. Miras a Bertrand. Y muy lentamente, te yergues. Elevas tu cabeza por encima del muro, y miras un segundo a la parte de abajo antes de volver a esconderte. Es una vieja sala de maquinaria. Hay varios viejos motores diseminados por ella, y un montón de armarios metálicos pegados a las paredes. Hay una mesa de madera en el centro. Schneider está de espaldas, medio sentado en ella.

Vuelves a ascender la cabeza, sólo un segundo. Vale, hay cuatro tipos más. Enormes. Cuadrados. Cerca de los armarios, mirando hacia Schneider. Muy parecidos a los que viste armados dentro de L'Ambivalence. Uno tiene el brazo en cabestrillo. Seguramente sea el que heriste en la noche del robo al Château. Levantas cuatro dedos ante Bertrand. Él asiente. Coloca el dedo sobre el pulsador de la radio y se queda a la espera. Vuelves a oír la voz de Schneider. *Así que guardaba otras dos botellas, Monsieur DeauVille. Qué callado se lo tenía. ¡Château DeauVille 1936!* Bertrand aprovecha el momento para ocultar bajo la voz su susurrante mensaje: *Localizados. Sala 4A*. Eso será suficiente para que el resto del equipo se aproxime y se centre en rodear la estancia en ambos niveles, y se quedarán a la espera hasta que deis la señal de entrar.

Vuelves a echar un rápido vistazo. Pero esta vez no te gusta lo que ves. Y alargas el segundo antes de volver a agacharte. Édouard está sentado en una silla frente a Schneider. Tiene las manos a la espalda. Christine está de pie detrás de él. Haces un gesto a Bertrand. Si camináis agachados bordeando el muro hasta el lateral contrario, os podréis asomar de espaldas a todos ellos, y habrá menos posibilidades de que os vean. Te sigue mientras lentamente te deslizas pegada al murete. Vuelves a asomarte en la nueva

posición. Édouard tiene las manos atadas con una brida. Sobre la mesa hay dos botellas de vino. *No está implicado, no está implicado*, repites en tu mente. *¿Pero qué demonios hace aquí?*

No le importará que las abra, ¿verdad? escucháis al alemán. *Un buen vino es para beberlo así, entre amigos*. Cada palabra destila ironía. Le oyes descorchar la botella, y verter el vino en una copa. Esperas. Supones que lo está catando, que lo está bebiendo. Pero lo siguiente que oyes es cómo lo escupe, cómo lanza la copa al suelo y el cristal estalla en pedazos. Te levantas para mirar justo en el momento en que grita un *¡Pero qué mierda es esto!* Le ves inclinar la botella, verter el vino al viejo suelo de cemento, y mirar en su interior. Ves la furia recorrerle el cuerpo. Ves cómo lanza la botella contra la pared, que se rompe con el impacto. Saca una pistola bajo su americana y se acerca a Édouard.

Esta vez no te agachas. Te quedas quieta, muy quieta, sin perder detalle, expectante. Aprietas la culata del arma y levantas la mano lentamente. Bertrand lo ve y se gira, dispuesto para incorporarse con rapidez y disparar si es necesario. *¿A quién pensaba engañar? ¡Valiente estúpido!* grita Schneider colocando su rostro a pocos centímetros de Édouard. *¿Para eso ha venido aquí? ¿Pensaba que podía entrar y no íbamos a descubrirle?* Su gesto se transforma en una mueca de asco, levanta el brazo y asesta a DeauVille un tremendo golpe en la cabeza con la culata de la pistola. El cuerpo de Édouard cae violentamente al suelo. Christine grita un afectado *No*, y hace el amago de inclinarse, pero Schneider la agarra de la muñeca, tira despiadadamente de ella y le propina un sonoro bofetón en la mejilla. *Y tú te has dejado seguir, te has dejado engañar. Nunca aprendes, por más que te quiera enseñar, nunca aprendes.* Ella le mira con terror en los ojos. El alemán hace un gesto a uno de los enormes tipos; se acerca y le asesta a Édouard una terrorífica patada en las costillas. El grito que emite ante el impacto te hiela la sangre. Te agachas y apoyas la espalda en el muro. Cierras los ojos. Oyes otra patada, y otra, y un espeluznante alarido detrás de otro. Abres los ojos y buscas a Bertrand. *Hay que*

actuar ya le dices con la mirada. Él coge el pulsador de la radio para emitir la orden, pero antes de que accione el interruptor, volvéis a oír la voz del alemán.

Coge a esta basura y pégale un tiro. Después, tíralo al agua. Mañana tendremos un bonito titular en los periódicos: Famoso dueño de Château de Burdeos aparece flotando en el puerto con un tiro en la cabeza.

Te asomas. El enorme tipo levanta a Édouard del suelo con una sola mano, agarrándole del cuello de la cazadora de cuero. El golpe con la culata le ha abierto la ceja, y el reguero de sangre le cubre medio rostro. Está atontado, abotargado por el dolor de los golpes. Le cuesta mantenerse en pie, le cuesta andar; mantiene las manos atadas a la espalda mientras es empujado hacia una de las salidas de la sala. Cuando desaparece por ella miras a Bertrand con gesto desesperado. *Ve, ve, ve*, te susurra con urgencia. Da igual, ya estabas poniéndote en movimiento, ya estabas gateando con rapidez pegada al muro, regresando al pasillo por el que habéis venido.

Tienes que bajar al nivel inferior lo más rápido posible. Tienes que encontrar el camino de regreso a los silos antes de que aquel maldito capullo ejecute la orden recibida. Corres por el oscuro pasillo lo más rápido que puedes. El haz de la linterna se mueve nervioso de un lado a otro. Bifurcación a la izquierda. Zona del incendio, sorteas los hierros retorcidos, encuentras las escaleras. Antes de bajar apuntas con el arma, y oyes el sonido de tus botas al pisar cada escalón. Ha empezado a temblarte la mano, ha empezado a temblarte el brazo. *Venga Oteiza, venga. Tienes que encontrarles, tienes que encontrarles.*

Caminas deprisa, pero miras con cuidado antes de girar en cada recodo. Ya estás en el nivel inferior, tienen que estar cerca. Llegas a la enorme puerta oxidada de doble hueco, y sales a la inmensidad de los silos. Apagas la linterna. Te cubres en el primer muro. Agudizas la vista y el oído. *¿Dónde demonios están?* Pasas a cubrirte

en el siguiente muro. Y después al siguiente. Y entonces les ves. Una gran sombra que empuja a otra, que camina por el último silo, entre la pared y las cuerdas raídas que formaban la vieja barandilla. El maldito cabrón quiere asestarle el tiro mortal junto a la salida al puerto. No te va a dar tiempo a llegar por detrás. *Piensa, Oteiza, piensa.* Intentas tragar saliva, pero tienes la boca seca. *Venga, Oteiza, venga.*

Te internas en el penúltimo silo. Caminas por él paralela a ellos, sin perderlos de vista. Te ocultas tras el muro que los separa, y pasas rápido cuando llegas a los huecos abiertos, para mantenerte oculta el máximo posible. Hay quince metros de agua entre vosotros. Un leve resplandor de la iluminación portuaria entra por las bocanas y te permite ver en la penumbra los escombros del suelo. Las piezas de atraque, los trozos de hormigón, las viejas maromas abandonadas, que esquivas con cuidado para no tropezarte.

Las dos sombras llegan al final. Te agachas en el último hueco. Con la rodilla en el suelo y el hombro apoyado en el hormigón, apuntas con el arma. Pero ahora las dos sombras son una sola, y no ves claro el objetivo. No puedes disparar así. Puedes darle a Édouard. *Mierda, mierda, mierda*. Ves cómo saca el arma, oyes cómo acciona la corredera. *Mierda, mierda, mierda. Muévete capullo, ponte a tiro. Hijo de puta, ponte a tiro.*

Y entonces ves una enorme pieza metálica colgando de la pared. A pocos metros detrás de ellos. Parece un viejo transformador de corriente, medio descolgado y olvidado. Cambias el arma de mano, y buscas en el bolsillo, rápido, muy rápido. Sacas la piedra de grava blanca, y sin darte tiempo ni a pensar, la lanzas hacia aquella pieza metálica. Mientras viaja por el aire dejas de respirar. Si rezases, ahora estarías emitiendo una plegaria porque llegue a su destino. Y lo hace; la piedra golpea el metal, y el *gong* que emite hace que el tipo se gire; apunta con el arma en esa dirección intentando vislumbrar en la oscuridad. Un segundo, quizás dos, tiempo de sobra. Tiempo de sobra para levantar tu HK,

aguantar la respiración, apuntar, y disparar. Un tiro. Dos. Bien centrados. Rompen el silencio, viajan por el eco de la nave, impactan en la enorme sombra. Y la sombra se sacude, se inclina, y cae al agua sucia. Coges aire. Édouard se desploma, cae de rodillas. Agacha la cabeza. Y te levantas y sales corriendo, volviendo atrás en el silo, pasando al siguiente, y das grandes zancadas; nunca corriste como en este preciso instante; corres, corres, corres, y ya estás, ya estás cerca de él, ya estás junto a él.

El enorme tipo flota en el agua, boca abajo. Te arrodillas frente a Édouard. Pones la mano en su mentón y le levantas lentamente el rostro. Su ojo izquierdo está prácticamente cerrado por la sangre que ha comenzado a coagularse a su alrededor, pero te mira, y te ve, y te reconoce, y aparece en sus labios el atisbo de una sonrisa, y oyes un *Anne* que te alivia el alma, que te quita la losa de los hombros. *¿Estás bien?* le preguntas. *Ahora sí*, te responde.

51

La noche se llenaba con los intermitentes reflejos azules y rojos de los numerosos coches patrulla que se habían acumulado en el parking de la entrada principal. La ambulancia había estacionado cerca del monumento a los republicanos españoles caídos durante la construcción de la base, y una enfermera aplicaba las primeras curas a la maltrecha frente de Édouard, que, con la camisa llena de sangre, estaba sentado en la parte trasera del vehículo médico.

Oteiza comprobaba las numerosas cajas con botellas históricas que los agentes estaban extrayendo del interior. Allí estaban todas las piezas robadas; la mayor parte estaban vacías, mostrando bajo sus etiquetas los códigos numéricos. Bertrand y el resto del equipo de intervención habían hecho una entrada limpia y coordinada. Ni Schneider ni sus hombres habían podido oponer resistencia alguna. La inspectora miró hacia la ambulancia y vio cómo la enfermera dejaba solo a Édouard, apretándose con fuerza un buen taco de gasas sobre la ceja.

—¿Cómo estás? —le preguntó al llegar a su lado.

—Como si me hubiesen dado una paliza —contestó con una media sonrisa—. Me han dicho que me llevarán al hospital. Tienen

que realizarme varias pruebas para ver si tengo alguna costilla rota o algún órgano interno dañado. Y para comprobar si todo sigue funcionando bien aquí dentro —añadió señalándose la cabeza con la otra mano.

Oteiza se quedó frente a él con los brazos en jarra.

—No creo que vaya peor de lo que ha funcionado últimamente. Édouard, ha sido una estupidez venir aquí sólo y exponerte de esta manera —exclamó con seriedad.

—Anne, siento mucho lo que te dije ayer. No fui capaz de aceptar la implicación de Christine, y la pagué contigo. Me porté como un imbécil. Lo siento muchísimo. Fue muy duro verte ir del Château; se me partía el corazón mientras te veía por la ventana esperando bajo la lluvia. Pensé que te había perdido; que no ibas a querer volver a verme nunca más. Y no podía soportarlo. Me quedé reflexionando sobre todo lo que me habías dicho sobre Christine, y me di cuenta de que tenías razón sobre tus sospechas.

DeauVille cogió aire para seguir hablando y sintió un ramalazo de dolor en el pecho. Tuvo que detenerse unos segundos.

—Y no se te ocurrió otra cosa que llamarla. ¿Para qué? ¿Qué era eso tan importante que tenías que contarle? —le preguntó ella.

—Si me había traicionado de esa manera, debía de comprobarlo por mí mismo. Y tuve una idea: acudí al pueblo y pedí a la imprenta con la que trabajamos que me imprimiesen dos etiquetas de Château DeauVille 1936. Compré un par de tetrabricks del peor vino que pude encontrar. Lo embotellé y le coloqué las etiquetas. Bajé a la cueva y las emborroné con polvo de más de cuarenta años. Parecían realmente antiguas.

Se retiró la gasa de la ceja; sus ojos resplandecían al narrar la argucia planeada. Oteiza no se dejó llevar esta vez por su brillo hipnótico; siguió frente a él con el semblante serio. Le agarró la mano y se la llevó de nuevo a la frente.

—Sigue apretando —añadió—. Y sigue explicándote.

—Cuando llegó le comenté que había encontrado esas botellas. Que tú estabas en Burdeos, en la comisaría; que no habías hecho ningún progreso y que estabais totalmente atascados en la investigación... y que me parecía buena idea que ella las examinase.

Que se las llevase tranquilamente, para realizar un completo examen enológico al vino. La invité a quedarse un rato, abrimos una botella y charlamos. De la vendimia, de su abuelo, de Madrid, de San Sebastián... lo que iba surgiendo durante la conversación me confirmaba aún más las sospechas, tus sospechas.

Volvió a detenerse unos segundos para coger aire. Oteiza había cruzado los brazos mientras seguía mirándole con el ceño fruncido.

—En un momento relajado de la charla, le pregunté por su vida amorosa; si había conocido a alguien especial últimamente... me dijo que sí, que llevaba unos meses de relación con un hombre, alguien conocido e importante, con quien había coincidido en varios eventos en las bodegas de la región de Mosela, en Alemania. Un par de copas de vino después me confesó que era una relación extraña; pasional y adictiva, pero con muchos altibajos, y que él era muy celoso y posesivo. No me lo dijo abiertamente, pero sí me dejó entrever que incluso se había excedido físicamente con ella.

Édouard volvió a bajarse las gasas y la miró fijamente.

—¿Recuerdas cuando la vimos con el ojo morado a nuestra llegada a Burdeos?

Oteiza asintió e hizo el amago de volver a levantarle la mano, pero DeauVille se apretó obedientemente de nuevo la ceja.

—No hizo falta que me dijese mucho más para confirmar la sospecha de que estaba con Schneider. Le dije que ella no se merecía estar con un tipo como el que estaba describiendo, pero me dijo que no podía dejarle. Ahora no. Aprovechando una visita al baño le registré el bolso. Encontré un llavero con un águila, y se lo robé. No sabía qué abría ni de dónde era, pero pensé que quizás me fuera de ayuda al día siguiente; tenía planeado seguirla fuera a donde fuera con las falsas botellas. Durante el día la tuve controlada en el Château; le asigné todas las tareas y comprobaciones que pude en el viñedo. Y al caer la tarde, cuando cogió el coche, la seguí. Y acabé aquí. Probé con las llaves, y bingo.

—Y casi te matan.

—Está claro que no valgo para policía —añadió con un suspiro que esta vez sí hizo sonreír tímidamente a Oteiza—. Intenté ocultarme en el interior, pero un tipo enorme de esos me vio

enseguida mientras recorría los pasillos. Y Schneider no tardó nada en reconocer el vino de tetrabrick. Es normal. No hay peor cosa en el mundo.

Édouard se quedó mirando al suelo, y ante el silencio de Oteiza, levantó la vista para mirarla. Sonreía mientras negaba levemente con la cabeza.

Incorregible.

—Bueno —apuntó ella—, desde luego tu argucia sirvió para algo: les forzaste a reunirse aquí esta noche, cuando habíamos decidido estar alerta por si lo hacían.

Por la puerta principal salieron varios hombres del cuerpo de intervención, escoltando a dos miembros del departamento forense que empujaban una camilla. Oteiza bajó el rostro cuando se dio cuenta de que era el cuerpo inerte del hombre al que había disparado. Sabía que aquello le traería nuevas pesadillas; nunca había disparado a nadie, y nunca había tenido que acabar con la vida de alguien. Pero no había tenido opción.

Édouard se dio cuenta de cómo caía sobre ella una manta oscura y fría.

—Hey —dijo para llamar su atención—. Gracias, por salvarme. Si no hubiera sido por ti, quien iría en esa camilla tapado con una manta sería yo.

Oteiza asintió, pero no dijo nada. Siguió con el rostro hundido.

Édouard se apartó las gasas, la agarró del chaleco antibalas y le obligó a acercarse un poco más a él.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer ahora? —le preguntó con un susurro. Ella negó con la cabeza—. Me encantaría poder acercar mi mano a tu rostro. Te apartaría ese rebelde mechón de pelo que se atreve a caer sobre tus ojos. Te lo colocaría suavemente detrás de la oreja. Y Dios, Anne... te besaría como nunca antes lo he hecho.

Durante unos segundos no pudo separar la vista de sus ojos; la electricidad estática comenzó a viajar entre ellos, y de nuevo ahí estaba, la fuerza gravitatoria; sus rostros estaban muy cerca, peligrosamente cerca. Sintió un calor intenso en las mejillas y tuvo que esforzarse por mantener el control. Ya le había comprendido, ya le había perdonado; le hubiera encantado dejarse llevar, pero aquel

no era ni el momento ni el lugar. Se separó y volvió la vista hacia el grupo de agentes, para comprobar si alguien había visto aquel *acercamiento*.

Bertrand salía por la puerta principal. Tras él aparecieron Schneider y Christine, caminando con las manos esposadas hacia una de las furgonetas. Ahora fue Édouard quien bajó el rostro, cuando no pudo soportar el encuentro con los tristes ojos de la enóloga.

Cuando el inspector cerró la puerta trasera del furgón, se giró y les vio en la ambulancia.

—¿Cómo se encuentra Monsieur DeauVille? —preguntó al llegar.

—Bien. Dentro de lo que cabe.

Bertrand sonrió. Desde el principio había sospechado de él, y si no había actuado antes, había sido por Oteiza. Y en su fuero interno, la idea de que DeauVille hubiera conquistado su corazón le repateaba, y mucho. Así que ya que no estaba implicado, consideró aquella tunda de golpes como algo de justicia poética. No era honesto el pensarlo, pero sí era un bálsamo ante la idea de que le había ganado la partida con ella.

La enfermera se acercó para recordarles que debían de partir cuanto antes hacia el hospital. Édouard ya se estaba subiendo a la ambulancia cuando Bertrand volvió a hablar.

—Monsieur DeauVille, he recibido la solicitud de detención del juez de Marsella. Nos ha pedido que le traslademos mañana mismo para tomarle declaración, y, lo más seguro, le pondrá en prisión preventiva hasta la realización del juicio. Avise a su abogado para que se traslade a Marsella. Debería detenerle ahora y mantenerle bajo custodia hasta su traslado, pero teniendo en cuenta que esta noche será intensa en comisaría, que usted debe visitar el hospital, y que el riesgo de fuga es mínimo...

Se giró para mirar a la inspectora.

—Llévale mañana antes del mediodía ¿de acuerdo? El avión a Marsella sale a última hora de la tarde.

Oteiza asintió y se quedó mirando cómo Bertrand regresaba al grupo de coches patrulla.

Gracias Philippe.

—Un momento —gritó Édouard cuando ya estaban cerrando la puerta de la ambulancia—. ¿Y mi DB9?

—Trae las llaves —contestó ella desde fuera con una sonrisa—. Yo me encargaré bien de él.

52

Caminó bordeando la base hasta la entrada donde estaba aparcado el Aston Martin. A cada paso que daba se sentía más liviana. Por fin había terminado aquello, y quizás, si el destino era benevolente, el panel de *Los Jueces Justos* podría estar cerca de ser encontrado. Pero lo que más le aliviaba era haber dejado de sentir aquella presión en el pecho; él no estaba implicado, no lo había estado nunca. Ahora estaba segura de ello.

Se sentó en el asiento del conductor, y lo primero que percibió fue su olor. Su perfume mezclado con su esencia, predominando sobre el aroma a cuero. Sonrió al sentirse envuelta en él. Ajustó el asiento, apretó el botón de encendido y el motor emitió su ya conocido rugido. Se detuvo en el primer semáforo al salir del puerto; activó el sistema de cambio con levas y metió primera, y en cuanto la luz se puso en verde, pudo sentir bajo su pie derecho toda la potencia. Aquello no era como su *Monster*, pero se le parecía mucho; la hizo vibrar, y le provocó una descarga de endorfinas que volvió a hacerla sonreír mientras atravesaba velozmente la noche de Burdeos.

La comisaría bullía de actividad; todas las salas de interrogatorio estaban completas, y varios agentes del departamento de Bienes Culturales ya se habían puesto a la tarea descifrando los códigos de las botellas.

Le gustó ver que, a pesar de la urgencia que mostraban por descubrir el significado que contenían, trataban con extremo y pulcro cuidado las ancianas hojas del bello ejemplar de *Les Trois Mousquetaires.*

Dejó el chaleco antibalas sobre una mesa y preguntó por Bertrand; siguiendo las indicaciones, le encontró en la pequeña sala de grabaciones situada entre dos de los habitáculos de interrogatorios. En uno de los laterales, tras un ventanal que era un falso espejo por el otro lado, se encontraba Michael Schneider, respondiendo con reticencias a las preguntas de dos agentes. En el lado opuesto, la ventana mostraba a una colaboradora Christine que respondía sin dudar a todo aquello que le era preguntado.

—¿Qué tal va todo? —preguntó a Bertrand, que sentado frente a los monitores de vídeo que estaban grabando ambos interrogatorios, tomaba notas sin cesar.

—Bien, vamos bien. Sobre todo con Mademoiselle Chavenon. Está confirmando todas nuestras sospechas. Schneider ha sido la cabeza pensante de todo el plan, y se ha servido de ella en varias ocasiones. Creo que en realidad no sabía dónde se estaba metiendo, o no ha sabido reaccionar ante todo lo que se le ha venido encima. Parece muy afectada, o quizás hacerse la víctima sea su estrategia para intentar exculparse, no lo sé. Mañana le haremos pasar un reconocimiento psicológico.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Oteiza mientras miraba a Christine a través del cristal.

—No, tranquila. Está todo controlado.

—¿Qué tal fue todo cuando entrasteis en la sala de la base?

—Como la seda. Estos tipos de intervención hicieron un trabajo magnífico. Tomaron posiciones alrededor de la estancia y en cuanto

di la orden, entraron y no dieron ninguna opción a los hombres de Schneider. Ni un sólo tiro, ni un sólo herido.

—Excepto el tipo que acabó flotando en el agua —añadió Oteiza con amargura.

Bertrand dejó de mirar las pantallas y se giró hacia ella.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó tras unos segundos.

—Lo llevo. Lo que no sé es cómo lo llevaré después. Nos preparan para esto, pero en realidad nunca estamos preparados.

Bertrand se levantó de la silla y se acercó a ella.

—Puedes contar conmigo para todo lo que necesites, lo sabes ¿verdad?

Oteiza se giró y le miró a los ojos. Y sintió la necesidad de abrazarle.

—Lo sé Phillipe. Gracias —dijo sobre su hombro.

—Y ahora vete —añadió el inspector separándose del abrazo—. Aprovecha las horas que te quedan —concluyó con un torpe guiño que la hizo sonreír.

—Pero manténme informada. Quiero saber el resultado del desencriptado de los códigos; envíamelo en cuanto lo tengas ¿vale?

—A sus órdenes inspectora —contestó Bertrand cuadrándose y llevándose la mano a la frente a modo de oficial saludo policial.

Aquello volvió a hacerla sonreír, y aún seguía haciéndolo mientras salía por la puerta y bajaba los escalones de dos en dos hacia la salida.

Aparcó en la puerta del hotel, subió rápidamente a la habitación y volvió a apretujar la ropa para meterla en la maleta. Pagó la cuenta y enfiló el rugiente DB9 en dirección al hospital.

53

Encontró a Édouard en uno de los box de urgencias, sentado en el borde de una camilla. Le habían pegado un aparatoso apósito sobre la ceja y mostraba una enorme venda compresiva alrededor del torso. Intentaba torpemente ponerse la ensangrentada camisa. Sonrió en cuanto la vio aparecer por detrás de la cortina.

—Déjame ayudarte —dijo ella acercándose para orientarle a meter los brazos por las mangas. Édouard emitió un par de bajos lamentos al moverse—. No seas tan quejica —añadió ella sonriendo —. Y bien, ¿cuál es el diagnóstico?

—Cinco puntos en la ceja, dos costillas fisuradas, contusiones varias. Por lo demás, todo sigue en su sitio. Y me han dado unas drogas buenísimas. Le aviso que estoy algo colocado, inspectora. No me haga caso por lo que diga, o por lo que haga.

—Lo tendré en cuenta. O quizás no —comentó mientras comenzaba a atarle los botones de la camisa—. Y que sepas que es mucho más divertido desnudarte que vestirte.

Subió la vista y se encontró con sus juguetones ojos.

—Y te has perdido el verme con una bonita bata azul con la que he ido enseñando el trasero por todo el hospital.

—Una auténtica lástima.

Siguió atando los botones. Uno más. Otro más.

De vez en cuando le miraba a los ojos, para comprobar que seguía ahí, con ella, y cada vez que lo confirmaba una ola de calor le surgía del corazón y la envolvía. Él posó las manos en sus caderas, acariciándole la cintura con los dedos. Quería tocarla, quería comprobar que estaba con él, que le había perdonado. Apenas los deslizaba unos milímetros, pero ella notaba la ya inconfundible descarga eléctrica recorrer todo su cuerpo.

—¿Puedo hacerlo ya? —preguntó él cuando Oteiza llegó al último botón.

—¿El qué?

—Besarte.

Pero fue ella quién le rodeó el rostro con las manos, y atrapó sus labios entre los suyos en un beso dulce, lento y prometedor.

Cuando se separó, él seguía con los ojos cerrados.

—¿Vamos a casa? —preguntó Oteiza con un susurro sobre su aliento.

Édouard abrió los párpados lentamente.

—Sí, por favor.

54

Condujo con lentitud y cuidado. En cada rotonda, él agarraba con fuerza el asidero de la puerta, y apretaba los dientes para aguantar el dolor en el torso. En cada badén ella reducía la velocidad, y le miraba de reojo, observándole aguantar la respiración hasta que el coche reanudaba el camino por el liso asfalto.

Le ayudó a bajar del DB9 junto a la puerta del Château, y en cuanto entraron en la biblioteca, Édouard se desplomó sobre el sofá de cuero con un profundo suspiro.

—¿Puedes encender el fuego? —preguntó él. Tras el frío hospital, los calmantes, y el doloroso viaje de retorno, sentía todo el cuerpo destemplado.

Ella asintió y se acercó a la chimenea. Apiló varios pellets y colocó encima dos gruesos troncos de leña. Los cilindros de madera prensada prendieron rápido, feroces, ávidos por consumirse, y la luz del fuego iluminó cálidamente la estancia.

Caminó hasta el dormitorio de Édouard y cogió del armario una abrigada camiseta de manga larga. Cuando regresó él estaba con los ojos cerrados.

—Hey, no te duermas todavía. Antes hay que quitarte esa ropa llena de sangre.

Oteiza se arrodilló frente a él y le quitó la cazadora de cuero. Soltó la camisa, y él se dejó hacer, aguantando esta vez el dolor sin soltar un sólo quejido.

—Muy bien, chico duro —añadió ella con una sonrisa al terminar de ajustarle la camiseta—. ¿Sabes qué me gustaría hacer ahora?

Él la miró intentando componer un gesto de picardía que se quedó a medio camino.

—A mí también me encantaría, pero me temo que no estoy en las mejores condiciones —apuntó hablando con la lentitud de la morfina corriendo por su sangre.

—No me refería a eso. Me apetece muchísimo una copa de vino.

—Has venido al lugar adecuado.

—¿Sí? ¿Crees que encontraré alguna botella en la casa?

—Seguramente un par de ellas.

Ella sonrió y se puso en pie.

—En la cocina tienes la botella que subimos de la cueva. La cosecha de tu año, ¿te acuerdas? La del 78 —apuntó Édouard mientras ella ya salía de la habitación.

Regresó con la botella y una sola copa; se quitó las botas y el jersey. Se remangó la camiseta; el calor del fuego ya estaba templando la estancia. Se sentó junto a él y vertió el vino en la copa. Se la acercó a la nariz e inspiró con lentitud.

—Muy aromático, totalmente Cabernet. Mmmm... Grosellas negras, sin duda.

Dio un sorbo y lo paladeó. Édouard no dejaba de observarla.

—Delicioso. El eco del sabor perdura. Intenso y suntuoso. Y con unas notas de café.

—Te quiero —le soltó él, cuando ella aún estaba saboreando el segundo sorbo. Casi se atraganta.

—Sí que estás colocado ¿eh? —añadió al borde de la risa, mientras se retiraba con los dedos una gota de vino que pretendía escaparse por la comisura de sus labios.

Él sólo consiguió sacar una tenue sonrisa.

Iba en serio, Anne. Iba en serio.

—Perfecta cata, inspectora. Sorprendente. Ha aprendido mucho en muy poco tiempo. Es una alumna excelente —dijo él con su somnolienta y drogada voz.

—He tenido un buen maestro.

Sonriendo, y sin dejar de mirarle, se acercó la copa a los labios para dar un nuevo trago.

—Déjame probarlo —apuntó él levantando la mano.

—Pero sólo un sorbo, ¿eh? Si al cóctel de analgésicos que llevas le sumamos el alcohol, a saber qué tonterías más acabas diciendo.

Édouard se esforzó por sonreír; aspiró los aromas de la copa y bebió.

—Maldita clasificación napoleónica. Esto se merece denominarse Premier Cru, y no Deuxième. ¡Es una auténtica maravilla!—Hasta él mismo parecía sorprendido por lo bien que había envejecido el vino —. Cómo se nota que fue una cosecha tardía. Un gran vino de un gran año —concluyó devolviéndole la copa.

Oteiza volvió a beber, se reclinó en el respaldo de cuero, y estiró las piernas colocándolas sobre la mesa. En cuanto su cuerpo tomó contacto con el sofá, todos sus músculos se volvieron gelatina. Todos y cada uno de ellos parecieron desconectarse. Por fin estaba soltando la tensión de los últimos días. Édouard se quedó observándola; y de repente vio cómo empezaba a caer de nuevo; la mirada perdida en la copa de vino; sus ojos anegados en una gris penumbra. Su cuerpo aquí presente, su mente comenzando el viaje a algún lugar muy oscuro.

Regresa Anne. No vuelvas a recordar el dolor. No pudiste hacer otra cosa, no tuviste opción. Estoy aquí, siénteme. Déjame comprenderte. Déjame ayudarte. Déjame estar a tu lado.

Haciendo un gran esfuerzo, Édouard se acercó un poco más a ella. En el fondo no sabía qué decirle. Desde el primer día que la conoció, había estado aprendiendo. Quería aprender a ser fuerte por ella. Con ella. Para ella. Quería aprender a convivir con sus pesadillas. A mirar a los ojos a sus demonios. A devolverles la mirada. Y quería que supiese que ya nunca estaría sola en la batalla. Ella tenía que saberlo.

Se quedó a su lado, en silencio. Unos segundos, hasta que ella le percibió observándola, y giró su rostro, aturdida, como si hubiera desconectado de este plano de la realidad, y hubiera despertado de repente en un extraño mundo.

—No tienes que pasar por esto sola. Estoy aquí —le dijo con un susurro.

Ella se acercó a él con un movimiento lento, felino. Con la mirada baja, aproximó su rostro, cerró los ojos, y acarició con su nariz la mejilla de Édouard. *Lo sé*. Un susurro. Provocando que en él los párpados se cerrasen. Y le besó, lento y suave, y sintió que ya nada volvería a ser como antes; estaba empezando a dejarse cuidar, y con él, era más sencillo de lo que esperaba. Era simple y maravillosamente natural. La revelación le produjo vértigo, pero ya no le infundía terror como en otras ocasiones. Sintió que era como tenía que ser.

Él la miró a los ojos, y pareció que la miraba por primera vez, y con lentitud la recorrió con sus besos. La besó en la frente, la besó en los párpados, la besó en la mejilla, la besó en la nariz, la besó en los labios.

Y la paz que sintió se alió con el cansancio, y con los calmantes, y ella le inclinó hasta tumbarle en el mullido sofá, apoyando su cabeza en los muslos. *Descansa*, oyó él, mientras sentía sus dedos deslizarse por su cabello; y ella perdió la vista capturada por el hipnótico fuego, y le conmovió la repentina y sorprendente sensación de sentirse en *casa*, de sentir el calor de un hogar; algo que hacía mucho tiempo que no sentía, tanto que había creído no volver a poder sentirlo nunca.

Oyó la vibración de su teléfono móvil. Se inclinó y lo extrajo del bolso, olvidado al pie del sofá. Deslizó los dedos por la pantalla, y descubrió el mensaje de Bertrand.

Hemos descifrado todos los códigos. Este es el resultado:
Sainte Dame, Mère tendre et forte,
Aide-nous en ces temps sombres,
Protège les Juges intègres;

Le mystère de cette sagesse,
Invisible aux yeux des orgueilleux,
Est révélé aux humbles.

—Édouard.

Él emitió un sordo gemido como contestación.

—Ya está descifrado el mensaje que contenían las botellas.

—¿Y qué dice?

Édouard se giró con esfuerzo, y aún con la cabeza apoyada en sus piernas, la miró esperando la respuesta.

—Santa Dama Madre tierna y fuerte, ayúdanos en estos tiempos oscuros. Protege los Jueces Justos; el misterio de esa sabiduría es invisible a los ojos de los orgullosos, y se revela a los humildes.

—Parece una plegaria.

—Es una plegaria.

—¿Y qué puede significar?

Oteiza no contestó. Se quedó mirando la pantalla, leyendo las líneas una y otra vez.

—¿La has oído en alguna otra ocasión? ¿O leído? —le preguntó mientras volvía a deslizar distraídamente los dedos por su pelo.

—No que yo recuerde.

—Tu abuela guardaba el libro que lo desencripta, y dos de las botellas. Su papel en la Resistencia fue fundamental. Quizás tenga algo que ver con ella.

—Lo siento Anne, no sé a qué se puede referir. Y mi abuela no era una mujer muy religiosa que digamos.

Oteiza soltó un bajo bufido de frustración.

—Pensaba que el mensaje sería más directo y claro; que nos indicaría dónde se encontraba el panel de los Jueces Justos.

—Quizás lo indique, pero no sabemos cómo —añadió Édouard volviendo a cerrar los ojos.

Ella no pudo separar la vista de la plegaria. Tenía que tener algún significado. Tenía que ser algo más de lo que se leía a simple vista.

¿Y si esas son las palabras, pero no están en el orden correcto?

Copió el mensaje y lo pegó en el bloc de notas del teléfono. Fue moviendo las palabras, cambiándolas de orden, probando cómo encajan formando diferentes frases, pero ninguna de las que obtuvo tenía un significado lógico.

¿Qué demonios quiere significar esta plegaria?

¿Tendrá relación con la abuela de Édouard, con su papel en la Resistencia, con su vida? ¿Qué fue su vida? Sin duda su tierra, sus viñedos, sus vinos. Siempre fue Château DeauVille, antes, durante, y después de la guerra.

Bloqueó el teléfono y lo dejó sobre el sofá.

Se quedó mirando el fuego.

Santa Dama Madre tierna y fuerte, protege los Jueces Justos.

Santa Dama Madre tierna y fuerte.

Santa Dama.

Repasó mentalmente todo lo que había escuchado durante estos días sobre la lucha de los viticultores por salvaguardar sus viñedos, sus vinos. Repasó las visitas a Château Monfort, Château Ribet, Château Lavergne, Château Chavenon. Repasó todas las historias que le habían relatado. La ocultación de las familias judías en los sótanos, las peripecias para sacarles con seguridad del país, los aterrizajes nocturnos sobre los viñedos de suministros y de armas para la Resistencia. La falsificación de los documentos para evitar los traslados de trabajadores a las fábricas alemanas. La información de los pedidos de vino para las tropas alemanas, tan útiles para los aliados para saber los movimientos del ejército del Furher. El diario de la abuela de Édouard, el aviador derribado. Las estratagemas para ocultar las botellas: en estanques, bajo las tierras labradas, bajo los cobertizos de heno, la construcción de muros para esconderlas tras la piedra y los ladrillos. Los muros. Los muros.

Y entonces apareció una imagen en su mente que le aceleró el corazón.

Lo siento, lo siento, lo siento.

Podría ser. Puede ser.
Santa Dama Madre tierna y fuerte, protege los Jueces Justos.

—Édouard.
Él no respondió, respiraba calmado y profundo, en los inicios de un profundo sueño.
—Édouard.
No reaccionó.

Tengo que comprobarlo. Ahora.

Se deslizó con cuidado en el sofá, y colocó un cojín bajo la cabeza de Édouard, que continuaba profundamente dormido. Le tapó con una manta, se arrodilló junto a él y se quedó observándole unos instantes.

Tengo que bajar a la cueva.

55

Recorres los pasillos de la bodega de toneles con paso rápido. Caminas agarrando con las dos manos la pesada maza que acabas de recoger del almacén de herramientas. Bajas la rampa de la cueva, y al accionar la luz, aparecen ante ti las interminables filas de botelleros. Te detienes un instante. La temperatura es muy fría, y tu aliento se transforma en un blanquecino vaho al salir de tu boca.

Recuerdas el camino. El pasillo que se interna a la derecha, que retrocede en el tiempo añada tras añada. Recuerdas el giro a la izquierda que desemboca en un nuevo pasillo. Y antes de torcer en el recodo, tu corazón se dispara. En cuanto la ves, empiezas a escuchar su letanía. *Lo siento, lo siento, lo siento.* La Virgen te mira con los mismos tristes ojos, con la misma mano en el pecho. Te detienes frente a ella.

Has recorrido un largo camino hasta llegar aquí. Y han pasado muchas cosas en las últimas semanas. Tu vida ha cambiado, tú has cambiado. Ya no eres la misma, ya no volverás a ser la misma. Sientes que el momento ha llegado; el momento en que todo cambia, y lo hace para siempre. El punto y aparte. El momento de

tirar el muro que construiste a tu alrededor aquella cruel mañana de mayo de hace dieciocho años.

Dejas la maza apoyada en la pared, y te acercas a la pequeña estatua. Tiemblas, y no es por el frío. Tiemblas porque lo sigues oyendo, y aún lo oyes más fuerte a esta corta distancia. *Lo siento, lo siento, lo siento.* Notas llegar la ansiedad, pero esta vez es diferente. Porque cuando ves sus ojos, lo percibes. Algo que nace de dentro de ti. Una oleada de calor, de comprensión, de perdón. Y te acercas un poco más, y se lo dices. En alto.

Acepto las disculpas. Sí. Lo entiendo. Quedamos en paz.

Y de repente, dejas de oírlo. La voz desaparece. Te quedas mirándola, unos segundos más, convenciéndote de que ya no la oyes. Sueltas el aire que has estado reteniendo. Acercas lentamente las manos, y con cuidado y respeto, sacas la imagen de la Virgen de su nicho.

Santa Dama Madre tierna y fuerte, ayúdanos en estos tiempos oscuros.

Y la llevas hasta el botellero más cercano, y la depositas sobre la madera superior. Jurarías que su rostro ha cambiado levemente; su gesto ya no es triste, sus ojos desprenden un brillo diferente.

Sonríes, y vuelves sobre tus pasos, y coges la pesada maza entre tus manos, y miras al muro, e inspiras profundo, y levantas los brazos, y con todas tus fuerzas, sueltas el primer y brutal golpe contra la pared de ladrillos.

Y después otro. Y otro. No vas a parar. Cada músculo de tu cuerpo tiembla en cada impacto, pero vuelves a levantar la maza, y vuelves a golpear. Una vez. Y otra. Y otra más. Y la argamasa entre los ladrillos empieza a desprenderse, cayendo en pequeños trozos al oscuro suelo de la cueva.

Algunas esquirlas rojizas saltan violentamente hacia ti, y te centras en golpear en el mismo punto, donde el viejo muro empieza a mostrar profundas grietas. Tus brazos arden. Las palmas de las manos te escuecen. Te detienes un instante, te inclinas, apoyas la maza en el suelo. Respiras hondo. Y te acuerdas de tu madre, de aquella soleada mañana cuando tenías seis años, cuando corrías hacia la cocina, y allí estaba esperándote ella, con su sonrisa, y la imagen de tu madre sonriéndote te hace sentir una renovada fuerza recorriendo tu cuerpo; y vuelves a coger la maza como si no pesase, y vuelves a golpear, con energía, con garra, porque no sólo estás tirando esa antigua pared de la bodega, estás tirando tu muro, tu propio muro, piedra a piedra, ladrillo a ladrillo. Ahora te estás dando cuenta de que la vida es eso. Tirarte contra los muros hasta derribarlos, o caer inconsciente en el intento.

Otro golpe.

Édouard. Él es el hombre más especial y extraordinario que has conocido nunca. Le quieres, le quieres como nunca has querido a otro hombre. Ahora, que has estado a punto de perderle, te estás dando cuenta.

Otro golpe. Aún más fuerte.

Maldita sea, quieres seguir amándole todo el tiempo que el destino te permita. Vas a hacerlo. Pase lo que pase ahora, pase lo que pase con vuestras vidas. Has terminado por enamorarte de este hombre. Has necesitado este infierno para darte cuenta. Pero ahora lo sabes.

Aprietas los dientes. Y vuelves a golpear. Caen los primeros ladrillos. Algunos caen hacia fuera, pero otros caen hacia dentro; eso te indica que hay un hueco detrás del muro. Concentras los impactos, y sigues hasta abrir un pequeño boquete. Tiras la maza al suelo y te acercas, jadeando. Toses al atravesar la nube de polvo. Sacas la linterna del bolsillo trasero de tu pantalón, y la orientas por el agujero. Hay un espacio de un metro de profundidad, tan alto

como el pasillo. Y en mitad de la oscuridad, hay una caja de madera. Grande, alargada, vertical, apoyada en la pared del fondo. Y a sus pies, cajas llenas de botellas de vino.

Sonríes.
Ahí está. Tiene que ser eso. Tiene que estar en esa caja.
Recoges la maza del suelo y empiezas de nuevo a golpear.

Protege los Jueces Justos; el misterio de esa sabiduría es invisible a los ojos de los orgullosos, y se revela a los humildes.

Es lo que repites mientras sigues atizando un impacto tras otro, hasta que el pequeño agujero se transforma en un gran hueco, y el muro en un montón de escombros agolpados en el suelo.

Lanzas la maza al suelo, te acercas al agujero; estiras la pierna por encima de los escombros, y te cuelas por la abertura. Vuelves a toser; recorres el interior con la linterna. Las botellas de las cajas apiladas en el suelo están cubiertas de polvo. Te agachas, y pasas los dedos por encima de una de ellas. Sonríes al ver aparecer la etiqueta. Sabes lo que este descubrimiento va a significar para Édouard. Apartas el polvo de otra botella, y después de otra, y no puedes dejar de sonreír. Todas son Château DeauVille, y todas son añadas anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Algunas hasta se remontan a finales del siglo XIX. Aquellas cosechas que los alemanes saquearon hasta la última botella, que tanto él como Ève dieron totalmente por perdidas, están allí. Allí han estado siempre, bien protegidas, esperando ser descubiertas.

Pero pronto levantas la vista hasta la enorme caja de madera. Te acercas a ella, y pasas los dedos por los bordes. Tiene una tapa que parece estar fuertemente clavada. Agarras la linterna entre los dientes, y con ambas manos intentas poner derecha la caja. La madera cruje al hacerlo, y haces un primer intento de levantarla. Pesa, pesa mucho. Demasiado. No vas a poder sacarla de allí. Vuelves a apoyarla con cuidado en la pared. Suspiras, recapacitas, y

sales del hueco, decidida. Caminas con rapidez por el pasillo. Vas a volver al almacén de herramientas, y, maldita sea, vas a regresar con lo que sea necesario para abrir aquella maldita tapa clavada.

Tiene que ser eso. Tiene que estar en esa caja.

56

Oteiza estaba sentada en el suelo, a los pies del sofá. Volvió a tomar un sorbo del exquisito vino del 78, y miró a Édouard, que seguía plácidamente dormido. Dejó la copa, acercó la mano a su sien y le acarició suavemente.

Supo que la brecha de la ceja le dejaría una cicatriz. La notaría bajo la yema de los dedos cada vez que le acariciase; supo que al principio le traería un sabor amargo, pero que acabaría amándola, como supo que acabaría amando hasta el último átomo de su existencia. Se convertiría en el recuerdo imborrable de estos días; en el recordatorio físico del sobrecogedor camino emocional que habían recorrido juntos.

Su rostro estaba tenuamente iluminado por la luz del fuego. Mientras le observaba, pensó en qué ocurriría a partir de ahora. Si sería capaz de regresar a su gris vida en Madrid después de estos días llenos de intensos colores. Se preguntó qué sería de esto tan fuerte y abrumador que había surgido entre ellos. Qué ocurriría con él, con su proceso judicial, con su posible condena. Intentó contener el torrente de emociones. Aún seguía sorprendida por sentir cosas

tan profundas en tanto poco tiempo. Su rutinaria vida, que tenía tan controlada para aislarse del dolor, había dado un giro absoluto.

Pero pensar ahora en un futuro era absurdo, debía centrarse en el presente, quería centrarse en disfrutar estas pocas horas que les quedaban juntos. Así que siguió mirándole, y siguió acariciándole.

Como si él percibiese sus pensamientos, abrió lentamente los ojos. Ella sonrió.

—Hey —pronunció él, correspondiéndole con otra sonrisa.

—Hey. ¿Cómo te encuentras?

—Algo mejor.

Dejó escapar un suspiro.

—Tengo una sorpresa —susurró ella.

Él la miró aún aturdido por el sueño, preguntándose a qué se refería.

Oteiza se apartó ligeramente, y miró hacia la chimenea.

Él orientó sus ojos hacia el punto que ella estaba mirando.

Y entonces lo vio.

El duodécimo panel del Retablo de Gante. *Los Jueces Justos*, apoyado sobre una de las estanterías de su propia biblioteca, en su propio Château. Brillante, espectacular, con sus vívidos colores refulgiendo bajo la luz del fuego.

Le miró a ella, volvió a mirar al panel. Dos veces.

—Dios mío, Anne. Lo has encontrado.

Ella sonrió, y tomó otro sorbo de vino.

—¿Pero cuánto tiempo he estado dormido? ¿O es que estoy aún soñando? ¿O estoy alucinando por los calmantes?

Se incorporó lentamente hasta quedar sentado. Se frotó los ojos. No estaba soñando, estaba cada vez más despierto. Y no podía dejar de mirar el panel. Ella se apoyó en la pierna de él y quedó también capturada por la belleza de la obra de Jan van Eyck. Los rostros, el terciopelo de sus ropajes, los azules ojos del caballo de tonos marrones; la simple mezcla de pigmentos y aceite de la pintura al óleo llevada a un nivel de excelencia sin precedentes.

—Es precioso ¿verdad? —le preguntó ella sin apartar la vista de Los Jueces.

—Es extraordinario —contestó él—. Tú eres extraordinaria.

Se deslizó hasta quedar sentado en el suelo junto a ella.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Ha estado siempre muy cerca.

—¿Dónde?

—En la cueva. Tras un muro. El del nicho con la Virgen.

Él abrió los ojos por la sorpresa.

—La Santa Dama que los protegía, ¡era eso!

Le costó creerlo. Le costaba creer que hubiera estado escondido durante años y años tras un muro junto al que había pasado tantas y tantas veces.

—La baja temperatura y la ausencia de humedad lo han conservado en perfectas condiciones —añadió ella.

— Y ahora... ¿qué vamos a hacer con él?

—¿Cómo que qué vamos a hacer con él? Devolverlo a donde debe estar —contestó ella frunciendo el ceño—. A la Iglesia de San Bavón, en Gante.

—Mi abuela tenía que saber que estaba tras ese muro, y allí lo dejó, bien protegido, durante años y años. ¿No crees que es donde debería seguir?

—No, no, no. Debe de regresar junto con el resto de paneles para completar la obra de Jan van Eyck.

—Pero, y si, juntando los doce paneles, ¿es cuando pueden descubrirse las pistas para encontrar los Arma Christi? Quizás se decidió que permaneciese siempre oculto para que nadie encuentre jamás las reliquias de la Pasión.

—Oh venga, Édouard. Eso es sólo una leyenda. ¡Míralo! —exclamó señalando el panel—. ¿Serías capaz de volver a meterlo en la caja y volver a dejarlo tras un muro? Ni hablar. Las obras de arte deben de estar a disposición de la humanidad, para que todo el mundo pueda acercarse y contemplar su belleza. Además, en el caso de que tomase en serio esa loca propuesta tuya, debería de volver a esconder todo lo encontrado. Y no creo que entonces la idea te

pareciese tan atractiva. Porque no sólo estaba el panel, había mucho más tras ese muro.

Dejó que pasasen unos segundos antes de seguir hablando. Observó por el rabillo del ojo cómo él se giraba para mirarla. Había conseguido intrigarle, y mucho. Sonrió. Movió el brazo y cogió una de las botellas ocultas tras el lateral del sofá. Se la acercó a él.

—¡Ay Dios! —pronunció él al verla. Le temblaron las manos al cogerla—. ¡Es nuestra! ¡Es un Château DeauVille de 1926!

Ella volvió a esconder la mano tras la espalda y le acercó una nueva botella. Él la vio, y la miró a ella.

—1908. Virgen Santísima.

Ella rió.

—Muy apropiado.

Disfrutó desvelándole lentamente el tesoro. Y cuando le acercó la última, y él vio la fecha, 1870, ella no pudo dejar de mirar sus ojos. Había desaparecido cualquier ápice del aturdimiento. Brillaban, brillaban como nunca, y le hicieron sentir cosas que no sabría ni cómo pronunciar.

—Y hay más. Hay muchas más. Todas de añadas anteriores a la Gran Guerra. Las he dejado en la cueva.

Él seguía mirándolas embelesado.

—Entonces, lo guardamos todo y volvemos a construir el muro ¿no? —preguntó ella con ironía.

—Vale. Olvida todo lo que te he dicho. Era una idea absurda. Son las drogas, o el golpe en la cabeza. O las dos cosas —dijo él negando con la cabeza. Ella sonrió.

—Por cierto, no sólo había de Château DeauVille.

Giró el torso y le aproximó dos botellas con un diseño muy diferente.

—También he encontrado estas otras dos.

Él las miró intrigado.

—Son de la Rioja ¿no? —preguntó ella.

—Sí, de una cosecha anterior a la Guerra Civil. ¿Y estaban guardadas tras el muro con el resto de botellas?

—Así es.

—Qué extraño. ¿Por qué guardaría dos Riojas? Qué misterio.

—Creo que hemos tenido suficientes misterios por ahora —añadió ella quitándole las botellas de las manos.

—Tienes toda la razón.

Él sonrió, levantó el brazo con esfuerzo y rodeó los hombros de ella, y la atrajo hacia su cuerpo, besándola en la sien.

—¿Y ahora qué piensa hacer, inspectora Oteiza? Se va convertir en alguien muy famosa, la descubridora de la obra de arte desaparecida más importante de la historia. Se merece un ascenso, como mínimo.

Ella apenas sonrió. Suspiró.

—Entregaré el panel, redactaré los informes, y volveré discretamente a mi trabajo en Madrid. Dejé pendiente una búsqueda, hay un pueblo esperando que encuentre el Mosaico que les robaron.

Qué lejos parecía quedar el pequeño pueblecito de Baños de Valdearado y su Mosaico del Baco. Parecía que hubiera transcurrido un año, y sólo habían pasado unas semanas.

—Y tengo una vida que retomar —añadió tras unos instantes.

Él se entristeció al oírlo.

—¿Eso quieres? ¿Que sigamos con nuestros respectivos caminos? No. No quiero que estos días hayan sido los únicos. No puede ser. No.

Ella negó con la cabeza.

—No, yo tampoco quiero. Pero es complicado... y no sabemos qué va a ocurrir con...

Dejó de hablar. Su protesta se vio ahogada por un beso, un beso que agonizaba en la frontera de la desesperación. Un beso que supo a miedo, a angustia, a pronta despedida.

—Por favor, no desaparezcas de mi vida —pronunció él sobre sus labios. Y sintió una poderosa y urgente necesidad. Una necesidad que surgía directamente de su corazón y de sus entrañas. No pudo retenerlo más. Durante estos días se lo había dicho con sus labios, con su lengua, con su cuerpo, con su saliva, con sus erecciones y con sus embestidas, con cada una de sus miradas, con cada roce de sus manos, pero aún no se lo había dicho con palabras.

Y esta vez quería que entendiese que iba en serio. Y de su garganta salió un susurrante *Te quiero* que no pudo ser detenido.

Ella tembló al oírlo, y le vibró el cuerpo entero. Y buscó sus ojos. Esas dos palabras le habían provocado el sentimiento más intenso que había experimentado nunca. Nunca en toda su vida habían significado tanto. Las había escuchado en el pasado, pero en comparación con este momento, todas las ocasiones anteriores sonaban huecas y vacías. Y le abrumó la intensidad de su necesidad. Porque ella también quería decírselo, necesitaba decírselo, pero estaba muerta de miedo. Era una entrega total y absoluta, de todo su ser, a través de dos palabras simples, y jamás en su vida esas dos simples palabras habían sido tan importantes. Y no pudo. No consiguió sacarlas. No pudo pronunciarlas.

Así que hizo lo único que podía hacer para expresar lo que sentía.

Le besó. Intensamente. Deseando que al besarle así no fueran necesarias más palabras.

Cuando se separó y volvió a mirarle, le encontró sonriendo; aquella era la versión preferida de Anne, la sonrisa repentina. El flash sincero que la iluminaba por dentro, que le erizaba el vello de la nuca y la estremecía entera.

Y volvió a besarle.

Hoy había caído un muro. Aún tenía mucho camino que recorrer, pero hoy, por primera vez en su vida, sentía que estaba exactamente donde por fin era quien siempre tuvo miedo de ser.

57

Queríais aprovechar hasta el último minuto juntos. Habéis pasado el resto de la noche hablando, soñando despiertos, disfrutando de las caricias y los largos besos. Apenas has dormido un par de horas, tumbada en el sofá, pegada a su espalda, hundiendo la nariz en su nuca, aspirando su olor, deleitándote; intentando convertirlo en un recuerdo que te permita volver a este momento siempre que lo necesites; el momento en que te has sentido en el lugar más seguro del mundo.

Ahora bostezas, mientras en la puerta del Château observas a los agentes de Bienes Culturales transportando con cuidado *Los Jueces Justos* hasta el furgón blindado. Llamaste a Bertrand a primera hora de la mañana para darle la noticia. Pensaba que bromeabas. No podía ser que lo hubieses encontrado, esa misma noche, partiendo del simple texto de aquella plegaria. Siempre ha pensado que eras una de las mejores inspectoras de Patrimonio, pero esto no podía ser verdad. Tuviste que enviarle una foto del panel, en la biblioteca, junto a la chimenea, para que te creyese.

Él está ahora a tu lado, con las mismas ojeras que tú, contagiándose de tu bostezo, porque él tampoco ha dormido,

sumergido toda la noche en los interrogatorios; Schneider ha seguido las órdenes de su abogado, y hablar, lo que se dice hablar, lo ha hecho poco. Pero el resto de sus secuaces han cantado, y Christine se ha mostrado solícita a colaborar en todo. Está arrepentida, muy arrepentida, intentando comprender cómo, totalmente enajenada en su tormentosa relación con Schneider, ha podido dejarse llevar por esta espiral sin sentido.

Édouard está dentro con Ève, despidiéndose de ella, acordando los detalles de cómo gestionar el viñedo y los pedidos de vino el tiempo que él esté fuera.

Te disculpas con Bertrand, y caminas hacia los viñedos anexos al Château. Te internas en las primeras hileras de parras, y te agachas. Coges una de la blancas piedras de grava. Le quitas la tierra y el polvo con la mano, y la guardas en el bolsillo. Te levantas, y antes de caminar de regreso, te quedas observando el descender del viñedo hacia el río Garona, que brilla bajo el sol del mediodía. Al fondo siguen los vendimiadores, sigue el trabajo de la cosecha. Dentro de dos años probarás el vino de estas uvas. Y sabes que nunca olvidarás esta añada.

Cuando regresas observas que acaba de llegar el taxi que habíais pedido. Lo último que querías era llevar a Édouard hasta comisaría metido en un coche patrulla. Ni con Bertrand de compañero de viaje. El camino hasta Burdeos serán sólo cuarenta minutos, pero serán cuarenta minutos más que tendrás con él. Coges tu maleta que esperaba junto a las escaleras, y la metes en el maletero del taxi. Observas el último abrazo de Édouard con Ève junto a la puerta. Intenso, prolongado. Su hermana parece no querer soltarle. Cuando por fin lo hace te mira a ti, con ojos tristes. Le saludas con la mano a modo de despedida, y apartas pronto la vista. Sabes que dentro de cuarenta minutos tú harás lo mismo. Darle un último abrazo sin querer soltarle.

El silencio os engulle durante los primeros kilómetros. Él observa por la ventanilla, pensativo. *Deberías haberte llevado alguna botella de vino*, le oyes. *Para seguir aprendiendo*. Añade. Me *llevo un pequeño recuerdo*, le dices. Y sacas del bolsillo la piedra de grava. *¿La guardaste aquel día cuando te enseñaba los viñedos?*, te pregunta. *La guardé, pero ésta no es la misma,* contestas. *La otra la perdí.* Te interroga con la mirada. *¿Qué crees que fue lo que provocó que el tipo que iba a matarte se girase en el último momento y se pusiese a tiro?* Él sonríe. *No me digas que lanzando la piedra causaste el gong que oí momentos antes de los disparos.* Asientes. Te mira con orgullo.

¿Qué te ha dicho tu abogado? le preguntas un par de kilómetros después. Sabes que ha hablado con él esa misma mañana. *Está camino de Marsella*, te informa. *En el robo hubo agresión; al empresario alemán y a una mujer de su personal de servicio. El ex nazi murió unas semanas después por un derrame cerebral; la acusación particular de la familia añade que fue por las consecuencias de la agresión producida durante el robo. Buscan sin duda una fuerte indemnización económica. Eso no me preocupa. Lo que sí me preocupa es el juez que lleva el caso. Es muy estricto. Seguramente me mantendrá en prisión preventiva hasta el juicio, y no permitirá fianza alguna*. Gira el rostro, y vuelve a perder la vista en el paisaje.

Le agarras de la mano. Aprietas fuerte. Vuelve a mirarte. *No te preocupes*, te dice. *No te vas a librar de mí tan fácilmente*. Te sonríe. *¿Vas a ponerme las esposas al llegar? Te* lo dice con su pícara mirada de siempre. Le pegas un suave codazo. *No me hace ninguna gracia*, le respondes. Se disculpa entrelazando sus dedos con los tuyos.

El taxi coge la salida y se interna en el centro de la ciudad. Observas el coche de Bertrand que rueda delante vuestro. Te revuelves incómoda en el asiento. Apenas quedan unas pocas calles que recorrer, y habréis llegado. *No quiero que nos despidamos*

dentro, le dices. Asiente, se acerca a ti, y respira tan cerca de tus labios que se lleva el aire de tu boca y te fuerza a buscarle. Y tras el beso le abrazas, fuerte, hasta que el taxi se detiene.

No volvéis a hablar, porque ya ninguna palabra más es necesaria. Bertrand os espera al entrar en comisaría. Hace un gesto a Édouard para que le siga, y éste asiente. Te mira, y comienza a caminar por el pasillo. Tú te quedas allí, plantada, con tu pequeña maleta, viendo cómo se alejan. Te esfuerzas por mantenerte íntegra. Entran en el ascensor, y antes de que las puertas se cierren, te dice un mudo *te quiero* que sólo tú lees en sus labios, y te hace sonreír. Y el sonríe, porque es eso, tu sonrisa, el mejor último momento que podía soñar.

Sigues mirando el ascensor aunque las puertas ya se hayan cerrado, y sólo la voz del Inspector Jefe te hace reaccionar. Se acerca a ti, te felicita por el descubrimiento de Los Jueces, y te pregunta por la hora de salida de tu vuelo hacia Madrid. *Dentro de cuatro horas*, le respondes. Te pide participar en la rueda de prensa que dentro de unos minutos dará a conocer ante el mundo entero que el Panel ha sido recuperado, porque quién mejor que tú para explicar lo acontecido, y tú suspiras, y dudas en aceptar su petición, porque no quieres hacerlo, no te apetece en absoluto; sólo quieres que el tiempo pase rápido, huir al aeropuerto, coger el avión y volver a tu casa. Pero en ese justo momento una idea empieza a formarse en tu mente. Y pronuncias un *De acuerdo*, y una última pregunta: *¿Podría hacerme un favor, Inspector Jefe?*

58

Édouard camina esposado por la pasarela que le conduce al avión. *¿Esto es necesario?* ha preguntado a los agentes de paisano que le acompañan. Un *Es el Procedimiento* es la única respuesta que ha obtenido de los callados y parcos agentes que caminan escoltándole. Lleva la americana plegada sobre las manos, ocultando las esposas.

Le guían hasta los asientos de la parte delantera de la aeronave; viajar en Primera Clase no es un detalle de cortesía, es la manera de tenerlo apartado de la multitud que llena la clase Turista. Le indican su asiento. Se acomoda en él, y observa cómo uno de los agentes regresa para dialogar con la auxiliar de vuelo que les ha recibido en la puerta. El otro agente se queda de pie, en el pasillo, a su lado, sin quitarle ojo.

Mira por la ventana, observa el ajetreo del personal de tierra. Suspira. Cierra los ojos unos segundos. Oye al segundo policía llamar al que le vigila, y éste desaparece camino de la puerta. ¿Qué está ocurriendo? Se gira inquieto, pero lo único que ve es cómo las azafatas van cerrando las puertas de los compartimentos de equipaje. Todo el pasaje ha entrado en el avión, están a punto de

cerrar la puerta. Mueve incómodo las muñecas bajo la americana. Las esposas le molestan, se clavan en la piel. Vuelve a mirar por la ventanilla. Ve a un operario caminar con los calzos de las ruedas en la mano.

Entonces nota la presencia de alguien que llega a su lado. Alguien que se queda de pie en el pasillo, junto al asiento adyacente al suyo. Gira el rostro, sube la vista, y entonces la ve. No puede creérselo. Es ella. No puede ser. Ella le mira, asciende la maleta al compartimento, se quita la chaqueta de cuero y se sienta a su lado. Él no puede dejar de mirarla. Esto no es real. No puede ser real. Ella saca algo del bolsillo, lo acerca a sus manos y le suelta las esposas. Y cuando se las retira, sube la vista, y le sonríe. Y entonces oye su voz.

—Alguien tendrá que ir para hablar con ese juez, y contarle que sin tu inestimable ayuda y tu gran colaboración, no hubiera sido posible encontrar la obra de arte desaparecida más famosa de la historia, ¿no?

Si quieres leer el epílogo de esta novela…

Lo encontrarás para descargar gratuitamente en mi Blog:
www.virginiagasull.com/blog/

Donde, además, podrás ver el trabajo de investigación realizado y fotos de todos los lugares donde se desarrolla.

Si quieres seguirme en Twitter:
@VirginiaGasull

No olvides dejar tu comentario en Amazon.
¡Me encantará saber tu opinión!

Agradecimientos

A Bakarne Atxukarro, por su gran ayuda a lo largo de la elaboración de esta novela. Por contestar a todos mis emails aunque fueran a altas horas de la madrugada; por sus correcciones, sus sugerencias, sus consejos y por su gran apoyo y ánimo siempre, en todas mis locuras.

A La Cuadrilla: Lara, Leticia, Nur e Iván. Me han animado a hacerlo cuando ni yo misma estaba segura de poder conseguirlo. Han soportado con *Santa Paciencia* mis divagaciones, mis comentarios y la enajenación mental transitoria que se sufre al escribir una novela. Han seguido el proceso de creación desde el primer momento, ofreciendo siempre su incondicional ayuda. Lara, gracias por todos tus consejos como Doctora en Medicina para la trama. Leticia, gracias por el gran esfuerzo de edición y corrección, y por obsesionarte con esta historia tanto como yo.

A David y Eva: Soñamos con esto bajo las Auroras Boreales, más allá del Círculo Polar Ártico, y aquí está por fin. Gracias por estar siempre ahí, por alojarme en vuestro Hotel Chinaski, por hacerme sentir siempre que voy a Madrid como en casa.

A mi madre, que no sólo me ha mostrado siempre su incondicional apoyo en todos mis proyectos, sino que en éste, además, ha ejercido como ayudante de campo, acompañándome en la visita a algunos Chateau de Burdeos.

A Aitziber, por sus magníficas ilustraciones para la portada y la contraportada, por haber conseguido captar con ellas a Anne y Edouard, tal y como aparecían en mi imaginación. Nuestra conexión siempre ha sido, es, y será, mágicamente especial.

A Fabienne Durou, Responsable de Comunicación, y al resto del equipo del Chateau Comtesse de Lalande en Pauillac, Burdeos. Cuando decidí basar Chateau DeauVille en el Chateau Comtesse de Lalande, me puse en contacto con ellos; no sólo me invitaron a visitarles, sino que me enseñaron el dominio, contestaron a todas mis dudas, me ofrecieron muchísima información sobre lo ocurrido allí en la Segunda Guerra Mundial, y me enseñaron el Chateau de arriba a abajo; todo para que pudiera captar la atmósfera y la esencia de lo que más tarde se convertiría en la ficción en Chateau DeauVille. Demostraron un gran e incondicional apoyo a la literatura y a la cultura. Gracias Fabienne.

A Maggy Gaillardet Palu-Laboureu, por todo el trabajo de revisión y corrección realizado con el idioma francés.

A Verónica, Paula y Estefanía, por su gran apoyo, sus correcciones y el trabajo realizado para la promoción.

A Ana, Andrea, Arantxa, Marian, Mariela, Marisol, Marta, Sandra y Virginia, por los ánimos y las locuras desde el lado oscuro.

A todo esa familia cercana de Twitter, siempre con palabras de ánimo.

Y un recuerdo especial a Silvia, que se fue sin haberlo visto terminado.